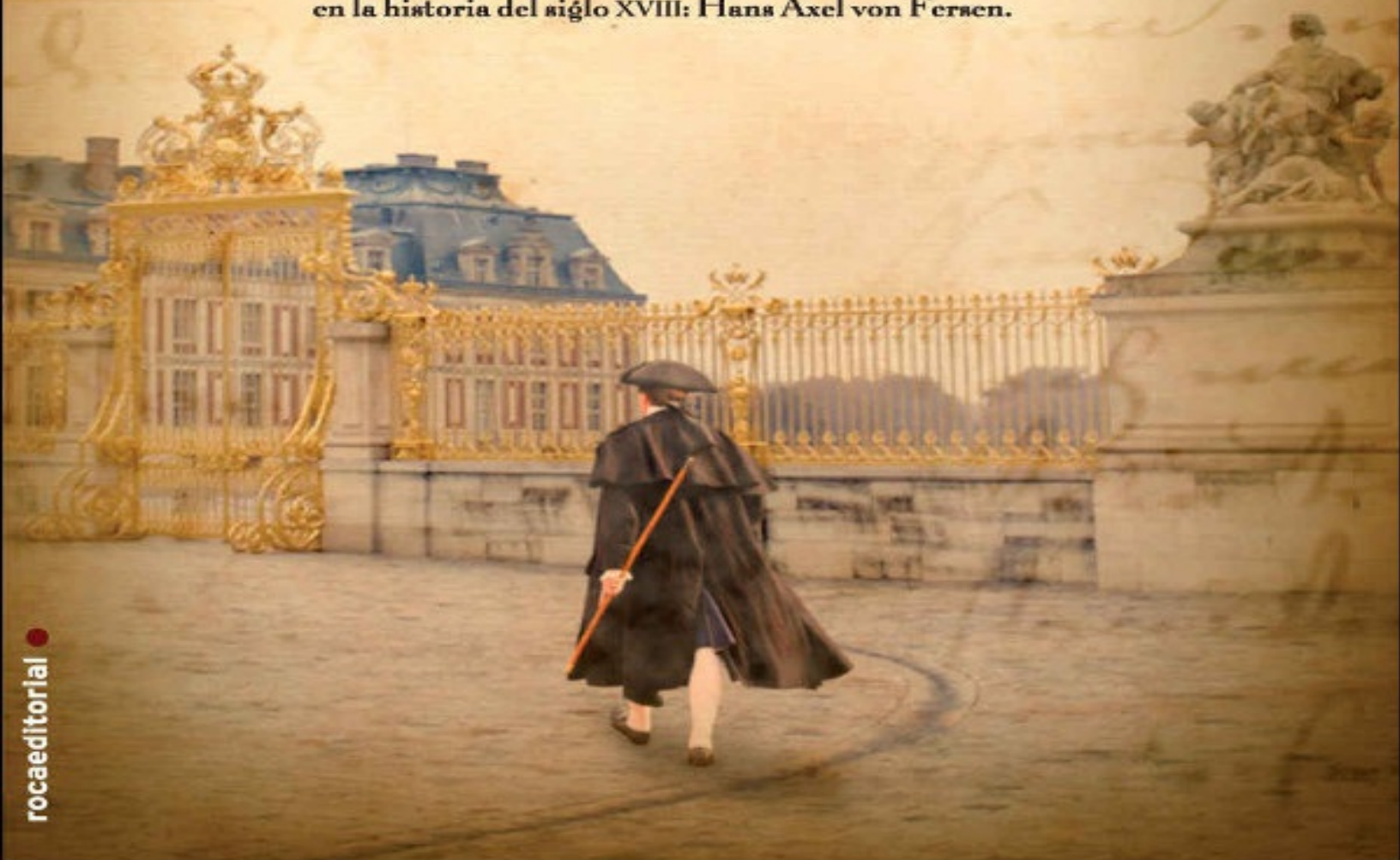


SIXTO SÁNCHEZ LORENZO



EL AMANTE DE LA REINA

María Antonieta, la Revolución francesa, Voltaire, Washington,
Goethe o Bonaparte... Las aventuras de un excepcional participante
en la historia del siglo XVIII: Hans Axel von Fersen.



Es el 20 de junio de 1810, decimonoveno aniversario del intento de fuga de Luis XVI y de María Antonieta. El Gran Mariscal de Suecia, conde Hans Axel von Fersen, está a punto de morir masacrado por el populacho en las calles de Estocolmo, víctima de un complot político. Antes de expirar, las imágenes de su azarosa vida pasan por su mente: desde su viaje iniciático de formación a los catorce años y los primeros amores y amoríos; su amistad con María Antonieta; su viaje a la guerra de independencia norteamericana; la Revolución francesa y cómo organiza la fuga de los reyes abortada en Varennes...

Voltaire, George Washington, Goethe, Haydn, Madame de Staël o Napoleón Bonaparte, son algunos de los personajes que marcaron la experiencia vital de este desconocido personaje histórico. Enfrentado a la certeza del fin, su confesión revela las claves de una época contradictoria, de profundo cambio, y su intimidad nos sumerge en unos tiempos y acontecimientos cruciales para la historia de Europa y del mundo.

Sixto Sánchez Lorenzo

El amante de la reina

Sixto Sánchez Lorenzo, 2012
Primera edición en este formato: septiembre de 2012
de esta edición: Roca Editorial

A mi hermana María

ACERCA DEL AUTOR

Sixto Sánchez Lorenzo (Oviedo, 1962) es catedrático de Derecho Internacional Privado de la Universidad de Granada. Ha sido profesor visitante en varias universidades europeas y americanas. Autor de una extensa obra científica, en 2002 publicó un ensayo satírico sobre la Universidad (*De Bestiis Universitatis*, Dykinson). *El amante de la reina* es su primera novela. Actualmente ultima su segunda novela, ambientada en la Francia napoleónica y en la Restauración borbónica.

ACERCA DE LA OBRA

María Antonieta, la Revolución francesa, Voltaire, Washington, Goethe o Bonaparte... Las aventuras de un excepcional participante en la historia del siglo XVIII: Hans Axel von Fersen.

I

Al cabo de la vida, y sin saber a ciencia cierta en qué ribera del Aqueronte me encuentro, no soy yo quien escoge las imágenes ni quien domina los relatos. Unas y otros me eligen a mí, sin saber yo con qué razones. Con todo, este leve hilo de conciencia que me separa del óbito me afianza en la creencia de que ni la devoción religiosa ni el temor reverencial son la causa de mi ensoñación, tan seguro como estoy de que mis ojos hinchados y sanguinolentos no volverán a ver. Si alguna certeza tengo en este momento de la verdad es que no hay más verdad que la muerte. Y la muerte como fin y omega, no como principio ni alfa de vida alguna. Lo sé ahora mejor que nadie, porque compruebo al fin qué es morir, y entre la muerte de un hombre y la de una bestia no hay más diferencia que la condición y la especie, aun cuando, como es mi caso, se haya de morir como un perro, sin privilegio alguno, bajo los golpes cobardes de la más vil canalla. Y me creo afortunado de haberlo sospechado siempre. Porque mi tristeza en La Trappe, cuando yo era muy joven y me quedaba todo por vivir, no se compadecía de mi vida galante y acomodada, tan diferente a la de aquellos míseros monjes. No me sentí entonces menos virtuoso que ellos, ni peor. Me desesperó su ignorancia, su sacrificio inútil y absurdo. Nunca defendí que mereciera la pena guardar la vida, pero tampoco regalarla. Yo la viví con intensidad, y si la disfruté con deleite también la expuse con valor y con honor cuantas veces fue menester, porque en ambos casos la gocé por igual, sabiendo cuán hondamente la vivía. Me desesperó en La Trappe la esterilidad de la abnegación, lo infructuoso de tal inmolación. ¡Cuánto más hube de admirar, años después, el sacrificio de una mujer que antes que reina supo ser madre, que solo por el delfín arrostró con resignación santa la tortura y el menosprecio, que subió al cadalso con la misma gracia con que ascendía las escalinatas del palacio de Versalles, y aún se disculpó con un educado «*Pardon, monsieur*» cuando al acercarse a la guillotina pisó por descuido el pie del verdugo! ELLA tenía arrojo más que sobrado para haber subsistido en cualquier celda, en la oscuridad o en el silencio de un sepulcro, para callar como calló, y no alimentarse más que de su orgullo. Y así lo puso de manifiesto al aceptar el tránsito con dignidad mayor que la de sus verdugos cuando les cupo ser víctimas del mismo cadalso. ELLA pudo acreditar su valor sin dejar por eso de vivir apasionadamente y de morir con el mismo talante. Solo lamento no haber tenido igual dignidad, pues, aunque yago ahora a merced de mis asesinos, no hace ni un instante que traté de escapar de sus garras avivando el paso con más diligencia que la que aconsejaba la ocasión y habría complacido a mi padre. No hago honor a mis ancestros, ni lo pretendo. El barón de Hamilton decía que el género humano se divide en tres especies: los Fersen, los franceses... y la chusma. El cumplido hace justicia todo lo más a su amigo, Frédéric-Axel von Fersen, mi padre, pero desde luego a nadie más de la saga y en ningún modo a mí mismo. Creo, empero, que mi vida fue lo suficientemente digna para no acabar de esta forma, bajo los golpes infames y cobardes de esa chusma, y doy por seguro que manera tan indecorosa de expirar habría disgustado al feldmariscal de Suecia.

Mi padre fue honrado con tan elevado rango cuando yo apenas frisaba los catorce años.

Estimaba agotadas la labor pupilar de mi medio hermano ilegítimo, Jacobo Forslund, y la formación militar inicial que me había proporcionado el grado de cabo de caballería. Decidió, pues, enviarme al extranjero para completar mi educación, y mi inminente alejamiento pareció despertar en él una ternura desconocida. Abandonó por unos días su gesto grave y su temperamento taciturno y a menudo iracundo, y manteníamos largas y frecuentes conversaciones. Yo hablaba poco. Mientras paseábamos por los jardines de Blasieholmen, me limitaba a observar su gesto concentrado al elegir las palabras con esfuerzo, como si el desuso se las hubiera escamoteado. Admiraba su empeño por resultar preciso y claro, y apreciaba su voz, serena y queda. Sus consejos se me antojaban más bien confidencias o íntimos secretos que, como el linaje, solo era dable transmitir a los más directos herederos. Sorprendido por la intimidad, no creí atender ni comprender su mensaje, pero hoy podría reproducir todas y cada una de sus palabras: «Os haré recibir una educación digna de vuestro rango. Habéis aprendido a razonar con criterio. Sois tranquilo, reflexivo y discreto; pero para formaros debéis ver países y conocer a los hombres. Visitaréis grandes reinos, estudiaréis arte militar. Aprenderéis el alemán y el italiano».

Parecía escudriñar la arquitectura del Palacio Real, frente a nosotros. Tal vez su antipatía por el rey y, sobre todo, por el príncipe, le sugirió en ese instante cambiar el hilo de su discurso: «Cuando os halléis en Francia, estad atentos a todo lo que se dice y más aún a la forma en que se dice... Me preguntaréis por qué exijo que todo el mundo hable francés bajo mi techo y por qué siempre nos escribimos en esta lengua. Amo a Francia casi tanto como a Suecia. Pasé allí los años más hermosos de mi juventud. ¡Trece años!... Serví trece años en los ejércitos del rey Luis XV y tomé parte junto a sus soldados en la guerra de sucesión de Austria. ¿Debo recordaros que los suecos y los franceses combatieron codo con codo durante la Guerra de los Treinta Años y muchas otras veces bajo el reinado de Luis XIV?... Y, además, vuestra madre, la condesa, descende de una vieja familia del Languedoc».

Y así, con un par de buenos consejos y la bolsa bien provista, comencé el viaje iniciático para mi formación, cuya primera escala había de ser Lunenburg, adonde llegué a mitad del verano de 1771. En el Krieginstitut Carolinum de Brunswick me aburrí soberanamente durante casi un año de clases de las más variadas disciplinas, desde el clavicordio al alemán, pasando por la historia y el ejercicio de las armas. El tedio, que me guardaba de revelar en la correspondencia con mi padre, apenas se alivió con mi rocambolesca prueba de acceso a la francmasonería de la mano del duque de Brunswick y del príncipe Carlos, que un día llegaría a ser, para mi desgracia, rey de Suecia. Aquel fue el primero de mis encuentros con los *illuminati*. Se me figuró una divertida experiencia; distaba mucho de poder imaginar de qué forma la vida me enfrentaría a muchos de ellos en una guerra sin cuartel que, a la postre, concluiría en el desamparo que ahora padezco, muy cercana ya mi hora. Era entonces muy joven y la vida se presentaba como un libro en blanco. La ceremoniosa aceptación por la logia masónica, cuyos designios sonaban a heroicos compromisos caballerescos, me pareció una suerte de reconocimiento de mi mayoría de edad, de definitivo abandono de la inmadurez infantil.

De cualquier modo, mi estancia en Brunswick se demoró más de lo preciso. El rey Adolfo-Federico daba una cena en el castillo de Estocolmo, dando prueba de su proverbial apetito. Esta vez las raciones de *choucroute*, carne con nabos, bogavante, caviar, arenque ahumado y buñuelos de crema, bien regadas con excelente champaña, lograron indisponer al rey, que se refugió súbitamente en el tocador de la reina para morir diez minutos más tarde en los brazos de mi padre. Gustavo recibió la noticia en la Ópera de París y tardó en asumir su nueva condición y

regresar hacia Estocolmo. Yo debía esperarlo y complimentarlo en Lunenburg, donde por fin llegó dos meses después de que la gula lo convirtiera en rey de Suecia. Apenas partió para Postdam al objeto de saludar a su tío, el rey de Prusia, Federico II, abandoné la ciudad con la firme intención de no regresar jamás, pero el hastío me acompañó en mi periplo por las pequeñas y ceremoniosas cortes alemanas y en mi estancia en Estrasburgo, donde hube de proseguir mi formación con nuevos aprendizajes de materias igualmente dispares, como las matemáticas, la caligrafía, el derecho natural o la fortificación.

Tras el verano de 1772, mi viaje por Suiza me depararía muchos más entretenimientos. Admiré la liberalidad de sus costumbres y el cercano trato de las jóvenes damas, que podían hacerse acompañar de caballeros sin la presencia de un solo sirviente, o sencillamente pasear solas. La entrevista con el señor de Voltaire, ya casi octogenario, en su residencia de Ferney — que él había rebautizado como «Ferney» — dejó en mí una honda huella. Nos presentamos en el castillo que había acabado de construir hacía apenas un lustro y donde vivió durante casi los veinte últimos años de su vida, refugiado de una persecución probable en la proximidad de la frontera suiza. Yo había leído con fruición las *Cartas filosóficas* y *Candide* y tengo para mí que no dejé de guiarme por la necesidad de cultivar mi huerto en lugar de buscar El Dorado. Acaso no sea este el mejor de los mundos ni tal vez sea el mejor de los posibles, mas siento la íntima convicción de que no nos cabe otra alternativa que cultivar ese huerto nuestro con la inocencia con que María Antonieta lo hacía en el Petit Trianon... En honor a la verdad, solo hoy he podido llegar a convencerme de ello con la fuerza prestada del recuerdo de Voltaire, pero sin su doblado mérito, al no temer a la Parca Morta cortando el hilo de su vida...

El castillo de Ferney era una construcción notable, que llenaba de orgullo a François Marie Arouet. Sobre unas ruinas góticas había hecho erigir, ajustando cada detalle, su castillo y una iglesia, con la pretensión de que duraran al menos mil años. Siempre los hombres se empeñan en que sus obras perduren un milenio, y parecen cifrar en tan mágica suma sus ansias de inmortalidad, cuando a cualquier obra humana le sobrarían cien años para lo que es dable vivir. Dudo que Ferney vaya a subsistir mil años, y es una lástima, pues la armonía de sus proporciones era notable, y más aún la vida social del patriarca y benefactor de Ferney, que recibía cotidianamente a los hombres de Estado, artistas y filósofos más prominentes, organizaba funciones en su teatrillo y era anfitrión en sus jardines y en los salones del castillo de magníficos bailes, cenas y veladas, que se prolongaban hasta que las puertas de Ginebra eran abiertas. Cuando llegamos a Ferney, los jardines arbolados señalaban el fin del otoño con tonos rojos, ocre y amarillo pálido. No advertimos de nuestra visita y Voltaire no pudo complimentarnos debido a que había tomado un purgante, excusa que al parecer utilizaba cuando no le placía recibir; pero nos citó al día siguiente.

Vestía un hábito escarlata con viejos botones bordados —que pertenecía a su abuelo y que también su padre había llevado—, una vieja peluca, zapatos a la antigua, medias de lana sobre los calzones y una bata raída, y todo ello componía una estampa admirable en su rígida figura. Eran sus ojos bellísimos y comunicativos y su expresión algo burlona. Charlamos durante unas dos horas que apenas me parecieron minutos. Se interesó por mi familia y, sabiendo que mi origen y mi formación me condenaban aparentemente al servicio de la política y del Estado, nuestra conversación derivó hacia estos derroteros: «Tened cuidado, mi joven amigo —me advirtió con ironía cuando traté de manifestar la nobleza de la dedicación al servicio de la patria para justificar mi destino—, pues quien siente la ardiente ambición de ser edil, tribuno, pretor, cónsul o dictador se esfuerza por pregonar que ama a su patria, pero solo se ama a sí mismo.

Cada ciudadano desea estar seguro de poder acostarse por la noche en su casa sin que otro hombre se arrogue el poder de ordenarle que se acueste en otra parte». Pensé que mi padre bien podía suscribir las palabras de Voltaire. «Ser buen patriota —prosiguió— acaso implique desear que tu patria sea más rica y próspera, pero ello es factible únicamente a costa de otro país, de la guerra y del latrocinio. La ruina de la patria ajena, en suma. *Ceterum censeo Carthaginem esse delendam*. Es posible, mi querido y joven Fersen, que no sea patriota quien desea que su patria no sea ni más grande ni más pequeña, ni más rica ni más pobre, pero convendréis conmigo en que este sería el verdadero ciudadano del mundo.» El verdadero ciudadano, cultivando humildemente su huerto de tierra patria, en un mundo que no puede ser el mejor de los posibles porque hay terremotos y patriotas. Ante la muerte aprecio ahora en toda su extensión una sabiduría que entonces solo pude intuir. Pero no me engaño. No tanto mi juventud como mi soberbia fue el óbice que provocó un aprendizaje tan tardío. Mi mera convicción de cultivar el huerto no era suficiente. Para que diera frutos resultaba necesaria una humildad que solo ahora, demasiado tarde, esputando sangre, alcanzo a comprender.

La visita a Ferney fue un feliz presagio de que mi viaje tornaba hacia destinos más placenteros. Y Turín lo confirmó. El año y medio que disfruté de la península italiana fue tal vez el más desenfadado de mi existencia, ajeno a preocupaciones de cualquier índole que no fueran el baile, la música, la equitación, la esgrima o la lectura, acompañado siempre por mi fiel tutor, Bolemany, y de las obligadas enseñanzas en la Real Academia Militar y en la Academia de Medicina. No me inquietaban las convulsiones políticas de aquel tiempo, en que el rey Gustavo dio el golpe que obligó a la Dieta a otorgarle poderes absolutos y una nueva constitución, con el consiguiente disgusto de mi padre, mientras los pedazos de Polonia eran divididos entre Rusia, Austria y Prusia. Entre tanto yo procuraba disfrutar de la belleza de las jóvenes de Italia y me dediqué a recorrer la historia de tan asombroso país a través de sus ciudades. Abandonar la capital piamontesa no me resultó sencillo. En Turín descubrí prematuramente algunos secretos del galanteo, y sospecho que el buen Bolemany no dejó de advertirlo, y acaso ello explique nuestra partida anticipada. Pocas semanas antes, de hecho, hubo de sospechar que otras enseñanzas no planeadas me ocupaban en demasía. La hija de mi preceptor de esgrima resultó ser una damisela tan cultivada como avezada en el arte de la seducción. Elegía entre los alumnos de su viudo y adusto padre a aquellos que convenían a su gusto y predilección. Debí de parecerle imponente mi estatura, pues con diecisiete años era un joven espigado, aunque bizarro, que sobresalía sobre los demás muchachos de mi edad. Tras el ejercicio nos ofrecía solícita un jarro de agua para refrescarnos, y sirviéndose de esa costumbre me cameló en una primera ocasión al terminar mi clase, tras rogarme que la acompañara a las cocinas donde refrescaba el líquido elemento. Descendí a las catacumbas de la vieja mansión y tomándome de una mano me deslizó hacia una cámara que debía de hacer las veces de almacén. Allí, entre risas, sin miramiento alguno, me besó en los labios y acercó su cuerpo al mío hasta que desapareció cualquier intersticio. No pasamos de ahí aquel día, pero cabe imaginar cuán denodadamente me esmeraba en mis ejercicios de sable y de espada, procurando transpirar lo más posible para merecer el cántaro de la felicidad, que cada vez fue llenándose de mayores sorpresas. En aquel zaquizamí la hija del maestro de esgrima —no logro recordar su nombre— me reveló placeres insospechados, al tiempo que me introdujo en vocablos latinos que los instructores no me habían participado. *Fellatio* fue uno de los descubrimientos que más celebré, y la muchacha parecía

estar especialmente dotada para tal suerte de excitación. Cuando me familiaricé, hube de aprender que nadie daba luises al precio de libras y pronto reclamó su justa compensación, mostrándome con más pedagogía que la que acreditaban todos mis tutores la forma de hacerla disfrutar con mis caricias. Fue una academia placentera y provechosa, que habría de rendirme buenos frutos en tesisuras de lo más variadas. Pero las artes manuales y orales se agotaron pronto, y yo me desvelaba ardiendo por que llegara el día en que adquiriera los conocimientos de la esgrima definitiva. Traté de dar el paso varias veces, pero ella se resistía con razones muy justas acerca del riesgo de caer encinta y ser traspasada de lado a lado por el santo varón de su padre. Yo era bien consciente de su tino con la espada y no albergaba duda de que limpiaría su filo en mis entrañas antes de ensartarla a ella como a un faisán en asadero. Pero ello sería después de haberla gozado, me decía. Y una vez entrados en el Paraíso, poco más habrá que temer. Durante un tiempo me consoló por sus negativas ante mis insistencias copulatorias con estimulantes felaciones, al punto que si deseaba lo segundo me bastaba con exigir lo primero. Luego me premiaba recitándome con su voz divina algún soneto de Petrarca. Yo la miraba a los labios, sin prestar atención a los endecasílabos que tan dulcemente susurraba en una lengua que parecía concebida solo para el cortejo. A ello me acostumbré, hasta que accedió inopinadamente a descubrirme el amor completo, alentada por unos versos sugestivos que interrumpió con brusquedad: «*Lasso, che mal accorto fui da prima nel giorno ch'a ferir mi venne Amore...*». Además de satisfacer deseo y curiosidad con un escrutinio más que satisfactorio de los placeres propios del ayuntamiento, aprendí también que las mujeres suelen darnos a los hombres lo que dejamos de pedir, tal vez solo por el placer de que volvamos a rogarlo. Y esta fue una enseñanza nada desdeñable que también agradezco a aquella joven, cuyo nombre no consigo rememorar pese a todo, aunque guardé con cariño el ejemplar de los sonetos de Petrarca con que me obsequió en nuestra despedida. Sospeché después que tampoco era primeriza en la cópula, pues no pareció sufrir alteración alguna con el desfloramiento, y sus movimientos más bien sugerían fintas y estocadas de otras batallas. Por desgracia, las mías se terminaron poco después, pues Bolemany excusó la necesidad de nuestra partida para Milán, estimando que «había ya aprendido toda la esgrima turinesa».

Es menester acercarse al tránsito para comprender por qué unos pensamientos y no otros se nos vienen a la conciencia poco antes de perderla. El señor Goethe, un sabio alemán al que conocí en Berlín y con quien pude conversar acerca del trágico fin de María Antonieta, me dijo que, al fin de la vida, pensamientos hasta entonces inopinados se elevaban claramente del espíritu, como genios dichosos que posan deslumbrantes en las cimas del pasado. Y hoy aprecio aún más si cabe la agudeza de su entendimiento. Es posible que nunca sepamos interpretar los sueños, y, durante mis estudios, si alguna obra de la sabiduría griega se me antojó pura superchería fue, precisamente, la *Oneirokritiká*, de Artemidoro. Al perder el dominio de nuestros nervios y de nuestros órganos en el instante supremo, las imágenes y los recuerdos que nos capturan no son fruto del capricho. Nos revelan cuál fue en realidad nuestra vida, y nos confían el secreto de los hechos que la hicieron tal. Pueden ser los más placenteros o los más dolorosos, indistintamente. Ambos nos descubren las razones de que nuestra vida haya merecido ser vivida y la damos por bien empleada al hallarla plena. No son las grandes hazañas vividas las que a mí vienen en esta hora. Son los pequeños momentos, a veces insignificantes y olvidados en vida, los que nuestra memoria descarga a velocidad de vértigo para que los revivamos por última vez. Y

en ese fogonazo que antecede al fin, se me alumbran instantes que se reproducen con lentitud y eternidad, con idéntica cadencia, como si volviera a vivirlos o, por ser más exactos, a contemplarlos como un espectador ante el teatro en que se representa su propia existencia. No recuerdo tu nombre, mi traviesa maestrilla, pero no imagina toda esta gentuza que ya me da por moribundo hasta qué punto puedo volver a sentir en mi sexo muerto la fruición de tus labios, mientras holgamos en aquel cuchitril revuelto en los sótanos de una casa de Turín, acaricio tus cabellos con mi mano y asgo en la otra una jarra de agua fresca, símbolo de tus deleitosas promesas.

Abandoné, pues, Turín con comprensible nostalgia. El embajador francés, que tan solícitamente me había introducido en los círculos turineses, me obsequió con dos tomitos de una reciente obra editada en Ámsterdam, titulada *Bibliothèque d'un homme de goût*, y una cuarta edición de la *Théorie des sentiments agréables*, de Lévesque de Pouilly, cuya lectura en el trayecto hacia Milán no logró borrar de mi mente mi propia experiencia sobre las sensaciones agradables de verdad. Por fortuna, mi pesadumbre se alivió ante la ajetreada vida de Milán, la hermosura de Florencia y Nápoles y las maravillas que estaban siendo alumbradas en Pompeya desde hacía algunos lustros. Con gusto volví a encontrar en Nápoles a dos viejos amigos de mi padre: al barón de Breteuil, embajador francés, siempre acompañado de su hija, compañera de juegos en mi infancia, la bellísima y tristemente viuda madame de Matignon; y al embajador inglés, sir William Hamilton, cuya colección de antigüedades me cautivó. Con todo, fue la ciudad eterna y divina la que me subyugó. Solo París iba a igualar mi admiración por Roma, pero jamás sentí tan cerca de mí la divinidad y la pequeñez del ser humano como al emplazarme bajo la grandiosa cúpula de San Pedro. Ahora, en cambio, no diviso a Dios en absoluto, y tengo para mí que fue la divinidad de Miguel Ángel, y ninguna otra, la que me sobrecogió. Pero en aquella época no era yo tan descreído y me hallaba mejor dispuesto a ver la mano del Señor en toda obra, fuera del hombre o de la naturaleza. Conocí a artistas como Piranesi y Vergel y me conmoví recorriendo uno por uno los grandes monumentos de la Antigüedad y de la cristiandad. Clemente XIV me honró dándome audiencia y obsequiándome con una medalla de oro, que un día pendió del cuello de María Antonieta antes de que la infame cuchilla lo cercenara. El cardenal Ganganelli no hizo honor, empero, a su nuevo nombre, que eligió solo en agradecimiento a su mentor, Clemente XIII, pues impío se mostró con los seguidores de su propio credo, persiguiendo con denuedo a los prosélitos de Ignacio de Loyola durante su breve reinado. Aquel franciscano se inclinó, sin embargo, por la causa polaca y acreditó ser un diplomático de raza. Apreciaba, además, a María Teresa, y la dispensa para el matrimonio de María Amalia, hermana de María Antonieta, no fue una mera concesión política. Por lo demás, el aprecio era mutuo, y María Teresa se avenía a sus consejos, ya fuera para retirar al embajador jansenista, vástago del barón Von Swieten, o para censurar la obra de Febronio. Moriría un año después de nuestra entrevista, durante la que aprecié su abatimiento, no tanto debido a la edad y al herpetismo, como al peso de la decisión que estaba tramando por las mismas fechas en que me agasajaba cálidamente y me encomendaba las mayores bendiciones para el poderoso feldmariscal de Suecia. En su memoria no se hallará rastro de sus obras pías y públicas, ni el reconocimiento por ser el impulsor del museo Lateranense. Solo permanecerá el resentimiento por haberse avenido a las exigencias de las monarquías europeas, con Borbones franceses y españoles a la cabeza y ansiosas por deshacerse de la Compañía de Jesús, quintaesenciado en el canto de otro Clemente, apellidado Bondi: «mezclado con la chusma vil, ejercitaste el remo...». Siempre, al final, la chusma, la chusma vil, los franceses... y los Fersen.

II

Llegué a París una fría mañana otoñal y me alojé en el Hôtel de York, en la Rue du Colombier. Al día siguiente me presenté en la cercana embajada de mi país, situada en el Hôtel de Bonnac, una fastuosa residencia en la Rue de Grenelle, a la orilla izquierda del Sena, donde fui agasajado por el conde de Creutz y su secretario, el barón de Ramel. Ambos eran hombres de gusto y trato exquisitos, que me abrieron con presteza las puertas de la más bella sociedad parisina y de la propia familia real. Frecuenté de inmediato los salones nobles y literarios más reputados. La compañía del conde de Creutz resultaba deliciosa y me hizo comprender desde el principio qué extraño embrujo produce París sobre todo espíritu diferenciado, consolándolo de los males de la humanidad. Las luces de la razón no han iluminado tanto en lugar alguno. Cada día un artista alumbra una obra maestra y hombres distinguidos de toda clase os ilustran a cada momento. «¡Sin embargo, no creáis, como Cándido —me advertía Creutz—, que vivimos en el mejor de los mundos posibles... El vientre de París esconde múltiples acechanzas e intrigas, que dividen a sus ciudadanos y a la corte.»

Creutz me previno desde el primer momento contra los falsos rumores acerca del declive de Luis XV. Sin duda el rey estaba achacoso y viejo, pero a pesar de un aire ausente e indolente su mente se mantenía intacta y activa, y se interesaba por los asuntos del Estado, que comprendía a las mil maravillas, mucho mejor de lo que su aspecto enfermizo hacía presumir. La creencia popular de que la preferida, madame du Barry, gobernaba sin ambages con el apático beneplácito del monarca no pasaba de ser un rumor absurdo propalado como chisme de corrillos insensatos, aunque era palpable que la salud del rey declinaba y el partido de los devotos, con madame de Marsan, madame de Noailles y el duque de Niverneais al frente, esperaba al acecho para tomarse venganza de Choiseul, hacer retornar a los jesuitas y destruir la alianza entre Francia y Austria. El matrimonio del delfín con la archiduquesa María Antonieta había sido más que un revés para el buen fin de sus planes, y en la corte todo el mundo se percataba del poder que la delfina ejercía sobre su esposo. Muchos descontentos, y el propio Creutz, depositaban esperanzas en este hecho. Adoraban a la princesa, a pesar de la aparente frivolidad de su conducta. Los subyugaba con un natural poder de seducción, desplegando viveza y encanto. Con elegancia, Creutz me hizo partícipe de la información confidencial que aseguraba en la corte que tras tres años de matrimonio los príncipes aún se hallaban en los preludios. Por entonces, Creutz no podía entender cómo un joven de diecinueve años podía mostrar semejante frialdad ante una consorte tan joven y bella. Achacaba su carácter tímido y reservado a una educación en extremo severa, pero no se equivocaba al creer que, tras el aspecto rudo de cazador, Luis adoraba a María Antonieta. Ignoraba Creutz que su devoción era también apasionada, y años más tarde yo habría de saber por confidencias más íntimas que él la buscaba cada noche en el lecho, que había de abandonar tan rápidamente como la pasión lo arrebatava. El deseo no era tan despiadado como el dolor que la excitación le producía, y durante años su reserva no permitió a los cirujanos llegar a conocer y resolver con una sencilla incisión la fuente de semejante frustración y, por ende, del

disgusto de la propia delfina. Con todo, Creutz lo disculpaba, consciente de la nobleza de Luis, que contrastaba con el dandismo vil de sus hermanos menores. La mirada torva y huidiza del delfín no era, a su juicio, más que el fruto de la vergüenza motivada por la miopía, que lo torturaba más si cabe al leer acerca de su antepasado, el Rey Sol, a menudo entretenido en fijar su mirada en los ojos de su interlocutor por el mero placer de petrificarlo, como atestiguaba el conde de Tessin.

Una vez que dieron fin las celebraciones por los esponsales del conde de Artois con María Teresa de Saboya, los bailes de la delfina se reanudaron como de costumbre, cada lunes desde las cinco hasta pasadas las nueve de la noche. Asistí asiduamente a ellos, admirado de la falta de ceremonia y de la diversión y buen humor que María Antonieta esparcía por doquier. Las invitaciones se fueron acumulando en mi taquilla y todas las noches cenaba en los más solicitados palacios y salones de París y terminaba la velada en el Teatro Francés, en el Teatro Italiano o en la Ópera. Tuve ocasión de saludar personalmente a madame du Barry y asistí a los bailes que ofrecía el duque de Orleans en el Palacio Real, que hallé poco estimulantes. Muchos aristócratas franceses tenían la pésima costumbre de señalar de forma constante cuánto se aburrían, y su insistencia envenenaba toda distracción, de forma que uno acababa inevitablemente aburiéndose. Por ello ningún salón regio ni palacio aristocrático había de proporcionarme placer mayor que el hogar de los señores Leyell. Henric Leyell y su esposa se habían naturalizado ingleses tras recibir la cuantiosa herencia de sus tíos, socios principales de la Compañía de las Indias. Un origen burgués no era óbice para que en sus constantes viajes y estancias en Londres, París o Berlín frecuentaran a la aristocracia más distinguida y compitieran con ella en espíritu y fasto. Pero no era tal opulencia, ni siquiera el beneficio de su agradable compañía, lo que me llevaba de forma recurrente a su mesa. Fue su hija Catherine, hoy viuda condesa de la Warr, quien turbó mi espíritu poco antes de que celebráramos la llegada del nuevo año de nuestro Señor de 1774 oyendo en Versalles la misa del Espíritu Santo. No era una belleza resplandeciente ni un espíritu chispeante, a diferencia de las damas a las que cortejaba cada noche en la Ópera. Me arrebataron su naturalidad y su franqueza, que me obligaban a acercarme a ella con más prudencia y respeto. Cualquier otra mujer, por muy baja que fuera su condición o muy alta su alcurnia, era ante todo el objeto de un deseo de posesión, de diversión o de mero entretenimiento galante. Pero Catherine me hizo descubrir sentimientos bien diversos. Me miraba a los ojos sin picardía, aunque sin inocencia. Sabía bien de mi fama de cortesano divertido e incansable bailarín y, aunque ciertamente obré siempre con proverbial discreción, hasta engañar con mi virtud aparente al propio Creutz, Catherine adivinaba mi carácter aventurero y seductor, sin por ello censurarme. De seguro no se habría escandalizado y acaso se habría divertido con la narración de algunas de las más audaces fiestas y conquistas de mis largas noches parisinas o aun de las más estrafalarias anécdotas turinesas, pero no sentía ninguna curiosidad especial. Le entretenían más otras historias de mis viajes y de mi vida. Escuchó con especial interés mi encuentro con Voltaire en Ferney, gustaba en nuestros paseos de conocer mis aprendizajes en la Sorbona y me interrogaba sobre el pensamiento de Newton o de Leibniz, o acerca de los descubrimientos más recientes de la historia natural. No parecía complacida, como tantas otras damas, de verse acompañada por un hombre singularmente apuesto y distinguido, como yo era tenido en aquel tiempo en la sociedad parisina: una suerte de novedad de la *saison*. Esa indiferencia hacia el galanteo y la frivolidad me atraían en el fondo, y hacían que su compañía

fuera algo diferente. Manifestamos en aquellos primeros encuentros ternura y amistad, pero jamás se escapó de sus labios ni de sus gestos el mínimo atisbo de afán romancesco o de iniciar un idilio. Y yo me mantuve fiel al libreto en todo momento, complaciéndome de su compañía e inteligente conversación, sin ocultarme que en realidad la deseaba de forma especial. Quería amarla, con más dulzura que pasión, pero no me engañaba; nunca lo he hecho a este respecto. La deseaba también, porque su pureza y frescura me producían la excitación de lo incógnito. No había afeites ni peinados «*Ques à co?*». Su apariencia era fresca y sencilla, limpia y sin adornos. Contrastaba con algunas cortesanas lamentables, infestadas de piojos y mugre bajo sus peinados, y cuya imagen brillante en la distancia se esfumaba en el hedor que exhalaban al acercarse. La línea pura del cuello de Catherine, el mirar dulce y algo lánguido, las manos cuidadas, la boca húmeda y rosada, todo revelaba la armonía externa de un alma que desprendía la misma belleza de la sencillez. Al tiempo que la respetaba, creí pues amarla y desearla, del mismo modo que estimé sacrílego desvelárselo, aunque debía de hacerse evidente en mi actitud, en la propia deferencia con que me conducía en su presencia, sin el asomo de galantería cortesana que acostumbraba a ejercitar con maestría en tantos cenáculos y salones ilustres de París. Creo que fue por entonces cuando sospeché que no había una sola forma de amar, que es imposible hallar un único amor verdadero, y que si nos persuadimos de ello es por respeto a la persona más amada o a quien más debemos amar; desde aquella juventud no me engañé en modo alguno acerca de que ese amor eterno encerraba una pura convención. Pude amar al mismo tiempo a varias mujeres y hacerlo con devoción muy pareja. Una vez era la sencillez y la frescura, la nobleza del alma o la inteligencia. Habría amado en la mañana a Catherine, y a María Angélica en la tarde. Y con la misma franqueza habría requebrado en la noche a alguna cortesana de frivolidad y picardía irresistibles, gozando ambos del espíritu común que celebra la juventud como una fiesta hermosa, con pasión sin duda, pero no menos sincera que cualquier otro sentimiento. La madurez traería más claridad a mis pensamientos, y aunque confirmaría mi intuición sobre la variedad del amor también me alumbraría con sumo dolor el alcance de una devoción sublime que difícilmente cabe compartir.

Por entonces cada noche en París prometía aventuras galantes. Era joven, demasiado joven. Las damas celebraban mi apostura y mi educación, mi conversación era apreciada; mi buen humor, contagioso. Gustaba de la ironía y siempre cerraba cualquier baile. La mejor sociedad reconocía en mí las virtudes más apreciadas del hombre de gusto francés y al tiempo se sentían atraídas por el porte marcial que acompaña a los nórdicos, y por ende a los Fersen, desde tiempos inmemoriales. Y en esas vanas pretensiones de seductor cifraba mis noches parisinas. Bolemany y Plomenfeldt me acompañaban en mis correrías de madrugada en los bailes de máscaras de la Ópera. Amamos en aquellas noches frenéticas a muchas mujeres, a menudo a pocos pasos de sus maridos. La picardía de las jóvenes francesas con frecuencia se trocaba en pura impudicia cuando ocultaban su identidad tras un antifaz. No faltó ocasión en que Plomenfeldt y yo compartiéramos besos y caricias de una misma mujer, contando con la resignación del buen Bolemany. Era joven, desde luego; excesivamente joven. Y la vida placentera se me ofrecía cada noche a cambio de nada. ¿Cómo no tomarla? Fue en la Ópera, en aquel enero gélido, cuando una damita elegante se me acercó y me susurró: «Estoy muy disgustada porque no seáis mi marido». Le pregunté por qué y ella dejó escapar una risita deliciosa al tiempo que musitaba: «Para poder acostarme con vos». La tomé por la cintura y le dije que aquello no iba a ser impedimento alguno. Pero dejó escapar un grito y se zafó bruscamente de mi abrazo para perderse entre el gentío. Quedé algo sorprendido, pero Plomenfeldt no tardó en requerirme para cumplimentar a

dos bellas damiselas, apenas ocultas tras sus transparentes velos. Finalmente hice una primera conquista de cierta nombradía, cuyos ecos llegaron hasta Estocolmo, aunque en verdad fue la marquesa de Brancas quien me condujo hacia su lecho sin excesivos prolegómenos. Aquella abreviatura del cortejo no dejó de sorprenderme y agradezco a la marquesa que haya sabido conducirme con tanta naturalidad sin molestarse por mi inexperiencia. En mi ingenuidad, yo no imaginaba que los amoríos con damas de alcurnia se gestionasen de forma análoga a los escarceos con damiselas burguesas o sirvientas, a los que yo estaba acostumbrado. Su disposición, por lo demás, se me figuró algo más discreta, pues yacíamos una primera vez apenas sin desvestirnos, y supuse que el pudor aristocrático exigía remilgos adicionales. Bastó una segunda vez para desengañarme y comprender que la discreción primera venía dada más por la premura de su ardor que por las obligaciones del título, y el descubrimiento no fue baladí. Cuando las apariencias se quedan desnudas y el hombre afronta a una mujer sin arma alguna que revele sus dignidades, acaba por descubrirse que la nobleza no necesariamente se acompaña del gusto, la hermosura, la limpieza o la delicadeza, y que hay cualidades que se obtienen más bien de la intuición y de la predisposición natural que del nacimiento. Si hubiera que inclinar la balanza, temo que hallé entre mujeres sencillas mayor feminidad y atractivo que en algunas cortesanas llenas de afeites y perfumes que disimulaban así la convicción arraigada, singularmente en Francia, sobre las nocivas consecuencias de la costumbre de asearse y exponerse a las infiltraciones del agua bajo la piel. Por desgracia, ningún hombre de ciencia había descrito los perniciosos efectos de la mugre una vez que la proximidad de la amante esterilizaba cualquier otro aroma, pero yo estaba dispuesto a adquirir la experiencia suficiente para alcanzar a escribir un capítulo de *La Enciclopedia* sobre ese trato.

No había concluido el mes, cuando en plenos festejos de carnaval, y tras haber rendido visita junto a Creutz al embajador español —a la sazón el hombre mejor informado de París acerca de las intimidades de la alcoba real—, haber asistido al concierto ofrecido por el conde Stroganoff y haber cenado en casa de madame d'Arville, me acerqué a la Ópera casi a las dos de la madrugada. La muchedumbre abarrotaba los salones y a duras penas conseguí recorrer todas las salas, con la esperanza de tropezarme con los jóvenes príncipes y princesas que, según se decía, se encontraban allí. Me quedé observando a un hombre provisto de una gran máscara que reía sus propias bromas, cuando una joven dama alta y esbelta me llamó por mi nombre. Su dominio blanco era exquisito y nunca lo había visto antes en ninguno de los innumerables bailes. Susurraba tras su máscara para que no pudiera identificarla, y ello me hizo presumir que nos conocíamos. «Señor de Fersen, me alegro de veros», musitó. «No tanto como yo, mi apreciada dama desconocida.» «¿Aunque ignoráis quién soy?» «Ignoro vuestro nombre, señora, pero sois sin duda mucho más que eso. Cualquiera que sea tal nombre, lo honraríais mucho más que él a vos.» Me miró de hito en hito con aire complacido y me sonrió: «Me habían advertido de vuestro ingenio y de vuestra galantería. Dicen que sois un hombre de éxito con las damas y que os preciáis de bailar hasta cerrar el baile». «Hacedme el honor pues.»

Mientras danzábamos y conversábamos, trataba inútilmente de escudriñar sus ojos para averiguar su identidad. Un iris azul profundo, oscuro, intenso como el mar bajo el sol no conseguía apagar el brillo chispeante de sus pupilas que me miraban con osadía y curiosidad. «No creáis todo lo que se dice, madame. Si en verdad tuviera tal éxito con las damas es probable que ni precisara ni pudiera permanecer en el baile hasta el final.» «¡Oh, señor de Fersen! —me respondió con fingida afectación—. Para un hombre apasionado nunca se sabe cuándo empieza o cuándo acaba el baile.» «Cierto, señora, pero es posible que los suecos seamos fríos y poco

apasionados.» «¿Se debe eso a las nieves y a los hielos de vuestra tierra, señor de Fersen?» «Más bien al frío de nuestra educación, señora. Yo encuentro la blancura de las nieves sentimental, ¿no lo estimáis así?» «Es posible, caballero, pero acaso la pasión y el sentimentalismo no sean hermanos. ¿Me habéis querido decir, pues, que sois sentimental?» «Sin duda así es respecto de la nieve, madame. En cuanto a las damas, me reconforta más su calidez.» «Tened cuidado, señor de Fersen... El calor puede derretir vuestra nieve...»

Conversamos aún durante un tiempo. Su compañía era exquisita. Sin duda era una jovencita de alta cuna y su voz traducía un leve acento impreciso. Sus gestos eran extremadamente elegantes, su gracia al moverse inigualable y, aunque nuestra conversación fuera frívola como requería la ocasión, en modo alguno resultaba banal. Sus contestaciones eran inteligentes y chispeantes, y no dejaba escapar sorpresa alguna por mis alusiones equívocas, que me devolvía con naturalidad, tanto más complacida si eran afortunadas u ocurrentes. Me deleitaba en su compañía cuando súbitamente varias damas se acercaron a ella y en voz baja le murmuraron algo, rodeándola y alejándola de mí con paso rápido. Mi sorpresa no fue poca, pero al punto advertí mi torpeza al no reconocer a la delfina y, claro está, al delfín, aquel hombre rudo que reía sus propias gracias.

Los bailes en París continuaban durante la cuaresma, algo inusitado en otras latitudes, donde semejante conducta se castigaba con la excomunión. A menudo no regresaba hasta bien entrada la mañana, pero procuraba con todo no descuidar mis estudios. En La Sorbona seguía con interés especial las clases de física y de historia natural. Conocí a María Angélica Diderot durante las lecciones de Valmont de Bomare. Tenía dos años más que yo y estaba casada con un maestro de forja, pero pronto hicimos amistad y me complacía pasear con ella en calesa por las mañanas. Me reconfortaba su espíritu alegre y vivaz, aunque no era singularmente hermosa. Por aquel tiempo se produjo en París el célebre proceso contra Beaumarchais por el asunto Goëzman y los quince míseros luises de plata blanca no devueltos. Beaumarchais expiaría su condena tratando en Inglaterra de que Morande retirase su libelo insultante contra madame du Barry. Pero el revuelo de su proceso, que alimentó en realidad su fama, pronto pasaría al olvido cuando el rey contrajo la viruela. Supe del empeoramiento de su estado cenando en casa de madame Geoffrin a principios del mes de mayo, y ella misma me confirmó el retiro de madame du Barry en Rueil, en casa del duque d'Aiguillon. El rey falleció esa madrugada y yo abandoné París dos días después, camino de Londres, con nostalgia.

Todo en Londres me resultó detestable desde el primer momento en que puse el pie en Dover y los aduaneros me sometieron a una humillante inspección. Ni su amarga cerveza, ni su comida exenta de cualquier refinamiento, ni sus mujeres poco agraciadas ayudaron a cambiar mi primera impresión. Ni siquiera me cupo el consuelo de su afamada comedia. Acaso en El Globo las obras de Shakespeare o Marlowe fueran representadas como los originales merecían, pero en el Covent Garden la moda imponía una representación sobreactuada y enfática en una lengua que, por otra parte, bien poco conocía y menos amaba por aquel entonces. El célebre Museo Británico me pareció tan ordinario como cualquier otro, si bien aprecié la extensa colección de cerámica etrusca que el embajador Hamilton alimentaba desde su embajada en Nápoles. El barón de Nolken me presentó al rey Jorge III en sus aposentos, impropios de cualquier monarca europeo.

De cierto la etiqueta era poco estricta y el rey me habló en voz muy baja para hacerme dos o tres comentarios y preguntas insustanciales. Al parecer siempre hacía idénticas alusiones a todo el mundo y evitaba que su parca conversación se hiciera evidente. Las costumbres no eran mucho más halagüeñas. En el Almack's Club, las damas debían esperar aburridas durante horas a que los hombres regresaran de sus clubes misóginos, y no se animaban hasta bien entrada la medianoche. En verdad gozaban de una libertad de movimientos mucho mayor que en cualquier otro lugar de Europa, con la salvedad, quizá, de algunas ciudades helvéticas, pero su escaso atractivo y menguado poder de seducción no alentaban a aprovecharse de su libre albedrío. Me maravilló, empero, la abadía de Westminster; allí no solo se enterraba a reyes y altos miembros del clero y de la aristocracia, sino a todo ciudadano, cualquiera que fuese su condición, que se hubiese distinguido en el ejercicio de las artes o de las ciencias. En la muerte, pues, los ingleses no ensalzaban el nacimiento, sino el desempeño en vida; y esta forma postrera de igualar a los hombres por su mérito me proporcionó una buena guía para conocer el auténtico espíritu inglés, que tantos beneficios les rendiría en la paz y en la guerra. Con el tiempo apreciaría más justamente otros merecimientos de la cultura británica, pero por entonces fue un alivio regresar rápidamente a Francia, aunque mi primera visión fuera la triste ruina de las fortificaciones de Dunkerque. El otoño me llevó por el norte de Francia, Bélgica, Holanda y Alemania hasta Postdam, donde pude conocer al rey de Prusia. Pero en Dresde me esperaba la más grata de las sorpresas. Los Leyell se hallaban allí preparando su regreso a Inglaterra y pude ver a Catherine brevemente. No puedo expresar con justeza la agradable sensación que me produjo el reencuentro. A pesar de mi vida llena de placeres y de aprendizajes, envidiable para un joven cualquiera que fuera su origen, bastaba una sonrisa de Catherine, su afable trato, la conversación distendida y sincera, para que otro yo se me descubriera repentina y gratamente. No sufría en su ausencia mal de amores ni componía, como era costumbre en tantos otros, poemas de amor arrebatados donde la conquista o el suicidio recurrían como única alternativa. De hecho, ni la poesía ni ninguna otra forma de literatura me resultaron nunca atrayentes. A lo más, al recordarla, me refugiaba de forma más íntima en las notas de mi flauta, tratando de reproducir algún pasaje de Grétry. Pero eso debió de ser algo más tarde, cuando su compañía me resultaba ya inalcanzable y la convención se interpuso entre nosotros. Pero en Postdam aún Catherine era el único ser del universo con quien podía olvidar el ingenio y las reglas del trato social, formal o galante. Me hacía sentir, pues, libre y natural, y no eran pocas las ocasiones en que dejaba fluir las palabras sin haber de pensarlas ni sopesarlas, sabiendo que ella siempre comprendía, que leía en mi corazón sin prejuicio alguno y que gustaba de mi compañía precisamente por ello. Descubrí, pues, a una edad impropia, que acaso el verdadero amor no se nutre tanto de pasiones como de sentimientos suaves y deliciosos, de tácitas comprensiones que habilitan más el silencio que el requiebro, la paz que el cortejo. Nunca sabré a ciencia cierta si me engañaba o si Catherine me subyugaba precisamente porque nuestra relación era atípica, incluso exótica, si se parangonaba con mi ajetreada agenda de conquistas galantes y romancescas. Aquel fugaz encuentro en Postdam no fue suficiente para poner a prueba mis experiencias amorosas y definir si de verdad amaba a Catherine porque mis sentimientos hacia ella se me antojaban diferentes a los que había sentido por cualquier otra mujer, o acaso erraba al confundir el verdadero amor con el simple hecho de que mi sentimiento fuera diverso. Con el tiempo habría de descubrir hacia otra mujer inclinaciones bien parecidas, pero entonces había madurado lo suficiente para saber que un corazón grande puede albergar más de un gran amor. Las circunstancias me impedirían, sin embargo, cerciorarme de hasta qué punto y límite podría haber llegado mi amor por

Catherine.

Para Navidad regresé por fin a Estocolmo. Hacía cuatro años que no veía las olas saladas del Saltsjön ni las aguas dulces del Mälär, y tardé en habituarme al silencio y al gélido ambiente reflejado en el semblante de las jóvenes compatriotas. María Antonieta tenía razón: solo el calor de las italianas y de las francesas había de conseguir derretir mi nieve, pero en aquel comienzo del año de nuestro Señor de 1775 mi mente y mi corazón solo albergaban el deseo de volver a ver a mi dulce Catherine. Mi padre no dio pie a muchas divagaciones. Me impuso pronto severas entrevistas donde me ponía al tanto de la situación política de Suecia, al tiempo que escudriñaba mi más mínimo gesto para calibrar el buen criterio y los resultados de mi formación. No podía ocultar cuánto lo había incomodado el golpe a la Dieta del rey Gustavo, a pesar de que se mantuvo a regañadientes cerca del monarca, a quien yo admiraba mucho más por su caballerosidad y clemencia y su noble gesto de tapiar la Cámara de las Rosas. Comprendí por aquellos días que mi devoción por la monarquía se había acendrado en mi periplo francés, y en cambio no albergaba ya dudas de que mi padre era en realidad un republicano liberal afrancesado, curiosa mixtura que en sus últimos años más de una vez debió de hacerle pensar, espero que con horror, en su afinidad con los jacobinos; de forma injusta por lo demás, pues fue ante todo un hombre de orden y un estratega, y sus veleidades liberales tenían más que ver con la tradicional volubilidad y debilidad de nuestros monarcas que con cualquier absurdo afán de subvertir el orden humano y divino. Esa suspicacia bastó para que rechazara por dos veces la petición de mano de mi encantadora Sofía por parte del duque Federico, a la que mi hermana no era indiferente. Pero mi padre no estaba dispuesto a admitir lazos tan estrechos con la familia real que se hubieran anudado al cuello del Partido de los Sombreros y a su propia libertad de juicio.

Gustavo III y la reina Sofía-Madeleine me recibieron calurosamente en palacio. El rey acababa de posar para Alexander Roslin y cada vez que he vuelto a ver su retrato en palacio, con su sobretodo de brocado de plata y el Gran Cordón de la Estrella Polar, he recordado aquel encuentro. El rey, con su proverbial insistencia, me incitó a participar en las interminables fiestas invernales, y muy a menudo debí colaborar en sus montajes teatrales con toda mi familia, mientras la corte entera asistía tiranizada a aquellas representaciones constantes. Algunas piezas eran compuestas por la princesa Hedwig-Elisabeth-Charlotte, esposa del duque Carlos. Por entonces no tenía más de dieciséis años, y sin duda sobresalía por su carácter chispeante y alegre. Su marido, mi mentor francmasón, era célebre por sus amoríos y aventuras, y en la corte reinaba un ambiente de relajadas costumbres. Tal vez por eso me fue dado aliviar el tedio compartiendo el lecho con su encantadora esposa, la princesa, a quien mis habilidades «turinesas» no dejaron de complacer. Comprendí pronto que la desnudez del amor, como la de la muerte, iguala las condiciones y los linajes, y que príncipes y plebeyos hallan su estado común en la horizontalidad del tránsito y del ayuntamiento. Y en ambas desnudas ocasiones no cuentan privilegios ni cunas; únicamente las leyes universales que rigen una existencia se imponen de manera inexorable sin reparar en rangos ni en alcurnias. No sabría decir si aquel amor desnuda ahora algunas de las razones de mi muerte, pero sospecho que en aquellas insignificantes representaciones el destino tejió el golpe de teatro que al punto acabará con mi vida. De hecho, mis amores con Hedwig acaso tuvieron algo que ver —y reparo en ello justo ahora— con el incidente que provocó la orden que recibió Sofía una noche para acudir a una recepción privada en palacio, tras la cena. Mi madre rehusó airada la invitación real, lo que indignó al rey y, sobre todo, al duque Carlos,

que llegó a hablar de un crimen de lesa majestad. Pero la segunda conminatoria mereció la misma contestación, y como capitán de la guardia hube de transmitir a mi propia familia la tercera orden, y al rey su consecutivo rechazo. Mi padre madrugó a fin de personarse en palacio a la mañana siguiente para recriminar la conducta del propio rey: «Conozco las leyes de este reino, y en ninguna parte indican que los príncipes tengan la potestad de hacer llamar a nuestras hijas a la corte a cualquier hora de la noche en que les venga en gana. Una buena hija de familia no puede humillarse hasta el punto de hacerse presente y tener que esperar en un salón de palacio junto a algunas bailarinas de ópera a que sus majestades acaben de cenar para entrar en compañía de estas señoritas a amenizar el baile...». Gustavo hubo de darle la razón, y ello debió de exasperar a su hermano Carlos. Haber rechazado la mano de Sofía, que el duque Federico había pretendido con la aquiescencia de mi hermana, primero, y negarse por tres veces a que acudiera a la corte, después, fueron dos buenos golpes que el feldmariscal Fersen propinaba a la soberbia de la realeza sueca. Tengo para mí, sin embargo, que me correspondió el honor de infligir el definitivo, y de seguro que al duque Carlos no le habría importado la condición de cornudo si no le hubiese sido impuesta por un Fersen.

Durante aquella época estaba lejos de sospechar devenir tan misterioso, anclado como me hallaba en la más prosaica ociosidad; no sabía si me fatigaba más mi condición de cortesano o las ingratas tareas como capitán de dragones. Pero así pasaron tres años en cierta monotonía, hasta que mi querida Sofía contrajo matrimonio, al fin, con el conde Adolfo-Luis Piper, chambelán y secretario de la reina Luisa-Ulrica, un mentecato que haría infeliz a mi hermana hasta el punto de que me complació que con el tiempo se hiciera amante de mi gran amigo Evert Taube. Al día siguiente del enlace, mi padre se me acercó sonriente para interesarse acerca de si la ceremonia de la víspera no me había animado a imitar a mi hermana. «Ya sé que aún no tenéis veintidós años —me dijo—, pero se os presenta la ocasión de un matrimonio que compensa al corazón y a la razón. La forma en que me habéis hablado de mademoiselle Leyell me hace pensar que no os desagrada. Aunque su familia no tenga un nacimiento como el vuestro, vuestra madre no se opondrá a esta unión, sobre todo si mademoiselle Leyell consiente en instalarse con nosotros en Estocolmo. En cuanto a mí, me satisfaría esta alianza con una de las familias más ricas de Londres... ¡Oh, no pongáis esa cara!... Es una cuestión que debe tenerse en cuenta. Vuestra estancia en el extranjero me ha costado más de lo que imaginaba... Debo pensar en la educación de vuestro hermano... Por lo demás, no dudo que los Leyell os permitirán seguir la carrera que elijáis y hacer un buen papel... Y no temáis, os proveeré con generosidad para los gastos de vuestro viaje a Inglaterra.»

¡Inglaterra! El tedio me apesaba. Soñaba melancólicamente con los días pasados en Turín, en París, en Versalles... El placer, el encanto, la vida fácil, las mujeres hermosas... ¡Inglaterra! ¡Ah, no! Solo Francia podía devolverme la felicidad. Nada me ligaba a mi patria más que mi amistad con Sofía y alguna condesita encantadora. Pero debía regresar a Francia. No manifesté desdén alguno por la interesada propuesta de mi padre. Esta vez el camino hacia París pasaba por Londres y la familia Leyell.

III

Dos meses pasé en Londres, en mi residencia de Suffolk Street, esperando la ocasión para proponer matrimonio a Catherine. Casi todas las tardes la visitaba en la mansión de los Leyell y en su grata compañía transcurría la *soirée*. En esta hora de la verdad me pregunto cómo fui tan necio de no percatarme de su actitud distinta. Siempre tan gentil y encantadora, debí apreciar ese atisbo de distancia y melancolía que ahora puedo recordar con mayor nitidez con cada golpe y con cada patada de estos miserables. Solo ahora caigo en la cuenta de que acudí a Londres con una misión y una estrategia que arruinaron la naturalidad y la magia de nuestros encuentros anteriores. Su fina inteligencia no tardó en descubrir la falacia de mi desenvoltura, el meditado plan con que desembarqué en Londres. Si hubiera descartado toda idea preconcebida y dejado fluir la pureza de nuestro afecto, es posible que a la postre hubiésemos unido nuestras manos y que mi proposición de matrimonio no la hubiese indispuerto ni sorprendido. Pero no solo su mente y su corazón me sobrepujaban ampliamente, sino que ella debió de sentirse decepcionada al descubrirlo.

Cuando abiertamente le propuse matrimonio, lo hice con aplomo y la convicción visible de que había de aceptar. Ni siquiera fui capaz de interpretar su dulce negativa. Aseveró que no dudaba de mi amor, mas se amparó en su firme convicción de no abandonar a su familia ni a su país. La creí, sin más, y debí ponerme en ridículo al insistir reafirmando mi pasión y profiriendo los más extremos juramentos y promesas, tan ajenos a mi forma de ser poco poética. Aún ahora me sonrojaría, si no fuera porque la sangre me baña el rostro, al pensar en la decepción que hube de producirle. Si Catherine me amaba debió de ser, precisamente, por lo lejos que estaba mi proceder de las convenciones galantes de pretendientes interesados, por la sinceridad de nuestra compañía, por la paz de nuestra conversación. Acaso esperaba ella que esa amistad madurase, que nuestro conocimiento fuera poco a poco alumbrando la llama de un amor incipiente que debía ser probado en el crisol del tiempo y no en el yunque de la voluntad. Pero mi soberbia me traicionó con el auxilio inestimable de mi padre. Imaginé con torpeza que Catherine había de caer rendida en mis brazos, halagada por la propuesta de un noble de nacimiento tan disparejo al suyo. Creí entonces que su excusa era cierta. ¡Qué vanidad por mi parte! Un espíritu libre como el suyo, acostumbrado a larguísimos y frecuentes viajes, en modo alguno había de temer la separación de su patria ni de su casa paterna. Siento como una puñalada en mi corazón la certeza de que sospechó que era su dote lo que yo perseguía, o acaso intuyó la pura verdad, imaginando al senador Von Fersen tomando la decisión interesada que a mí me correspondía. Lamento, ahora que es inútil, no haberle participado cuánto comprendía su negativa, y no haberle pedido perdón por mi torpeza y mi indignidad, pero sobre todo no haberla persuadido de la autenticidad de mis sentimientos.

No creo que el señor Leyell influyera en Catherine. Cuando tuvo constancia de su decisión, me expresó cuán penosa le resultaba y la desolación que le producía. Se deshizo en cumplidos hacia mí, invocando nuestra amistad y asegurándome contristado que escribiría al señor Fersen.

Columbraba, con razón, que la negativa había de irritar a mi padre, por lo demás fácilmente irascible. Yo también lo temía, e intuía que me haría regresar a Estocolmo de inmediato para arrostrar sabe Dios qué penitencias. Escribí a mi entrañable hermana Sofía para que intermediara, mientras rogaba en otra misiva a mi padre que me permitiera olvidar mis cuitas refugiándome en París a fin de concentrarme así en la carrera militar o diplomática. La situación política abría, desde luego, jugosas perspectivas. Francia e Inglaterra combatían por y en América, y Austria y Prusia se disputaban Baviera. Con el beneplácito de mi padre puse mi espada al servicio de Federico II, y esperé la decisión del rey en París. Allí contacté de inmediato con Creutz y Ramel, y empecé a frecuentar a compatriotas oficiales que se aprestaban a luchar en América al lado de Francia: el barón de Staël, el barón Taube y el conde Stedingk, entre otros.

No habían transcurrido aún tres días desde mi llegada a París —era exactamente el 25 de agosto de 1778— cuando Creutz me presentó de nuevo en la corte de Versalles. Al percatarse la reina de mi presencia me sonrió de una forma encantadora, exclamando: «¡Ah, el señor de Fersen! ¡Un viejo conocido!». Me conmovió que no hubiese olvidado mi nombre o mi rostro, a pesar de tan furtivos encuentros en un pasado que se antojaba demasiado lejano. Requirió a Creutz para que yo fuera invitado a sus juegos de domingo. Por entonces estaba la reina en avanzado estado de gravidez y su círculo íntimo era en extremo reducido, máxime cuando buena parte de los cortesanos se concentraban en los preparativos militares de Normandía, bajo las órdenes del mariscal De Broglie. Yo ansiaba visitar las maniobras, y allí me vi, ataviado con mi nuevo uniforme de oficial sueco, en compañía de Stedingk. Revivo mi encuentro con De Broglie con agrado. El mariscal formuló calurosas alabanzas hacia mi padre, que fueron aplaudidas por Beauvau y otros oficiales. Nos recibieron con camaradería, nos distinguieron con todas las atenciones, y pudimos entonces comprobar el buen estado del ejército francés.

Después de tres semanas regresamos a París por el camino de Caen y nos desviamos para conocer la célebre abadía de La Trappe. Llovía torrencialmente y la oscuridad absoluta se cernía sobre aquel valle estrecho y sombrío, rodeado de colinas boscosas. Caía la tarde. Al percibir en lontananza el claustro de la abadía un escalofrío me sobrecogió. Penetramos en aquella edificación irregular, sobria e imponente al tiempo, de la mano de un monje mal vestido y malencarado, que en primer término nos condujo a una pequeña capilla tabicada en madera donde nos ofreció agua bendita. De ahí nos acompañó hasta una tribuna enrejada. El atardecer se adivinaba en el vano de la techumbre, que apenas difundía una suerte de penumbra sobre los monjes que, reunidos en la capilla, entonaban una triste letanía. Durante el oficio, el misticismo de los cistercienses me contagió. Me angustiaba la austeridad de aquellos monjes de hábitos raídos y sin rasurar, consumidos en sus huesos por una dieta de verduras cocidas, acostumbrados a retirarse en celdas diminutas y lóbregas donde no podían gozar del privilegio de una bujía o de un candil. Sus cantos monótonos y lánguidos eran sus únicos diálogos y solo hablaban una vez, al prior, para la última unción.

Cuando el servicio hubo concluido, uno de los monjes encargados de recibir a los extranjeros se nos aproximó y nos rogó en voz baja que no hablásemos si él no nos dirigía la palabra. Frisaba la treintena y su gesto era sonriente y alegre. Nos guió siempre en silencio a contemplar sus celdas, la sacristía y la iglesia. Visitamos en su muda compañía el cementerio y la tumba del abad de Rancé. Se dirigió a nosotros para saber de nuestro origen, y al constatar que éramos suecos se interesó por Carlos XII y Pedro el Grande. Pudimos así charlar un rato mientras nos acercábamos a uno de los corredores que bordean el coro, donde iba a tener lugar la ceremonia del lavado de pies, que se produjo al amparo de una lectura moralista que no consigo recordar y

que un monje enjuto de voz atiplada salmodiaba desde una cátedra. Dispusieron agua en una jofaina y nos lavaron las manos, antes de ofrecernos una inopinada colación, tan exquisita como frugal, y proporcionarnos una habitación para ambos incomparablemente más amplia y confortable que las suyas, con buenos lechos, donde pudimos dormir a gusto. Sin haber despuntado la aurora, el mismo monje que nos había recibido en el claustro nos despidió en el silencio más absoluto. Me invadieron una vez más la tristeza y la desesperación al apreciar la envergadura de su sacrificio, abandonados y despreciados todos aquellos placeres que tan bien yo conocía y de los que gustaba. Negaban enfáticamente la leyenda de que solo se ocupaban en el exterior de cavar sus tumbas, pues aseguraban realizar trabajos de jardinería para desentumecer sus músculos, pero yo no hube de ver pensil alguno por los alrededores... Cuando doce años después la Revolución los llevó al martirio o al exilio, y solo un puñado de ellos pudo llevarse su estricta observancia a tierras de Suiza, yo habría de rememorar todos sus rostros y el mismo sobrecogimiento que me desamparó en mi visita. Y lo cierto es que nunca más volvió a mi memoria aquella jornada que hoy aborda mi mente y me ocupa más que otros pasajes brillantes y señalados en las páginas de mi historia, que se escribieron en el mismo libro de la historia.

No se complació el senador Fersen del fracaso de mi proposición de matrimonio, ni tampoco le plugo que Federico II declinara la invitación para aceptar oficiales suecos como ayudas de campo. Más le irritaba lo primero que lo segundo y me remitió un par de misivas conminándome a que confesara mis verdaderos propósitos hacia mademoiselle Leyell. Evité ser sincero, no tanto por orgullo como por comodidad. Le sugerí que no amaba a Catherine, aunque estuviera de acuerdo en que era un buen partido, y procuré excitar su celo de viejo soldado manifestando mi verdadero deseo de seguir sus pasos y ser de utilidad a mi patria. «Servirla como usted, padre, es todo lo que anhele —le escribí—. Soy aún demasiado joven y debo adquirir experiencia. Si mademoiselle Leyell continúa amándome, no descarto que dentro de cuatro o cinco años, seis a lo sumo, retomemos el asunto seriamente. Entre tanto querría participar en alguna campaña. Es posible que el señor Leyell no viva mucho y, si él es el obstáculo, todo entonces vendrá rodado.»

La indignación francesa por el asunto de la fragata *La Belle-Poule* aún resonaba a mi regreso a París, alimentada por la popularidad de ese fénix de la diplomacia que era Benjamin Franklin. Todos los gentilhombres de Francia, y entre ellos los oficiales suecos y daneses, estábamos ansiosos por contribuir a la causa de los insurgentes americanos. Por desgracia, obtener la autorización no era asunto sencillo, y Stedingk, Taube y yo no tuvimos más remedio que combatir la ociosidad con algo de vida mundana, que en mi caso muy pronto discurrió por cauces extraordinarios. Apenas tres semanas después de mi regreso recibí un billete de la reina con un mensaje sorprendente. Al parecer, el esplendor de mi nuevo traje de oficial sueco durante mi estancia en el campo de maniobras de Broglie había llamado la atención de las damas de los oficiales, y a madame de Boufflers le pareció picante. La descripción que hizo de mi atuendo a la reina me haría reír años más tarde en una deliciosa mañana de verano en los jardines del Trianon: «El traje, señora, favorece su apostura, su gentil talle. Su porte, sus maneras, su rostro, todo en él tenía un aire de héroe romano; era como el Hipólito de Racine». Así la reina no pudo contener su curiosidad y me pidió que compareciera en su residencia, no en la corte, de la misma guisa. Obedecí solícito y cuando entré en su gabinete dorado las conversaciones se interrumpieron. Puedo decirlo sin modestia alguna, ahora que todos mis galones han sido arrojados por las

ventanas y despedazados por la muchedumbre y me revuelco casi inane bajo los furiosos golpes de una jauría enloquecida. Con la misma frialdad con que observo esta miseria acepto el esplendor de mi presencia aquella fría velada de noviembre en Versalles. No era tan estúpido como para ignorar que mi apariencia física y mi educación producían un efecto muy favorable en las damas, y en muchos hombres por añadidura. Era bien proporcionado y mi estatura sobresalía; mis rasgos eran finos, mi piel mate, mi mirada soñadora y dulce, y no me faltaba ingenio. Y utilicé los dones de la naturaleza y de la educación cuantas veces pude, en la política y en el cortejo amoroso. No imaginé entonces, y estaba muy lejos de hacerlo, que en el interés de la reina pudiera haber algo distinto a una cándida curiosidad. Ni siquiera estoy seguro de haber estado del todo errado, a pesar del curso posterior de los acontecimientos. Nadie sabe con qué tinta se escribe el devenir. Es fácil creer desentrañar los signos cuando pertenecen al seguro puerto del pasado, y entonces mostramos las historias como una cadena de hechos ligados por lazos de razón y causalidad incontestables. Pero los historiadores no escriben la historia, solo la narran. Si ellos la hubieran escrito alguna vez, o siquiera la hubieran vivido en primera persona, no se atreverían con semejante audacia a tanta impostura. Rasgan sus plumas en torcidos renglones con falsa prosopopeya y más fabulan que describen. Poco atisban desde sus cómodos escritorios de cilindro acerca de cómo y por qué los hombres deciden dar un paso del que depende la suerte de una nación o de una vida. Se figuran a ese hombre sopesando razones y sinrazones, efectos y efectismos, sin reparar en cuántas veces se limita a extraer el naipe que la baraja le ofrece sin más reflexión que un pálpito. Ignoran sentados en sus butacas que no toda nalga es tan deforme como la suya, pues el hombre de acción vive de pie y aun en marcha, y no acostumbra a gozar del tiempo preciso para ensoñar sus poéticas lucubraciones. Nada les impide, empero, cerrar la tapa del cilindro con satisfacción cuando han ultimado para la posteridad el relato fantástico de una epopeya absurda que habla de seres quiméricos e irreales tanto por magníficos como por ridículos. En aquella espaciosa y delicada estancia privada del palacio de Versalles, la reina era una jovencita curiosa y yo un joven pretencioso. Y esa prosaica reunión se antoja tan simple como falsas y repulsivas hubieron de ser luego las maledicencias del vulgo y de los que, más nobles o ennoblecidos, trataron de escribir la historia desde sus fétidos pedestales erigidos sobre el rencor.

La reina se turbó al verme y temió que el palafrenero mayor, a quien ella tendía su mano en el momento en que irrumpí en el salón, se hubiese percatado de ello. Así mismo habría de confesármelo cuando ya nada podíamos esperar el uno del otro. Por entonces, solo percibí la calidez de sus halagos hacia el buen gusto de los suecos, y a la reina no debió pasarle desapercibida mi felicidad al oírlos, mientras me sonreía y sus ojos despedían una luz indefinible. Su trato desde aquel día incrementó hasta el infinito mi éxito social en los salones de París. Pero mi reconocimiento en la corte pronto se trocaría en una incómoda relevancia. La benevolencia solo duró hasta que la reina dio a luz a la princesa María Teresa Carlota, casi al mismo tiempo que las campanas de Estocolmo celebraban el nacimiento del príncipe real Gustavo-Adolfo. Que el rey de Suecia no había consumado el matrimonio era del dominio público en la corte, pero Gustavo acreditó como de costumbre su buen juicio y su sentido práctico. Suecia necesitaba un heredero y él alejarse del tálamo real para poder entregarse a sus inclinaciones nefandas, así que propuso a la reina una feliz reconciliación, delegando en Munck, palafrenero mayor y hombre de confianza del rey, la responsabilidad de sus funciones conyugales. A Sofía-Magdalena le complugo la sustitución, y para guardar las formas se propaló el rumor de que el apuesto Munck se entretenía con una de las camareras de la reina. Cuando

cada noche Munck y el rey se dirigían con todo misterio a los aposentos reales, se debía suponer que el rey buscaba el lecho de su consorte y Munck el de la joven Ramström. Creutz me participaba estas confidencias mientras cenábamos el exquisito *ragoût* preparado con sus propias manos por la baronesa de Ramel. Yo fingía atender a sus revelaciones mientras sutilmente hacía a Julie, su camarera, signos de complicidad. Julie se había prestado, con la aquiescencia de Ramel, a llevar a cabo algunas tareas domésticas para mí. Jamás lavó una camisa ni limpió mis botas, ni preparó mi baño. Más bien nos bañamos juntos alguna que otra vez, y su recompensa fue bien menguada, pues me disuadía para que no la obsequiara con la menor bagatela y afirmaba que retozar conmigo en lugar de arrostrar las aburridas tareas de su oficio era regalo más que suficiente. Ni que decir tiene que hice todo lo posible por procurarle su más dilecto presente con la máxima frecuencia.

Apenas la reina de Francia se hubo restablecido de su alumbramiento, se reanudaron las recepciones y las fiestas en la corte, con mayor magnificencia que nunca. Tras la cena, un grupo reducido de privilegiados disfrutábamos de la velada en los aposentos de la reina, o al amparo de las pequeñas fiestas dadas en su honor por madame de Lamballe y madame de Polignac. El propio Polignac, Châlons, Andlau, Polastron, los duques de Guines y de Coigny, los condes de Artois, Vaudreuil, D'Adhémar y Dillon, el viejo barón de Besenval, representaban en aquella camarilla a la sociedad francesa. Los extranjeros nos contábamos con los dedos de una mano: el príncipe de Ligne, Valentín Esterhazy, Stedingk y yo mismo. Aquella compañía no me resultaba especialmente grata. Llegaban a exasperarme sus coqueterías y petulancias, su afectación y ligereza, de forma que mi carácter, en contraste, se iba haciendo más y más reservado y respetuoso. La reina siempre platicaba y trataba con cada cual en el justo mismo tono de sus palabras y con mayor brillantez emulaba todos los registros y cadencias. La observaba y adivinaba que aquel diestro ejercicio la agotaba por momentos, y cuando se hastiaba, comúnmente al cabo de la velada, buscaba mi compañía para dialogar de forma serena, sincera, como necesitada de reposo tras el insostenible esfuerzo de sostener tal farsa durante horas. Una tarde en que habíamos estado jugando al billar, se me acercó: «Señor de Fersen, os veo serio últimamente. ¿Os preocupa algo?» «No, señora; nada en absoluto.» «¿Os aburrís entonces?» «Señora —le sonreí—, en vuestra compañía el tedio huye presuroso. Me basta con observaros para que el tiempo huya también.» «*Tempus fugit*, señor de Fersen, huye siempre aunque no seamos capaces de percatarnos.» «¿Teméis el paso del tiempo, señora?» «No temo hacerme vieja, querido amigo, si es lo que insinuáis. Únicamente temo hacerme vieja sin haber gozado lo suficiente de mi juventud. Para una reina, debéis imaginar, hay muchas cosas prohibidas, acaso la propia juventud.» «¿No os divertís, señora?» «¡Oh, señor de Fersen. Sois un cínico. Pensáis que todo este ambiente jovial y desenfadado que me rodea es mi diversión, pero tal vez os equivocáis. La música y el ruido pueden ser una forma de apagar los ecos de nuestro corazón, al igual que la mucha compañía puede enmascarar la soledad.» La miré a los ojos con profundidad antes de formular una pregunta: «¿Os sentís sola, señora?». ELLA me devolvió la mirada con el brillo indescriptible de sus pupilas, que resaltaba el iris de un color cobalto idéntico al del mineral que extraían los mineros de Sajonia. Meditó su respuesta: «A veces, mi querido amigo, ¿y vos?». «Supongo que sí —le contesté—. A decir verdad, creo que a menudo nuestra vida está ordenada por pautas absurdas que acaban por anular nuestras potencias. Cumplimos lo que se espera de nosotros, pero tenemos la convicción íntima de que nuestro verdadero destino nos aguarda fuera del camino marcado.» «Lo habéis descrito bien, señor de Fersen; ¿y hacéis algo

para abandonar vuestro camino?» «Cuando me agota la rutina, señora, emprendo un viaje con la vana esperanza de que el cambio de lugar me apartará de ella, pero mucho me temo que sigo en el mismo sitio, pues la senda que busco no es de las que se recorren en un coche de alquiler o a lomos de una buena cabalgadura.» «Definitivamente, querido amigo, creo que compartimos algunas cuitas, y confío en que alguna vez hallemos ambos esa senda de la que habláis. Por el momento, alegrad vuestro hermoso rostro y ahogad vuestra melancolía con bellos sonidos.» «Os obedezco complacido, señora.»

Las confidencias con un extranjero en un tono menos liviano y festivo sirvieron de excusa para una alarma en su círculo íntimo que nada tenía de inocente. Se decía temer una influencia indebida sobre la reina de un noble extranjero, hijo de uno de los hombres más influyentes del reino de Suecia. Madame de Polignac, la favorita de María Antonieta, abusaba de su predominio repartiendo prebendas y favores en toda la corte, y tengo la certeza de que alentó el gusto de la reina hacia mí. Mi condición de noble extranjero no ensombrecía sus planes, mas es seguro que de haber sido un francés rodeado de parentela y susceptible de ser premiado con rentas y cargos no habría contado con su complicidad. Entonces no fui bien consciente de ello, halagado por una predilección que no escapaba a una corte acostumbrada a interpretar el significado profundo de un gesto trivial o a descifrar con exactitud el alcance de una palabra intrascendente. Nos espían, nos acechaban, mesuraban cada uno de nuestros actos, palabras, miradas y gestos... Se rumoreaba acerca de nuestras entrevistas en la Ópera, de nuestros encuentros privados en el Trianon, de un mero intercambio de miradas.

No fui bien consciente de cuánto había crecido la pajarota hasta que Stedingk me hizo una confidencia que me alarmó, por lo impropio que resultaba en él descender a semejante grado de intimidad. Paseábamos una fresca noche tras disfrutar como tantas otras de la hospitalidad de madame Stegeman. Marchábamos silenciosos, cuando me espetó: «Axel, ¿conoces los rumores sobre los amantes de la reina?». «He oído cientos de insinuaciones y medias palabras, Kurt —le contesté—, pero jamás les he dado crédito. Confunden la alegría contagiosa de la reina y su buen humor con frivolidad amorosa. Sabes que muchos odian a la reina, porque odian a Austria, y no ven en ella más que el rostro aborrecido de una archiduquesa hija de María Teresa.» Stedingk pareció meditar sobre mis palabras, pero no varió el rumbo: «Hay quien afirma que es víctima de furor uterino». Y me miró de soslayo. Afortunadamente la luna menguaba y no pudo apreciar cómo mi rostro enrojecía de vergüenza y de furor. Si no hubiese sido mi camarada y, sobre todo, si no hubiese temido evidenciar mis verdaderos sentimientos, lo habría desafiado allí mismo, sobre las calles enfangadas de París, y tal vez nunca hubiera llegado a ser el héroe de Savolax ni destacado miembro de la sociedad de Cincinnatus. Callé entonces e ignoro ahora qué papel le toca a mi camarada en el hecho de que sea yo quien vaya a exhalar en el fango de una calle parecida, aunque sea de Estocolmo, mi último aliento. Callé, pues, y mi amigo se decidió a ser franco. «Dicen que tú eres uno de ellos, acaso el principal.» «Sabes que no es cierto», repuse secamente. «Lo sé, pero que sea o no cierto no tiene demasiada importancia. Lo que ha de preocuparte es el hecho mismo de que se diga, y no con admiración ni con cariño, sino con reserva y prevención.» No proseguimos la conversación. Stedingk sabía que rumiaba sus advertencias, mientras recordaba aquel primer consejo paterno: «Estad atentos a todo lo que se dice y más aún a la forma en que se dice...». Tenía que preocuparme mi reputación, no la de la reina. Y así debió interpretar Stedingk mi silencio concentrado, a menos que su genio y su comprensión del terreno fueran mucho más allá del arte militar y la diplomacia. En verdad me

preocupaba ELLA; me soliviantaba mi reciente sonrojo y me avergonzaba no haber podido o querido comprender a tiempo que, en realidad, ELLA me amaba, y yo creía amarla a ELLA. Necesitaba su compañía y su amistad. Y uno sabe que la amistad y el amor suelen tener la misma raíz. Seguramente la amaba o pronto habría de amarla, y no podría dejar de amarla cualquiera que fuera mi deseo. A una reina no se la abandona, si ella te ama.

¿Y me amaba ELLA, en realidad? Me concedía, cuando menos, un trato preferente, íntimo, diferenciado. Recuerdo como, turbada, buscaba mis ojos mientras ejecutaba al piano una cantinela apasionada de la ópera de moda de Piccinni, justo al llegar al pasaje «*Ah! Que je fus bien inspirée, quand je vous reçus dans ma Cour*». Puso tal énfasis en su papel de Dido que hubiera suscitado la envidia de la propia madame de Saint-Huberty... Fuera o no amor, me profesaba una amistad que me otorgaba el rango de confidente, un privilegio de intimidad que podría devenir fácilmente en amorío. ¿Qué otros amantes, sino yo, podría tener? ¿Quién sino su fiel Fersen, a quien era capaz de dirigirse sin frivolidad, con gravedad y sinceridad? ¡Oh, sí! Debía de amarme ya por entonces, y ello significaba que corría un peligro sin parangón con el que yo mismo pudiera arrostrar. ¡Qué estúpido había sido! Tuvo que ser Stedingk, persuadido mucho antes del riesgo, mientras deambulaba en compañía de la pequeña corte del Trianon, quien me pusiera con habilidad ante la evidencia de mi estulticia. Siempre fue mejor militar que yo; siempre supo ver antes y más allá, desconfiar y proteger su retaguardia al tiempo que propinaba al enemigo golpes mortales. A él no le habrían sorprendido, como a mí, sus propias huestes; no habría entrado en la boca del lobo con la candidez de un oficial inexperto. Él morirá en su lecho, a su tiempo, sin dejarse tomar la espalda por un populacho enloquecido, prevenido de las conspiraciones y traiciones que tan bien hube yo de conocer. No fue ese mi carácter. Toda la habilidad y prudencia que puse en mis misiones diplomáticas me faltaron para gestionar el gobernalle de mi propia vida. Fue así entonces y es igual ahora, en que todo ha de acabar. Genio y figura. Poco genio y triste figura que decidí trasladar a Spa durante algunas semanas que no hubieron de servirme sino para ahondar mi decaimiento moral y afirmar de forma definitiva mi tendencia a la reserva y a la circunspección. Del jovencito alegre y despreocupado, de conversación chispeante y galantería frívola, que había descubierto París siete años antes, no quedaba ya rastro alguno.

IV

Ami regreso a París, una confidencia de Creutz me ayudó a desenredar la madeja de mis sentimientos. El conde de Vaux se aprestaba a desembarcar en Inglaterra al mando de una armada dotada de veinte mil hombres, y Creutz me animaba a incorporarme. Acaso en su fuero interno deseaba también desembarazarse de mi incómoda intimidad con la reina. Supe mucho después que previno al propio rey Gustavo de la conveniencia de mi partida, alabando mi firmeza para sobrellevar la poderosa seducción de la reina. Y no fue difícil tenderme un puente de plata. Por añadidura, mi padre mantenía una estrecha amistad con el ministro de Asuntos Extranjeros, el señor de Vergennes, que intercedió eficazmente para que fuera nombrado ayuda de campo del conde de Vaux. Me apresuré a comunicar a la reina mi decisión. Palideció visiblemente cuando le susurré en un aparte mi propósito de incorporarme a la flota en las costas de Normandía, y fue en aquel preciso instante cuando por primera vez permitimos que afloraran abiertamente nuestros sentimientos. «Señor de Fersen, espero que seáis consciente del dolor que me infligís.» Su tono era dulce, sin reproche alguno. «Señora, debo ir por vos, aunque alejarme de vuestra compañía sea lacerante. Vos lo sabéis.» «¿Debería saberlo, señor? —Su tono no cambió—. Acaso debería saberlo, sí, pero sin vuestra compañía temo languidecer. Sabed que sois la única persona a quien me gustaría deberme, el único amigo verdadero con quien puedo conversar libremente, el único espíritu al que admiro.» Me atreví a tomarle la mano. «Señora, mis sentimientos hacia vos no son menos devotos, pero vuestra bondad para conmigo es objeto de habladurías en la corte y más allá de ella. Y temo que sufráis indebidamente por mi culpa...» «¿Sufrir, señor de Fersen? ¿Pensáis en realidad que las murmuraciones pueden hacerme sentir mayor dolor que la desolación que me produce privarme de vuestra compañía? —Me sonrió—. ¡Ah, vos no me amáis como yo os amo! En otro caso no me diríais tal cosa.» «Señora —objeté —, si no os amara no elegiría el sacrificio de separarme de vos. Pero me resultaría insoportable ser causa del más mínimo perjuicio para vos. El mero hecho de imaginarlo me invita a hundirme para siempre en las aguas del canal.» Sus ojos se humedecieron, volvió a sonreír y me besó con su mirada al decirme: «Procurad, entonces, sire, guardaros de las aguas del canal y de la furia del enemigo, pues os ordeno regresar sano y salvo». «Os lo juro, señora.»

Durante los días siguientes, la tristeza de María Antonieta se hizo patente. Me miraba con melancolía sin importarle convención alguna y más de una vez vertió alguna lágrima en público, sin ocultar su congoja por mi partida. Ello me hería hondamente a la vez que me confirmaba en mi convicción de alejarme de la corte. Cuando, por fin, llegó el día en que no cupo demorar por más tiempo mi incorporación a la flota, me despidió con suma cortesía, pero supo mostrarse íntegra. No se le escapaba que a todos los fantoches y favoritos de su corte mi salida de París los regocijaba sobremanera. Al abandonar su compañía, saliendo del salón dorado, la duquesa de Fitz-James se aproximó: «Pero, señor, ¿así abandonáis vuestra conquista?», me inquirió con ironía. «Tened por seguro —le contesté— que si hubiera hecho alguna conquista no la abandonaría, madame, pero me voy libre y desgraciadamente sin dejar tras de mí lamento

alguno.» Creutz escuchó mi respuesta, y debió de juzgarla prudente y sagaz, pese a mi impostura. No partía libre, sino encadenado a María Antonieta, y por fortuna mi dolor tenía eco en un lamento, acaso mayor y más profundo. No podía imaginar ni remotamente que el destino me reservaba partidas muchísimo más dolorosas.



El intento de ataque a las costas inglesas fue un completo fiasco fundado en la incompetencia del almirante de la flota, el conde d'Orvilliers. Demoró la campaña esperando a la armada española y cuando zarpamos no era ya el momento propicio. Jugamos al ratón y al gato buscando a la flota inglesa durante aquellos calurosos días de finales de julio y así proseguimos durante todo el mes de agosto de 1779. La disentería ya había diezmando a los marinos en tierra, y durante nuestro periplo se extendió desde las naves francesas a las españolas. El propio hijo único del almirante, que capitaneaba una de las naves, falleció. Para cuando dimos con la flota del almirante Hardy, nuestras provisiones eran justas y las bajas excesivas. Viramos en redondo y pusimos proa al continente hasta atracar en Brest a principios de septiembre, sin haber disparado un solo cañonazo. Así se disolvió el ejército del conde de Vaux y también mi primera y frustrante experiencia bélica. Debí permanecer en la apestosa ciudad portuaria de El Havre durante un buen tiempo, antes de poder regresar a París.

Los buenos oficios del bondadoso barón de Breteuil, amigo cercano desde los tiempos de Nápoles, facilitaron mi nombramiento como coronel del Regimiento Royal-Deux-Ponts. Breteuil me trató como a un hijo en París, y muchos pensaron que veía con agrado que pudiera desposar a su joven hija viuda, la condesa de Matignon. En su condición de embajador en Viena tenía constante acceso a María Antonieta, y se deshacía ante ELLA en elogios hacia mí. En nuestros renovados encuentros en *petit comité* ELLA bromeaba acerca de su devoción, y se refería a Breteuil como *mon papa*. No tardé en ser admitido en las cenas privadas en el *petit cabinet* del rey. En forma irremisible el destino jugaba conmigo y me devolvía a la intimidad de María Antonieta, mientras los cortesanos envidiosos fingían escandalizarse y avivaban la vieja hoguera del infundio. Sé a ciencia cierta que ninguno de sus presuntos amantes, ni Coigny, ni Dillon, ni Lauzun, obtuvieron de ELLA más que inocentes muestras de afecto y estima, que los enemigos de María Antonieta no quisieron o no pudieron reconocer como tales. Porque, a diferencia de ellos, la reina buscaba la felicidad de los demás. ELLA, que no había sido amada durante los primeros siete años de su matrimonio, que fue abandonada en el lecho por un hombre torpe y timorato, imputada innoblemente por el duque de Provenza y el de Chartres y malquista por sus tías, combatió su tedio y su melancolía buscando la alegría, la suya y la de todo su entorno. Su frivolidad fue mera supervivencia, y luego donoso hábito. Fueron todas las maledicencias infundadas, obra del puro odio. Y recayeron sobre mí al igual que sobre los demás, sin prueba alguna y con independencia de lo que pudiera acontecer. No habría cambiado la historia el hecho casual de haberla poseído. Bastaba mi presencia, mi intimidad, para dar por descontada la versión que interesaba. Y con ello nos brindaban acaso la mejor oportunidad. Porque la prueba no importaba y el hecho ya se daba por seguro. Nunca pensé en prevalerme de ello, pero ELLA me sobrepujaba en ingenio y tal vez su deseo no estaba tan cohibido como el mío por el sentido del deber.

A los ojos maledicentes de los cortesanos, un primer encuentro íntimo con María Antonieta, público y notorio, no habría afectado un ápice al rumor creciente acerca de nuestra escandalosa

relación, que siempre fue presunta para todos, y habrá de serlo para cualquier cronista del presente o del futuro. No tengo conciencia de haber obrado con hipocresía, pues traté de desviar la atención de mil maneras con el único objeto de preservar el prestigio de mi reina. Fingí estar encantado con las sugerencias de Strömfelt para que cortejara a madame de Matignon y llevé hasta el paroxismo mi interpretación, llegando a incorporar al juego a mi propio padre, si bien confiándole las mil y una razones que me impedían tratar de desposarla y apartarla de su venerable progenitor. Supuse con buena razón que las murmuraciones debían de haber llegado ya a los oídos del feldmariscal, y con harta destreza tejí un entramado de medias verdades, aparentando un estupor inocente ante el injusto trato que se me infligía. Cimenté la condescendencia con que la reina me distinguía, al igual que los más venerables cortesanos, en la deuda imborrable que Francia había contraído con mi padre y en la constante influencia sobre su ánimo del barón de Breteuil. No debí de lograr más que atemperar las dudas de mi padre, mas no así sembrarlas en la corte.

Por fin, un mes después recibí la orden de incorporarme como ayuda de campo del conde de Rochambeau, comandante de las tropas destinadas a la guerra en América. Me hallaba ocupado en la ingrata tarea de poner en orden las cosas de mi difunto amigo, el barón Anton von Geer, fallecido súbitamente, y de cumplir el encargo del rey Gustavo de enviarle, sin leer, las cartas que le había remitido. Supuse que las misivas debían contener mensajes comprometidos, acaso no de índole política. No sentí curiosidad alguna por leerlas y traicionar con ello la memoria de mi amigo y la lealtad a mi rey. Apresuradamente vendí mis caballos y algunas pequeñas pertenencias para emprender una larga e incierta travesía. No fue necesario, en esta ocasión, justificar mi partida ante la reina. La vigilancia se había estrechado y a nuestra intimidad le sobraban muchas palabras, bastándole los gestos. Traté de justificarme en las obligaciones de mi rango y de mi linaje. Y ELLA fingió comprenderme. Sabía que el ardor que abrasaba mi mirada no era guerrero, y yo leía en sus ojos una melancolía resignada. «Cuidaos, señor de Fersen, pero mostraos valiente y audaz, porque la fortuna sonríe a los audaces», me dijo. «No lo dudéis, señora. Seré digno de mi rango y espero cumplir con audacia los designios de Francia y de sus majestades, ahora y siempre.» Con esa aparente formalidad me despedí de la corte, sin saber por cuánto tiempo. Nadie sospechó el significado verdadero de nuestras palabras, salvo Stedingk. Cuando abandonábamos Versalles, me inquirió con cierto gracejo: «*Audaces fortuna iuvat...* ¿Quién aconsejó tal cosa en la guerra?». «Virgilio, querido amigo, en *La Eneida*», le respondí, pues conocía de memoria la cita. Stedingk me miró de reojo: «Habría jurado que la frase correspondía a Ovidio y se refería al arte de amar...». No le contesté. Es posible que Ovidio la extrapolase a la diosa Venus y no a Fortuna. Tanto daba. Stedingk sabía tan bien como yo qué esperaba la reina de mi audacia.

V

Partí para Brest nuevamente, acompañado por dos sirvientes y mi fiel palafrenero. Los caminos estaban atestados de transportes de artillería y de municiones, y la escasez de caballos disponibles obligaba a largas esperas en muchas de las sesenta y ocho postas que separan París de Brest. Tardé seis jornadas en llegar. Y en apenas dos semanas hubimos de organizar el embarque de toda la impedimenta y las tropas. El 13 de abril de 1780 yo mismo lo hice en el buque de línea *Jason*. El nombre de mi embarcación debió prevenirme acerca de la horrible odisea que me esperaba, digna de los argonautas. Vientos contrarios nos retuvieron en la rada de Brest por más de veinte días, hasta que por fin pudimos zarpar. El semblante del almirante Terney era sombrío. Temía un encuentro con la flota del almirante Graves, que se aprestaba en Portsmouth a nuestra persecución. No debía hacerle frente, y sus órdenes de llegar a América incólume eran claras y terminantes. Aunque la desconfianza y la antipatía parecían tan naturales en él como su eficiencia estratégica, tampoco Rochambeau estaba mucho más alegre. La escasez de provisiones embarcadas lo había obligado a dejar en tierra a un tercio de sus tropas. Mi capitán, el señor de la Clocheterie, héroe del combate de *La Belle-Poule*, se mostraba menos circunspecto. Me alojé junto a dos ayudas de campo en una espaciosa cámara, donde cómodamente podíamos descansar en hamacas, todo un lujo si se tiene en cuenta el hacinamiento de nuestros soldados.

La travesía resultó tediosa durante las primeras semanas. Con mis camaradas departí amistosamente sobre la inminente aventura que nos esperaba. De un modo u otro, la insurrección americana se nos antojaba el preludio de un mundo nuevo en que los principios humanitarios de libertad e independencia triunfarían sobre nuestras obsoletas formas de vida. Sabía que mi padre columbraba el fin del poder absoluto de las monarquías europeas, cuyo deseo era la única ley. Su talante liberal lo llevó a luchar contra los privilegios reales liderando el Partido de los Sombreros, y adoptó la obra de Montesquieu como inspiración de su quehacer político. Yo admiraba igualmente *L'esprit des lois*, y como la mayoría de la juventud de esa época, independientemente de nuestro linaje, creíamos que América había de ser, como de hecho fue, el caldo de cultivo en que triunfaran las nuevas aspiraciones de la humanidad. Por desgracia, nuestros sueños revolucionarios se darían de bruces con la barbarie que acontecería en Francia una década después, y que nos devolvería al redil del viejo orden. Pero América habría de ser algo distinto, no solo por el escenario, sino por el propio espíritu elevado de alguno de sus protagonistas, tan lejos de la vil y cobarde jauría jacobina. Pero todo esto lo ignorábamos entonces, mientras la proa de las embarcaciones de la escuadra francesa apuntaba a poniente y la inmensidad del mar no hacía sino acentuar el desánimo y la rutina. Sopa de habas, carne salada y bizcochos componían nuestra magra dieta, y no fueron pocas las veces que hube de soñar con las exquisitas cenas y los sabrosos dulces servidos en las *soirées* de Versalles. Me atuve, con todo, a mi nuevo régimen de forma escrupulosa y disciplinada. En realidad, estaba ansioso por poner a prueba mi formación militar y convertirme en un auténtico soldado. Pero me alegré como el que

más cuando apresamos un buque inglés repleto de aceite, arenques, bacalao y bizcochos más frescos que los nuestros.

Mes y medio después de nuestra partida alcanzamos las islas Bahamas. Sus costas y playas, que lamentablemente no pude hollar, se me figuraron un magnífico edén digno de El Dorado. La agradable visión fue breve, pues dimos con una pequeña flota inglesa compuesta por cinco buques y una fragata, con la que intercambiamos algunas balas de cañón, que más bien parecieron salvas de saludo, pues ni unos ni otros estábamos por la labor de combatir aquel día. Dos semanas más contábamos para arribar a la bahía de Chesapeake, y cumplido el término y apenas echadas las áncoras divisamos once navíos de guerra ingleses. El riesgo de perder nuestro convoy era muy alto, de forma que el almirante decidió virar en redondo y navegar rumbo a Rhode Island. Tras dos meses de infernal travesía, la maniobra acabó con la moral de oficiales, marineros y soldados. Apenas quedaban víveres, el agua estaba putrefacta, nos roían los parásitos y el escorbuto hacía estragos. Para animar nuestro espíritu y devolvernos el coraje, el duque de Lauzun disponía a los músicos de su legión sobre la cubierta del *Provence* y cada atardecer nos obsequiaba con un concierto. Cuando el sonido de oboes, trompas y timbales llegaba hasta nosotros, nos aproximábamos, olvidando nuestros pesares mientras las primeras estrellas se definían en el firmamento.

Por fin, el 11 de julio nuestra escuadra fondeaba en la rada de Rhode Island. Los enfermos fueron trasladados al hospital de Newport, mientras Rochambeau encomendó al propio Lauzun la fortificación de la isla, donde estaba dispuesto a hacerse fuerte y defenderse hasta el último hombre. Lauzun cumplió con suma diligencia su misión y los hombres trabajaron sin descanso, fortificando, excavando fosos, disponiendo numerosas baterías conforme a las brillantes instrucciones de su polifacético jefe, de forma que cuando el almirante Rodney cruzó ante nosotros no tuvo arrestos para tratar de aproximarse a semejante bastión y se limitó a bloquear la rada durante un tiempo. Rochambeau sabía que no le cabían muchas más opciones que las defensivas. Con una tropa tan limitada habría sido una locura tentar la batalla con el general Clinton, que ocupaba Long Island con más de veinte mil hombres. Con buen criterio se limitó a encerrar a su ejército en los cuarteles de invierno, a la espera de la llegada de refuerzos desde Francia.

La ociosidad desesperaba a los jóvenes y nobles oficiales franceses, que ardían en deseos por entrar en combate y añoraban las noches parisinas, aunque nuestra convivencia con los lugareños fue excelente, pues se maravillaban de nuestra disciplina y respeto, acostumbrados al pillaje por ambos bandos. Ni una hoja ni un grano de maíz fueron mancillados; las gallinas y los marranos deambulaban libremente como seres sagrados sin que nadie posara en ellos ni siquiera una mirada, y de los árboles pendían los frutos en su plena madurez. Por mi parte, no me impacientaba. Procuraba madrugar, y el marqués de Laval, que me había tomado afecto, me enseñaba a maniobrar y a comandar un pelotón. Rochambeau me distinguió asimismo prontamente, y me convirtió en su principal ayuda, favorecido por mis conocimientos de inglés. Debía desplazarme con él en todo momento y asistirlo en la traducción de documentos y en sus frecuentes entrevistas con los aliados y habitantes del lugar.

Hallaba tiempo, sin embargo, para escribir largas misivas a familia y amigos, y para alimentar la melancolía por la distancia que me separaba de María Antonieta. Me propuse olvidar y enterrar mis sentimientos con la misma disciplina con que a las seis de la madrugada comenzaba mis ejercicios y maniobras en el regimiento borbonés. Fijé mi mente de nuevo en la dulce Catherine Leyell y traté de recuperar y engrandecer las cualidades que la habían convertido

en un ser tan entrañable y querido. Procuré al cabo olvidarlas a las dos, y junto a mi ya inseparable Lauzun y Sheldon, un coronel de húsares irlandés con quien ambos congeniamos, formamos un triunvirato galante que organizaba agradables veladas desde las ocho hasta medianoche, cenando a menudo en casa de la señora Hunter, una joven viuda madre de dos criaturas divinas que Lauzun conoció al llegar a Rhode Island, y no pocas veces cortejando a las coquetas, bellas y muy amables damas americanas. A falta de cañonazos, no fue mala forma de ocupar el tiempo, alegrar el ánimo y borrar durante buena parte del día los accesos de melancolía en que me sumían la soledad y el recuerdo de mis amores imposibles o frustrados. Me creí vanamente compensado por el hallazgo de una auténtica amistad. Lauzun pasaría a ser uno de mis seres más queridos. A sus treinta y tres años mi coronel era adorado por sus soldados. Era coqueto, bromista y cínico, pero noble y entusiasta hasta el extremo. Sus anécdotas eran celebradísimas, y no tenía reparos en poner al descubierto cualquier intimidad de la corte. Decía haber sido criado sobre las rodillas de madame Pompadour, y hablaba pestes de los ministros del rey, de la condesa Jules de Polignac, del duque de Coigny y del barón de Besenval, de su carácter pérfido y envidioso. Tras haber conquistado un año antes el Senegal para Francia, Lauzun había sido recibido en la corte con toda frialdad, y solo el señor de Sartine pudo evitar que abandonara el Ejército. Había gastado en sus viajes una fortuna y debía millones, de lo cual se jactaba con proverbial despreocupación. Contaba chismes y satirizaba a algunos de los generales con que había servido, con un sentido del humor contagioso. «El general Langeron, mi buen Axel, debiste conocerlo. Un buen hombre lealmente aburrido, que invitaba a cenar de esta forma: “¿Desea usted Lauzun comer conmigo un huevo duro cortado en cuatro trozos sobre un plato de estaño? Si no hay suficiente, yo mismo me meteré en el plato”».» Narraba con desparpajo sus múltiples conquistas amorosas desde que había sido desvirgado por la bella Desmarques, una cantante de ópera, ensalzando virtudes o evidenciando defectos de la condesa d’Esparbelle, de la tierna madame de Stainville, de la espiritual condesa de Cambise, de lady Sarah Lenox —la de los niveos pechos y la tez fresca como la rosa—, de la señorita Vaubernier, acomodada con el conde de Barry y apodada «el Ángel» en honor a su celeste figura. Con más emoción enaltecía o denostaba Lauzun a madame de Laval, madame de Dillon, lady Barrymore, Fanny y Marianne Harland, a la pequeña madame Brown, «de hermoso parecido con la reina»... Todas ellas se habían arrojado a sus brazos declarándole amor eterno, y por aquel entonces recibía las tristes y apasionadas misivas de madame de Martainville desde Hautefontaine. Pero Lauzun tenía el corazón en carne viva y únicamente pensaba en la joven marquesa de Coigny, y acaso también en la marquesa Czatoriska. Mezclando realidad y ficción, las historias de Lauzun nos divertían sobremanera y disfrutábamos más que hubiéramos podido hacerlo en la mejor ópera o representación teatral de la *saison* en París. A menudo citaba la gran oportunidad que dejó pasar de amar a una gran dama sin parangón, que se negaba caballerosamente a citar, para que todos pudiéramos sospechar que se trataba de la reina. Pero yo la conocía bien, y no le di más crédito que el que merecía tan inefable muestra de talento teatral.

Durante mi estancia en Newport, la simpatía hacia Lauzun se fue trocando en afecto sincero y, finalmente, en lo que yo creía que era una mutua y profunda amistad. Escribió a la reina para que me nombraran coronel comandante de su legión de mil infantes y quinientos húsares, que confiaba cederme en propiedad en el plazo de un año. Lauzun representó para mí el ejemplo más vívido de los hombres cuyo destino es hacer más felices a los demás, como cuando aliviaba nuestras penurias en la inmensidad del océano con la alegría de un concierto inopinado bajo las estrellas. Sus dotes para los juegos de espíritu y el canto, su facilidad para hilvanar relatos y

anécdotas con fina ironía y agudo sentido del humor, no restaban un ápice de competencia en sus quehaceres como militar y estratega, y cualquier misión confiada a él gozaba de garantía de éxito. Trataba a sus soldados con el mismo talante y no lo privaba de un respeto y de una devoción hacia su mando que jamás percibí en ningún otro oficial. Aún me quedaban algunas aventuras en su grata compañía, y mi decepción fue amarga cuando con el andar del tiempo me percaté de su felonía. Hoy comprendo que a través de mí trataba de recuperar el favor de María Antonieta, perdido cuando confundió su trato cercano con una invitación al galanteo y acabó siendo despedido de la corte por haberse propasado con la reina. Una vez que en París comprobó que sus intentos resultaban frustrados, se olvidó de su camarada y el despecho lo convirtió en enemigo acérrimo de María Antonieta, secuaz del duque de Orleans y oficial revolucionario. Con todo, sentí lástima cuando quien tuve una vez por amigo, Armand Louis de Gontaut-Biron, duque de Lauzun, duque de Biron y par de Francia, fue guillotinado sin poder ver la luz del nuevo año de 1794 por la misma chusma que condenó a María Antonieta, en nombre de una revolución y de unos ideales que Lauzun podía comprender, porque por ellos luchó a mi lado en América, pero a los que había servido guiado únicamente por el rencor y el despecho. Y mi pena al conocer su fin no fue tanto por respeto a su memoria como por la traición que hizo a una verdadera amistad.

Rochambeau me hizo llamar con urgencia una mañana de mediados de septiembre. Acababa de recibir un correo en el que se comunicaba la completa derrota del general Gates en Carolina del Sur. Solo él y su ayuda de campo escaparon de las garras de lord Cornwallis. La mitad de sus tropas fueron aniquiladas y el resto fueron hechas prisioneras. Muchos soldados se pasaron al enemigo. La guerra se hallaba en el fiel de la balanza. Rochambeau debía entrevistarse con el general Washington en Hartford, a unas cuarenta leguas de Newport. Yo debía partir de avanzadilla y advertir al general de su llegada. Me dirigí sin demora a su cuartel general. Con la única protección de su escolta de veintidós dragones, George Washington departía con el marqués de La Fayette, que entonces labraba una leyenda que se interpondría de manera funesta en mi propia vida. Me recibieron con presteza y conversamos durante un buen rato. Washington me resultó una personalidad carismática. Su envergadura era imponente y majestuosa, pero irradiaba dulzura y honestidad, incluso humildad. Mostraba una serenidad casi fría, un aire triste, y era hombre de pocas palabras, pero todas ellas apropiadas y exquisitamente educadas. Nada más llegar Rochambeau, ambos generales se encerraron con La Fayette, que hizo las veces de intérprete, ya que Washington no hablaba ni entendía el francés. Por aquellas fechas se supo que Rodney había llegado a Nueva York, y cuando ambos generales se despedían al final de la jornada llegaron las noticias de la defección y traición del general Arnold, uno de los más valiosos de todo el Ejército norteamericano. La captura casual del mayor André había permitido deshacer el complot para entregar West Point, circunstancia que habría supuesto un golpe estratégico casi definitivo para la suerte de los insurrectos, pero Arnold había conseguido huir, y sus cualidades militares eran bien conocidas por el general Washington. A cada instante se sucedían hechos y nuevas que apuntaban a que la guerra se precipitaría en los meses siguientes.

La acción de aquellos días fue un lamentable espejismo. Las tropas de refuerzo no acababan de llegar de Francia y debimos permanecer impasibles todo el invierno y parte de la primavera como una ostra en su desbulla, mientras los habitantes de Newport nos esquilaban cobrándose cualquier bagatela a un precio desorbitado. Mi confianza en Rochambeau se vio frustrada cuando

nombró como secretario personal a un brigadier de húsares, a un vulgar destripaterrones. La preterición me ofendió y vituperé injustamente las cualidades del general, sin duda más avaro que el personaje de su compatriota Molière, pero no tan inepto como se lo describía a mi padre en cartas que me sirvieron de desahogo. Mi desagrado se alimentaba de la inacción y del hastío. Estaba ansioso por entrar en batalla, en parte por granjearme algún mérito que al mismo tiempo alegrara mi menguada bolsa y aliviara la del librecambista de mi señor padre, y en parte por huir de la nostalgia que cada día se cobraba un trecho de mi espíritu. La aventura americana debía servir para olvidar la aventura versallesca y mitigar los rumores acerca de nuestros amoríos, pero no lograba menguar una pasión que se acrecentaba en la distancia. Cada hora que pasé en América, atenazado entre los fríos hielos o exhausto bajo los agobiantes calores estivales, sirvió para nutrir uno a uno los recuerdos de los momentos pasados en compañía de María Antonieta. Diviniqué cada una de sus palabras; consagré en el altar de la memoria su imagen, un gesto, una sonrisa, la blancura tersa de su rostro, su voz envolvente, que se me antojaba acallada en un pasado mítico. La melancolía por la ausencia de la mujer amada y distante se materializa en recuerdos a veces nimios de gestos y sonrisas aparentemente prosaicos que se revelan a la postre como la llave del misterio de una atracción más profunda que nuestra propia existencia. Todos ellos resucitan más vívidos y significativos que cuando fueron en verdad experimentados y nos conforman la verdad del ser amado, su singularidad y atracción definitivas. Y solo cuando somos conscientes de ese hechizo sin par podemos ser felices al revivir la pasión con que nos amamos. ¡Cuán nítidamente se me desvelaba todo en mi soledad en Newport y se reencarna ahora en la soledad de la muerte! ¡Y cuánto me reconforta morir habiendo gozado semejante amor y sufrido tan cruel nostalgia! En ningún lugar aprendí tanto del amor como en Newport, y en ninguna otra parte lo alimenté de tal forma. Acaso fueron el lugar y el periodo de mi vida donde menos mujeres hube de conocer en el bíblico sentido, pero jamás hube de percibir con semejante intensidad un amor lejano e inalcanzable. Ignoro si la distancia fue sustancia suficiente para conformar y endurecer ese vínculo por mí esculpido en la desesperanza, y si dicha materia era el falso espejismo de mi propio deseo, pero solo el amor me interesa, y no su arquitectura. No me pareció sustancial cómo llegar a él, sino el hecho de haber llegado. Dejo a los químicos y nigromantes la satisfacción de descubrir su esencia original. Ensimismados en sus propias preguntas, ellos nunca habrán de obtener las auténticas respuestas, pues los sentimientos ni se estudian ni se miden; basta con tenerlos y alimentarlos, cada cual a su guisa, para experimentarlos con determinación y disciplina, tan rigurosamente como laboramos u oramos. Y así lo hice yo, con la dedicación del alquimista, mezclando en el crisol de mi pasado las imágenes, aromas y tactos que mis sentidos ávidamente absorbieron, mi mente con celo retuvo, y hubieron todos de acibarar mis días de acuartelamiento en Newport.

Una orden inesperada de Rochambeau —cabría decir asimismo que desesperada— movilizó a nuestro ejército. Cansado de confiar en vano en los refuerzos, había decidido dejar una guarnición en Rhode Island, desembarcar el grueso de las fuerzas en Providence y poner en marcha a sus tropas hacia Philippsburg. A principios de julio acampamos junto al menguado ejército americano. Y un mes después, ante los rumores de la llegada del almirante De Grasse, Rochambeau me encomendó regresar a Newport para agilizar la partida de la flota y el embarque de la artillería hacia Providence. La rapidez de mis marchas ya era la comidilla del ejército americano, y el propio Washington afirmaba que desde Julio César ningún soldado había sido

capaz de desplazarse con tanta agilidad como el «veloz Fersen». Fiel a mi fama, cumplí con tal diligencia mi misión que seis días después la armada arribaba a Kingsferry, en la orilla del Hudson, que discurría entre espesas masas boscosas. Fingimos establecer centros de suministros cerca de Staten Island y marchar sobre Middletown. Clinton cayó en la celada y sospechó que nuestra intención era tomar Sandy Hook para facilitar la penetración de la armada francesa y sitiar Nueva York. Pero seguimos ruta atravesando la frondosa New Jersey y a principios de septiembre entramos en Filadelfia acompañados del entusiasmo de una población maravillada, que jamás había visto un ejército en formación desfilando por sus calles. No nos entretuvimos allí más que cuatro días y reemprendimos la marcha hasta llegar a Head of Elk River, ya en la bahía de Chesapeake, donde obtuvimos noticias estimulantes de la llegada del almirante De Grasse, propiciada por el apoyo del intendente español Francisco de Saavedra, al mando de treinta navíos; con celeridad hizo desembarcar a tres mil infantes, que, capitaneados por el mariscal Saint-Simon, se unieron de inmediato en Williamsburg a las mil ochocientas tropas americanas que comandaba La Fayette. Rochambeau apreció con claridad su superioridad sobre lord Cornwallis, aislado en Yorktown del grueso del ejército inglés. Tras cercar la ciudad, cavamos trincheras y erigimos empalizadas y fortificaciones, emplazando las baterías. El 10 de octubre iniciamos un intenso bombardeo, pero el fuego cruzado desde dos fortificaciones inglesas dificultaba la maniobra. Americanos de un lado y granaderos e infantes franceses de otro logramos asaltarlas. La situación de los ingleses era comprometida y al alba del sexto día desde que iniciamos los bombardeos nos sorprendieron con una audaz salida en la que lograron inutilizar cuatro cañones y causar algunas bajas, pero los repelimos con vigor. Al día siguiente, lord Cornwallis hubo de capitular. Solo quedaban en Yorktown una bomba y diez balas de cañón. El 19 de octubre siete mil ingleses rindieron las armas. Con la pérdida de Georgia y la evacuación de Charleston la derrota inglesa era cuestión de tiempo. Solo podían limitarse a defender las ciudades bajo su dominio. Lauzun fue el encargado de surcar el océano para hacer llegar a Francia las noticias de nuestra victoria. No pude y no quise acompañarlo. La situación de mi hacienda me lo impedía, pero también las heridas abiertas aún en mi ánimo. Atingido y sin mi amigo, mi soledad no hizo sino acrecentarse.

Pasé los meses siguientes recorriendo los campos de batalla, las plantaciones de tabaco y maíz de Virginia, donde innumerables esclavos negros labraban la fortuna de unos terratenientes de pretensiones aristocráticas a quienes horrorizaban los comerciantes, que no eran tenidos en modo alguno por sus iguales. Sus ideales estaban tan lejos de la perfecta igualdad de condición a la que aspiraban los padres de la patria que tuve la seguridad completa de que, una vez deshechos de los ingleses, habrían de abandonar la confederación. Por lo demás, a esas alturas la incipiente nación norteamericana ya me había defraudado. Su único dios era el preciado oro, y hasta la contribución de los ciudadanos a la guerra consistía en un simple negocio. Ni el honor ni la virtud significaban nada para un país en que terratenientes y comerciantes se despreciaban, ignorando que compartían el mismo decálogo de mandamientos en torno a su metálica divinidad. Ciertamente sus líderes eran hombres diferenciados, animados por un espíritu elevado e ideales universales, y los conocí de gran nobleza entre ellos, pero el espíritu del pueblo no se compadecía con tales ideales, y habían heredado más bien el sentido comercial y privado de los holandeses que los valores propios de los ingleses, para quienes hasta la rapiña cede u obedece a la propia razón de Estado.

Mientras me hallaba en el villorrio de Williamsburg, donde fijamos nuestros cuarteles de invierno, recibí dos cartas bien opuestas. En una Staël me anunciaba que la reina María Antonieta se disponía a nombrarme segundo coronel del Regimiento Royal-Deux-Ponts. En otra, Lauzun se retractaba de su ofrecimiento para que fuera el coronel comandante de su legión. A su regreso, mi amigo me rindió vagas explicaciones que justificaban la retirada de su oferta. Deseaba permanecer en América hasta el fin de las hostilidades y, como su deseo congeniaba con el mío, en mi ingenuidad no pude imaginar mayor felicidad. Aún me quedaba por saber que el rey Gustavo III esperaba mi retorno para ofrecirme capitanear su Guardia de Corps. El feldmariscal estaba impaciente por que regresara para servir al rey y a mi patria, y me costó grandes esfuerzos convencerlo de que una retirada a destiempo del conflicto americano podía resultar funesta para mi ascenso y dar por tierra con el prestigio que había alcanzado a fuerza de grandes sacrificios. Mis argumentos eran poderosos, pero había motivos menos confesables que me hacían temer la vuelta al continente.

Las hostilidades se reanudaron en la primavera de 1782 con un fuerte revés para la flota francesa en el mar de las Antillas que supuso la captura, entre otros, del buque insignia, el *Ville de Paris*, que se batió heroicamente para facilitar la retirada de la flota hasta agotar sus municiones y cargar las últimas salvas con los servicios de la vajilla de plata de a bordo. Sin embargo, la resistencia británica en el continente se atenuaba por momentos, y parecía claro que las órdenes de la metrópoli se orientaban a enfriar el conflicto, templar las relaciones diplomáticas y predisponer a la concesión de una independencia en condiciones honrosas para la retirada. Rochambeau regresó a Francia y el peripatético barón de Viomesnil asumió la comandancia del Ejército francés. Sin mucho que hacer a la espera de la evacuación de Nueva York, desde Boston nos embarcamos sin excesivo entusiasmo hacia las islas meridionales el día de los Santos Inocentes de 1782. Abandonar el duro invierno septentrional por la placidez del trópico no resultó, empero, agradable. La travesía, ya de por sí exasperante por el hacinamiento y las pésimas condiciones higiénicas, se convirtió en una pesadilla. Aunque en pleno invierno los vientos en los mares de las Antillas suelen ser bonancibles, nuestra flota fue dispersada por las corrientes y los turbiones, y solo dos pequeños grupos logramos anclar en Puerto Cabello y en Curaçao, frente a cuyas costas el *Bourgogne* se hundió con sus trescientos hombres y setenta y cuatro cañones, mientras el capitán y sus oficiales abandonaban el barco ignominiosamente. Muchos otros buques habían dado al traste. Nosotros tuvimos la suerte de contar con el avezado piloto de *Le Brave* y el hábil capitán D'Amblomont, que nos llevaron con bien hasta Puerto Cabello, en territorio español. Ignoro por qué razones las flotas inglesas sorteaban con mucha mayor pericia los peligros indudables de esos mares. Seguramente años ya de singladuras les habían proporcionado una experiencia inestimable, de la que también hacían gala los marinos españoles, pero no así los franceses.

Puerto Cabello estaba poblado exclusivamente por esclavos negros, indígenas y españoles, cuya tez es tan morena como la de los indígenas, de forma que se distinguen de ellos con dificultad. Aunque su pigmentación sea originalmente más pálida, soportan mejor que otros europeos la acción del sol y su piel se torna con facilidad del color del bronce sin padecer las ulceraciones y enrojecimientos a que se exponen sobre todo los ingleses, alemanes y, por supuesto, los nórdicos. Por lo demás, a diferencia de otros pueblos europeos, los españoles tienden a ser promiscuos y a mezclarse sobre todo con los indígenas, y en muchas ocasiones les otorgan un trato igual a través de amancebamiento o incluso el matrimonio. Hasta entonces, yo solo había conocido a soldados y diplomáticos castellanos en quienes había advertido una

similitud oscura con los pueblos nórdicos. Los soldados castellanos eran reservados, secos y adustos, excelentes marinos, aguerridos en la batalla y ante la adversidad, y enemigos fríos y crueles hasta el extremo. Los Pirineos se me antojaban más que una frontera geográfica, pues en nada podían compararse la elegancia, la cultura y el gusto de los franceses con la austeridad religiosa de los españoles. Debíamos esperar a su flota de La Habana en Puerto Cabello, pero si algo caracteriza a los españoles es su dificultad para concebir la prisa y la carencia completa de sentido mercantil. En otras manos, Puerto Cabello sería un enclave comercial sin parangón. Sin embargo, el gobernador español, como es su costumbre, parecía el principal enemigo del comercio, castigando sus propios intereses a fuerza de monopolios, derechos aduaneros y tasas de todo tipo. Hice amistad con él, pues hablaba bien el francés, pero no logré convencerlo de las ventajas de cierta liberalidad de mercado... Y la flota de La Habana no llegaba.

La primavera avanzaba y la luz cegaba mis ojos al reverberar sobre las fachadas encaladas de las casas. Ni el calor, ni la luz, ni los efluvios y miasmas insanos que emanaban de las ciénagas parecían obstáculos serios para los lugareños, entregados a la sensualidad del sueño durante las horas centrales del día. En marzo los españoles seguían sin aparecer, y decidí aplacar mi impaciencia visitando la capital de este territorio, Caracas, distante solo cinco leguas. Pero no tuve ocasión. La fragata *Andrómaca* arribó al golfo Triste con la nueva del armisticio y nos aprestamos a partir hacia Saint Domingue y a preparar el regreso de la flota al continente europeo. Nunca supe si la flota española llegó a salir de La Habana, pero su calma desde luego fue más que beneficiosa, dadas las circunstancias.



El retorno resultaba, pues, inminente, y mis temores se avivaron. Tenía una buena excusa para no regresar aún a Suecia y permanecer a mi vuelta en París. Lauzun iba a ser nombrado mariscal de campo y solo abandonaría su sexto regimiento de húsares a cambio de cedérmelo en propiedad de forma completamente gratuita; al menos eso creí a pies juntillas. Por lo demás, debía esperar a recibir la Cruz del Mérito y necesitaba permanecer el siguiente invierno para obtener una licencia que viniera acompañada de una pensión, que confiaba no fuera inferior a seis mil libras. Mi principal propósito, con todo, era tratar de adquirir en Europa una condición diferente a aquella con que había ido a América, y no se me ocurría otra posibilidad que estabilizar mi estado contrayendo matrimonio. Escribí por aquella época a Catherine y a su madre, tratando de recobrar una relación que, conscientemente, había dejado languidecer durante aquellos tres años, y confiando en que aceptara de nuevo mi ofrecimiento. Le había escrito, casi por compromiso, no más de cinco o seis cartas casi insustanciales, que no obtuvieron respuesta o, al menos, ninguna contestación que hubiese llegado a mis manos. Esta vez esperaba recibir su asentimiento a mi regreso a París. Si su negativa persistía, había puesto mi punto de mira en la hija única de Necker, Germaine, a quien solo había visto una vez y apenas recordaba, pero cuya educación, muy lejana de las frivolidades de la corte, era tan irreprochable como la cuantía de sus derechos hereditarios. No podía imaginar, entonces, que esa extraordinaria mujer por muchos conceptos sería la esposa de mi amigo Staël, cuyo apellido, gracias a ella, se haría doblemente notable. Con el tiempo, Necker, Germaine y el propio Staël serían destinatarios de mi odio más profundo, por la forma innoble en que conspiraron para labrar la desgracia de María Antonieta. Tal vez aquella mujer diferenciada e inteligentísima haya podido engañar a otros, amparando en sus ideales masónicos e iluminados la constante labor de zapa que contribuyó al trágico destino

final de la reina. Pero yo no caí en la celada, pues muero con la certeza de que fue la venganza, y nada más, su abyecto móvil, a cuyo servicio puso sus indudables dotes. Vengó el propio desprecio que la reina tuvo a su padre, pero sobre todo su envidia a la personalidad de una mujer que, sin su proverbial cultura, fue capaz de acaparar con su gracia natural todos los corazones. Odiaba Germaine que fuera María Antonieta quien sorprendiera a los espíritus más elevados con la oportunidad y espontaneidad de sus frases atinadas y chispeantes, mientras ella aturdía al auditorio de su salón con un despliegue de erudición adquirida trabajosamente, pero incapaz de ocultar su escasa prestancia femenina.

Desde luego, poco podía yo imaginar entonces, mientras calibrara la posibilidad de desposarla, que acabaría odiándola a muerte. Hoy me espanta, más que el ensañamiento de mis enemigos, cuyos golpes no hacen ya mella en mi cuerpo ni cuyos insultos pueden ya escarnecerme, la frialdad con que manejaba la candidatura de mi esposa como un mero negocio, sin importarme mucho que fuera poco más que conveniente, sin reparar en otro sentimiento que el afán por mitigar mi propia pasión hacia María Antonieta. La transacción había de servir para orillar mis verdaderos deseos o, cuando menos, acotar el escándalo que me había arrojado a la separación. Tal vez obrara así para, de buena fe, interponer un obstáculo sagrado a nuestras relaciones, pero en mi fuero interno era bien consciente de que, con urdimbres tales, el impedimento se desmoronaría a la primera acometida. Con semejante incertidumbre partí de Cap François el 30 de abril de 1783. Sería la última vez que cruzara el Atlántico.

VI

Mi recibimiento en París fue poco menos que apoteósico, y las atenciones me devolvieron rápidamente la salud mermada por las fiebres tercianas padecidas durante la travesía. Creutz acababa de regresar a Estocolmo como ministro de Asuntos Extranjeros, y el nuevo embajador, mi amigo Stäel, me colmó de atenciones y me alojó en su casa. La condesa de Deux-Ponts me conminó a cenar en la suya todos los días, mientras Breteuil me agasajaba constantemente. No tardaron en ponerme al día de los acontecimientos acaecidos durante mi ausencia. Algunos eran en verdad notorios y los había conocido en su momento: las muertes de la emperatriz María Teresa, de la reina madre Luisa-Ulrica, del segundo hijo del rey Gustavo III y del conde de Maurepas; los nacimientos del delfín Louis-Joseph-Xavier y de la tercera descendencia de mi hermana Sofía. Los ecos de otros sucesos más prosaicos aún reverberaban en los salones de París: la escabrosa quiebra del príncipe de Guéménée, las representaciones de María Antonieta en el *petit théâtre* del Trianon y, desde luego, el reciente escándalo provocado por la exposición en el Louvre del último retrato de la reina, que hubo que retirar. Madame Vigée-Lebrun la había representado con su vestido de muselina blanca, tal y como se ataviaba en el *hameau*, con un sombrero de paja y un ramo de flores en su mano. Las críticas fueron furibundas, y el partido de sus enemigos se complació en extender los vituperios comparando su indumentaria con la propia de una criada.

No me pareció muy afectada cuando, a los pocos días de mi regreso, María Antonieta me recibió en sus apartamentos privados con efusiva naturalidad. Tocaba el arpa cuando penetré en el salón dorado, y abandonó al instante el instrumento para saludarme entusiasmada. Me llevó por todas las dependencias del Petit Trianon, que había redecorado conforme al nuevo gusto, de la mano del arquitecto Mique. No dejó de alabar en público mis gestas americanas ni de mostrar su enorme satisfacción por el éxito de nuestro ejército y por las ventajosas condiciones de una alcanzada paz que la llenaban de orgullo «como reina auténticamente francesa». Durante mi larga ausencia nos habíamos intercambiado algunas cartas, que por lo general me habían parecido distantes o cuando menos prudentes. Resultaba impensable que en misivas que podían caer en manos del enemigo o de los espías de su familia política María Antonieta pudiese deslizarse alguna palabra comprometedora. Pero por más que me empeciné en hallar dobles sentidos, tuve la convicción de que mi alejamiento había cumplido su principal objetivo y la reina sencillamente había olvidado nuestra intimidad. Me sentí en ocasiones desamparado y estúpido, pero quise convencerme de que todas las voces que pregonaban la frivolidad de María Antonieta eran erradas y aferrarme con esperanza a que, al igual que yo, la reina asumía un deber que sobrepujaba sus deseos de forma inevitable. Me sorprendió, pues, el afecto no disimulado que me mostró en aquel primer reencuentro, y mayor hubo de ser mi pasmo cuando, con la excusa de mostrarme su teatrillo, aprovechó un momento en que el telón nos separaba del resto de los presentes para besarme en la mejilla. Resurgió al instante de los pliegues del telón hacia el proscenio como si nada hubiera pasado y manteniendo el mismo tono desenfadado pero correcto.

Por fortuna, mi aventura americana había acentuado mi creciente hieratismo y el tono de mi piel expuesta a los aires del mar aún era lo suficientemente cetrino para que mi sonrojo pasara desapercibido, al menos para la mayoría.

Los jardines del Petit Trianon estaban en todo su esplendor, y María Antonieta había ultimado sus hermosos diseños. El jardín inglés resultaba delicioso, con sus glorietas, arroyos, grutas y cascadas dispuestos de forma asimétrica y bucólica. El Templo del Amor, con su bella cúpula sostenida por diez columnas, albergaba la estatua de Bouchardon, a la sazón escultor oficial de la corte sueca, y contrastaba como un refugio en medio de aquel idílico ambiente rústico. El *hameau* era encantador: la granja imitaba a la perfección las construcciones rurales normandas, con su alquería, su lechería, graneros, corrales, pajares y palomares. Solíamos pasar las tardes al aire libre, ataviados de forma sencilla, ocupados en fingir que éramos vulgares campesinos afortunados por los dones de la naturaleza, ordeñando las vacas, pescando en el lago o recogiendo flores. Tampoco en el Petit Trianon la compostura era severa, y la etiqueta desaparecía en sus estancias. No había necesidad de ser anunciado, y cuando la reina entraba en el salón los juegos no se detenían.

El 15 de julio de 1783, madame de Matignon daba una fiesta en su mansión de Dangu. Con la excusa de ir a cazar con el rey, abandoné la casa y me dirigí a Versalles, que en verano solía estar desierto. María Antonieta me había enviado una nota a través de un fiel sirviente, que había de esperarme al anochecer en una puerta lateral de palacio. La reina debía darme en mano un importante y confidencial mensaje para *mon papa* Breteuil. Mi presencia no tenía por qué resultar extraña, pues visitaba el palacio dos o tres veces por semana y a menudo pernoctaba en Versalles. El sirviente me condujo por pasillos y vericuetos inverosímiles, al parecer los mismos que utilizó el emperador José durante su estancia para moverse clandestinamente, y a través de unas escaleras secretas accedí hasta la sala octogonal que conocía como la *méridienne*. La puerta se cerró tras de mí. Solo veía sus cabellos rubios sobresalir por el respaldo de una *duchesse* que había dispuesto frente a la chimenea, que estaba encendida a pesar de ser pleno verano. Traté de mantenerme a cierta respetuosa distancia y me mostré lo más frío que pude al requerirla. «¿Me habéis llamado, señora?», acerté a decir. «Venid, *mon beau* Fersen.» Alzó su mano sin moverse y yo me aproximé. Cualquier propósito de firmeza fue vano. Me situé a la espalda de ELLA, y le tomé la mano que seguía alzada. Aspiré embriagado el aroma a el amante de la reina lavanda y, olvidando toda etiqueta, besé su muñeca. ELLA posó una mano en mi cuello y volvió hacia mí el rostro. Me incliné y besé su mejilla, de una blancura deslumbrante, y comprendí por qué al pintar su retrato madame Vigée-Lebrun se confesaba incapaz de que tomara sombra alguna. Fue ELLA quien puso sus labios sobre los míos, y juro que en toda aquella escena no hubo entre nosotros una sola palabra más. No hube de amarla como a tantas otras, y no fue una decisión consciente ni fruto de mi voluntad. Porque fue ELLA quien me enseñó a amar de una forma que ignoraba, y me sentí como un aprendiz afortunado. Con una dulzura que se me figuró a un tiempo contenida y desesperada llevó mis labios por sus senos y no tuvo recato en mostrarme toda su desnudez, mientras las llamas crepitaban en la chimenea y refulgían en su piel tibia, suave y regular. La amé poco a poco, allí mismo, sin palabras, sin rubores. Nos miramos fijamente, con deleite, con paciencia y, cuando me atrajo hacia sí, la poseí con una pasión contenida, deseando que nunca diera fin. ELLA acariciaba mis hombros, mis cabellos, y suspiraba mientras susurraba palabras ininteligibles en voz muy baja. Se estremeció poco antes que yo, y no intentó que me separara cuando lo hice. Al contrario, me sujetó con fuerza, y solo entonces dejó escapar alguna palabra

que yo pudiera comprender: «¡Ah, mi amado, mi único amigo!». De mis labios brotaron también unas palabras, las únicas que podía dictar mi corazón, pues mi mente me abandonó en el preciso momento en que besé su mano: «Señora, os amo y siempre habré de amaros...».

Nunca fui, ciertamente, un dechado de originalidad ni jamás podría haberse hallado en mí la vena poética más raquítica. He tenido que esperar al instante de la verdad para enorgullecerme de unas palabras que luego tantas veces me torturaron por juzgarlas simples y vacías. El propio La Rochefoucauld las habría tenido por justas, si se dice todo lo imprescindible y nada más que lo necesario. Amaba a María Antonieta en aquel instante y la amé el resto de mi vida. Todo en mí es su recuerdo y mi llama arde más viva que aquella chimenea de Versalles, mucho más que mi propia vida, que se escapa, más aún que el propio Infierno, que ya tengo a la vista. Y en el mismo Averno donde Orfeo quiso rescatar a su amada resuena en mis oídos el lamento que Gluck hiciera divino en su pentagrama: «*Que farò senza Euridice!*», «¿Qué haré sin María Antonieta?». Llevo casi diecisiete años haciéndome esta pregunta cada jornada y aún hoy, que es la última, me abrumba si he de confiar en la eternidad sin su presencia, pues no habría Cielo que sin su amor Cielo fuera, ni un dios tan solitario sería capaz de comprenderme, y menos aún de compadecerme, cuando todo a ELLA me guía.

Sí. La amé aquella noche y otras más, sin ánimo de burlar al rey, sin deslealtad, sin fatuidad y con discreción. La amé sin herir a nadie, ni siquiera a mí mismo. Y nuestra amistad fue pura. Fue una dicha poder haberla amado algo más que platónicamente, porque el instante vivido nos afianzaría en un amor verdadero y perenne, que no se prueba en el crisol de la castidad. Solo así supimos de la envergadura de nuestro sentimiento y del inmenso valor de nuestra renuncia. ELLA me escribió una vez que yo era el más amante y el más amado de los hombres. Me sentí el más amado por ser ELLA quien me amó, y sin duda la amé con toda la fuerza que le cabe a un ser humano, y así seguiría amándola hasta hoy, el día en que he de morir, y acaso más allá si algo hubiera, porque jamás hubo ni habrá una mujer como María Antonieta, archiduquesa de Austria, reina de Francia.

VII

Lauzun, mi compañero de aventuras americanas, se mostraba frío y distante. Supuse que semejante actitud respondía a sus preocupaciones por el enorme quebranto que los manejos de Guéménée habían causado en su fortuna, hecho al que también atribuí que no pudiera cumplir su promesa de cederme su famosa legión. Lauzun había caído en desgracia a los ojos de la reina y, en cierto modo, había sido expulsado de la corte. Muchos aseguraban que la calumniaba en privado, pero he de decir que jamás le escuché una palabra de reprobación. Más tarde alguien me sugirió que, en realidad, Lauzun estaba celoso de mi éxito en Versalles y de mi condición de preferido de la reina. Con el tiempo yo sabría la verdad de primera mano. En todo caso, la situación hacía imprescindible que me fuera otorgado el regimiento Royal-Suédois. Le participé mi deseo a Alexandre de Sparre, a quien pertenecía. Se mostró muy dispuesto a cedérmelo a cambio de cien mil libras y de la concesión del Cordón Azul de los Serafines. La contrapartida resultaba desmesurada, pero me atreví a pedirle a Gustavo III que le impusiera la condecoración, y lo conseguí con la inestimable intermediación de su prima, María Antonieta. Así obtuve mi nombramiento como teniente coronel de dragones. El propio Luis XVI me recibió calurosamente y me participó su deseo de agradar al rey de Suecia tras recibir su recomendación. La cuestión de las cien mil libras se antojaba más delicada, teniendo en cuenta la dificultad con que el feldmariscal de Suecia abría la mano. Traté de ganarme como siempre a mi aliada Sofía, escribí a Creutz y a Scheffer. También a mi padre, haciendo gala de todo mi poder de persuasión. Pero solo logré enfurecerlo. Me acusaba de pretender desplumar a mis hermanos y a toda la familia; me reprochaba mi extrema inclinación al placer, «mi única guía y único maestro», que ponía en riesgo el nombre de la familia y en labios de muchos la terrible palabra: «expatriado».

Tampoco debió de gustarle conocer el compromiso matrimonial de Catherine Leyell. En efecto, Catherine había celebrado ya los esponsales con el cuarto conde de la Warr. Cuando lo supe comprendí que todos mis sentimientos hacia ella se habían diluido hasta desaparecer. Solo pensé en la oportunidad perdida para arreglar mi angustiosa situación económica. También renuncié a cortejar a Germaine Necker, dado que Staël se proponía en serio pedir su mano. En realidad, su aspecto físico me desagradaba. Era fea, gordezuela y muy poco femenina. Es cierto que su conversación deslumbraba y su mirada irradiaba inteligencia. Hay virtudes que pueden hacernos admirar a una persona sin considerar su sexo, y yo era capaz de apreciar en Germaine un espíritu diferenciado y un intelecto extraordinario, con la misma atracción física con que habría tratado a Voltaire o a Diderot. Muchos hombres se sintieron seducidos por las cualidades de Germaine Necker, y la amaron por ello. Es un misterio que siempre se me escapó. Jamás me sentí atraído por una mujer cuya presencia física no me resultara agradable. Podría haber encerrado en ella los conocimientos de los siete sabios de Grecia, o ya fueran setenta y siete. Mis pasiones no aflúan al compás del conocimiento, sino al ritmo de un gesto, de una sonrisa, de una forma de mirar o de danzar, de una pose elegante, de una belleza fresca y natural. Luego podía aflorar el sentimiento amoroso, o no. La compañía resultaba ser placentera, y nunca confundí el

lecho con el ágora. Cada momento tiene su afán y cada escenario su comedia, y un salón literario o los escaños de las aulas universitarias me parecen más propicios para el juego intelectual que el tálamo, el pajar o dondequiera que dos amantes junten sus cuerpos. Gocé de mujeres mucho más bellas que María Antonieta, de criaturas de hechuras perfectas y habilidades amatorias sobresalientes. Cortejé a encantadoras damas de compañía agradabilísima y entendederas comedidas. Y disfruté de la conversación provechosa de hombres y mujeres sabios, con los que jamás habría intercambiado el beso más furtivo o la caricia más casta. Y a María Antonieta la amé, cuando no la gozaba, y cuando sí lo hacía. La amé sin ser la más hermosa de todas ni la más sabia. La idolatré por ella misma, sin preguntarme el porqué. Su compañía me seducía, me contagiaba alegría; me fascinaba su energía vital, la pasión por vivir intensamente, el valor para sobrevivir en aquella corte asfixiante, con aquel marido impuesto que, desprovisto de su corona, habría dado el tipo de un perfecto patán.

No me engañaba, pues, cuando renunciaba a Germaine y a toda su familia, que me displacían en la misma medida. Necker se me antojaba un Cagliostro estirado y desagradable, y su esposa era pretenciosa y pedante, desprovista de gracia y belleza. Como afirmaba la baronesa d'Oberkirch, antes de crearla Dios la había sumergido en un barreño de almidón. Pero Necker era uno de los banqueros más importantes de Europa, y la dote de su hija prometía medio millón de libras de renta. No es de extrañar que el salón de madame Necker hirviera de hombres de letras, diplomáticos y celebridades de toda índole. Como eran protestantes, los pretendientes suecos no faltaban, y Stedingk y yo fuimos de la partida hasta que decidimos apoyar la obstinada candidatura del buen Staël. Y no fue sencillo. Al juego se unió un candidato temible, el joven lord William Pitt, que ya había ocupado cargos de relevancia en el Gobierno de Inglaterra. Germaine, a pesar de la predilección de su madre, lo rechazó y el triunfo de Staël pareció asegurado.

La única verdad es que mis propósitos matrimoniales fueron siempre estratégicos, salvo la primera vez en que pedí la mano de Catherine Leyell. Los demás intentos trataban de apaciguar a mi padre o a la propia sociedad parisina, que volvía a murmurar sobre las relaciones entre la reina y yo. No renuncié a cortejar a Germaine Necker por complacer a María Antonieta, de la misma forma que me mostré indiferente a la posibilidad de hacerlo con mademoiselle Soyécourt. En realidad, cada vez que una unión matrimonial se me antojaba realizable, tomaba la primera escapatoria posible. Y confesé por escrito a mi querida Sofía la simple verdad: me alegraba que Catherine Leyell se hubiera casado, porque ya no me volverían a insistir con ese partido y confiaba en que no hallaran otro para mí. Había tomado la decisión de no casarme, pues lo consideraba *contra natura*. El matrimonio es la tumba del amor. Una vez que nuestros padres desaparecieran, Sofía sería toda mi familia y la dueña de mi casa. «No puedo pertenecer a la única persona a quien querría pertenecer, a la única que verdaderamente me ama, luego no seré de nadie.» Así lo escribí con inusual sinceridad e impropia clarividencia.

Bien es cierto que a mi padre le contaba una historia muy diferente con el afán de convencerlo para que financiara mi felicidad en París, pero no lo conseguí. Al contrario, hoy pienso que fue él mismo quien sugirió al rey Gustavo que me forzara a incorporarme a su séquito en Rostock y a acompañarlo en el viaje que se proponía emprender hasta Verona. Cuando la orden me llegó, yo estaba en Wismar, tras haber visitado a mi hermano Fabián en Estrasburgo, y trataba de dirigirme a Estocolmo, pues necesitaba convencer al feldmariscal para que financiara mi toma de posesión del regimiento Royal-Suédois. Quizá mi padre solo pensaba en la forma de alejarme de París, sospechando los riesgos de retomar mis viejas amistades íntimas. Nunca lo

supe.

El viaje del rey Gustavo III a Italia estaba concebido como una maniobra de distracción. Nuestro rey estaba persuadido de que las ansias expansionistas de Catalina II no tardarían en cebarse con el Imperio otomano y confiaba en que nuestro tratado de 1739 con los turcos le permitiera justificar un ataque capaz de lograr la retrocesión de los territorios perdidos con los tratados de Nystad y de Abo. El rey debía tomar las aguas en Pisa para restablecerse de las secuelas de una mala caída de su cabalgadura. Su verdadero propósito, empero, consistía en camuflar su visita a París durante el viaje de vuelta como una cita de pura cortesía. Confiaba en convencer a Luis XVI para reforzar su alianza, obtener el beneplácito de su plan bélico y acaso algunos subsidios.

Emprendí la marcha para unirme a la comitiva real desde Wismar. Tuve la suerte de que mi cuñado, marido de Hedda, el barón de Klinckowström, me acompañara en el primer trecho de mi viaje y a él pude confiarle a mi fiel can *Polifemo*. En Erlangen, a pocas leguas de Núremberg, alcancé a mi soberano. Mi frustración por el cambio de planes, cuando tanto ansiaba regresar a Estocolmo y resolver mis cuitas, se vio compensada en buena medida por el emotivo recibimiento con que el rey me obsequió. No me trató como a su capitán de la guardia, ni como a un vasallo, sino como a un amigo y camarada, distinguiéndome de todo el resto de su séquito, incluido el barón Charles de Sparre, el secretario Franc y los chambelanes Armfelt y Taube. No toda la comitiva era tan ilustre. A Gustavo III solía acompañarle una caterva de extrañas gentes ligeras de espíritu y de costumbres, de catadura bastante más que dudosa. Una corte de artistas, poetas y efebos lo escoltaban de día y de noche. Armfelt sentía celos de la confianza que el rey depositaba en mí. A la vuelta de una excursión no programada que hicimos juntos, interpretó una escena en toda regla. El rey lo aplacó, pero al día siguiente olvidó sus favores haciendo que únicamente el joven conde de Essen y yo lo acompañáramos en el carruaje.

Tras un viaje tranquilo desde Baviera, llegamos a Verona en los primeros días de octubre. De incógnito, el rey pasaba como el conde de Haga y así todos pudimos disfrutar en relativa paz de las aguas termales de San Giuliano. En Pisa decidimos visitar al hermano de María Antonieta y del emperador José II, el gran duque de Toscana Pedro Leopoldo. Nos invadía el buen humor y decidimos presentarnos en la corte sin previo aviso. Cuando el mayordomo nos preguntó nuestros nombres, Gustavo se limitó a decirle: «Somos extranjeros. Queremos ver al gran duque y a él diremos nuestros nombres». Como era de esperar, fuimos olvidados en la antecámara una buena media hora, trascurrida la cual tres sirvientes se nos aproximaron y nos hicieron entrar en otra sala. «Queremos ver al gran duque», insistió Gustavo. Ante nuestra sorpresa, uno de los lacayos nos dijo: «Yo soy». Reímos los tres por la curiosa forma de conocernos y enseguida pasamos a complimentar a la gran duquesa. Por desgracia, en Pisa no existía propiamente una corte. Nos aburríamos en San Giuliano, donde ya hacía frío, pero el rey quiso permanecer aún un par de semanas para curar su brazo completamente, de forma que cuando llegamos a Florencia ya era adviento y no confiábamos en divertirnos en exceso. Por fortuna, estábamos equivocados, y puedo decir que aquellos últimos días de 1783 en Florencia fueron los más delirantes que haya podido darse en la historia de las realezas europeas. Los ricos comerciantes extranjeros y los nobles florentinos rivalizaban en lujo y atenciones. El ministro inglés Horace Mann y lord Cowper, el caballero Des Tours y el conde d'Hautefort se unieron a esta competencia para agasajarnos con espléndidas y divertidas veladas, donde jugábamos a las cartas, conversábamos,

tomábamos helados, limonada y frutas en magníficos salones iluminados por antorchas de cera blanca. Una mañana en que el rey aún dormía tras una memorable reunión, el gran duque se presentó en sus aposentos acompañado del conde de Falkenstein. El monarca apenas tuvo tiempo de ponerse una bata, sobre la que lucía el Cordón Negro y la Cruz Blanca de la Estrella Polar. No fue menor la sorpresa de los visitantes al comprobar la guisa del soberano que la de este cuando tras la impostora faz del conde descubrió al emperador José II, que viajaba también de incógnito y se unió de muy buen grado a los constantes festejos florentinos, aunque acreditando mayor serenidad y mejor juicio que sus dos parientes.

Tanta concurrencia me permitió desasirme más a menudo de la férrea vigilancia de mi señor, y procuré imitar las desenfadadas costumbres de la juventud florentina. Las damas, especialmente si estaban casadas, solían rodearse de hombres de confianza, *chevaliers servants* que las entretenían mientras sus maridos cortejaban a otro tipo de señoras. A tan civilizado uso se mostraban permeables por igual los extranjeros que radicaban en Florencia, y ello me permitió cortejar a una dama que me reconcilió para siempre con la Pérfida Albión. Emily Cowper, la hermana de lord Cowper, era una de las criaturas más adorables y hermosas que han pisado este mundo y acaso muchos otros. La serví de algo más que de *chevalier servant*, y me alivió durante algunas noches de aquel invierno. Nuevamente Italia deshacía los hielos de mi carácter, como predijo María Antonieta. Emily era una mujer sencilla y sentimental, además de bellísima. Habría hecho feliz a cualquier hombre, y a mí también en otras circunstancias. Pero no pude amarla. Me recreé con su compañía y su hermosura incomparable. Disfruté de nuestras veladas en su cámara, mientras medía con las yemas de mis dedos su cuerpo de proporciones exquisitas, la línea perfecta de su cuello, su piel de alabastro sin mácula alguna que se diría cincelada por el propio Donatello. Jamás acaricié una piel tan fresca ni inhalé un aroma de mujer más embriagador. Que aquella divinidad se rindiera a mí, que pudiera poseerla, me complacía tanto que el deseo me provocaba mareos y sudores fríos. La amé muchas noches con una pasión y una entrega que no volvería a repetir, procurándole tanto placer como pude, como si con ello quisiera contrarrestar el privilegio de hollar una belleza que debería estar reservada a los dioses. Pero el crepitar de la chimenea recuperaba los recuerdos de una noche en Versalles, y cerraba los ojos mientras acrecentaba el ritmo de mis impulsos y mis manos acariciaban sus muslos mondos, imaginando que era a la reina a quien poseía como nunca osaría hacerlo, sin dulzura, sin afecto, con la mera pasión del amante furtivo. No era así como habría de amar a María Antonieta, y no podría serlo jamás. No porque la belleza de Emily la sobrepusiera a todas luces, sino porque a María Antonieta la amaba y mi cuerpo se negaba a dejar mensajes equívocos de pura pasión sin freno. Jamás podría poseerla sin al menos una pizca de ternura. Y de tal manera no me comporté con Emily. Le hice el amor con pasión, con dedicación, con respeto, con calma, pero sin ternura. Rendí tributo al regalo de su belleza esmerándome en mis artes amatorias, y acaso no fue por ellas que se prendó y luego hubo de acosarme con decenas de cartas, tratando de arrancarme un compromiso. La bella Emily no se enamoró del amante presente, sino del distante, del afecto que le faltó, del amor cuya ausencia no pude disimular con mi reverencia. Ella debió de sospechar que ni mi corazón ni las ascuas de su chimenea crepitan por ella.

Poco antes de la fiesta de la Natividad abandonamos Florencia. Emily se deshacía en lágrimas y hube de prometerle que le escribiría a menudo y le enviaría un retrato de mi persona. Alcanzamos Roma en apenas dos jornadas. José II ya estaba allí, y el emperador católico y el rey luterano escucharon la gran misa de Navidad codo con codo bajo la cúpula de San Pedro. Resultaba extraordinario observar a un rey y a un emperador mezclados con el pueblo,

escuchando atentos la liturgia ante un papa con la apariencia de un auténtico soberano. La escena podía ser interpretada como una buena lección de humildad ante la verdadera grandeza del espíritu humano. Pero el espejismo se esfumó como por ensalmo cuando tuvimos que asistir a la aceptación de entrada en un convento de una preciosa joven adolescente. A mi lado, el literato y filósofo Adler-beth, que formaba parte de nuestra comitiva, mascullaba invectivas contra la tiranía y la superstición, que Voltaire habría aplaudido sin dudar. Terminada la ceremonia, acompañé a Gustavo en su entrevista con el Santo Padre. La cabeza de la Iglesia romana y el jefe de una Iglesia cismática tuvieron un encuentro cordial, en pie de igualdad. Recordaba la recepción de Clemente XIV, diez años antes, y esperaba hallar a un acreditado *zelanti* de talante opuesto y fanático. Nada más lejos, sin embargo. El cardenal Giovanni Angelo Braschi di San Onofrio era el último eslabón de una noble estirpe de Cesena y fue elevado al obispado de Roma como Pío VI después de un cónclave tumultuoso, pero por unanimidad. Su presencia era edificante e irradiaba benevolencia y magnanimidad. Hubo de lidiar con el febroniano José II y con el más díscolo aún Pedro Leopoldo, aleccionado por Scipioni Ricci. No me extrañó, pues, que al final de su entrevista accediera ante Gustavo III a la apertura de una capilla luterana no muy lejos de San Pedro.

En los primeros días del nuevo año, la hermana del emperador José, María Amalia de Parma, llegó a Roma. A partir de ese momento, las fiestas, bailes y carreras de caballos se sucedieron vertiginosamente. Me exasperaba el desorden de mi rey y de toda la corte europea, aturdida entre festejo y festejo, cambiando de idea a cada instante, trocando la diversión proyectada por cualquier otra que fuera más extravagante. Cada día las celebraciones venían precedidas de una partida de caza, un dispendio más, propio de la prodigalidad del rey, quien por lo demás apenas hacía trotar tímidamente a su cabalgadura, pues desde su caída tenía pavor al galope. El tiempo se nos escapaba de entre las manos sin provecho alguno y yo recordaba las sensatas reflexiones de María Antonieta sobre su fugacidad. Me desesperaba la indolencia de Gustavo, su frivolidad irritante, y me invadía la ira al comprobar cómo dilapidaba mi juventud. Confesé a Taube, que compartía mis cuitas, qué hondo pesar me atribulaba al reconocerme atado al destino del monarca, pues no en vano era su capitán de la guardia.

En Nápoles obtuve el consuelo de mis charlas íntimas con María Carolina. Paseábamos a menudo, y nos tuteábamos, pues era esta regla de buen tono en aquel reino. María Antonieta era su hermana pequeña y más querida. Le unía a ella el recuerdo de los juegos de la infancia, que se le antojaba la época más feliz de su existencia. Narraba con dulzura y encanto su vida casi salvaje en los bosques y jardines inmensos de Schönbrunn, donde disponían de libertad absoluta. Su gobernanta, la condesa de Brandeiss, era partidaria de que las princesas vivieran al aire libre, con la despreocupación propia de su edad, y así las archiduquesas no reparaban en sus peinados revueltos y sus ropas hechas jirones mientras correteaban por los bosques en compañía de sus mascotas preferidas, reían y se olvidaban de cualquier etiqueta... Muchas veces después de aquellas tiernas confidencias he imaginado a María Antonieta retozando al aire libre, con el rostro tiznado y los cabellos desordenados, en los jardines de Schönbrunn. Acaso debiera ELLA, y debamos todos, a la condesa de Brandeiss, el carácter indómito de la reina de Francia, su vital desprecio a la corrección de la etiqueta. Su famoso retrato que provocó el escándalo en el Louvre no era sino la imagen de aquella niña feliz y medio salvaje, que gozaba del sol en su rostro a la orilla del Danubio sin cortapisa alguna. Y yo no podía olvidarla. Durante nuestro viaje le escribí una vez por semana. Habíamos establecido un discreto sistema postal, y todas mis cartas

aparecían dirigidas a la atención de Josefina. La cautela no era, por lo demás, hábil en extremo. Cualquiera habría podido reparar en el ardid recordando que Josefa era el segundo nombre propio de María Antonieta. Por lo demás, en mis cartas omitía toda referencia a mis conquistas amorosas y acaso debo mencionar entre ellas a Elisabeth Foster, a quien consolé en Nápoles de su desdichado matrimonio.



Parma y Venecia fueron las últimas etapas de nuestro periplo italiano, antes que, por fin, el conde de Haga se decidiera a regresar a París. Abandonó a su llamativo cortejo, aunque no a Armfelt, que formó parte de la discreta comitiva de cinco personas que franqueamos las puertas de París a finales de la primavera. Apenas nos detuvimos en la Rue du Bac para no revelar nuestra presencia incógnita, y partimos directamente hacia Versalles. Advertido de nuestra llegada, el rey, que cazaba en Rambouillet, regresó precipitadamente para complimentar a Gustavo. No quiso este acomodarse en palacio, pues hallaba más discreto, para sus noches sodomitas, el alojamiento en Chez Touchet, en la propia villa. Pero cada día cenábamos con los reyes en el palacio de Versalles y casi todas las tardes nos agasajaban con representaciones de Grétry o de Gluck. Pude, pues, volver a ver a María Antonieta con asiduidad, pero no tuvimos mucha intimidad. Óperas, bailes y banquetes de gala no procuraban la ocasión sino para intercambiar frases de cortesía. Por lo demás, en la corte no olvidaban, y cada vez que me aproximaba a la reina todas las miradas escudriñaban los gestos más nimios de nuestros semblantes. Cuando tocó la inevitable representación de *Dido* y la Saint-Huberty entonó: «*Ah! Que je fus bien inspirée quand je vous reçus dans ma cour...*», las grandes damas del auditorio clavaron sus miradas en la reina y en mí, rememorando la gracia con que María Antonieta había ejecutado un día el aria al piano, mientras me miraba fijamente. Por fortuna, mi peripatético rey estaba demasiado ocupado en llenar su agenda de frenéticos actos para reparar en sutilezas. Si un día recibíamos al señor de Montesquiou en la Academia, al otro acudíamos a la Place Vendôme para maravillarnos ante la cubeta magnética de Mesmer o asistíamos a una nueva demostración de la ascensión a los cielos de algunos *mongolfières*. Peregrinamos por todas las mansiones nobles de París y de sus alrededores, y hube de fingirme enfermo para encontrar el reposo suficiente para escribir dos o tres cartas. La misma locura, idéntico desorden al de Italia, reinaban día tras día. Y algún escándalo no dejó de agitar a la corte sueca. De la Marck fue retado a duelo por el renegado Peyron, ansioso por ajustar viejas cuentas, y el conde sueco, aunque malherido, terminó con la vida del paje francés, favorito de Gustavo, quien no supo ocultar la desesperación por la muerte de un acompañante tan insignificante a los ojos de todos, con excepción de quienes conocíamos los caprichos depravados del rey.

Gustavo parecía haber olvidado todos los propósitos estratégicos que justificaban su viaje a Italia para enmascarar sus gestiones diplomáticas en París. A estas alturas, no solo los espías ingleses sabían de sobra que el rey de Suecia estaba en París; hasta las ratas podían testificarlo, pues no hubo calle ni lugar de moda o medianamente concurrido que no frecuentáramos. Sin embargo, el aparente desorden de Gustavo no lo inhabilitaba para una suerte de extraña diplomacia, admirable a todas luces, pues en cada conversación con el rey Luis, Vergennes y Breteuil iba desgranando propuestas y cerrando acuerdos, al tiempo que arrancaba al férreo Calonne compromisos financieros. De esta curiosa forma, de festejo en festejo, se fraguó el Pacto de Versalles.

El prelude del tratado que debía poner fin a nuestra estancia en París fue una magnífica fiesta dada por María Antonieta en el Trianon. Se representó *Le dormeur éveillé*, de Marmontel y Piccinni, y se contó con los decorados y el ballet de la Ópera. La cena fue servida a continuación, bajo un cielo estrellado, en el bosquecillo iluminado. La luna resaltaba los vestidos blancos de las damas. María Antonieta cuidó de todos los detalles y como colofón a su éxito sin par tuvo la sencillez de no sentarse a la mesa; su gesto cautivó a toda la concurrencia. Se sirvieron orejas de cordero a la provenzal, esturión asado, lomos de ciervo, compota de faisán a la española, lenguas de buey con pepino, caldereta de codornices trufadas, muslos de oca en macedonia, alas de arcea glaseadas con lechuga y más de cien manjares diversos. María Antonieta cumplimentó en particular a todo el cortejo sueco y departió con alegría y refinamiento con Stedingk, Taube, Staël, Armfelt y también conmigo. Avanzada la noche, paseamos juntos por los jardines, aprovechando que los invitados se hallaban tan embriagados por el champán como por el espectáculo de una velada mágica. «Mi fiel Fersen, apenas acabáis de llegar y temo que el rey firme el nuevo tratado y os obligue a acompañarlo a Suecia.» «Temo que así sea —le contesté—. Pero confío en que pronto pueda volver a hacerme cargo de mi regimiento.» «¿Me visitaréis?» «Nada en el mundo podría complacerme más. Sabéis que solo cuento las horas para poder estar en vuestra compañía.» «Siempre me halagáis, *mon beau Fersen*, pero en vos como en mí siempre prima el deber antes que la devoción. A menudo detesto tener que ser reina y preferiría ser una vulgar pastora. Vuestra compañía me alivia, adoro vuestra conversación y, no lo dudéis, también vuestras caricias. Aunque desconfío de vos.» Dijo esto último con picante ironía. «No sois justa, señora. Yo no tengo reparo en confesaros mi amor, pero no olvido quién sois. ¿Me creéis insensible? Yo también sueño, mi reina, que vos sois otra y yo también. Por desgracia, vos y yo sabemos que las cosas son lo que son, y por más que soñemos no podremos cambiarlas.» «Cierto, mi buen amigo; por eso desconfío de vos. Tenéis buen juicio y sabéis acomodaros a la realidad. Os imagino retozando con bellas damas, a las que despedís tal vez sin miramientos para escribirme de vez en cuando esas furtivas cartas en las que usáis el nombre de Josefina solo para olvidaros de que soy la reina de Francia y poder así torturarme con halagos y lisonjas propias de un joven enamorado.» Su tono no era de censura en modo alguno, bromeaba de forma ligera, coqueteaba con cierta frivolidad, mientras sus ojos me enviaban un mensaje desesperado. «Pero sabed que no puede importarme, porque ya me habéis hurtado mi orgullo cuando me poseísteis en la *méridienne*.» Creí ver correr por su mejilla una lágrima furtiva. La tomé por los brazos. «María Antonieta —la llamé así por primera vez—, amada mía, no torturéis a este pobre extranjero. Ordenadme y yo obedeceré. Nada me hiere más que sospechéis en mí una intención distinta a la pasión de un hombre afortunado por una mujer extraordinaria. Ordenadme que desaparezca, y lo haré. Pedidme que me esfume, que me entierre bajo tierra, y lo haré. Pero no dudéis una sola vez más de mis sentimientos.» «¿Vos me lo pedís o me lo ordenáis?» «Os lo ordeno como el hombre que os ama, que os ha poseído, no a la reina, sino a Josefina, mi clandestino amor.» «Os lo concedo, pues, mi fiel Fersen, pero confío en que correspondáis a mi generosidad escribiéndome más a menudo cuando os vayáis.» «Os lo juro, y os haré llegar el más bello ejemplar canino de mi país, para que os haga compañía y os vigile en mi ausencia.» «Lo mimaré como haré con vos cuando os dignéis regresar.» Y sonrió.

Poco después partimos para Suecia. Llevaba conmigo el almanaque que María Antonieta me había entregado. En él figuraba una leyenda: «*Foi, Amour, Espérance, trois unis à jamais*». Su obsequio debía servirme para contar los días de nuestra separación. Escribí a Josefina desde Chantilly, desde Sedán, desde Düsseldorf, Osnabrück, Lunenburg, Warnemünde..., desde

cualquier lugar en que hicimos una mínima parada en el camino, mientras en cada nueva etapa solo pensaba en las próximas palabras que escribiría en el siguiente alto. La amaba y mi único deseo era volver a verla.

VIII

Hacía más de cinco años que no veía al feldmariscal. Contaba ya sesenta y cinco y me dolió verlo tan envejecido. Mis noticias acerca de las rentas que me iba a deparar el regimiento Royal-Suédois parecieron rejuvenecerlo, pero se amostazó al saber que mis obligaciones me exigían desplazarme a la corte y abandonar el hogar paterno. Antes de mi partida conversamos en la biblioteca. El viejo político estaba sentado en su sillón predilecto, al lado de una mesa repleta de legajos y libros abiertos. Daba vueltas a sus lentes, que sostenía entre el pulgar y el índice de una de sus manos mientras me observaba con fijeza. Carraspeó antes de comenzar a hablarme y quizá no fue casual que me tuteara: «Lamento que tengas que dejarnos tan pronto. En los últimos años no hemos tenido mucho tiempo para estar juntos y nuestros frecuentes intercambios epistolares no suplen esa necesidad. Como ves me voy acercando al final del camino, y temo que me queden muchas cosas por decir y a ti muchas por saber. Tanto tiempo en el extranjero ha refinado tus modales y te ha proporcionado buenos conocimientos, pero tengo la sensación de que desconoces muchas de las cosas que ocurren en tu país». «He compartido muchas horas con el rey, padre», opuse. «El rey no es Suecia, hijo, ni Suecia es su casa; no lo olvides. Sé que congenias con él y que aprecias su carácter ilustrado, pero que monsieur Voltaire lo hubiera aplaudido no significa que su gobierno no sea errado.» «¿Vos lo seguís creyendo así, padre?» «Hay muchas cosas en su carácter que me disgustan, pero no se trata de las preferencias que pueda tener por los modales o las costumbres íntimas del rey. No es esa la cuestión. Vivimos tiempos inciertos, hijo, y no está lejano el día en que debemos arrostrar graves peligros para la supervivencia de la patria y de nuestro modo de vida. Y entonces, como siempre, no nos salvarán los deseos, sino el carácter, la determinación y la unidad de todos los estados. La debilidad será nuestra tumba, la de todos.» «¿Creéis que el rey es débil, señor?», lo interpele. «Es inteligente, pero soberbio. No sabe escuchar ni ver a su alrededor, y a veces piensa que el mundo puede ordenarse como una representación teatral. Y un día tendrá que actuar en escenarios reales, que no se avienen a las reglas de la comedia. Entonces dará su medida, y quienes estéis a su lado cargaréis con una grave responsabilidad. Confío en que seas consciente de ello.» «Gracias por vuestro consejo, señor.» «Por lo demás —prosiguió— me preocupa tu situación personal. Un hombre debe atender a las necesidades de su condición y dejar un legado más allá de sus actos, ¿me comprendes?» «Creo que sí, padre; estáis hablando de mi estado célibe.» «Exacto. Hace ya tiempo que no me has participado ninguna expectativa de compromiso y, al contrario, circulan leyendas y rumores, que bien conoces, acerca de una gran devoción por cierta persona...» «Querido padre —osé interrumpirlo—, esas murmuraciones pudieran muy bien ser ciertas, pero confío en que no albergaréis duda alguna de que no afectarán al cumplimiento de mis obligaciones para con mi país y para con mi familia.» «Así lo espero, ve en paz y mantente atento a todo lo que se dice en la corte y, sobre todo, ya sabes, a la forma en que se dice.»

De Drottningholm a Gripsholm, la vida cortesana del rey Gustavo era un pálido reflejo de la corte de Versalles. Festejos y representaciones, banquetes y bailes componían una rutina

ceremoniosa y exasperante. Leía por entonces a Jean Jacques Rousseau y me complació sobremanera su criterio de que «jamás los corazones sensibles habrán de amar los placeres que se ofrecen a la vista cada día; estéril y vana felicidad de las gentes que no sienten nada en absoluto y creen que gozar la vida consiste en aturdirlos». Pude soportar mis obligaciones de guarda real gracias a la compañía de mis hermanas Hedda y Sofía. Ni siquiera me aliviaban ya las tiernas expresiones de afecto de la princesa Hedwig-Elisabeth-Charlotte. Me carteaba con mis amantes, Emily Cowper y Elisabeth Foster, tratando de persuadir a la primera de que nuestro matrimonio era una idea descabellada —hasta tal punto llegó su insistencia que hube de escribir a lord Cowper para que me asistiera en mi empeño por convencerla— y poniendo al tanto a la segunda de mis sentimientos hacia María Antonieta.

Las tensiones entre Austria y Francia a cuenta de Maastricht me proporcionaron una oportunidad para regresar a Francia. Portaba cartas personales de Gustavo III para los reyes, en las que se felicitaba en particular por el nacimiento del duque de Normandía, bautizado en Versalles por el cardenal de Rohan, gran capellán de Francia. El pueblo de París se mostró glacial ante la reina durante las ceremonias que tuvieron lugar en la catedral y en las Tuileries. A su paso reinaba el silencio más absoluto, únicamente roto por murmuraciones y reproches. Los panfletos contra la «loba austriaca» circulaban de mano en mano, reprobando los conciertos, las fiestas privadas, los gastos y lujos en el Trianon, su fasto y frivolidad. Se la acusaba de intervenir en la política del reino, encumbrar a advenedizos como Polignac o Calonne, ordenar los nombramientos humillando en público a Breteuil y Vergennes, tomar partido por su hermano, el emperador José II. Se murmuraba que el duque de Normandía, nacido a los nueve meses justos de la fiesta dada en el Trianon en nuestro honor, era fruto de su unión adúltera con el sueco advenedizo... De nada sirvió a María Antonieta establecer una severa etiqueta en su corte, abandonar juegos y diversiones y optar por una indumentaria austera que prescindía de plumas, flores y joyas. Bastó que decidiera adquirir el palacio de Saint-Cloud al único objeto de evitar el declive de la salud del delfín para que las furibundas críticas arreciaran de nuevo en todos los conciliábulos.

Dos meses después de mi llegada me incorporé a mi regimiento en Landrecies y desde allí viví el escándalo de la detención del cardenal de Rohan en la propia corte. Todo el mundo conocía la animadversión que se había granjeado el cardenal en Austria durante su época de embajador y la frialdad con que María Antonieta lo había tratado desde entonces, mas pocas familias nobles acumulaban tan diversa suerte de honores y títulos como el cardenal de Rohan, aherrojado ahora junto con sus compinches: Cagliostro y la condesa de La Motte, aventurera descendiente de un bastardo de Enrique II. El asunto del collar de la reina proporcionaba una trama digna del libreto más extraordinario. El joyero Böhmer había ofrecido a María Antonieta un collar de diamantes valorado en un millón y medio de libras, que la reina rechazó, aduciendo que por ese precio «el rey podría adquirir un nuevo navío para su flota». Madame de La Motte tuvo conocimiento de este hecho y se sirvió de un ardid para concertar una cita durante la noche en un bosquecillo de Versalles entre el cardenal de Rohan y la propia reina, o al menos eso creía él. La presunta reina no era más que una dudosa baronesa d'Oliva, más conocida por Nicole Le Guet, cuya única virtud era un parecido más que notable con la reina. Rohan regresó del encuentro clandestino creyendo en realidad que la reina le había solicitado que negociase en secreto la adquisición del collar, y esperaba con ello reconciliarse y recuperar su gracia, y acaso obtener el nombramiento de primer ministro. Rohan consiguió el collar y se lo entregó al supuesto enviado de la reina, Rétaux de Villette, que no era otro sino el amante de la aventurera

condesa de La Motte. Rohan se inquietaba al no recibir noticias de la reina, y más aún Böhmer al comprobar que María Antonieta no había lucido aún el collar y se aproximaba el vencimiento del primer pago de cuatrocientas mil libras. El joyero se decidió a visitar a la reina en el Trianon. ELLA ensayaba el papel de Rosina en *El barbero de Sevilla* cuando madame Campan le refirió el asunto. Sin dilación, María Antonieta hizo que Böhmer escribiera una memoria de los hechos, convencida de que Rohan se había prevalido de su condición para hurtar el collar y satisfacer de esta forma sus múltiples deudas.

María Antonieta no calculó bien los riesgos. Las familias nobles más renombradas se unieron a una conspiración para desprestigiarla. Los Marsan, Guéménée, el propio príncipe de Condé, y muchos otros, se aliaron para propalar infundios acerca de la reina y en favor de Rohan, que pronto echaron raíces entre el populacho. El Parlamento pasó a considerar a Rohan como una «víctima ilustre», estimando que su arresto había sido ilegal. Al final del verano abandoné mi regimiento y me alojé en un apartamento de París con el fin de acercarme a María Antonieta y asistirle en momentos tan difíciles. Estaba fuera de sí; se sentía traicionada por todos y no alcanzaba a comprender cómo, siendo la víctima evidente, el pueblo la acusaba como culpable. Me hubiese gustado hacerle ver que la culpa no estaba en el hecho en sí, sino acaso en haber convertido la corte en un lugar donde un sujeto como Rohan podía concebir como verosímil un escenario de ópera bufa. No me atreví. Yo mismo me sentí cómplice y tramoyista destacado en la farsa que ayudamos a erigir en torno al Templo del Amor.

La paz de Fontainebleau, firmada en noviembre, apenas sirvió para apaciguar las acusaciones hacia la reina, a quien se imputaba el envío de cofres repletos de oro para que su hermano pudiera hacer la guerra al turco. El nuevo año, con la apertura del proceso, no tuvo más distracción que el feliz enlace de Staël con Germaine Necker. Nobles y burgueses se compadecían de un Rohan asmático, envejecido tras meses de encierro en una celda estrecha y lóbrega. Los lazos rojos y amarillos proliferaban en los sombreros y no era preciso ser clarividente para aventurar que Rohan sería declarado inocente. Por fin, ultimada la instrucción por el consejero real Jean Baptiste Titon, el Parlamento declaró falsa la firma de María Antonieta, y acusó a Rétaux de Villette de tal fechoría, por lo que fue desterrado. La condesa de La Motte fue condenada a ser azotada desnuda, y marcada con un hierro al rojo vivo en forma de «V» bajo sus dos hombros —al final, debido a su resistencia, acabó siendo en sus pechos—, antes de ser recluida de por vida en La Salpêtrière. De allí huiría de forma hartamente sospechosa en breve plazo, para acabar hilvanando burdos insultos contra María Antonieta en sus execrables memorias; después se arrojó desde una ventana perseguida por la sombra de su propia perfidia. La baronesa d'Oliva fue expulsada de la corte, pero Cagliostro y Rohan fueron considerados inocentes de todos los cargos. La explosión de júbilo en París fue indescriptible. Los jueces fueron aclamados al grito de «¡Viva el Parlamento! ¡Viva el cardenal inocente!». Los magistrados eran coronados con ramos de jazmines y rosas. Apenas recuperada su libertad, Rohan fue visitado por el barón de Breteuil, en su condición de secretario de Estado, quien le requirió su dimisión como gran capellán y le instó a retirarse a su abadía de Chaise-Dieu, en Auvergne. Entre tanto, la reina lloraba en Versalles su humillación, tratando de dominarse en bien de la nueva criatura que llevaba en su seno. Los días felices habían terminado y yo regresaba a Suecia, y dejaba a Stedingk, mi lugarteniente, al mando de mi regimiento.

El rey Gustavo había revelado ya a estas alturas su verdadero espíritu. La corte sueca, lejos

de los sueños liberales del feldmariscal y más próxima a sus funestas premoniciones, cada día se asemejaba más a una triste caricatura de las excentricidades versallescas. La etiqueta era más rígida, se nos obligaba a vestir el hábito nacional, debíamos hablar al rey profundamente inclinados y asistir a las estúpidas ceremonias de levantarse y acostarse. Suecia era un país pobre, y su monarca no ahorraba dispendios en fastos, favoritos y ceremonias. Había iniciado la construcción de su palacio de Haga, para cuya inauguración ingenió una representación mítica. Las fanfarrias anunciaron la presencia del rey, y una marcha, la llegada de Vulcano y sus cíclopes. El rey avanzaba por el andamiaje que había de llevarle, mazo en mano, al lugar en que la primera piedra debía quebrarse. Cánticos de divinidades protectoras saludaron el fin de la ceremonia, mientras el cortejo se embarcaba en trece chalupas en el lago Brunnsviken, bajo una lluvia de flores. Pequeñas mesas repartidas por los bosquecillos de Haga sirvieron para cenar, antes de regresar a Drottningholm, asistir a la representación de *Atalia* y escuchar los entonados coros compuestos por el abad Vogler. Para celebrar la boda de su querido Armelft con una La Gardie, a la sazón prima mía, el rey no tuvo otra ocurrencia que poner en escena un carrusel en verdad extravagante, bajo la denominación de «El bosque encantado», con más de trescientos participantes ataviados de las más exóticas maneras que sugerían hindúes, chinos, tártaros, romanos, turcos, persas y, por supuesto, olímpicos. Para sufragar sus ocurrentes representaciones, el rey se reservó el monopolio de la destilación de aguardiente, oficializando de alguna forma el alcoholismo endémico en los países del norte, y enfrentándose de paso al cuarto estado, pues los agricultores siempre habían obtenido sus bebidas espirituosas de forma artesanal. Hubo algunas revueltas y, a pesar del peso de la edad y de la enfermedad, mi padre volvió a liderar con el Partido de los Sombreros la crítica contra una monarquía que se tornaba cada vez más distante y absoluta. Al feldmariscal lo irritaban la negligencia del rey, su hedonismo y afeminamiento, las caprichosas veleidades de sus alianzas estratégicas, que hoy nos llevaban de la mano con Rusia contra Dinamarca, para mañana abrazarnos con Dinamarca contra Rusia. Como respuesta, a Gustavo no se le ocurrió otra cosa que imponer la censura, pero la penosa situación financiera obligó a convocar una Dieta que resultó tormentosa, aunque finalmente le proporcionó nuevos créditos.

En aquel tiempo, Gustavo recibió un presente de María Antonieta. Se trataba del retrato de la reina, junto con sus hijos, enmarcado en los jardines del Trianon, no muy lejos del Templo del Amor, que había sido ejecutado con mediocridad por Wertmüller. El obsequio conmemoraba la fiesta dada en honor al conde de Haga en los jardines del Trianon el 21 de junio de 1784. Gustavo tuvo interés en mostrarme el cuadro personalmente. «No le gustó mucho a la reina, al parecer —me advirtió—. No está mal pintado, pero el retrato no le hace justicia —añadió mientras me miraba de soslayo con expresión burlona—. No es fácil atrapar la gracia de su figura... La pequeña Madame Royale resulta, sin embargo, encantadora, ¿no creéis? Mi hijo la llama “su pequeña esposa”; en cuanto supo que se trataba de la hija del rey, afirmó: “será mi esposa”... El delfín es grande y robusto, como su padre... En suma, es un buen cuadro y lo colgaré en mi nuevo palacio de Haga.» Era cierto que el lienzo no daba fe del poder de seducción de la reina de Francia, pero me bastó para acrecentar mi melancolía. Detestaba vivir en mi país y temía acabar odiando al rey, a quien tanto admiré en un principio. La vida en Suecia era vulgar, monótona, irritante... Una profunda desazón me amustiaba y el mundo alrededor se tornaba gris y amenazador. Fue entonces, ante aquel retrato insustancial, cuando por primera vez una premonición oscura, un presagio terrible e indefinido, me asaltó y habría de privarme de toda paz en los años sucesivos. El viento de los tiempos pronosticaba catástrofes. Mi experiencia en

América me proporcionó la distancia necesaria para ver con otros ojos nuestro viejo mundo, que seguía girando sobre su eje en la confianza vana de que su rotación era inmutable. Pero yo sabía que otros mundos son posibles, y que la locura de tantas cortes que había frecuentado no podía sostenerse por mucho tiempo en una vorágine tan alocada e insensata. Comencé a comprender el celo político de mi padre, empeñado durante años en construir los diques políticos que pudieran frenar el desbordamiento de los sueños quiméricos de monarcas ensoberbecidos y ajenos por completo a las leyes que impone la sociedad, la economía y la propia naturaleza. Esos reyes ciegos concebían Europa como un tablero donde jugar a los naipes la suerte de sus familias, sin otra consideración, sin comprender que las figuras que esos naipes representaban eran de carne y hueso, y componían otras familias sujetas a necesidades y ahíncos parejos. Con su juego no solo comprometían la suerte de su propia supervivencia, al fin y al cabo tan frágil como la de cualquier ser humano, sino que daban jaque a todo el orden establecido para el buen gobierno de los Estados y de la humanidad, y esta y no otra fue la preocupación constante del feldmariscal. Entonces lo comprendí, absorto ante las pinceladas de Wertmüller y las palabras huera del rey Gustavo. Solo deseaba alejarme de unas y de otro, y recuperar la visión original de aquel triste remedo, de ver ante mis ojos la mirada brillante y única de mi gran amiga y prescindir de toda ceremonia para amarla mientras fuera posible.

A finales de abril de 1787 tomé un coche en Stralsund con destino a Maubeuge, donde acampaba mi regimiento. Mientras atravesaba las monótonas llanuras del norte de Alemania tuve tiempo sobrado para reflexionar sobre los acontecimientos y circunstancias recientes, tratando de hallar razones que explicasen mi aflicción o me convencieran de lo infundado de mi pesadumbre. Federico II había muerto hacía casi un año, pero la enemistad de Prusia contra la monarquía austriaca y, por ende, su animadversión hacia María Antonieta, no se habían alterado. Su alianza con Inglaterra era firme, y trataba de atraerse a Suecia, Polonia y Turquía frente a Rusia, al tiempo que Inglaterra preparaba su venganza contra Francia. Catalina, por su parte, fomentaba la discordia en los países escandinavos mientras negociaba con Austria el reparto del Imperio otomano. Por otro lado, las informaciones que Staël me hacía llegar de Francia eran preocupantes. Las deudas del Estado eran incalculables. La bancarrota se había fraguado en la guerra americana, pero los enemigos de María Antonieta procuraban responsabilizarla de la debacle financiera, apuntando hacia la condescendencia de su fiel Calonne. Letrillas satíricas y panfletos anónimos se hacían circular de mano en mano por las calles de París, y durante una representación de *Atalia* el público abucheó a la reina y jaleó con sonoros aplausos la perorata de Joad: «*Confonds dans ses conseils cette Reine cruelle...*». Resultaba increíble que pudiera propalarse una suposición tan injusta, pues recuerdo, como si no fuera este mi último día, que la reina aborrecía la frivolidad y vanidad de Calonne, sostenido siempre en los brazos de la duquesa de Polignac y de Vaudreuil y amparado en la seducción que su tosca verborrea provocaba en el rey. Sea como fuere, Calonne cayó. La convocatoria de la Asamblea de Notables selló su destierro. Las reformas de Calonne pasaban por una imposición igualitaria a los terratenientes, y el clero amenazado colaboró en el golpe de gracia. A la postre, desde Inglaterra, Calonne se impondría la medalla de primer emigrado de la Revolución. Su sucesor, el arzobispo de Toulouse, Loménie de Brienne, no tardaría en evidenciar su incompetencia para enderezar la desastrosa situación financiera del reino.

Me presenté en la corte para entregar las cartas remitidas por el rey Gustavo. Pude asistir a la disolución de la segunda Asamblea de Notables, a la que Luis XVI tuvo que imponerse con un golpe de autoridad. Finalmente, venció una política de austeridad, se suprimió la *corvée*, se designó un consejo de finanzas, se formaron asambleas provinciales, se reguló el comercio del trigo y se impuso un nuevo impuesto sobre el timbre. La pretensión de limar el poder de los magistrados, siempre impertinentes y celosos de sus privilegios, puso de manifiesto la propia debilidad de carácter del rey. Entre tanto, María Antonieta se mostraba inquieta e irritable. En contra de su naturaleza, permanecía a menudo ensimismada y pensativa. El delfín y la pequeña Sofía estaban enfermos, y desgraciadamente no pude aliviar su tristeza cuando esta última falleció, pues recibí la orden de Esterhazy de acantonarme junto a mi regimiento en la frontera de Flandes. Los patriotas holandeses se habían levantado contra Guillermo V, y debíamos contrarrestar los eventuales movimientos de su cuñado, que al final intervino con la anuencia de Francia, incapaz de hallar arrestos para recoger el guante.

Regresé a París a mediados de octubre y la ciudad era un hervidero. Algunos parlamentarios reclamaban los Estados Generales, y en la corte nadie sabía qué hacer. El rey solo confiaba en la reina, y a su pesar María Antonieta se vio obligada a tomar las riendas de la situación. No osaba, sin embargo, provocar la destitución de Brienne. Temía que Necker acaparase todo el poder, y nadie como ELLA conocía la debilidad de carácter del rey. Durante el invierno, se concentró en la salud del delfín, cojo y aquejado constantemente de procesos febriles. Su estancia en Meudon mejoró de forma ostensible su condición, de forma que en la primavera cierto alivio parecía acomodarse en Versalles. Aquellos tiempos difíciles para la reina me proporcionaron una felicidad inopinada. Nunca como entonces experimenté el placer inmenso de servirla, no como simple *chevalier servant*, sino como su auténtico báculo. Varias veces por semana cabalgaba hasta los jardines de Versalles, al lado del Trianon. María Antonieta se reunía conmigo a través de los bosques. Descabalgábamos y paseábamos cogidos del brazo durante horas enteras en que me ponía al tanto de sus cuitas, de los asuntos de Estado, y charlábamos de nuestras familias. «Habládme de Sofía, ¿cómo está vuestra hermana?», me interrogaba. «Bien de salud, por fortuna, pero su matrimonio es desgraciado. Lleva en realidad una doble vida, y es notorio que se entiende con Taube.» «¿Os disgusta?» «En absoluto —proseguí—. Evert es un buen amigo, y desde adolescente ha sentido un afecto sincero por mi hermana. Si ella es feliz, yo lo soy, y no me interesan las habladurías de la corte.» «En cierto modo compartes vuestro sino», apuntó. «Con una pequeña diferencia —añadí—. No tengo que soportar un matrimonio fingido.» «Entonces no sois vos, sino yo, quien comparte las vicisitudes de vuestra hermana.» «Perdonadme —me disculpé—. He sido grosero y desconsiderado. No quise insinuar eso: vos sois la reina de Francia, y yo no soy quien...» «Dejadlo, *mon Rignon*, ya deberíais saber que no podéis provocarme. Os amo tiernamente, como Sofía al barón Taube, y mi vida tiene tan pocos momentos de felicidad que no puedo enojarme con vos. He padecido mucho las insidias de mis enemigos y las perfidias que tan injustamente me achacan. Ignoran que mi desazón se debe sobre todo a los padecimientos del delfín. Quisiera ser como el rey, que sobrelleva su dolor con entereza, pero no albergo muchas esperanzas... Lo veo empeorar cada día y me veo impotente.» Así discurrían nuestros días, con la felicidad de compartir nuestras tristezas y liberarnos de ellas al exponerlas. Sentimos ambos el mismo alivio, y alguna vez nuestros pasos nos condujeron sin querer a las chozas del *hameau*, sobre cuyos camastros y a la luz de aquellos artificiales desconchones nos amamos con una pasión serena, imaginando que no éramos más que sencillos

campesinos ocupados en el puro menester de la supervivencia.

Una sombra nublaba el rostro de María Antonieta si yo le hablaba de mi obligación de regresar a Suecia en caso de guerra, lo que parecía inminente. Catalina había abierto la caja de Pandora del turco, y sus ejércitos descendían hacia el mar de Azov y la desembocadura del Dniéper. San Petersburgo estaba desprotegido y la tentación era enorme para un incauto como Gustavo, a quien pronosticaba un trágico destino. María Antonieta escuchaba con atención y angustia mis premoniciones, mientras regresábamos a palacio. Había habilitado una estancia en el piso superior para mi uso exclusivo. Aunque otros allegados, como su propio hermano José, gozaron de semejante privilegio, mis pernoctaciones en palacio dieron satisfacción al duque de Orleans y a sus secuaces. Su puta, madame de Genlis, inspiraba los panfletos que su pérfido secretario, Choderlos de Laclos, redactaba en un estilo impúdico bien reconocible en *Les liaisons dangereuses*. Con ellos hundían una vez más sus sucios dedos en las llagas de «la austriaca», de forma tan indecorosa como estas alimañas me golpean sin descanso, en la falsa creencia de que pueden aún provocarme algún daño, cuando hace ya tiempo que apenas respiro y nada siento, y me regodeo en la clarividencia de mis recuerdos. Acaso le faltó a ELLA esta última vivencia, compensada —deseo que así fuera— por una muerte súbita e incruenta. La mía es lenta, al parecer, y lento me parece asimismo el devenir de mi memoria, mientras firmo la paz con mi propia vida y me complazco en haber dado pasos audaces que entonces me hicieron dudar. No vacilé aquella tarde de abril, cuando apenas las hojas de los robles brotaban y el sol caía produciendo reflejos dorados en el cielo de poniente, al acomodarme en mis apartamentos y acudir presto a la furtiva llamada de mi amante, para consolarla con caricias efímeras y una pasión que ahora resultaba más tierna y más dulce, y permanecí horas entre las sábanas de seda de su lecho, besando sus cabellos y sosteniendo sus manos entre las mías, compartiendo en silencio sus temores y funestos presagios, apenas inquieto porque al amanecer hubiera de emprender el camino de Valenciennes, de Stralsund, de Estocolmo, de la guerra...

IX

Traté de disuadir al rey Gustavo de sus descabellados planes bélicos, que había orquestado con el mismo desenfado con que concebía sus pantomimas teatrales. Un puñado de labradores finlandeses ataviados como rusos fingiría forrajear en la frontera, escenificando un intercambio de disparos con nuestra guardia. El incidente bastaría para representar la provocación que amparase una orden de invasión para la que no tenía previsto convocar a la Dieta. Tampoco consideró mi advertencia del peligro que suponía dejar abierto el frente a retaguardia ante un aliado tan fiel de Rusia como Dinamarca. A principios de julio invadimos la Finlandia rusa. Tras unas escaramuzas, las primeras hostilidades serias tuvieron lugar cerca de Fredrikshamn. Ambas flotas se cañonearon sin cuartel durante horas, y la suerte de la batalla no nos fue del todo esquiva. Este primer golpe de suerte sirvió al rey para escenificar vistosas paradas militares en las que concedió con generosidad penachos, títulos de caballero y variadas condecoraciones. Pero el descontento era general, y abundaban las solicitudes de licencia, las dimisiones de los oficiales y las desertiones. Reinaba por doquier la improvisación y la confusión era absoluta. El equipamiento de nuestros soldados era precario, la intendencia no existía, no había planificación alguna acerca del suministro de provisiones. Francia trataba de mediar para alcanzar un armisticio, mientras nuestro rey interpretaba como hazañas épicas las operaciones más intrascendentes. Stedingk había tomado Nyslott sin oposición, y sitió el castillo en que se había refugiado una guarnición de inválidos. Los méritos de Armfelt se reducían al apresamiento de una docena de cosacos.

Mientras el rey se aprestaba a conquistar rápidamente Fredrikshamn, puerta de Petersburgo, la defección en nuestras tropas adquiría ya tintes de rebelión. Muchos oficiales, exasperados por la anarquía reinante y la incompetencia militar del rey, habían presentado su dimisión, en el entendimiento de que una guerra sin el beneplácito de la Dieta violaba la Constitución. Regimientos enteros clamaban por la vuelta a casa. Los oficiales de la armada se reunieron a principios de agosto y llegaron a enviar un mensaje a la zarina en el que confirmaban su criterio de que se trataba de una guerra injusta; confiaban en que Catalina se aviniese a negociar con los Estados legalmente reunidos en Estocolmo. Una promesa en este sentido de la zarina fue suficiente para que los regimientos en rebelión proclamaran la tregua y abandonaran el territorio ruso. El rey se percató de su delicada situación, atrapado entre dos fuegos, y tuvo la humildad de admitir su error y lamentar amargamente no haber seguido mis consejos. Estaba convencido de que abdicaría. Pero entonces, mientras vacilaba en Lovisa, los daneses penetraron en el Smaaland y amenazaron Gotemburgo. La desesperación dio al rey arrestos inesperados. Avanzó a marchas forzadas hacia Gotemburgo, mientras se inspiraba en la lectura de *Las mil y una noches*, y seguido por miles de dale-carlianos bien armados pudo llegar a la ciudad cuando estaba a punto de ser entregada. Recibido entre vítores, organizó audazmente la defensa y proclamó ante el enemigo que la ciudad jamás se rendiría. Pude, pues, permanecer en Estocolmo algunas semanas y disfrutar de la compañía de Sofía, mientras mi espíritu volaba a París, tan

inquieto por la suerte de la guerra como por la de María Antonieta, a quien había abandonado en un estado de melancolía y languidez preocupante. No se demoró el rey en hacerme llamar a Gotemburgo, donde se había firmado un armisticio, propiciado no tanto por el ardor guerrero de Gustavo como por la seria amenaza de la flota inglesa de bombardear Copenhague, seguida por la de Prusia de invadir Holstein. En la imaginación del rey, sin embargo, la salvación de Suecia se antojaba una victoria épica y albergaba, pese a sus declaraciones moderadas, la firme intención de reanudar la guerra a la menor ocasión. Pretendía destinarme como ministro plenipotenciario a Dinamarca. Por fortuna pude convencerlo de que asuntos urgentes me impelían a reclamar mi merecido permiso, que había de llevarme de nuevo a París, adonde llegué la noche del 6 de noviembre de 1788. Al día siguiente, me presenté en Versalles.

María Antonieta me recibió con mayor entusiasmo que nunca. Me confesó que mi ausencia la había dejado en un estado de desesperación absoluto y que mi regreso le había devuelto la determinación y la alegría. Me puso al corriente de los acontecimientos recientes, que estaban lejos de haber mejorado la situación. La defenestración de Brienne y de Malesherbes había enardecido a la plebe, que se regocijó quemando al pie de la estatua de Enrique IV dos fantoches que los representaban. Necker y Saint-Priest eran los nuevos hombres fuertes y los Estados Generales estaban convocados para principios de mayo del año entrante. Por su parte, el rey se había entregado hastiado a sus consejeros y apenas intervenía, y en el mejor de los casos no dormía roncando profundamente durante los consejos. Una vez eliminada la censura, María Antonieta seguía siendo el blanco dilecto de panfletos y periódicos, que sus propios lacayos se entretenían en leer y comentar. Los devotos del duque de Orleans y los instigadores de Prusia, con el pérfido Goltz a la cabeza, animaban los sentimientos adversos a la reina con toda suerte de malas artes. Durante una partida de caza, el mismo rey recibió un paquete de cartas que abrió y leyó sentado sobre el tronco desmochado de un viejo castaño. No ocultó sus sollozos ante el príncipe de Lambesc y fue tal su indisposición que fue llevado en volandas a palacio. Alarmada por su estado, la reina lo interrogó y él hubo de confesarle las insidias contra ella, sin dejar de mencionar mi nombre. «Bien, nos quieren privar del único amigo sincero con quien podemos contar. Si es vuestro deseo, no volveremos a admitirlo en nuestra presencia», adujo María Antonieta. El rey se opuso con viveza y le rogó encarecidamente que no alterase en modo alguno sus costumbres.

Con el beneplácito del rey, o sin él, María Antonieta no estaba dispuesta a prescindir de mi compañía. Los buenos tiempos del placer por el placer, de la devoción juvenil entre Axel y Josefina no habrían de volver. En mis aposentos *au-dessus* pasábamos largas horas invulnerables a las insidias que dieron por hechas nuestras relaciones mucho antes de que las hubiéramos iniciado. Ya no cabía, empero, el puro goce de colmar nuestra amistad con momentos deliciosos de pasión carnal, ensimismados en nuestras caricias, en nuestros besos, ora tiernos, ora arrebatados, para descansar en el entreacto de cada encuentro con requiebros y conversaciones fútiles o ligeras, ensalzando una pieza musical, ridiculizando a algún cortesano o chismorreando de la desfachatez de alguna dama de la corte. El mundo que nos asfixiaba únicamente se detenía en el instante en que nos amábamos con una pasión que cada día se aproximaba más a la desesperación. Contenía mi impulso y la poseía con tino haciendo que gozara de mis abrazos durante todo el tiempo que me cupiera, sabiendo que solo entonces olvidaba sus cuitas y se abandonaba por entero. Su sensualidad no la privaba de la conciencia tanto como se aferraba y se

entregaba a mí, al estimarme como su único y cierto afecto. Tras el desahogo no nos alcanzaba la molición cálida y serena, natural a los amantes en todo lugar y tiempo. Nuestra conversación retornaba entonces a los lugares comunes de nuestras obsesiones, desquiciados por un porvenir que amenazaba engullirnos en un torbellino absurdo de acontecimientos y precipitarnos en un destino que parecía sellado. Se sumaban a sus pesares las pésimas noticias que me llegaban de Suecia. Mi padre había sido detenido y encarcelado en Fredrikshof sin consideración alguna hacia su rango o edad. El rey se tomaba venganza de las humillaciones sufridas durante la guerra y un nuevo golpe de Estado aniquiló el poder moderador de la nobleza, lo que conllevó por añadidura nuevos compromisos financieros que le permitirían cumplir sus delirios guerreros. Con setenta años, el feldmarschal mantuvo incólume su dignidad, consciente de que nadie podría imputarle crimen alguno. Me prohibió, como a Fabián, regresar a Suecia o tentar la mínima intercesión ante el rey Gustavo, recordándome mis obligaciones como soldado y como patriota. Ni siquiera cuando poco después fue liberado nos permitió dimitir o modificar nuestra relación con la corte.

La única alegría que me reportó tan infausta nueva fue el incondicional apoyo y el sincero afecto que me mostraron la corte y la nobleza francesas, para quienes el viejo feldmariscal y su partido encarnaban la hermandad con Francia. Recibí las simpatías de buenos amigos y de otras personalidades cuya devoción ignoraba. Dos de ellas habrían de ser significativas en mi vida, con el devenir de los tiempos. La condesa de Saint-Priest había añadido al afecto y a la admiración hacia mi persona una curiosidad morbosa, que ella misma habría de confesarme, desde que la baronesa de Korff creyó oportuno definirme, en sus confidencias, como «alma ardiente bajo una corteza de hielo». Que decidiera responder a sus provocaciones y cortejarla hasta el lecho en no pocas ocasiones no me produce hoy, como entonces, resquemores ni remordimientos. No es tiempo ya para mí de hipocresías, pues la vida se me antoja, ahora que vislumbro la muerte, una aventura en verdad sencilla, y me siento afortunado de haberlo intuido siempre. Jamás mis galanteos nublaron mi convicción acerca de la única devoción profunda que me fue deparada. No sentí traicionar a María Antonieta, al igual que no me sentí traicionado por ELLA cuando yacía junto a su legítimo esposo o tal vez con cualquier otro amante ocasional, cuya existencia jamás avivó mi curiosidad. Amé a la condesa de Saint-Priest porque me agradaba, y acaso en particular porque ella lo esperaba de mí; y lo hice porque con ello no columbré perjuicio alguno para María Antonieta, ni en su lecho ni, sobre todo, en mi espíritu.

Por idénticas razones, en aquel tiempo respondí a la ternura que me brindó Leonor Sullivan, a la sazón amante de Craufurd, ya fuera por consolarme de la desgracia paterna o, quizás, aprovechando tal circunstancia. La sangre italiana de Leonor, su presencia voluptuosa, me agradaron tanto como su madurez inusitada y su libertad casi salvaje. Cabía un parangón fácil entre Germaine Staël y Leonor. Ambas fueron mujeres libérrimas que eclipsaban a los hombres que amaron, haciendo que ellos fueran los comparsas en un mundo que confería a la virilidad un grado difícil de sobrepasar para una hembra. Pero Germaine había esculpido su superioridad cultivando el verbo y una oratoria embriagadora, devorando libros y experiencias ficticias que le permitían perorar sobre el amor hasta la madrugada ante un auditorio extasiado. Era su sabiduría impuesta, y su libertad prestada por la excelencia de su espíritu y de su intelecto, pero se disipaban cuando el eco de sus palabras se acallaba. Leonor, en cambio, desprendía idéntico embrujo con su mera presencia; exhalaba su indómito atractivo desde los poros de su piel, como un aroma, sin necesidad de palabras. Sus propios gestos entrañaban una declaración de principios

escritos a sangre y fuego en los hechos de su propia vida. Desde los doce años había dado tumbos en una compañía teatral ambulante, y siendo poco más que una niña entregó su belleza arrebatadora a un danzarín, al que abandonó para seguir, casi raptada, al duque Carlos Eugenio de Würtemberg, con quien vivió una frenética aventura que le abrió de par en par los salones más refinados de Europa. Tres años le duró el embrujo al duque, y Leonor despertó del cuento de hadas cuando él se encaprichó de otra jovencita. Regresar a su vida nómada no la inquietó, aunque pronto el propio emperador José II la hizo su amante y tuvo que ser María Teresa quien ordenara a los comisarios de castidad que pusieran sus encantos en la frontera. Apenas traspasada, un ministro de Francia, el caballero Maret d'Aigremont, ya había caído rendido a su magnetismo, y fue en París donde Leonor conoció a Sullivan, con quien contrajo matrimonio. Trataron de hacer fortuna en la India, pero en su lugar hallaron a un escocés expatriado, Quintin Craufurd, *el Nabab de Manila*, con quien nuevamente se fugó Leonor. Tres años después de deambular sin rumbo por toda Europa fijaron una fastuosa residencia en el Hôtel Rouillé d'Orfeuil, en la Rue de Clichy. Craufurd era bien recibido por María Antonieta, o demasiado bien a decir de algunos. Desde luego, yo lo era en la Rue de Clichy, y asiduo al único salón literario y artístico que rivalizaba con el de la propia madame Stäel. Para Leonor debí de ser una suerte de capricho, y no temía hacer muy expresa su adoración. Craufurd parecía en ocasiones estar al tanto y aparentaba aceptar la situación con absoluta normalidad. Pertenecíamos a la misma logia de la francmasonería, La Parfaite Estime, e irónicamente ambos hicimos honor a nuestra seña común. Leonor me proporcionó en aquellas horas una compañía desenfadada, aliviándome de tantas amarguras con su vitalidad extrema. Su belleza exuberante, tan distinta a la perfección de Emily Cowper, despertó instintos en mí a una edad ya adulta, que de seguro habrían pasado desapercibidos sin su entrega tan deliciosamente impúdica como natural. Los relatos ingeniosos de sus andanzas llegaban a hacerme reír en unos momentos en que la risa parecía ya una expresión prohibida. Con todo, ninguno de nuestros encuentros evitó que mi último pensamiento antes de retomar mi lecho y rendirme al sueño fuera para María Antonieta, cuyo sufrimiento devenía implacable, creciendo al mismo ritmo con que la gangrena carcomía la espina dorsal del delfín. A él se entregaba muchas de las noches en que yo me refugiaba en los brazos de Leonor, rindiéndome al abuso que me proponía, acariciando sus pechos dorados y poseyéndola hasta la extenuación. Fue en su lecho cuando oí tañer la campana mayor de Notre Dame llamando a rogativas de cuarentena. Dos días más tarde, ya expuesto el santo sacramento, el delfín expiraba sin que yo pudiera consolar a María Antonieta, apremiado por la orden de incorporarme a mi regimiento. No me remordía entonces, ni ahora, que en horas tan fatales yo estuviera amando a Leonor. Mi desesperación no se alimentaba de una culpa tan hija de la hipocresía. Mi única falta fue atender la llamada del deber y mi única amargura no haber podido compartir su inmediata tristeza.

X

Los Estados Generales se habían constituido el 4 de mayo. La procesión de diputados atravesó solemnemente Versalles hacia la iglesia de San Luis. Tras los clérigos de Versalles desfilaban dos filas de hombres ataviados de negro, con sus mantos de seda, sus corbatas de muselina blanca y tocados con sombreros de tres picos. Alguno de los miembros más populares del tercer estado, como Mirabeau, eran aclamados por la misma multitud que calló al paso de la nobleza y del clero. Se oyeron algunos vítores dirigidos al rey, pero María Antonieta y sus damas fueron recibidas con hosca frialdad. A su paso únicamente se alzó alguna voz irónica para dar vivas al duque de Orleans. Con todo, a la vista de la comitiva no cabía presagiar que apenas un mes después el tercer estado ya habría proclamado la Asamblea Nacional. Las penosas vacilaciones del rey y la sustitución de Necker por Breteuil ocasionaron un levantamiento en París, debidamente alimentado por los secuaces del duque de Orleans. Los desórdenes y los pillajes se sucedían, y el rey decidió llamar a los regimientos alemanes y suizos. Temiendo que sus órdenes fueran a disolver la Asamblea, la plebe y los pequeños burgueses levantaban los adoquines de las calles, cavaban fosos y erigían barricadas. En vano la muchedumbre irrumpió en el ayuntamiento en busca de armas, que sí hallaron en Los Inválidos. No se enfrentaron con ellas al regimiento Royal-Allemand, sino que asaltaron La Bastilla, acabaron con la vida de algunos oficiales y destriparon a bayonetazos al gobernador Launey antes de descerrajarle un tiro y ensartar su cabeza de una horqueta que clavaron al pie de la estatua de Enrique IV. Una pica con la cabeza de Flesselles, gobernador civil de París, pronto le hizo compañía. El nombramiento de La Fayette al mando de la Guardia Nacional no disipó los temores ante la anarquía reinante, y buena parte de la nobleza parisina tomó el camino del exilio. Sobrepassado por los acontecimientos, el rey tuvo la audacia de personarse en la Asamblea con la única escolta de los condes de Provenza y de Artois. Su proclama aseverando que él era uno con la nación y afirmando los poderes de la Asamblea resultó aclamada, pero la ciudad exigía el retorno de Necker. Entre tanto, en Versalles el consejo dudaba. Algunos animaban al rey a ir a París, como requerían los diputados. Otros, como Condé y la propia María Antonieta, apuntaban a la necesidad de acantonarse con sus tropas, tal vez en Metz, donde el fiel Bouillé comandaba el grueso del ejército. El general en jefe, el mariscal De Broglie, inclinó el fiel de la balanza al desconcertar al rey con una sencilla reflexión: «Sí, podemos ir a Metz, pero ¿qué haremos cuando estemos allí?». Se decidió que el rey permaneciera en Versalles y acudiera al día siguiente a la comuna de París, mientras la mayoría de los «enemigos del pueblo» se refugiaban en la propia residencia de Esterhazy en Valenciennes. Recibí noticias de María Antonieta en las que me ponía al tanto de las humillaciones de que había sido objeto el monarca en el ayuntamiento, luciendo en su sombrero la escarapela roja y azul, declarando el retorno de Necker y ordenando retirar las tropas que vigilaban la capital. Trató de que el delfín fuera puesto bajo la custodia de mi regimiento en Valenciennes, pero Mercy-Argenteau consiguió disuadirla. Cuando el rey regresó al atardecer y María Antonieta oyó el trato que le había sido dispensado, se limitó a aconsejarle que demostrara

más firmeza en lo sucesivo. Por lo demás, su gesto no apaciguó a la muchedumbre. La carestía de los cereales costó la vida del consejero de Estado Foullon, acusado de especular con el trigo. Con un manojo de heno a la espalda y un collar de cardos hubo de recorrer a pie las calles de París antes de ser colgado por tres veces, pues las dos primeras la sogla cedió mientras el desgraciado pedía clemencia. Cortaron su cabeza y llenaron de paja su boca antes de presentársela a su yerno, Bertier de Sauvigny, al objeto de que la besara. Como rehusara hacerlo, fue masacrado a sablazos antes de arrancarle la cabeza y el corazón, la primera hincada en una pica y el segundo esparcido en un ramo de claveles blancos. Los diputados de la Asamblea Nacional, con el elocuente hideputa de Mirabeau al frente, acabaron por justificar semejantes actos de barbarie, y solo entonces los estúpidos enemigos de María Antonieta y del rey Luis fueron conscientes de su funesto error de cálculo. Columbraban servirse de la plebe y, sobre todo, de los burgueses, para propiciar la caída en desgracia de la reina y forzar la abdicación del rey en la secreta esperanza de sustituirlo, y sus esfuerzos fueron vistos con simpatía por no pocos enemigos de Austria. Hubiera dado un tesoro por ver el rostro de ese necio embajador español que celebró la toma de La Bastilla cuando el advenedizo Bonaparte sustituyó al mentecato rey Borbón por su hermano, en el ya no tan regocijado trono de España. Ningún vicio de la especie humana es tan dañino como la desmedida ambición de poder, un veneno que ciega a todo aquel que lo ingiere, que nubla la razón con dosis de rabia, impidiendo a quien lo destila comprender el destino último de sus actos imprudentes. Así obraron en aquella tormentosa época cientos de aristócratas franceses que encendieron la mecha en un polvorín a punto de estallar. Y obtuvieron, por ende, el justo premio a su estulticia. No quedaron en París pelucas empolvadas, ni trajes de seda, ni rastro de carrozas, ni velas de cera blanca iluminando los salones. Un único resquicio de su deslumbrante sociedad permanecía en Versalles, donde una pareja de monarcas abandonados a su suerte, sin guardia ni protección alguna, habitaba como fantasmas un palacio de cuento de hadas expuesto a cualquier visita inoportuna.

Las revueltas que asolaban toda Francia también llegaron a Valenciennes. Pudimos contrarrestar los desórdenes con la ayuda de la milicia burguesa, pero hube de demorar mi regreso a París hasta finales de septiembre. Saint-Priest y Craufurd me acogieron con la amabilidad acostumbrada. En su condición de ministro del Interior, el conde me tenía al tanto de los acontecimientos políticos, mientras su esposa renovaba sus atenciones. Por él supe cómo a través de Mirabeau el duque de Orleans avivaba a los más adversos a la monarquía, llegando a preconizar el más terrible desenlace, y también de las maniobras torticeras de Stäel contra la reina. La traición de mi viejo amigo, solo interesado en conservar sus privilegios y el prestigio frente al rey Gustavo, me contristó sobremanera. Temía que yo ocupara su cargo de embajador y, sobre todo, que revelara sus veleidades liberales que de seguro contrariarían al rey de Suecia... Por fortuna, María Antonieta había recuperado la determinación, aunque fuera incapaz de hacer salir al rey de su abatimiento. Con todo, Luis XVI supo mantener la dignidad y no ceder en la cuestión del veto, al mismo tiempo que crecía el clamor para que abandonara Versalles por París. Yo me había instalado fácilmente en Versalles, por entonces ya desolado como un territorio apestado, pues casi todas las ratas habían abandonado el barco y las que permanecían solo pensaban en cómo hacerlo. Ya no hubo murmuraciones cuando a cualquier hora del día o de la noche era recibido por María Antonieta en un Trianon abandonado. Las damas mojigatas y los caballeros guardianes de la dignidad habían dejado a los reyes a su suerte, evidenciando la

venalidad de sus principios cortesanos. No hubo espías ni vericuetos que nos impidieran encontrarnos en el lecho, donde ya rara vez yacíamos como amantes, abrumados por el peso de las circunstancias. Platicábamos hasta la madrugada sobre las bondades y los riesgos de cada acción, acerca del significado de las palabras y de los gestos de los diputados o de sus portavoces. Reflexionábamos sobre la conveniencia de permanecer en Versalles o de arrostrar el destino, desplazando la corte a París. «Si claudicamos —me decía la reina—, será el principio del fin. El rey procura evitar por todos los medios que se derrame la sangre, y temo que accederá a cualquier cosa que se le pida bajo esa amenaza. No es consciente de que, si nos avenimos a abandonar Versalles, estaremos en sus manos, prisioneros de la Asamblea.» «Sin embargo —intercedí—, se mantuvo más firme a la hora de defender el veto.» «Es cierto —observó—, no está dispuesto a aprobar ninguna disposición contra el clero. Es un hombre sumamente devoto y defensor de la sumisión a la Iglesia de Roma. Le importa más que cualquier otra cosa. Pero, oídme, ni siquiera eso podrá defender cuando su voluntad se haya doblegado a cualquiera de sus caprichos.» «¿Y vos?», le pregunté. «¿Yo?» «Vos —insistí—. ¿Qué pensáis hacer vos si el rey pierde el rumbo?» «¿Creéis en verdad que puedo hacer algo, mi querido amigo? Soy la reina de Francia, una archiduquesa de Austria, y conozco desde que era niña las obligaciones que ello comporta. Mi madre se encargó de grabarlas en mi mente y en mi corazón, y podéis jurar que me mantendré a su lado hasta el final.» Su determinación era firme y serena, y yo bien sabía que el granito era menos impenetrable que su voluntad. Correría la suerte del rey en cualquier circunstancia, y yo empezaba a presagiar que si algún día debía auxiliarla mi ayuda se extendería a toda la familia real.

El banquete de recepción del regimiento de Flandes en Versalles encendió esa corta mecha que nos separaba del polvorín. Los comensales aclamaron a los reyes mientras entonaban la significada aria de *Ricardo Corazón de León*, de Grétry: «Ô Richard, ô mon roi! L'univers t'abandonne...». Brindaron por los monarcas, pero omitieron beber a la salud del nuevo orden. Los periódicos subversivos convirtieron el brindis olvidado en una orgía contra los nuevos signos de la nación. Cuatro días después, el 5 de octubre, se inició el motín. Yo estaba en París y fingí unirme al pueblo encolerizado, siguiendo los movimientos de los primeros alzados. Apenas llegué a palacio comuniqué a la reina y a sus ministros lo que había visto. «¿Qué vienen a hacer aquí?», me interrogó. «Majestad, vienen en busca de pan y con el ánimo de castigar a la guardia de corps. Han convencido al populacho de que durante el banquete de recepción del regimiento de Flandes arrojaron al suelo la escarapela tricolor poniendo en su lugar enseñas blancas o negras. Se dice asimismo que el rey se niega a firmar la Declaración de Derechos Humanos y la propia Constitución. Han asaltado el ayuntamiento, han liberado a los presos y se han armado con fusiles.» Traté de hacer el más fiel relato de la insurrección, sin ocultar a la reina las amenazas proferidas contra su vida y los vanos intentos de La Fayette por contener los desórdenes. El rey regresó de su partida de caza y me permitieron incorporarme al consejo que celebró con sus ministros. Necker expresaba su opinión, favorable a ceder ante los insurrectos. «No es buena idea —sentenció Saint-Priest—. Debéis proteger los puentes del Sena y enviar a la familia real a Rambouillet, y nosotros mismos nos replegaremos allí si no somos capaces de dispersar a la muchedumbre.» «¿Sois conscientes —inquirió Necker— de que el consejo que estáis dando al rey bien podría costaros la cabeza?» La repuesta de Saint-Priest no dejó lugar a dudas: «Un ministro del rey debe estar dispuesto a arriesgar su vida, y quien no sepa hacerlo carece de título alguno para dar consejos». Apoyé el criterio de Saint-Priest, pero María Antonieta se negó a abandonar a su marido, quien a su vez insistía en prohibir todo acto de

violencia o llamar a los regimientos suizos acantonados en Courbevoie. En un día parecido al de hoy, en que me enfrente inerme al populacho enardecido, siento cómo se erizan mis cabellos, no por temor a una muerte segura que ya casi ansío, sino al revivir el modo en que admiré entonces a María Antonieta. Está claro que me contrariaba su decisión; con buenas razones, pues habría salvado la vida de haber huido. Pero aquella mujer, acusada de frívola e incompetente, atestiguó la dignidad de su nobleza, empequeñeciendo el recuerdo de cualquier otra reina de Francia.

Permanecía al lado de los gentilhombres que montábamos guardia alrededor de la familia real, cuando un ruido ensordecedor se elevó desde la plaza de Armas. Llovía a cántaros, y parte de los cabecillas del motín se habían refugiado en el Hôtel des Menus-Plaisirs, pero un buen número de mujeres se dedicaban a hacer falsas promesas o a intimidar a los soldados del regimiento de Flandes. Una hora después, el señor de Narbonne y el duque de Guiche acudieron al rey para recabar su permiso para una carga que bastaría para separar a los hombres de buena fe de la canalla. El rey se encogió de hombros: «¿Órdenes de guerra contra las mujeres? ¡Os burláis de mí!». No tardaron en empezar los maltratos infligidos a los guardias de corps y las tentativas dirigidas a abrir las verjas del recinto. Pronto se extendió la noticia de que el propio rey había prohibido el uso de la fuerza contra los insurrectos, infundiéndoles ánimos renovados.

Yo trataba de tranquilizar a María Antonieta, mientras el rey preguntaba contrariado dónde podía estar su confesor. Tras un silencio, María Antonieta me miró de una forma que nunca pude olvidar y, con voz dulce al tiempo que firme, me dijo quedamente: «Sé que vienen a Versalles a pedir mi cabeza, pero aprendí de mi madre a no temer a la muerte y la afrontaré con serenidad». No dudé de su convicción. No era necesario ser su amante para creer en la certeza absoluta de sus palabras, que por desgracia el tiempo habría de confirmar. Un nudo me atenazaba la garganta cuando el rey convocó un nuevo consejo. Sabíamos a esa hora que La Fayette marchaba hacia Versalles al mando de veinte mil granaderos y guardias nacionales. El rey recibió a una delegación de aquellas verduleras y consiguió atemperar sus ánimos colmándolas de atenciones. Tras arduas deliberaciones y noticias contradictorias, conseguimos convencer a los reyes para que intentaran la huida a Rambouillet. En las grandes caballerizas reales se habían preparado varios coches, pero apenas abrimos las verjas del patio los amotinados dieron la voz de alarma y rodearon las cabalgaduras. Fue un grupo de mujeres, lideradas por un miserable comediante, el que se encargó de detener los carruajes y desuncir los caballos.

El rey estaba en manos de la muchedumbre y accedió a firmar *in situ* la Declaración de Derechos Humanos y la Constitución. La angustia recorría las estancias del palacio, en las que reinaba el silencio. La Galería de los Espejos, el Salón de Juegos y sobre todo el Ojo de Buey eran escenario de inquietos paseos, murmuraciones quedas, constantes idas y venidas a los aposentos de los reyes. María Antonieta permanecía en sus habitaciones, acompañada por la condesa de Provenza y madame Elisabeth. Mantenía el pleno dominio de sí misma, reconfortando con su dignidad a toda la corte. Las horas se hicieron interminables hasta que supimos que La Fayette había llegado a medianoche. Garantizó al rey su seguridad a cambio de prometer a los guardias nacionales que recobrarían sus puestos en palacio. Le participó asimismo que el pueblo de París solo pretendía una prueba de su amor: hacerse trasladar al más hermoso palacio de Europa, en París. Con mucho optimismo, o tal vez cinismo, La Fayette dio por resuelta toda turbación y se despidió de los reyes para pernoctar en el Hôtel de Noailles. La situación pareció en efecto aquietarse, al punto de que Aumont y el duque de Guiche creyeron contribuir al apaciguamiento haciendo salir a sus tropas de Versalles. Cerca de las dos de la madrugada, los reyes se retiraron a dormir, y todos hubimos de abandonar su proximidad y hacer

lo propio.

Al alba la muchedumbre asaltó el palacio. Despertamos súbitamente, alertados por los aullidos del mujerío y los golpes sordos de las hachas clavándose en las puertas. La jauría avanzaba desde el patio de los Príncipes portando como enseña una pica con la cabeza del primer guardia de corps que intentó cortarles el paso. Otros fueron cayendo bajo su empuje irresistible y cainita antes de que se precipitaran en el patio de mármol y ascendieran por las escaleras que conducían a los aposentos de la reina sin cesar de gritar y amenazar las vidas de los reyes. François de Varicourt, herido de muerte, fue arrojado desde lo alto de la escalinata hasta el patio, donde su cabeza fue segada en el acto para engalanar otra pica. Una docena más de guardias se refugiaron en la sala de guardia de la reina, próxima a su antecámara. Acompañé a uno de ellos al objeto de advertir de la situación a María Antonieta. Saltó la reina de su cama y apenas se echó un manto sobre los hombros para comprobar que las dependencias del rey estaban vacías. Cuando estaba a punto de abandonarlas, Luis XVI apareció semidesnudo, llevando entre sus brazos al delfín, envuelto en una manta. María Antonieta recobró su coraje al instante y corrió con una bujía en su mano a los aposentos de Madame Royale, llevándola junto al rey y al delfín. Poco a poco los cortesanos se unieron a ellos, escoltados por los guardias parisinos y los granaderos. También entre ellos pude ver al duque de Orleans, con aire indolente. «¿Creéis que el rey se decidirá a ir a París?», preguntó a un oficial que estaba a mi lado. Ni siquiera le contestó. A esas alturas ya nadie dudaba de la perfidia del duque y de su responsabilidad en los hechos que estaban provocando tanto terror y derramamiento de sangre.

La Fayette, desde entonces más conocido en nuestra intimidad como «el general Morfeo», por fin hizo acto de presencia y se personó en el balcón dorado del patio de mármol para arengar a la muchedumbre que reclamaba a gritos el retorno de los reyes a París. Finalmente el rey no tuvo más opción que aparecer él mismo en el balcón para avenirse a tal exigencia. Seguidamente se mostró la reina en segundo plano, llevando de la mano a sus hijos. La canalla esgrimió contra ELLA sus puños en alto y alguno la apuntó con un fusil, mientras la obligaban a que compareciera sola, sin los niños. María Antonieta me miró y yo le hice un gesto afirmativo. Hizo retirar a sus hijos con dulzura, mientras permanecía erguida, pálida, con los brazos cruzados y los labios apretados, consiguiendo imponer con su dignidad el respeto de la multitud. «¿Cuál es vuestra intención, señora?», le inquirió La Fayette. «Conozco la suerte que me espera —le respondió—, pero mi deber es morir al pie del rey y abrazando a mis hijos.» La Fayette la invitó a asomarse al balcón en primer término, consiguiendo con harta dificultad apaciguar el griterío. Como el general no se hacía entender, tomó la mano de la reina y la besó. Bastó un gesto tan teatral para que se impusiera el silencio y las imprecaciones se trocaran en gritos de «¡Viva el general!» y «¡Viva la reina!». El rey intervino para solicitar el perdón para sus guardias de corps, que mostraron sus enseñas tricolores para obtener la gracia del populacho, que, enardecido por el gesto, se deshizo en vivas a la nación.

Seis largas horas tardó la comitiva en recorrer la distancia que separa Versalles de París. Me uní al séquito, compartiendo la aflicción de los monarcas. Estaba convencido de que semejante secuestro anunciaba la pérdida de su corona. No pudimos descender en las Tuileries, pues Bailly insistía en que el rey se presentara ante la comuna de París. Mientras se decidía lo que resultaba

más conveniente y La Fayette instaba al rey a aceptar la invitación de dirigirse al ayuntamiento, Saint-Priest se acercó al faetón en que yo seguía a la comitiva: «Señor de Fersen —me dijo con voz meliflua—, el señor de Montmorin acaba de hacerme una observación pertinente acerca de vuestra presencia en las Tuileries. Estima, a mi juicio con buenos motivos, que podría poner en riesgo a la propia reina, además de exponeros a ser masacrado por la canalla que rodea las carrozas del rey. Os aconsejo que os retiréis». Obedecí sus consejos reconociendo en ellos una orden implícita, no exenta de cierto sentido común, a sabiendas de que María Antonieta se disgustaría al no hallarme al cabo de dos jornadas de tan extrema ansiedad. Mi decisión me procuró eludir el destino por algunos lustros más, pues de aquella suerte habría de acabar mis días, y al punto hoy se cumplen los temores de Saint-Priest, al sucumbir a la sed de sangre de una chusma no muy distinta a la que entonces escoltaba a los reyes. Tampoco logró evitar que se cumpliera el sino de la hija menor de la emperatriz María Teresa, que había de llegar con más brevedad. Nos habríamos privado ambos de infinitos sufrimientos si yo hubiera permanecido aquel día de octubre al lado de la reina y hubiésemos puesto fin a nuestras esperanzas al borde del Sena, masacrados por el populacho. ELLA no habría padecido los tormentos indecibles que la esperaban en los meses siguientes ni yo la melancolía que habría de perseguirme a lo largo de los veinte años transcurridos hasta ahora. Cuando el futuro carece de significado alguno, aprecio con toda la clarividencia que me proporciona mi último delirio la vacuidad de esos años vividos en la amargura de los recuerdos. Por entonces, en aquel 6 de octubre en que obedecí las órdenes de Saint-Priest, confiaba aún en que, a pesar de todos los males del Infierno desatados en Francia, abierta la caja de Pandora, tras ellos, en el fondo, se libraba la esperanza...

Un leve espejismo apaciguó la angustia durante los primeros días de mudanza de la corte desde Versalles al palacio de las Tuileries de París. Los aposentos de la reina ocupaban la planta baja, que comunicaba con las dependencias del rey en el primer piso, y aunque sus pabellones daban al jardín no cabía parangón con la libertad versallesca. La Guardia Nacional de La Fayette, convertida ahora en una ruda y tosca guardia de corps, más bien parecía disuadir a los amigos de los reyes que protegerlos de sus enemigos. Un enjambre de espías revoloteaba en torno a María Antonieta a lo largo de todo el día, y le impedían recibir libremente a sus amistades, en especial si resultaban sospechosas de proximidad a Austria. No faltaban las tan habituales como inesperadas visitas de los representantes populares. Solo tras la cena la reina podía confesar sus penas a un puñado de damas allegadas. Mi presencia en las dependencias reales y nuestras confidencias se hicieron casi imposibles. Hasta la víspera de la Natividad no hubo ocasión para que pudiéramos pasar juntos una jornada completa. No oculté entonces mis temores a María Antonieta. No solo la alta aristocracia emigraba, sino muchos burgueses, oficiales y gentes sencillas amantes del orden y temerosas de la deriva revolucionaria. ELLA, sin embargo, confiaba en la posibilidad de volver a una cierta normalidad, y se aprestaba a una pasividad absoluta, a desaparecer de escena, a hacerse olvidar sin intervenir ni mezclarse en los negocios de la política, hasta que los espíritus se aquietasen. No quise contrariar sus esperanzas invocando la hambruna que de nuevo avivaba el fuego de los desórdenes. Parecía más contrariada ante otras hipótesis. «¿Creéis que los regimientos extranjeros serán licenciados?», me inquirió. No pude negar que era muy esperable. «En tal caso —prosiguió— os veréis desprovisto de vuestro mando, de vuestras rentas... y deberéis regresar a Estocolmo.» Su mirada se fijó en mis pupilas con dulzura, y en los destellos de aquellos ojos que tenían el color azul del mar bajo el sol del mediodía se me figuró ver el reflejo de muchas noches en que solo la luz de las tenues llamas de

una chimenea alumbraba nuestros cuerpos desnudos, de atardeceres en los jardines de Versalles, caminando por sus bosques con su mano sobre mi brazo o viendo reflejadas nuestras figuras en la superficie del agua de los estanques. En su mirada se encerraban todas las canciones, las risas, las caricias y tantas conversaciones interminables cuya duración solo conseguían evidenciar las bujías al consumirse y la aurora al despuntar a través de las rendijas de los cortinajes... «Nunca abandonaré París. Nunca os abandonaré.» Fue mi respuesta, escueta y firme. No añadí explicaciones superfluas. ELLA suponía sobradamente que el feldmariscal y mi familia habían de temer mi suerte y obrarían tratando de forzar mi regreso.

Procuré entretenerla y librarla de sus inquietudes durante aquella jornada invernal, mientras conversábamos en la sala de billar viendo como los copos de nieve cubrían lánguidamente los parques de las Tuileries. Cuando atardecía y el manto blanco se azulaba al mismo tiempo que los cielos adquirían un tono rosáceo, María Antonieta me tomó de la mano con que trataba de impulsar mi *queue*. Jamás había usado mi nombre propio, ni en público ni en privado, salvo contadas ocasiones de absoluta intimidad. Pero incluso cuando nuestros cuerpos se entrelazaban y se estremecían solía susurrarme: «*mon Rignon*» o «*mon beau Fersen*». Por eso aborté mi carambola cuando comenzó a hablarme designándome por mi nombre: «Axel..., jamás osaría dudar de vuestra fidelidad y de vuestro deseo de permanecer a mi lado cuanto os sea posible. Ya habéis arriesgado más de lo razonable sin contar con la menor protección, y tengo por seguro que seguiréis haciéndolo, pero puede que llegue el día en que no podáis acompañarme ni protegerme, en que ambas cosas sean incluso inconvenientes». «Mi reina...», traté de interrumpirla. «Dejadme hablar —prosiguió acallándome con el gesto de posar su índice sobre mis labios—. No os estoy hablando dejándome llevar por una repentina melancolía. He meditado mucho sobre lo que he de deciros.» Caminó pensativa y habló mirando desde los ventanales a la nieve que caía mientras yo permanecía a su espalda al otro lado de la sala, parapetado tras la mesa de billar. «No ignoro que por grande y valiente que sea vuestra disposición, tenéis unas responsabilidades que cumplir. Es posible que mañana debáis partir para Valenciennes, para Suecia o para Rusia, ¡quién sabe! Sea como fuere, ya conocéis cuál es la situación y estuvisteis a mi lado en Versalles cuando se produjo aquella horrible revuelta. A pesar de vuestra devoción, la gente me apuntaba con sus armas desde el patio, y alguno pudo disparar. Es algo en lo que no dejo de pensar.» «No debéis temer, majestad...» «No temo por mí, mi querido amigo. Escuchadme. Me complacería morir en vuestros brazos, llegado el caso. Pero nada me aterra tanto como que muráis conmigo. Y no solo es porque os amo, mi querido Axel. Os necesito más allá de mi muerte... Descuidad, no tendréis que rezar por mí a la Santísima Trinidad. Solo en vos puedo confiar para que protejáis al duque de Norman-día.» «Queréis decir: al delfín», corregí instintivamente. «Al delfín, claro. ¡Veis cuán difícil es para una madre asumir la muerte de su hijo, aun cuando haya sido tan lenta y anunciada como la de Luis José! Si faltamos su majestad y yo, ¡qué será del delfín! Podéis imaginar el odio de sus tíos y del duque de Orleans a ese vástago de la pérvida austriaca que sería el único obstáculo hacia el trono. Los temo tanto o más que a esos diablos revolucionarios, creedme. Sin mí, está perdido, a menos que vos...» «Decidme qué puedo hacer yo.» «Protegedle, sedle fiel como lo habéis sido conmigo, haced por él lo que os dicte mi recuerdo...» «Por favor, María Antonieta —también yo la nombré—, no invoquéis a aves de tan mal agüero.» «No volveré a hacerlo, os lo prometo, pero ahora necesito una vez más, y será quizá la última, una palabra vuestra que tranquilice mi espíritu, jurando a mi hijo la misma devoción que me profesáis.» «Lo juro por nuestro amor, por mi honor, por mi vida.» «Veis qué

fácil es contentar a una dama... Intentad ahora esa carambola, aunque nunca fuisteis muy hábil en este pasatiempo.» Proseguimos el juego con aire más relajado y menos taciturno. «Siempre fuisteis más diestro en otros juegos menos confesables.» Y entonces me miró con los mismos ojos pícaros que descubrí muchos años antes en una dama anónima vestida con un dominó blanco y a quien cortejé durante un carnaval en la Ópera. «¿Tratáis de incomodarme para que vuelva a fallar?» «No, mi simple, frío y corto de entendederas caballero sueco. Trato de insinuaros, con toda la delicadeza posible, que es plausible el rumor que circula en la corte de que el delfín pueda ser hijo vuestro. Nunca os lo habría insinuado antes de que me procurarais el placer de vuestro juramento desinteresado de fidelidad, pero acaso tengáis otra buena razón más personal para defenderlo si yo faltó.» Esta vez mi golpe fue seco y convincente, y las bolas rodaron por la mesa chocando entre sí varias veces. «Lo he pensado, señora, más seriamente que todos los que nos calumnian solo con suposiciones, haciendo cuentas de cómo nueve meses antes de su nacimiento celebrábamos una fiesta sin par en los jardines del Trianon mientras vos agasajabais a la legación sueca y conversábamos en la oscuridad de los bosques engalanados... Pero os recuerdo que aquella noche no yacimos juntos.» «Es cierto, pero tampoco el rey estuvo para nuevos festejos cuando nos retiramos casi al amanecer. Luego mi hijo fue concebido otra noche, y bien pudo ser...» Esta vez fui yo quien la tomé de la mano. «María Antonieta, ¿creéis en verdad que puede ser nuestro hijo?» El tono de mi pregunta fue natural, ajeno a cualquier dramatismo, como lo fue su contestación: «No estoy segura, mi fiel Axel... A veces tengo esa convicción. Es tan distinto a como son..., a como eran sus hermanos... Es sano, y tiene un porte erguido, vuestros mismos ojos... No lo sé, pero ¿acaso importa?». Esta vez su mirada era triste, levemente implorante, con un atisbo de desafío. No solté su mano y la subí hasta acariciar con ambas sus mejillas. «En absoluto, mi reina. A mí me basta con saber que es vuestro hijo, aquello que más amáis, y que me habéis confiado su suerte si por azar puedo soportar sobreviviros.»

Las suposiciones de María Antonieta se revelaban ciertas a la menor ocasión y acreditaban su buen juicio con más contundencia que cualquier decreto de un sanedrín. Cuatro días después hube de partir para Valenciennes y reprimir una revuelta al mando de mi regimiento, y doblando el año, el 5 de enero de 1790, ya estaba en Aquisgrán obedeciendo una orden de mi rey para entrevistarme con Taube, que convalecía de las heridas recibidas en Rusia. Mi amigo me recibió con el afecto de siempre y su hombro más bien maltrecho. Sin rodeos me puso al tanto del interés de Gustavo en renovar las alianzas con Francia. Ya había establecido contactos entre la nobleza francesa con los cabecillas de la emigración y debíamos preparar algún proyecto para presentarlo a Luis XVI. El mismo día de nuestra entrevista recibí un mensaje del rey Gustavo para que negociara directamente con el rey de Francia. En realidad, Gustavo, al igual que otros monarcas europeos, había visto las orejas al lobo y temía que la enfermedad revolucionaria se propagase por toda Europa poniendo en peligro el orden establecido. Era precisa una alianza entre las monarquías para atajar el mal de raíz y apoyar sin condiciones al trono de Francia. Contesté de inmediato al rey, con el beneplácito de Taube. Aplaudí su buen juicio y me mostré firme en apoyar una guerra, fuera interior o exterior, para apuntalar los derechos dinásticos del rey Luis y devolverle íntegro su cetro. Pero era necesario proteger sus vidas, procurar su salida de Francia, quizás aprovechando una visita a las provincias prevista para la primavera siguiente. Era preciso sacarlos del reino a toda costa.

Regresé a París con la satisfacción de que mis deseos más íntimos se habían convertido en

una misión oficial. A estas alturas, Gustavo era bien consciente de que la embajada de Suecia en la Rue du Bac no resultaba confiable. Germaine Staël recibía en sus salones a intrigantes y revolucionarios de toda catadura, desde Talleyrand a Robespierre —que por entonces pasaba desapercibido—, y llevaba en su seno a un hijo de Narbonne, su nuevo favorito. Su padre era bandera de los más populistas y, en fin, Stäel odiaba a la reina bajo la influencia de su apasionada y sin duda elocuente esposa. Así fue como me transformé en una especie de agente secreto bajo el eufemístico régimen de «ministro especial». No se me ocultaba la felonía de mi rey, que llegado el caso siempre podría aducir que yo actuaba por mi cuenta, al margen de las instrucciones oficiales de la embajada de Suecia. Pero, de hecho, en aquellos días la acción diplomática del reino de Suecia ante Francia se iba a desplegar desde mi hotelito de la Rue Matignon.

Con tanta discreción como frenesí me entrevisté con Saint-Priest, con el embajador de Austria, con La Marck, tratando de obtener la máxima información posible para calibrar la situación, que no era singularmente halagüeña. La Fayette y los facciosos asamblearios eran los dueños completos de la situación. Luis XVI sancionaba cualquier disposición que se le presentaba a la firma, y Saint-Priest apenas era autorizado para expedir los mandatos de la Asamblea a las provincias. El clero ya había sido desprovisto de sus propiedades, la economía se depauperaba a ojos vistas y las provincias guardaban celosamente sus reservas de grano. La Marck trataba sin éxito de aproximar a Mirabeau, monárquico al fin y al cabo, hacia unos reyes que lo detestaban con buenas razones por su inquina furibunda contra la reina. Mirabeau odiaba a Necker y con gusto lo habría suplantado, pero no inspiraba confianza alguna. Con todo, él veía la necesidad, al igual que yo, de sacar al rey de París y forzar una guerra civil que frenara los ímpetus republicanos. Demasiado tarde reparaba Mirabeau, el agitador, el demagogo, el ladino, en las funestas consecuencias de sus alardes populistas. Sus aspiraciones se verían pronto defraudadas al prohibirse que un miembro de la Asamblea pudiera ocupar al mismo tiempo el cargo de ministro, con el común aplauso de los pérfidos republicanos y los estúpidos realistas.

XI

La Fayette y la Asamblea Nacional tranquilizaron a las provincias realistas permitiendo que los reyes pasaran el verano en Saint-Cloud. Fue aquella una prisión dorada donde eran vigilados de cerca. La Fayette apostaba a sus ayudas de campo en la antecámara de los reyes; velaban sus sueños, los espiaban de cerca durante sus paseos a pie o a caballo, escuchaban sus conversaciones. Me trasladé a Auteuil, localidad propinqua, con el fin de estar próximo a los reyes. Con dificultad trataba de convencer al monarca para aprovechar una de sus salidas y escapar a Fontainebleau o a Compiègne, pero Luis XVI temía una guerra civil y no estaba dispuesto a abandonar a sus tías a su suerte. Decidí frecuentar la mansión de Esterhazy en Auteuil y refugiarme en casa de la condesa de Fitz-James, donde mataba las horas esperando la puesta de sol. Entonces cabalgaba hasta Saint-Cloud y esquivaba la vigilancia de los esbirros de La Fayette para reunirme con María Antonieta. Penetraba por una pequeña puerta lateral al jardín a la hora acordada y me agradaba verla llegar desde lejos a través de la avenida, envuelta en su vestido de lino, ajustado en su cintura de tul, con su pañoleta al viento anudada a las cintas lilas de un amplio sombrero de paja. Jamás criatura alguna caminó con tal ligereza y gracia como ella. Me ofrecía tiernamente su brazo, que enlazaba bajo el mío, y departíamos mientras caminábamos por los jardines. Nos sentábamos en un rústico banco al pie de un castaño en flor, en la proximidad de una cascada, que a la vez que refrescaba las sombras nos proporcionaba una dulce sensación de intimidad. El claro de luna se reflejaba en su rostro y ella me contó durante una de esas noches la historia de amor imposible entre mademoiselle de Orleans y el buen gentilhomme de Anjou, el señor de Saint-Maixent. También ellos se citaban en un parque; ella estaba dispuesta a fugarse, pero con buen tino él se opuso a raptarla, poniéndose rodilla en tierra y jurándole que jamás pertenecería a otra y se haría matar a la primera ocasión. Ella, indignada, hizo también una genuflexión y juró no casarse jamás, abandonar la corte y tomar los hábitos. «¿Estás contento?», le preguntó. «Compartiremos la misma suerte.» «Y así fue —me dijo María Antonieta—, pues ella llegó a ser abadesa de Chilles y él recibió una bala en el pecho antes de cumplir los veinte años.» Cuando terminó de narrarme esta historia romancesca, oí un crujido y pude ver a un hombre bien extraño arrodillado al pie de un árbol. Su aspecto era noble, pero algo estrafalario, con sus cabellos desordenados y su corbata mal anudada. Miraba extasiado a la reina, temblando, con las manos juntas. Me levanté para darle caza, pero María Antonieta me detuvo: «¡No! Dejadlo tranquilo. ¿No lo habéis reconocido? Es mi eterno enamorado, Castelnau, un pobre loco completamente inofensivo. Alguna vez habéis debido de verlo en el Trianon, deambulando de la mañana a la noche por sus fosos, alrededor de los jardines, buscando verme, pero sin osar aproximarse. El rey quería encerrarlo, pero lo defendí». ELLA se levantó y con un leve gesto de un dedo lo hizo desaparecer. «Mi querida amiga —le dije—, os hacéis amar incluso por los locos que no suelen amar a nadie. Si Francia en verdad os conociera estaría loca por vos, como yo lo estoy.» «Quizá, mi Rignon, mas al día de hoy a veces me pregunto si no sois los únicos en amarme, vos, el sagaz Axel, y él, el pobre Castelnau...»

Desde la muerte unos meses antes de su hermano mayor, el emperador José II, la determinación y la dignidad de la reina ante la adversidad se habían acendrado. Saint-Priest estaba alarmado por mis visitas, que a su juicio la ponían en peligro, particularmente desde que un guardia me había descubierto deslizándome por el parque a las tres de la madrugada y a punto estuvo de detenerme; pero ELLA zanjó la cuestión asegurándole que le traía sin cuidado. Su actitud firme y valerosa le valió la admiración de todos, incluido el propio Mirabeau, a quien ELLA despreciaba por su vil doble juego. Desde hacía semanas Mirabeau conspiraba para liderar la causa realista. Sus constantes intentos solo cuajaron cuando tuvo lugar una entrevista personal con ella, en una gruta discreta cercana a Saint-Cloud. María Antonieta lo cautivó con su majestad y aplomo, con su aura indefinible, únicamente perceptible en toda su maravillosa grandeza en las distancias más cortas. Aquel ilustre orador de lengua afilada, que había cargado su furia contra la reina en tantas sesiones de la Asamblea, cayó al fin prendado de su gracia seductora, y comprendió, demasiado tarde, que «el rey solo tenía junto a él a un hombre: su esposa». Mientras la estrella de María Antonieta refulgía con más luz cada día, el brillo fugaz de La Fayette o de Necker se apagaba. Ya nadie aclamaba al padre de la insolente Germaine, que había dejado el reino sumido en la bancarrota y que había contribuido como nadie a desprestigiar a la monarquía. Al abandonar su cargo al final de aquel verano, el presuntuoso financiero que gustaba de alardear de filósofo desapareció de escena sin pena ni gloria, en la más triste de las indiferencias.

El espejismo de Saint-Cloud se disipó como la bruma en la mañana. Habría de echar de menos, pese a tantas dificultades, las entrevistas nocturnas con María Antonieta, que me servían para infundirle alguna esperanza y persuadirla de la necesidad de convencer al rey para que huyese de su presidio antes que fuera tarde. De vuelta a París, los desórdenes callejeros y la violencia política se acentuaban al mismo tiempo que la animadversión contra los reyes. Ya nadie se hacía ilusiones, mientras ardían los palacios y se abrumaban negocios grandes y pequeños. El erario público no existía y los impuestos apenas se cobraban. Danton puso el dedo acusador sobre Saint-Priest, quien se vio forzado a dimitir, mientras el exilio adquiría proporciones colosales. Mirabeau se empeñaba en que el rey se retirara a una provincia fiel junto a La Marck y a un ejército que hiciera frente a la Asamblea y al propio La Fayette. Pero ni Luis ni María Antonieta estaban dispuestos a provocar una guerra civil bajo pretexto alguno. En cierto modo me serví de la insistencia de Mirabeau para conseguir mis propósitos, que eran los mismos que los de Gustavo III. A finales del año, tras constantes conversaciones con los reyes, obtuve finalmente el beneplácito de Luis XVI para preparar un plan de fuga y carta blanca para tal fin.

Tomamos todas las precauciones para que el proyecto prosperase. Nos comunicábamos en clave y nos transmitíamos mensajes cifrados y cartas escritas con tinta invisible. Muy pocos estábamos en el secreto, aunque yo temía por la indiscreción de Gustavo e insistía en ocultar todo el plan a los emigrados, especialmente al conde de Artois y al príncipe de Condé. Atraje a Taube a la causa de persuadir a nuestro rey de la absoluta necesidad de discreción. De esta forma, Bouillé, el fiel Goguelat y yo fuimos pergeñando una estrategia detallada. Nos reuníamos en la mansión de Craufurd. Leonor y las señoras Stegleman y Korff nos acompañaban en la conspiración. El destino final sería Montmédy, villa fronteriza que ofrecía el refugio de Luxemburgo. Yo me encargaría de la primera etapa hasta Châlons, y Bouillé garantizaría el trayecto hasta Varennes. Los detalles de la fuga eran informados a Taube y al rey Gustavo, y Mercy recibía las instrucciones para que los regimientos extranjeros apoyasen la empresa. No resultaba fácil evitar que la urdimbre se destejiera, después de que la salida de las tías del rey

avivara las suspicacias y los rumores acerca de una operación semejante, mas casi teníamos todo a punto cuando unos centenares de mentecatos intentaron un disparatado golpe de mano para liberar al rey y conducirlo a Metz por la simple fuerza de unas cuantas espadas y pistolas. La Guardia Nacional los desarmó sin miramientos y la burda intentona no hizo sino aumentar la vigilancia.

Fueron los propios guardias nacionales los que impidieron a los reyes trasladarse a Saint-Cloud durante las fiestas de Pascua, cuando todo estaba listo para su partida. Bailly ya les había advertido que su deseo podría provocar agitaciones y que el pueblo parecía oponerse, airado como estaba por la asistencia del rey a la misa de las Tuileries oficiada por un clérigo que recalcitraba a convertirse en funcionario civil. El rey le hizo ver que si había decretado la libertad de movimiento para todo ciudadano resultaría extraordinario que él fuese la única persona impedida para viajar un par de leguas a tomar el aire, y decidió partir. Trataba de franquear en una simple berlina las verjas, pero los guardias nacionales se negaron a abrirlas. La Fayette no pudo hacerles entrar en razón, y se hizo evidente que los reyes, insultados por la chusma que vitoreaba a los guardias, eran vulgares prisioneros en su palacio. «Bastardo» o «cerdo» fueron algunos de los calificativos más suaves, mientras lanzaban proclamas para deponer al rey en favor del duque de Orleans. Barruntó el felón La Fayette imponer la ley marcial, pero el alcalde le sugirió que él mismo podría ser la primera víctima si lo intentaba. Los granaderos juraban que el rey no pasaría y esgrimían sus balas mostrándose dispuestos a cargar sus fusiles y a disparar sobre el monarca al menor movimiento. Los sirvientes de los reyes eran zarandeados, y Gougenot estuvo a pique de ser colgado. María Antonieta trató de interceder por él, y hubo de escuchar las peores groserías, al tiempo que los granaderos le recordaban que no recibían órdenes de ella. Los soldados imprecaban a los eclesiásticos asomados a las ventanas y alguno apuntaba con su fusil al cardenal de Montmorency, el capellán real. La Fayette no consiguió que se publicara la ley marcial y ofreció al rey usar la fuerza, pero los soldados desarmaron sus bayonetas y se negaron a emplearse contra los «valientes ciudadanos». Una vez más el rey se plegó a las exigencias del populacho para que no se derramara la sangre en su presencia. Descendieron todos de la berlina y se aproximaron al vestíbulo rodeados por la muchedumbre de soldados que los oprimía. La reina tomó al delfín en sus brazos mientras madame Elisabeth hacía lo mismo con Madame Royale. El rey caminaba lentamente, erguido entre los soldados, y en cuanto comprobó que su familia estaba a salvo se volvió hacia ellos con dignidad y con firme voz les conminó: «¡Alto ahí, granaderos!». Su presencia de ánimo los contuvo por unas horas. Al atardecer, el rey fue advertido de que en la noche los guardias penetrarían en todas las cámaras, incluso en las más privadas del rey, con el pretexto de comprobar si había sacerdotes. Finalmente no cumplieron su propósito. Mientras, en el Carrousel, a la luz de una antorcha, un hombre leyó un panfleto repleto de horribles invectivas contra el rey, en el que exhortaba al pueblo a tomar el palacio, a arrojar todo por sus ventanas y, sobre todo, a no perder esta vez la ocasión fallida en Versailles, el 6 de octubre.

La repentina muerte de Mirabeau dos semanas antes de los hechos del 18 de abril ya había agotado en buena medida las esperanzas de los reyes. Justo cuando su ayuda resultaba imprescindible, la Parca lo visitó sin previo aviso, si bien pudo pronunciar unas últimas palabras sin duda proféticas: «Me llevo conmigo la ruina de la monarquía», una ruina a la que él tanto había contribuido. Mientras sus restos, en loor de su memoria infausta y méritos dudosos, eran

depositados en el Panteón, de donde no tardarían en salir para ser arrojados a los perros, Luis XVI fue por fin consciente de que el tiempo huía y era necesario tomar una resolución. Los acontecimientos de Pascua la precipitaron. Bouillé estimaba que las fechas de mediados de junio eran propicias, pues un refuerzo de las guarniciones austriacas de las fronteras en torno a Luxemburgo, asegurando el cinturón entre el Mosela y el Mosa, que esperábamos para tales fechas, le ofrecería un buen pretexto para reunir y movilizar a sus tropas. Por lo demás, el rey confiaba en recibir poco antes de esa fecha dos millones de libras de la lista civil. Finalmente decidimos organizar la fuga para el 20 de junio, a medianoche, cuando ya hubiera terminado el servicio de madame Rochereuil, camarera del delfín liada con un ayuda de campo de La Fayette, que no era de absoluta confianza. Entre tanto eran muchos los asuntos que debían ventilarse y aquella primavera fue tal vez la más frenética de mi existencia. Traté, por un lado, de obtener la mayor cantidad de dinero posible. Por supuesto puse por delante todo mi numerario. Obtuve cantidades importantes de las señoras Stegleman y de Korff, y otras más humildes, como las tres mil libras que me brindó mi propio portero. Leonor puso en mis manos trescientas mil libras... En aquellos días la señora Sullivan y yo habíamos retomado nuestros momentos íntimos. Los conspiradores seguíamos reuniéndonos en la Rue de Clichy, ultimando preparativos, discutiendo alternativas, proponiendo estratagemas... Craufurd no siempre concurría, pero incluso cuando se hallaba presente solía retirarse de forma discreta. O suponía sobradamente los amores terrenales entre Leonor y yo y nunca les dio importancia, o sencillamente él mismo se ponía la venda en los ojos. Ambos eran devotos partidarios de María Antonieta y arriesgaban su hacienda y su vida con el mismo desinterés que yo mismo. Durante el día Craufurd, Leonor y yo nos desvelábamos para salvar a la reina y al rey. Por la noche, con la misma pasión desesperada, ella y yo nos amábamos en su propia alcoba, nos entregábamos como amantes con idéntico aliento al que nos servía al día siguiente para transmutarnos en camaradas. He confesado ya hasta saciarme que mis afectos espirituales nunca se confundieron del todo con mis relaciones en el lecho. Jamás guardé una fidelidad tan hipócrita ni mucho menos la requerí. La época en que me tocó vivir fue sin duda un tiempo de traiciones y vilezas, de bestialidad, guerra y muerte. Pero si algo bueno reconozco en ella fueron las luces que a todos nos iluminaron para «*écraser l'infâme*» y borrar la hipocresía de nuestras viejas costumbres. Caballeros y damas dispusimos de nuestros cuerpos con la misma liviandad con que nos recreábamos con los juegos de naipes o la conversación. Amarnos fue un modo de compartir momentos deleitosos, y a menudo una plática placentera nos llevaba con naturalidad a disfrutar de la mutua belleza de nuestras almas y de nuestros cuerpos, no necesariamente en forma conjunta. Quienes denigraron nuestra conducta presentan títulos dudosos. Es cierto que una moral pacata y religiosa jamás puso freno a nuestros deseos, pero vil sería quien nos acusara de frivolidad por el mero hecho de jugar al *whist*, asistir a la ópera o a refinados bailes, o compartir con poca reflexión los lechos de damas jóvenes y casadas, de alcurnia o baja condición. Los espíritus, en esta época o en cualquier otra, no deberían calibrarse por tan nimias circunstancias. Acaso la vida de Leonor, como la mía misma, fuera disipada y carnavalesca, pero el talante de ambos, como el de tantos otros, habría de medirse por el compromiso y el valor con que arrostramos nuestro destino en una situación extraordinaria y peligrosa. Que yaciera o no con María Antonieta, o con Leonor, o con ambas la misma noche, jamás me importunó. Mi fidelidad fue mucho más allá de circunstancias que pudieron o no pudieron ser. Que fueron como fueron. Mi devoción a ambas jamás flaqueó, pero la historia me daría la oportunidad de acreditar cuán puro, desinteresado y férreo fue mi amor por María Antonieta, y hasta qué punto olvidé mi propio ser para servirla. El mismo amor hacia ella sentía

Leonor, y no la olvidábamos ni siquiera en aquellos instantes en que mi cuerpo blanco se fundía en el bronce de la desnudez de Leonor, y vertía mi semilla en su seno sin reparar en qué habría de traernos la aurora.

Sabíamos que el nuevo día acertaba nuestra cita con el destino. Ya todo estaba preparado y bien meditado, pero un rumor acerca de una inminente huida de los reyes circulaba por todo París, alentado por Marat en *L'Ami du peuple*. Hice encargar, con la ayuda de madame de Korff, una berlina confortable en forma de góndola, cuya caja pinté de verde oscuro, y sus ruedas y ejes de amarillo, tratando de procurar darle un aire vulgar. Su interior estaba forrado de terciopelo de Utrecht blanco y sus ventanillas ocultas tras cortinillas de tafetán verde. Dispuse en ella los equipajes y las provisiones: buey y ternera fríos, un buen saco de monedas para los relevos y postas, una botella de champán no espumoso y cinco botellas de agua. Ya tenía listos los pasaportes de todos los ocupantes que madame de Korff había conseguido gracias a un fino ardid de Simolin, el embajador ruso. Madame de Tourzel haría el papel de la baronesa Korff, acompañada de Luis XVI como su *valet de chambre* Durand. María Antonieta sería madame Rochet, gobernanta de las hijas de la baronesa, es decir, del delfín disfrazado y de su hermana. Madame Elisabeth pasaría por una dama de compañía y completarían la comitiva tres viejos guardias de corps disfrazados como lacayos de posta. El rey no quería que los acompañase durante todo el viaje, así que me limitaría por mi parte a ejercer de cochero en las primeras y cruciales leguas. Luego me reuniría con ellos en Montmédy, tras pasar por Compiègne, Le Quesnoy y Mons.

El lunes 20 de junio retiré mis fondos de la banca de la Rue Santier, pasé por la embajada sueca en la Rue du Bac y tomé un coche hacia el Pont Royal. En las Tuileries repasé con los reyes todos los detalles. Convinimos en que, si resultaban detenidos durante el viaje, yo emprendería el camino de Bruselas y pediría a Mercy que intercediera por ellos ante el emperador Leopoldo II. Llegado el momento de salir de palacio, el rey puso su mano en mi hombro, me miró con hondura y me dijo: «Señor de Fersen, ignoro lo que nos espera, pero no olvidaré todo lo que hacéis por nos». María Antonieta me miraba anegada en lágrimas, que fueron sollozos cuando el rey salió de la estancia tras haberme hecho depositario del viejo sello real con la leyenda «Rey de Francia y de Navarra», que contaba rehabilitar tras su huida. Traté de calmarla con palabras dulces y fingiendo un aplomo que en verdad me faltaba. Insistió en darme un recibo firmado por el rey y ella misma, dirigido a Mercy y destinado a reembolsarme las cantidades prestadas. Lo acepté para no contrariarla aún más. Cuando estuvo más tranquila regresé a la Rue Matignon y desde ahí me dirigí a la Rue de Clichy, donde las gentes de Craufurd tenían lista la berlina. Les indiqué que la ubicaran en el extremo del *faubourg* Saint-Martin, en la carretera de Metz. Volví a mi *hôtel* y me vestí de cochero. Subí a un coche de alquiler que tenía listo y lo conduje hasta las Tuileries; lo puse tras la fila en el patio de los Príncipes. Me dediqué, inquieto, a observar el vaivén de gentes que entraban y salían de palacio. Los reyes podían acceder al patio a través de una comunicación con las viejas dependencias del duque de Villequiers, ahora emigrado, cuyas llaves estaban en manos de la reina. Cuando la puerta indicada se abrió, me dirigí allí. En la sombra esperaban la reina y madame de Tourzel. Cogí de la mano al delfín, disfrazado de niña, mientras madame de Tourzel acompañaba a Madame Royale. María Antonieta nos seguía. La zona en que los coches se alineaban nos proporcionaba ciertas sombras. La reina acomodó a los niños al lado de la fingida baronesa y retornó a palacio. Subí al pescante y tomé las riendas. Lentamente conduje atravesando la plaza Luis XV, y regresé por la Rue Saint-Honoré y me detuve cerca del Petit Carrousel ante el Hôtel du Gaillarbois. Allí

debía aguardar a los reyes y a madame Elisabeth. La espera se me hizo eterna, y trataba de interpretar con realismo el papel de cochero de *fiacre*, recordando las célebres representaciones teatrales a que Gustavo nos obligaba constantemente en Estocolmo. Silbaba, escupía, conversaba en tono vulgar con algún que otro cochero o le ofrecía pésimo tabaco en una tabaquera infame. Sobre las once de la noche pasaron dos carrozas acompañadas de un séquito imponente de caballeros con antorchas. Eran Bailly y La Fayette dirigiéndose a la ceremonia del acostado del rey. En ese momento me sobresaltó una circunstancia en que no habíamos reparado. Si por cualquier razón los reyes se vieran impedidos para salir del palacio, ¿cómo me las arreglaría para devolverles a los niños? Me atormentaban estos pensamientos cuando por fin llegaron el rey y madame Elisabeth, pero aún hubimos de esperar una eterna media hora hasta que María Antonieta apareció, tras extraviarse en un mar de callejas para despistar a La Fayette, con el que estuvo a punto de darse de bruces. Tuvo que preguntar a un centinela para poder dar con el Hôtel du Gaillarbois. Sonaban doce campanadas. Nada más cerrar las portezuelas fustigué a los caballos. Di un rodeo atravesando las callejuelas de París para retornar a la Rue de Clichy y comprobar que la berlina había partido. El trayecto hasta la barrera Saint-Martin se hizo interminable. No lejos de allí se había celebrado una boda y las gentes danzaban y cantaban. Las puertas abiertas de las casas proyectaban su luz sobre la calzada, mas por fortuna no nos reconocieron. La oscuridad nos impidió hallar con facilidad la berlina, que, al borde de la carretera, tenía sus cuatro caballos enganchados y las linternas apagadas. El tránsito de uno a otro carruaje fue rápido y discreto. Dejé mi *citadine* en la carretera, tomé asiento entre dos de los guardias y di la orden de partida a mi cochero, Baltasar. Al cabo de media hora llegamos a Bondy, donde Valory tenía ya preparados seis caballos de refresco. Mientras los reemplazaban, me acerqué a la portezuela y les deseé buenas noches. Cuando los cocheros ya estaban listos, me aparté de la berlina y en voz bien alta dije: «Adiós, madame de Korff». La aurora apuntaba cuando vi alejarse a aquella berlina que transportaba lo que yo más quería. Desapareció de mi vista, sin que yo llegara a sospechar que tardaría en ver la luz de sus ojos, en acariciar su mano o en besar su cuello. Se fue y yo no imaginaba cuánto habría de esperar para oír su voz una vez más.

Monté a caballo en dirección a Le Bourget, donde llegué a las tres de la madrugada. Un carruaje me condujo hasta Senlis. A mediodía estaba en Compiègne; a primera hora de la tarde en Noyon. Atravesé Ham y llegué a San Quintín a las seis de la tarde, apenas incomodado por alguna milicia popular. Atravesé Landrecies de noche, hice posta en Quesnoy a medianoche y salí de Francia por Saint-Vaast para evitar hacerlo por Valenciennes, donde era conocido. A las seis de la mañana estaba en Mons, esperando ansioso conocer la suerte de los reyes. Fui recibido por Leonor y el conde de Provenza, y abrazado fervorosamente por los refugiados franceses y los austriacos. A las once de la mañana tomé el coche para Namurs, atravesando Las Ardenas, hacia Arlon, adonde llegué a las once de la noche, tras treinta y seis horas de viaje. En la posta me topé con el general Bouillé, cuyo aspecto no mejoraba a un espectro. En pocas palabras me puso al tanto de la detención de los reyes en Varennes. Solo sabía que los húsares y los dragones enviados para proteger a la familia real se habían dejado ganar por los revolucionarios o se habían negado a partir... Luego supe las vicisitudes de aquel fracaso, la falta de determinación para evitar los retrasos provocados por las averías que a la postre provocaron el abandono de sus posiciones de las tropas que debían escoltarlos, la estupidez de Choiseul haciendo desfilar a sus húsares más acá de Varennes, la audacia de aquel joven revolucionario Drouet con el que el destino volvería a enfrentarme, la cobardía y la torpeza de Bouillé... Y maldije al rey por no

haberme permitido acompañarlos. Tal vez yo fuera un extranjero, el amante de su esposa, pero habría sabido evitar el desastre, los habría obligado a cabalgar campo a través, habría conminado a los húsares, concitado el fervor de los lugareños... Como de costumbre, tampoco en esta ocasión el rey dio muestra alguna de espíritu ni de audacia. Traspasado de dolor me retiré, y lloré a solas. Únicamente entre lágrimas, persuadido de que por dieciséis malditas leguas habíamos desperdiciado la última oportunidad de salvarlos, pude escribir a Gustavo III la carta más lacónica que jamás hube de enviarle, para participarle que todo estaba perdido.

XII

La consternación se apoderó en Bruselas de todos los corazones. La esperanza había enraizado y la decepción fue enorme cuando se conocieron los detalles de la detención de los reyes. Muchos creían que era perentorio reunir a las tropas y a los emigrados y marchar sin más sobre París, y acaso debimos hacerlo en aquel momento de confusión. Nos faltaron arrestos y, sobre todo, un liderazgo. Si hubiésemos contado en nuestras filas con paladines enrabiados y oradores furibundos de la talla de algunos jacobinos, otra habría sido la suerte. Por desgracia, las vestiduras que había que rasgar estaban hechas de preciosos paños y, aunque muchos de aquellos refugiados habían dejado atrás haciendas y prebendas de consideración, lo cierto es que en Bruselas o en Coblenza disfrutaban de una vida cortesana muy similar en fasto y diversiones a la propia de París. Tras las lamentaciones y las imprecaciones de rigor, el consuelo esperaba en algún baile o en un confortable salón literario, lejanos de los rigores del palacio de las Tuileries. Si su devoción se hubiese postrado más allá de sus bienes y de sus propios intereses, reclamando la santidad intocable de las personas de los reyes, tal vez otro habría sido el devenir de los acontecimientos. Si la fidelidad a los reyes se hubiese erigido sobre un basamento más firme que sus meros privilegios, es fácil que tanta proclamación de valentía y ardor hubiera traspasado la simple bravuconada para convertirse en un desfile de patriotas. No me engañé entonces y menos puedo engañarme ahora, en el momento de todas las verdades. Aquellos hombres y mujeres dignos en títulos y compostura no tenían más patria que sus rentas. No eran muy diferentes a los terratenientes y comerciantes americanos, ajenos al boato cortesano y a los títulos de nobleza, que con mucha menos hipocresía ocultaban su verdadera fe. Con frecuencia llegué a pensar que muchos de aquellos rolandistas y jacobinos fueron a su manera más patriotas, pues aun en su ignorancia y simpleza, en su bestialidad monstruosa, defendieron un credo con salvaje misticismo, mas con la convicción sincera, aunque fuera errada, de que tal credo convenía a la patria toda. Ciertamente es que la mayoría daba rienda suelta a su puro resentimiento, a una venganza que respondía a su oprobio, mas también los hubo convictos de una causa y que llevaron su fe hasta el cadalso. Los hubiera preferido como compañeros de viaje a esa caterva de aristócratas fatuos y cobardes que en aquellos días infaustos hube de soportar en Viena, en Coblenza, en Praga, en Bruselas...

Después de mi terrible viaje y de las angustias padecidas, mi cuerpo y mi espíritu se hallaban en una situación de extrema debilidad. A pesar de todo, no cedí por un segundo en mis propósitos de concitar una unión de voluntades para pasar a la acción. En los pocos momentos en que me era posible descansar, busqué refugio entre los brazos de Leonor en el Hôtel Bellevue. Ella me daba ánimos y me cuidaba con dulzura. Solía quedarme dormido de puro agotamiento en cualquier instante. Entonces descalzaba mis pies y me tapaba sobre el lecho, acariciando mis sienes. Fingía dormir mientras gozaba como un niño con las atenciones que me brindaba y escuchaba sus susurros. Me hablaba, al creerme dormido, en un extraño dialecto italiano, que sonaba como un *adagio* de Corelli. Compartí durante algunas noches su lecho, y dispuse de sus

dones con libertad. Cada día su compañía se me hacía más necesaria y amarla no era ya un mero juego galante. Poseerla no era un simple deleite para mis sentidos. Se había convertido inopinadamente en un bálsamo vital para mi espíritu, capaz de atemperar mis angustias y alejar de mí temores y malos presagios. Tras yacer juntos, conversábamos durante horas, y ella fue mi más sagaz confidente, mi más paciente colaboradora. La fidelidad a María Antonieta, su respeto por mi devoción hacia ella, que tan sinceramente compartía, la investían de toda mi admiración. Acreditaba un buen juicio proverbial, e inteligencia tan intuitiva siempre me proporcionaba claves sencillas para resolver enigmas muy complejos. Cuando con naturalidad alumbraba la simplicidad de una incógnita que aparentemente se presentaba como una aporía, enmudecía de asombro y reía a renglón seguido, al constatar qué vanos habían sido todos los sacrificios del feldmariscal para procurarme una tan costosa educación que había de llevarme a las más altas cotas de la diplomacia y de la política. Aquella mujer sensual y arrebatadora escondía una percepción hartamente más atinada, adquirida a fuerza de danzas, cantos, seducciones y conquistas amorosas, y ponía así en evidencia que no hay academia más fructífera que una vida intensa.

Me entrevisté con Mercy y con la archiduquesa María Cristina. El pesimismo nos paralizaba, pero teníamos que emprender alguna acción y solo un camino se ofrecía. Debíamos concitar la alianza de todas las monarquías y salvar a los reyes de Francia. No era su suerte lo que estaba en juego, y lo sabían. La chispa de la revolución podía prender en los polvorines sobre los que se asentaban todos los tronos, y ya solo una decidida intervención sería capaz de reintegrar la situación e imponer el orden alrededor de cuyo eje giraban nuestro mundo y nuestras tradiciones. Debíamos servirnos del propio egoísmo de la realeza y de la aristocracia para salvar a los reyes de Francia, cuyas personas bien poco inquietaban a la mayoría. Ya resultaba claro para la mente más obtusa que lo que se dilucidaba no era una mera cuestión dinástica, siempre pendiente de las veleidades y de las alianzas entre genealogías y vecindades. Salvar a las personas no era la cuestión, sino preservar la propia institución monárquica y las reglas que ordenaban Europa de forma inmemorial. Mi lucha no fue tal, en modo alguno. Mis creencias políticas eran firmes, y confié en todo momento en que una monarquía ilustrada era el mejor de los mundos entre los posibles. Fui más creyente en la fuerza de la monarquía que el feldmariscal, y compartí durante muchos años el credo de Gustavo más que el de mi propio padre. Entonces, empero, no eran los principios morales o políticos los que me animaban. Los iba a prostituir con el más absoluto cinismo a mi única fe verdadera, al sentimiento más íntimo de entrega y afecto personal a la mujer que encarnó con tanta dignidad su misión de reina y soportó como nadie el peso de la púrpura hasta sus más fatales consecuencias. La diplomacia se convirtió en aquel tiempo en mi función cotidiana, que enmascaraba la pretensión desesperada de salvar su vida.

Viajé a Aquisgrán a finales de junio y conseguí convencer a Gustavo para que preparáramos una visita diplomática a Viena con el fin de proponer al emperador el liderazgo de la empresa. Retorné a Bruselas a finales de julio y palpé que los emigrados comenzaban ya a escindirse en dos bandos, uno favorable al rey, el otro al conde de Artois y a Calonne. Recibí entonces las primeras noticias de María Antonieta. Me prohibía que regresara bajo ningún concepto a Francia, pues era conocida mi complicidad en su fuga, y me rogaba por su propia seguridad que no les escribiera. Tampoco ella iba a poder comunicarse conmigo, pero me garantizaba que la Asamblea daba muestras de condescendencia y «dulzura» hacia ellos. Me invadió un profundo abatimiento. No soportaba la idea de nuestra separación. Me lamentaba por haberme

comprometido en la fallida aventura, pues de otra forma podría estar acompañándola y aconsejándola en su penosa situación. Comprobar, ahora, que tampoco podríamos intercambiar ni un triste mensaje me hacía desfallecer. Por fortuna, solo unos días después recibí otra carta suya: «Puedo aseguraros que os amo y que solo tengo pensamientos para vos. Me porto bien, no os preocupéis. Debo saber de vos, así que escribidme cifradamente a la dirección de monsieur de Browne y en sobre doble a monsieur de Gougens. Que vuestro mayordomo escriba las direcciones y decidme a quién puedo enviar cartas para vos, pues no podría vivir sin ello. Adiós, el más amante y más amado de todos los hombres. Os abrazo de todo corazón». Recibir sus misivas no siempre fue motivo de semejante regocijo. Cuando sus mensajes transmitían consignas políticas llegaron a enervarme. La negativa de los reyes a ceder plenos poderes al conde de Provenza o al conde de Artois y su sugerencia de que las grandes potencias se limitaran a un congreso, prudentemente distante, en lugar de emprender una decidida acción armada, me hacían sospechar la influencia de los constitucionalistas. Ciertamente el éxito de una acción armada no estaba garantizado y la tentativa se presentaba arriesgada. Con todo, resultaba imperioso actuar. Mientras Calonne inspiraba la conducta de los príncipes en Coblenza, en Bruselas establecimos el cuartel general, cuya sede fijamos en la mansión particular que Craufurd y Leonor se habían procurado. Breteuil, La Marck y Mercy-Argenteau nos acompañaban, al igual que el conde de Metternich, enviado especial del emperador. Sabíamos que el criterio de Inglaterra sería fundamental y convencimos a Gustavo III para que confiara credenciales a Craufurd a fin de entrevistarse en su nombre con Pitt y el rey Jorge. Mientras él partía para Londres, yo lo hice hacia Viena. El recibimiento del zorro de Pitt a Craufurd fue asaz amistoso, pero lo más que obtuvo fue el compromiso de que Inglaterra se mantendría neutral, a la par que un consejo de prudencia, pues a su juicio nada uniría tanto al pueblo francés contra sus monarcas como una acción militar concertada de potencias extranjeras. El consejo era tan juicioso como cínico. Mi suerte en Viena no fue mucho mejor. Leopoldo era un hombre que hablaba mucho y escuchaba más bien poco. Me pareció frágil y dubitativo, y distaba mucho de la persona que había conocido en Italia unos años atrás. Antes de brindarnos el puerto de Ostende—cuya disposición resultaba imprescindible—, quería tener seguridad acerca de la neutralidad de Inglaterra, de la participación de Suecia y Rusia, y mis informaciones al respecto resbalaban en su coraza de egotismo. Prometió todo y no acordamos nada. Esperaba que el canciller Kaunitz, a quien debíamos los firmes lazos entre la monarquía francesa y la austriaca, se mostrara más decisivo, pero durante la cena en Schönbrunn parecía más interesado en los detalles de la huida del rey que en las estrategias inmediatas que requería la situación y se me hizo evidente que despreciaba a Francia. Fui lacónico en mi relato y no insistió. Yo tampoco. Me dediqué a observar a través de la ventana los jardines y los bosques en penumbra, e imaginaba a María Antonieta correteando con el beneplácito indulgente de la condesa de Bran-deiss. Aquella niña feliz y despreocupada, cuya risa me parecía percibir, había sido inmolada a los intereses del imperio y entregada al monarca francés para satisfacer los pactos familiares. Y ahora que su vida pendía del hilo del destino, su propio hermano la orillaba, la insultaba en público afirmando que se acostaba con Barnave, el nuevo hombre fuerte, mientras la parlanchina y fea emperatriz reía sus gracias y el mamporrero del imperio parecía más preocupado en no olvidar girar y girar en el picadero de la escuela de equitación, mientras se tapaba la boca con un pañuelo para evitar sentir efluvio alguno. No es de extrañar que cuando en mi segunda audiencia con el emperador encontré a madame de Polignac a ambos se nos saltaran las lágrimas.

Casi al mismo tiempo que madame de Polignac y yo nos compungíamos, Coigny llevaba a

los condes de Provenza y de Artois sendas misivas del rey en las que invitaba a los emigrados y a ellos mismos a retornar a Francia. Se hacían evidentes las presiones insoportables ejercidas sobre los reyes, y que los hermanos de Luis XVI ya se habían decantado por hacer su propio juego, sin preocuparles ni mucho ni poco si con sus bravatas e imprudentes acciones ponían en peligro a los reyes de Francia, cada día más conscientes de su desafecto. Cuando Leopoldo y Federico-Guillermo hicieron pública en Pillnitz su declaración de desafío a los revolucionarios franceses, mis esperanzas no eran ya muchas. Permanecí dos meses en Viena sin recibir una mala palabra ni percibir una buena acción. Seguí al emperador hasta Praga y lo acosé obligándolo a recibirme en constantes audiencias, en donde todo prometía y nada emprendía. Estaba claro que ganaban tiempo y no tenían propósito alguno de actuar. Les bastó que Luis XVI prestara juramento a la Constitución redactada por la Asamblea Nacional para que se interrumpiera toda actividad diplomática y militar, y cada uno decidiera dedicarse a sus asuntos. Todos sospecharon, pero nadie esgrimió, que el rey se había visto forzado a ello, seguramente al precio de la vida de su familia. Desolado, nada me quedaba ya por hacer en Viena, en una corte que por lo demás detestaba.

A mi llegada a Bruselas pude restablecer mi comunicación con María Antonieta. Se había alarmado por el silencio que, a falta de un correo seguro, hube de mantener durante mis infructuosas gestiones diplomáticas. Le pidió a Valentin Esterhazy que me buscara y me hiciera llegar su angustia, y le dio para mí un anillo de oro que llevaba grabadas tres flores de lis y la leyenda: «*Lâche qui les abandonne*». Esterhazy me dijo que la reina lo había llevado en su propio dedo dos días antes de entregárselo, y que me hacía saber que cada día sentía con más fuerza que dos corazones no pueden separarse por muchas leguas y países que los separen. El anillo estaba hecho a la medida exacta de mi dedo anular. Podía sentir la calidez de su tacto. «Cobarde quien los abandona.» Era un lema premonitorio y propicio para calificar la actitud de la corte austriaca. De la inocuidad de la distancia para apagar la llama de dos corazones unidos era ya bien conocedor y así lo atestiguaba mi agotamiento. Sin darme descanso leí también las cartas atrasadas que María Antonieta me había dirigido a Bruselas. En una de ellas trataba de justificar la decisión del rey de jurar la Constitución. Le contesté ocultando mi desazón, comprendiendo su actitud, explicándole con sinceridad la dificultad de comprometer a su hermano en una empresa en que con mucha más decisión se habían aliado Suecia, Rusia, Nápoles, Cerdeña y España. Le pedía que me hiciera saber en realidad cuáles eran sus planes, sus deseos, si yo debía perseverar en la idea de una intervención directa de las potencias extranjeras. Le aconsejé entre líneas que no se fiara de Barnave, sin citarlo, haciendo alusión a los *énragés* que nunca harían nada por ella. Debí de interpretarlo como una suerte de ataque de celos, porque en su contestación apaciguaba mi espíritu persuadiéndome de que solo se servía de ellos en la medida en que lo precisaba y que le causaban demasiado horror como para entregarse. Es posible que entonces yo sintiera celos, aun sin saberlo, pues he de reconocer que Barnave brindó a la reina buenos consejos, aunque únicamente persiguiera sus propias ambiciones. Intentó que los reyes adoptaran una estrategia de normalidad, amueblando las Tuileries, estableciendo costumbres de una corte auténtica, siquiera fuera solo en apariencia, frecuentada no solo por aristócratas, sino también por otros notables ciudadanos. La persuadió para asistir a la Ópera y afrontar el escrutinio del pueblo. Y así consiguió algunos éxitos efímeros, no cabe duda. Entre tanto, María Antonieta y yo manteníamos una correspondencia cifrada que pasaba alojada en el dobladillo de los ropajes o en una caja de té o de chocolate. Descifrar los mensajes se había convertido en una tarea ardua. En primer lugar era preciso hallar la clave, que difería en cada

comunicación, y que extraíamos de una muy concreta edición de *Paul et Virginie*. Dar con ella requería horas, noches enteras de paciencia insomne, en las que María Antonieta y su fiel mademoiselle Campan se afanaban hasta la extenuación.

Por si fuera poco, mis relaciones con Leonor eran la comidilla en Bruselas y en todo el mundo, gracias a la indiscreción desechada e impúdica de madame de Saint-Priest y de la condesa Hedwig-Elisabeth-Charlotte. Mi propia hermana Sofía me censuraba tras las confidencias que le había hecho Stedingk. Y Craufurd no podía ocultar ya su malestar. Tengo para mí que nunca ignoró nuestra relación, pero Bruselas no es París, y los rumores y las bromas al respecto comenzaban a hartarlo y a herirlo. Me aceptaba aún a su mesa, quizá porque como agente británico mis confidencias le resultaban imprescindibles, mas se mostraba taciturno y hosco. Leonor apenas hacía caso a su hostilidad, y su actitud lo amustaba aún más. En aquel laberinto de relaciones afectivas impregnadas de celos y soberbia, únicamente Leonor era capaz de guardar fidelidad a todos a un mismo tiempo. Era la amante oficial de Craufurd, a quien nunca pidió el matrimonio, y al mismo tiempo mi amante oficiosa, y su entusiasmo por María Antonieta no tenía parangón, sabiendo a la perfección lo que ELLA significaba para mí. Aquella danzarina, hija de un vulgar sastre, acreditaba más nobleza que todos los que la rodeábamos. Yo mismo tardaría en comprender cuán prosaicas eran muchas de las razones que me animaban en mi nueva relación epistolar con la reina de Francia. Mis consejos fueron dictados en buena medida por lo que yo creía el mejor camino para salvar a la reina, pero es dable que mi aversión hacia Barnave estuviera inspirada por el afán de no ser desplazado en su corazón por un nuevo héroe. Es posible que en mi amor propio me viera contrariado ante un éxito de mi rival. No solo deseaba que ELLA se salvara. En verdad, en mi fuero interno aspiraba a ser yo quien la salvara y a que ELLA viera en mí al único paladín digno de sus atenciones. Es verosímil, pues, que la soberbia ensombreciera todo mi amor, y reconocí a tiempo que la grandeza de espíritu anidaba en Leonor con mucha más naturalidad que en el hijo del feldmariscal de Suecia o en el Nabab de Manila. María Antonieta, con la fina percepción que solo adorna a los seres del bello sexo, también lograba descifrar mi estado de ánimo, esta vez sin ayuda de muchas claves, y sabía atemperar mi enardecido corazón: «Cuando estoy muy triste, tomo a mi pequeño entre los brazos, lo beso con toda mi alma y ello me consuela al instante», me escribía. Sabía que la referencia al delfín, cuyo padre me suponía, lograría enternecerme, al tiempo que señalaba una frontera infranqueable con cualquier otro valedor.

Finalmente, Craufurd, que no era un proscrito como yo, se decidió a regresar a París, pues lejos de allí no era más que un exiliado. María Antonieta se alegró sobremanera al conocer su decisión, aunque tuvo la delicadeza, para estar a la altura de la propia Leonor, de lamentarse por mi suerte, pues comprendía que yo debía tener «necesidad de distracciones». Mi soledad era, pues, total cuando se aproximaba el final de aquel año infausto, y no menor mi desesperación por la inutilidad de todos mis esfuerzos desde que la fuga fracasara. La huida hacia delante del rey Luis, amenazando a los emigrados que no accedieran a regresar a Francia y declarando la guerra a los príncipes electores alemanes, no había hecho más que empeorar un escenario ya de por sí crítico. Había sugerido a María Antonieta la posibilidad de vernos en París, pero se negaba rotundamente a que corriera ese riesgo. Asomado al balcón de mi habitación en el Hôtel Bellevue, mientras observaba las volutas de humo de pipa deshacerse en el aire gélido, una idea tan descabellada como irremediable se me reveló. La única posibilidad de enmendar la situación era volver a intentar lo que había fracasado, procurar a los reyes de Francia una nueva fuga.

Gustavo compartía mi idea y era partidario de procurar una huida hacia el norte, cruzando el canal de la Mancha, obviando muchos de los yerros en que incurrimos en el primer intento, procurando la mayor clandestinidad y, a ser posible, separando a los monarcas en su fuga. Pude convencerlo de que esta última no era buena idea, pues el rey necesitaba la determinación de la reina para llegar a buen fin. En realidad albergaba el temor de que si la reina era sorprendida sin contar con el parapeto del rey podía ser sacrificada por la chusma sin mayores miramientos... Pero semejante empresa no podía planearse ni disponerse desde Bruselas. La única vía era regresar a París y tratarlo con los reyes. Tardé más de un mes en resolver múltiples asuntos, cumplir con los preparativos y emprender mi viaje, pero en la mañana del 11 de febrero de 1792, junto a mi ordenanza Reuterswärd, disfrazados ambos de correos diplomáticos del rey Gustavo en misión hacia Portugal, partí hacia París.

XIII

Evité dirigirme a la mansión de Craufurd a mi llegada a París. Tomamos la dirección de la Rue Le Peletier, donde Goguelat nos esperaba. La reina estaba al tanto de nuestro viaje y Goguelat nos previno que la vigilancia era extrema, pues los rumores sobre una nueva fuga del rey corrían por toda la ciudad. Por fortuna La Fayette había tenido la presencia de ánimo de dejar expedita la puerta secreta que comunicaba con los aposentos de la reina, que solo él conocía y que jamás delató. A pesar de todas sus miserias, debo agradecer al general que siempre haya tenido para conmigo esta deferencia, pues por alguna oscura razón siempre permitió que existiera tal vía de contacto. He de suponer que no eran nuestros amoríos los que habilitaba; La Fayette podía ser cualquier cosa, menos una alcahueta. De alguna forma tenía interés en que la reina mantuviera un cauce de comunicación exterior, y comprendió pronto que guardando el secreto de aquella puerta nos brindaba mucho más que una oportunidad para el adulterio real. Conocía de sobra el papel que yo podía interpretar en su suerte, y aún hoy ignoro qué pretendía con ello aquel adalid sobrevenido de la causa revolucionaria. Acaso fue el mayor embustero de la historia de Francia y ejerció un doble juego para favorecer a los monarcas. En tal caso habría de ser el único que salvara su pellejo, pero ciertamente la fuga de los reyes lo puso en una comprometida situación de la que salió milagrosamente airoso, aunque nunca lo abandonara la mácula de la sospecha. No supe ni habré de saber ya cuál fue su apuesta, que unas veces se me antojaba abyecta y otras providencial. Sea como fuere, es lo cierto que la pequeña puerta no estaba guardada y que pude franquearla como de costumbre. Recorrí de puntillas un pasillo en penumbras, atravesé una salita repleta de libros y desemboqué en un salón donde madame Thibaut me aguardaba. Cuando entré en las habitaciones de María Antonieta, ELLA escribía y no se percató de mi presencia. Observé colgado en la pared, sobre el escritorio, el retrato oval que Kucharsky había dejado inacabado cuando intentamos la fuga. Aún lo estaba, pero el pintor había rematado el rostro de la reina, que aún conservaba los rasgos de su belleza y de la esperanza. Por desgracia, su modelo original ya no respondía a la fidelidad del artista. Ocho meses después, María Antonieta estaba envejecida y en su rostro no asomaba color alguno. Sus labios apretados le proporcionaban un rictus amargo y ya no hallé el brillo luminoso de sus ojos azules. Me miraban ahora velados y opacos, enmarcados por unos cabellos grisáceos donde apenas lucían algunas vetas doradas. Al verme se levantó, demudada, y permaneció inmóvil mientras nos observábamos. Debí de producirle una impresión parecida, pues la angustia pasada seguramente había cobrado el mismo tributo a mi donaire. Tras un instante nos arrojamus el uno en brazos del otro, llorando en silencio. Pasamos juntos aquella noche y los pesares que nos acongojaban desaparecieron durante una última hora en que nos amamos con el olvidado frenesí de nuestra juventud, ensimismados en el arrebatos que nuestros cuerpos ordenaban. Ambos apuramos hasta las heces el cáliz del deseo y nos transportamos con cada caricia y cada beso, agotando el placer que nos brindábamos hasta el extremo de nuestras fuerzas. La poseí como si fuera la última vez, sin saber que ciertamente iba a serlo. Platicamos luego sin abordar la situación que nos abrumaba. Hablamos de nimiedades, de

los niños, de nuestras familias, de todas las vicisitudes pasadas. Y hasta reímos refiriéndonos anécdotas y chismorreos. El cansancio por fin nos venció, y dormimos durante unas horas.

Al día siguiente fui recibido por los reyes en el salón de compañía. No anduve con circunloquios y expuse al rey las vías de huida que se nos presentaban. La fuga hacia las costas de Bretaña o de Normandía para embarcarse hacia Inglaterra requería una estrategia complicada y largos preparativos. Quizá debíamos atravesar los bosques de caza y dejar que los contrabandistas nos guiaran hasta la frontera con una escolta ligera de una cincuentena de hombres. El rey no me dejó proseguir. «Se nos espía como nunca —me interrumpió—. Todo intento de huida estaría ahora abocado al fracaso. Además, he prometido tantas veces permanecer que me creo obligado a mantener mi palabra.» «Majestad —intervine—, el rey de Suecia y la emperatriz de Rusia no están dispuestos a tolerar en Francia un gobierno mixto. Están decididos a recuperar para vos la plenitud de vuestro poder.» María Antonieta asentía a cada una de mis palabras con un gesto decidido, pero el rey negaba con la cabeza: «Ya no es posible recuperar toda mi autoridad... No me malinterpretéis, señor de Fersen. No soy un colaboracionista de estos rebeldes. Sé que todos me tachan de irresoluto y débil, pero ninguno ha estado en mi tesitura. Debí irme el 14 de julio, aquella fue mi oportunidad. Entonces el duque de Provenza me imploró que no lo hiciera, y vos estabais presente cuando De Broglie nos persuadió a todos de que no sabríamos qué hacer llegados a Metz. Perdí mi oportunidad, y no ha vuelto a presentarse. Y ahora todos me abandonan. Señor de Fersen, ruego que hagáis saber a vuestro rey, a la emperatriz y a todos que habré de plegarme por el momento a la voluntad de los rebeldes. Espero que se hagan cargo de ello. Por lo demás, al requisar los bienes de los emigrados solo intento protegerlos del pillaje o la destrucción. No consentiré que sean vendidos como bienes nacionales. Hacédselo saber. Y ahora disculpadme...».

El rey salió y entonces pude departir largo y tendido con María Antonieta. Me interesé por su vida en palacio, y con tacto comencé contándome que Barnave se había retirado a sus provincias, pues nada lo ataba a París, al no pertenecer a la nueva Asamblea. Me narró con detalle todo lo acontecido en Varennes. «El peor momento —me decía con los ojos vidriosos— fue cuando monsieur de Dampierre ofreció el brazo a una de las damas del delfín para subir al coche. Lo mataron y lo despedazaron ante nuestros ojos como a un conejo. Nos mostraban su cabeza sangrante sobre la portezuela... Pétion se sentó con vulgaridad entre madame Elisabeth y madame de Tourzel. Presumía saberlo todo de nuestra fuga. Decía que nuestro conductor había sido un sueco, pero no hallaba vuestro nombre, así que me preguntó...» «Y vos qué le respondisteis», quise saber. «No acostumbro a preguntar su nombre a los cocheros.» Reí su ocurrencia. Aún conversamos largo rato, y traté de persuadirla para que convenciera al rey sobre la necesidad de intentar nuevamente una huida. «Os lo prometo —me dijo—, pero os repetiré lo mismo que hace unos días tuve ocasión de manifestar a monsieur de Simolin: somos muchos para evadirnos otra vez. Hay que salvar al rey y al delfín en primer término; la nación los necesita. Yo no temo nada. Prefiero arrostrar la peor suerte que vivir por más tiempo en el estado de envilecimiento en que me hallo; cualquier cosa es mejor que nuestra actual situación.» Llegó el momento de partir, y María Antonieta se interesó por mi regreso a Bruselas. Le mentí. Le dije que para cubrir mi coartada fingiría dirigirme al sur, hacia España, yendo al menos hasta Tours u Orleans, antes de regresar sobre mis pasos. Me tomó la mano y sus ojos húmedos me miraron de una forma que no podría olvidar el resto de una vida que ahora me dispongo a abandonar. Acarició mi mejilla y posó sus labios sobre los míos con una dulzura que me gustaría intentar describir, a sabiendas de la inutilidad del esfuerzo, y pronunció las últimas palabras que de su

viva voz yo hube de escuchar: «Confío en que algún día nos sentaremos juntos en silencio, a plena luz del día, para disfrutar plácidamente del rumor del agua descendiendo por las cascadas de Saint-Cloud». La angustia se anudó a mi garganta y solo pude despedirme con el gesto de un último beso. Abandoné el palacio y me encaminé hacia el Pont-Royal, donde me esperaba Reuterswärd, sin imaginar que nunca más volvería a verla, y que nuestra vida en común quedaría truncada, como el cuadro de Kucharsky. Más tarde habría de reparar en que las últimas palabras que de mí escuchó no eran sino una patraña.

Nuestro verdadero destino estaba mucho más próximo que Portugal, que España, que Tours o que Orleans. No era otro que la Rue de Clichy, donde contaba ocultarme hasta obtener pasaportes de Bergstedt, encargado de negocios sueco. Frantz, el viejo mayordomo de Leonor, me abrió las puertas. Craufurd había salido. Tomamos el té y despedí a Reuterswärd. En el segundo piso de su mansión había dos cámaras. Una la ocupaba Joséphine, una de las sirvientas; la otra la había dispuesto Leonor para mí, al objeto de proporcionarme un dorado cautiverio. Dormí varios días en aquella habitación. Me levantaba tarde y me aseaba yo mismo. Procuraba no hacer ruido, pues las estancias de Craufurd estaban justo debajo de mi escondite. Encendía la chimenea y pasaba horas y horas entre lecturas. La segunda criada era una hermana de Joséphine, a la que Leonor había hecho creer que yo era uno de sus hijos habidos con el duque de Württemberg, escapado de Ludwigslust para abrazar a su querida madre, y que allí me escondía para que Craufurd no estuviera al tanto de mi fuga. La pobre, enternecida por semejante prueba de amor filial, se hacía cruces ante la bondad del hijo y la delicadeza de su madre, y se afanaba por facilitarme leña y cualquier cosa que fuera necesaria. El fiel Frantz, por su parte, no faltaba a su cita diaria aportándome las sobras del almuerzo o de la cena. Cuando Craufurd salía y la casa quedaba despejada de visitas y testigos incómodos, Leonor venía a sacarme de mi reclusión. Con las puertas bien cerradas y ojo avizor tomábamos el té y conversábamos. A menudo nos sobresaltaban los pasos del mayordomo de Craufurd. Dejaba mi taza a la mitad y con premura ganaba las escaleras y mi refugio secreto. No pocas veces el propio Craufurd apuró los restos de mi cena creyendo que provenían de la colación de Leonor.

Otras veces Leonor prefería acompañarme en mi habitación. Frantz permanecía al acecho y con tres golpecitos nos ponía sobre aviso si alguna visita inesperada nos importunaba. Aquella vida clandestina, no carente de riesgos, me traía a la memoria mis andanzas turinesas. Ya no era, sin embargo, el inexperto aprendiz de esgrima que embarazado acometía con torpeza a una provocadora damisela. Leonor, mi alma gemela, disfrutaba como yo de la comedia, apuraba el juego sin importarle sus consecuencias, sabedora como era de que solo el juego es la vida, y que solo por ello merece que sea vivida. Ya no éramos muchachos. Había mucho camino, mucha sangre y muchas máculas tras nosotros como para no apreciar el verdadero sentido de nuestra conducta impropia. Acaso nuestro ímpetu fuera menor, pero no lo era el deleite que atraía nuestros cuerpos. Perdido el pudor hacía mucho, nos conocíamos el uno al otro con mayor precisión que cada uno a sí mismo. Las líneas rectas que conducían a su goce ya no tenían secretos para mí, y ella sabía satisfacerme con la justa impudicia y su maestría inigualable. Holgamos sin freno, como lo hacíamos al tomar el té y al conversar, y llegamos a ese punto indefinible y sin retorno en que sonreíamos por el mismo hecho al mismo tiempo y una nube oscura nos nublaba el rostro devolviéndonos a la gravedad en idéntico instante.

Mientras esperaba el próximo encuentro con Leonor, me entretenía en múltiples lecturas. Me

compadecí de las desventuras del capitán de la *Bounty* y por primera vez cayó en mis manos *Las aventuras de Telémaco*, de François de Salignac de la Mothe. No dejé de evidenciar cómo entre líneas aquel clérigo había construido una parábola contra el poder absoluto de Luis XIV, anticipando filosofías más celebradas sobre las que se auparían los paladines de la Revolución, y fui consciente por primera vez de que nada azaroso concurría en los acontecimientos que me había tocado vivir, que hubimos de prever con alguna luz después de tantas advertencias nada crípticas. Con todo, ahora se me revela un pasaje de aquella obra que entonces de seguro me pasó inadvertido. Y me veo sentado ante el consejo de ancianos de un bosque sagrado de Creta, interrogado acerca de la infelicidad, y temo que no era tan cierto el aplaudido criterio de Telémaco, inspirado por Atenea. Comparto más bien el juicio vencido del sabio de Lesbos que atinó al decretar que el más infeliz de todos los hombres es el que cree serlo, pues la infelicidad depende menos de lo que el hombre padece que de la impaciencia con que aumenta su desdicha. Y tal impaciencia fue la fuente de mi desdicha, y Leonor, el único bálsamo para mis padecimientos.

Hubo que poner fin a nuestro expuesto juego de amor y fortuna, y un día al anochecer salí por una puerta de servicio de la mansión de Craufurd. Reuterswärd me esperaba en el exterior con todo listo para nuestro regreso. Bergstedt, aterrado por nuestra temeridad, le entregó en la misma calle nuestros pasaportes, y yo viajaría como lacayo de Reuterswärd, que se vio obligado a dar su propio nombre a la policía. Era seguro que tarde o temprano Craufurd tendría noticias de mi paso por París, así que antes de partir me dirigí de nuevo a la Rue de Clichy; previamente había anunciado mi visita. Craufurd se mostró encantado de recibirme y me invitó a cenar. Le conté la misma historia que a María Antonieta acerca de mi pretendido viaje al sur, mientras Leonor me interrogaba sobre las costumbres de Tours y sus habitantes. Interpretamos nuestros papeles con maestría, de forma que Craufurd no sospechó nada. A medianoche nos despedimos y esta vez sí salí por la puerta grande. Poco después un coche de tres caballos nos conducía a Senlis bajo una tempestad de nieve. Llegar hasta Bruselas no fue fácil. Por tres veces nuestros pasaportes suscitaban la suspicacia de los guardias y a punto estuvieron de detenernos, pero finalmente llegamos con bien.

Me sentía verdaderamente agotado y enfermo. El viaje había resultado penoso e inquietante, y al cansancio propio de la misión se añadía la fatiga acumulada durante los últimos meses de frenética actividad y constantes desplazamientos. Mi cuerpo no respondía ya a las necesidades de mi ánimo y decidí dedicar unos días al reposo. Monseñor d'Agoult vino a visitarme para darme una luctuosa noticia que me reconfortó sobremanera. El emperador Leopoldo había fallecido súbitamente. Yo le imputaba ser la causa principal de las desgracias de María Antonieta, y su corte sabía muy bien que la animadversión de la reina hacia su hermano había sido propiciada por mi sinceridad, al ponerla al tanto de las medidas dilaciones y el apenas oculto desinterés de Leopoldo por su suerte. Me consideraban en la corte de Viena un sujeto sospechoso y peligroso, y estaban en lo cierto. Al conocerse la noticia de su desaparición, muchos temieron que la situación de los monarcas franceses empeoraría, pero yo no compartía esa opinión. Algunos se sintieron tan aliviados como yo, y poco nos importaba si había muerto envenenado o por una súbita afección pulmonar. Cifraba alguna esperanza en el archiduque Francisco, un joven valeroso, de talante militar, que a menudo despotricaba contra las debilidades de carácter de su padre. Mi alegría por la muerte del emperador Leopoldo se trocó en consternación cuando conocí

tres semanas después el intento de asesinato del rey Gustavo. El capitán Anckarström le había descerrajado un pistoletazo a boca de jarro durante un baile de máscaras en la Ópera de Estocolmo. No fue una iniciativa aislada, y se temía un complot bien urdido. Una visionaria mujer de Estrasburgo apellidada Wagenfelt había predicho el magnicidio, y el conde Oxenstierna, enviado por entonces a Coblenza, y yo mismo hubimos de hacer una investigación sobre el terreno que no condujo a nada, pues la buena señora se negó a desvelar las fuentes de su inspiración. El único hecho cierto es que el absolutismo imprudente e irreflexivo de Gustavo lo había indisputado tanto con los partidarios de la Revolución como con la propia aristocracia. Un mes antes, la Dieta de Gêfle, destinada a reparar su grave situación financiera, había fracasado con estrépito, y yo me torturaba al sospechar que mi padre pudiese estar implicado en este proyectado magnicidio. Tuve arrestos, sin embargo, para recabar de Taube toda la verdad sobre la actitud del viejo feldmariscal, que despejó mis temores. Con el tiempo, la premura con que el nuevo regente iba a cerrar las pesquisas me hicieron concebir la sospecha de que tras el crimen asomaba la larga mano de los *illuminati*.

Gustavo sobrevivió una semana al disparo, y fue mejorando día a día, hasta que un súbito empeoramiento lo llevó a la tumba y elevó a su hermano Carlos, el duque de Sudermania, a una regencia que había de prolongarse durante la minoría de edad de Gustavo-Adolfo. Me inquietaba sobremanera la actitud que el príncipe Carlos, esposo de mi celosa vieja amante Hedwig-Elisabeth-Charlotte, iba a tener hacia Francia y, por añadidura, hacia mi misión en Bruselas. El Gobierno francés se apresuró a buscar una alianza, enviando a Estocolmo a Verninac de Saint-Maur. Advertí al regente de que era un simple emisario de la Propaganda y que no debía admitir sus credenciales. Aunque me aseguró que no lo reconocería, ya había autorizado las negociaciones secretas de Staël y Reuterholm. Temía, además, que el regente me ordenara regresar a Suecia, aliándose con el feldmariscal, quien insistía constantemente en el mismo deseo. No quería por nada del mundo retornar, y menos aún cuando conocí por Craufurd y Leonor, recién llegados a Bruselas, que la situación en París empeoraba por momentos. Los jacobinos se planteaban ya separar a los reyes, enclaustrar a la reina en un convento, suspender las funciones reales y designar a Condorcet como gobernador del delfín. María Antonieta no me enviaba mejores augurios. Manteníamos nuestra correspondencia con la ayuda de madame Toscani, gobernanta del Hôtel de Craufurd, de forma que la mansión de la Rue de Clichy se convirtió en una suerte de estafeta de correo. En aquella primavera, los perros de la guerra comenzaban a ladrar, y María Antonieta nos prevenía del ardor de los jacobinos y anunciaba que obligarían al rey a firmar una declaración de guerra a la casa de Austria bajo el pretexto de haber faltado a sus compromisos de alianza con Francia. No se atreverían a desafiar a Prusia. Cuando se me notificó la declaración de guerra hecha por Francia al rey de Hungría y Bohemia, vi en ella más bien una oportunidad, que confirmé cuando Prusia decidió entrar en el conflicto.

Los primeros reveses del ejército francés, desorganizado, indisciplinado y falto de municiones, hacían presagiar una rápida victoria. La Fayette trataba de negociar con Mercy-Argenteau un cese de las hostilidades, revelando su propia desconfianza en la fuerza militar de *l'armée*. Los rolandinos acusaban de las derrotas a las facciones contrarrevolucionarias y licenciaron a las tropas a sueldo del rey. Servan puso en pie una milicia de veinte mil hombres destinada a defender París, pero Luis se negó a refrendar este decreto y destituyó a varios de sus ministros en un acto final, aunque tardío, de rebeldía. Aconsejé a María Antonieta que permaneciera en París. Mal que bien, los arreglos diplomáticos se iban perfilando y los ejércitos aliados, junto con los emigrados, iban componiendo una estrategia militar que contaba con una

marcha forzada de las tropas del duque de Brunswick hacia París. Muchas veces hube de arrepentirme de mi imprudente opinión. No sospechaba que los acontecimientos se fueran a suceder de manera tan vertiginosa, ni mucho menos que la suerte de la campaña fuera a ser tan adversa. Mi experiencia militar debía haber bastado para aferrarme a un mayor escepticismo, que habría disipado de mi mente los espejismos a que me llevaba el deseo. La guerra no se somete a ley alguna, y no hay aritmética en su devenir. Jamás estratega alguno habría apostado una libra por la suerte del anárquico y mal equipado ejército francés. Quienes hacen de la guerra un saber sometido al rigor de la ciencia no computan en sus cálculos, empero, el peso del espíritu de los hombres, que suele desequilibrar la balanza. Cuentan a las tropas por unidades, sin reparar en que el arrojo, la determinación y la pasión de cada una de ellas no resultan mesurables. Y a menudo es el ánimo el que decide una contienda. Y así hubo de ser en esta guerra, en que minusvaloramos la fuerza de un enemigo enardecido por una bandera común que no representaba prosaicos intereses, sino una aspiración única, un valor compartido, una idea nueva a la que enajenaron sus espíritus, bien aleccionados por el poder hipnótico de sus líderes.

El desastre empezó justamente el aniversario de nuestra fuga abortada en Varennes. El 20 de junio se festejaba también el aniversario del juramento del Juego de Pelota. La muchedumbre, enardecida por los recuerdos de la fecha, enfurecida por el curso de la guerra, que atribuían a la traición, y malquista con el rey por su oposición a la propuesta de Servan, invadió el palacio de las Tuileries. Carniceros y cerveceros fueron los líderes de la revuelta, azuzados por los jacobinos. El *Cosmopolite* nos brindó un detallado relato de los terribles sucesos: la chusma penetró en el palacio en la noche, sin apenas oposición de la guardia, al grito de «¡Abajo el Señor Veto!». Arrasaron la puerta real. Las que protegían los accesos a los apartamentos reales fueron abatidas una tras otra y, antes de abandonar a la misma suerte a los guardias suizos que defendían la última, el rey se expuso a la plebe. Con su presencia de ánimo acalló sus gritos en un primer momento, pero los insultos y amenazas pronto sobrepusieron sus palabras. Madame Elisabeth y Luis XVI permanecieron tres horas enfrentados al escarnio, con la débil protección de un puñado de fieles granaderos. Les arrojaron gorros frigios y el rey trató de calmarlos tocándose con uno de ellos. La reina corrió al lado de su esposo a través de interminables pasillos, mientras mascullaba: «Van a asesinarme». El buen Blegny la detuvo, pero ella se empeñaba en reunirse con él: «Es conmigo con quien el pueblo está furioso y voy a ofrecerles a su víctima». Por fortuna Blegny no se lo permitió, pues para reencontrarse con el rey debía pasar entre la muchedumbre. La acompañó hasta la sala del consejo y consiguió apostar a unos doscientos granaderos en torno a la gran mesa, tras la que se parapetaron María Antonieta y el delfín. Mientras los facciosos la maldecían, toda la dignidad de María Antonieta les hizo frente, respondiéndoles con acento y majestad dignos de María Teresa, hasta hacer que las picas reculasen. Poco a poco el pueblo se fue atemperando y el alcalde Pétion consiguió disuadirlos tras felicitarlos por su brava conducta.

A partir de aquella noche, las cartas de María Antonieta eran llamadas desesperadas de socorro. Yo trataba de infundirle ánimos, reiterando la necesidad de que resistiese en París hasta que llegase Brunswick con sus tropas, justo después de lanzar un manifiesto que estábamos redactando bajo mi inspiración y que dejaría bien claro que todo el pueblo de París sería responsable de la integridad de las personas reales. No mentía. El manifiesto se hizo público el 25 de julio, mas produjo un efecto muy distinto al esperado. En lugar de invitar a la prudencia, desatamos la furia de los revolucionarios, alimentamos su fanatismo, escribimos la sentencia de muerte de los reyes. Cometí otro error llevado por mi mucho celo y mi poco tacto, y el

remordimiento me ha acompañado hasta hoy, en que albergo la esperanza de librarme de toda aflicción. En nuestra ingenuidad y en la confianza en una segura victoria, nos ocupábamos de diseñar un gobierno bajo la dirección de Breteuil, asignando ministerios y consejerías, y aún le pedía confirmación a María Antonieta, sugiriéndole que si las cosas empeoraban se ocultara en una cava del Louvre que creía incógnita. ¡Dios mío, qué insensato debió de parecerle todo a ELLA! Me escribía que no era momento para pensar en tales cosas, que si la ayuda no llegaba de forma inmediata su vida no valdría nada. Los granaderos eran puestos en fuga por los federados marseleses que hacían ya la guardia en los jardines de las Tuileries. Solo la guardia suiza separaba ya a los reyes del populacho encolerizado.

Una semana después de esta advertencia, en efecto, la chusma invadió el palacio, guiados por el propio duque de Orleans. La revuelta estaba anunciada y el marqués de Mandat había preparado de forma eficiente la defensa del palacio con los pocos guardias nacionales disponibles y, sobre todo, contando con la guardia suiza. Trescientos nobles acudieron valientemente a defender a los reyes, pero una vez más Luis XVI desoyó los consejos de sus fieles. Mandat fue llamado a parlamentar al ayuntamiento de París y el rey consintió en ello, pese a la oposición de la reina. El marqués afrontó su suerte con coraje: «No volveré, sire», fueron sus últimas palabras antes de salir de palacio, cumplir las órdenes del rey y encaminarse hacia su destino, que bien sabía acabaría con su cuerpo flotando en el Sena y su cabeza adornando una pica. María Antonieta animó al rey a arengar a las tropas, pero su revista fue un acto patético que puso de manifiesto su falta de ánimo y determinación. Tampoco logró la reina evitar que siguiera los funestos consejos de Roederer. La familia real huyó de las Tuileries para acogerse al abrigo de la Asamblea Nacional, mientras los bravos gentilhombres que habían ido a defenderlos y un millar de extranjeros suizos únicamente celosos de su honor de soldados eran masacrados por los rebeldes. Tres días después, cuando la ofensiva de Brunswick aún no se había iniciado, los reyes eran encarcelados en el Temple.

XIV

A principios de noviembre compartí una invitación a cenar en casa de Craufurd con Breteuil, Simolin y Mercy, entre otros. Craufurd me recibía de mala gana desde que mis amoríos con Leonor le fueran denunciados por alguno de los sirvientes, o tal vez por mademoiselle Franquemont, la propia hija de Leonor, cuyos celos eran bien evidentes. Leonor y yo tuvimos que jurar por lo humano y lo divino que se trataba de embustes, y Craufurd accedió a regañadientes a que cenara como de costumbre en su casa, abonando mi correspondiente cuota. Aquella noche, sin embargo, mi presencia respondía a una invitación formal. Todos compartíamos en aquel tiempo tribulaciones más hondas que los celos y tratábamos de aliviar nuestras tristezas. Las matanzas ignominiosas de más de mil nobles y realistas a principios de septiembre aún pesaban sobre nuestro ánimo. Habían sido inmolados en las propias prisiones, al tiempo que se estrenaba el artilugio importado gracias a monsieur Guillotin. Sufrí dolor y rabia indecibles por el martirio de madame de Lamballe, que en un principio había acompañado a la reina en su reclusión, para ser trasladada poco después a la prisión de La Forcé. Aquella mujer caritativa y de buen corazón jamás traicionó su fidelidad por María Antonieta, aun cuando no le faltaron motivos. Madame de Polignac la desplazó como favorita y ella no tuvo el más mínimo gesto de desaire. María Antonieta la llamó a su lado mucho después, arrepentida por su propia falta de consideración, y ella la sirvió con fervor. Cuando la estrella de la reina declinó, volvió a París, a pesar de estar ya a salvo en Inglaterra, desoyendo los ruegos de la propia María Antonieta para que no corriera semejante riesgo. Como recompensa a sus obras pías y a su lealtad fue torturada durante horas. Le arrancaron los pezones a mordiscos. La reanimaban de sus desmayos para que pudiera horrorizarse con su propio suplicio. Vejaron y despedazaron su cuerpo. Mojaron pan en su sangre y se lo comieron. La despellejaron. Maquillaron y peinaron su cabeza ensartada en una pica antes de llevarla al Temple para que María Antonieta pudiera verla... No lo hizo. Al oír fuera el griterío, preguntó a su carcelero qué ocurría. «Es la cabeza de madame de Lamballe, que han querido venir a mostraros», le dijo. La reina perdió el sentido y tal fue la única vez en su vida en que Madame Royale la viera desfallecer.

Más si cabe nos apesadumbraban los reveses sufridos en la guerra. La imprevista victoria francesa de Valmy, acontecida a finales de septiembre, había arrojado a Brunswick más allá de las fronteras francesas, y eso dio ánimos suficientes para que la nueva Convención Nacional, liderada ahora por Robespierre, Marat y Danton y sustentada en los *sans-culotte*, aboliese la monarquía y proclamase la república. Los ejércitos franceses no solo habían recuperado Niza y Verdún; se habían apoderado de Worms y de Maguncia, entrando en Frankfurt-am-Main. El ejército prusiano también se retiraba. Tales fatalidades cruzaban nuestras conversaciones oscureciendo la velada. La noche era hermosa y contrastaba con nuestra taciturnidad. El viento del sur caldeaba el aire, y Leonor propuso un pequeño paseo por los bosques que rodean Bruselas. Aceptamos su propuesta con entusiasmo, confiando en que una caminata entre las largas avenidas de La Cambre nos aliviara. La paz del bosque en penumbra, mientras

caminábamos oyendo crujir las hojas bajo nuestros pies y el ulular aislado de un autillo, hacía difícil concebir en qué medida el ser humano es capaz de violentar tan hermoso equilibrio con vilezas impensables en cualquier otra especie. Nuestro ensueño no duró mucho. Una tenue luz se dibujó hacia el lado de Mons, acompañada tras unos segundos del lejano bramar de un cañonazo, al que siguieron otros, ininterrumpidamente, hasta bien entrada la noche.

Al regresar a casa de Craufurd, nos encontramos con que la archiduquesa María Cristina había hecho llamar a Mercy, quien partió de inmediato. Se rumoreaba que los franceses acababan de ser derrotados. Mercy volvió no mucho después, y calmó nuestra ansiedad. Se trataba de simples escaramuzas entre las avanzadillas. Nos fuimos a dormir, pues, con cierta tranquilidad. Muy temprano, sin embargo, Breteuil me despertó para darme la terrible noticia: los austriacos, que se batían en retirada, habían sufrido una completa derrota en Jemmapes, cerca de Mons, a manos del hábil general Dumouriez. Las aguerridas tropas austriacas no fueron enemigas bajo la ineptitud de su comandante en jefe, el duque Alberto de Saxe-Teschen, marido de la archiduquesa. El pánico se apoderó de Bruselas. Las gentes corrían por las calles como si los franceses estuvieran a sus puertas. Los emigrados se atropellaban y huían en desbandada, sabiendo que Metternich, la archiduquesa y el propio duque se habían apresurado a partir de incógnito hacia Roermond. Contagiados por el éxodo colectivo, Craufurd, Leonor y yo hicimos embalar nuestras pertenencias y decidimos seguir el mismo camino, pero Mercy nos convenció de que Roermond, ya de por sí un lugar feo y malsano, se convertiría en un infierno, y de que era mejor que lo acompañásemos hacia Düsseldorf. Dos días después partimos junto a Simolin. Yo llevaba conmigo mis documentos, y la cartera que María Antonieta me había confiado en mi visita clandestina a París y que contenía su correspondencia con los constitucionalistas. Mis amigos me instaron a quemarla, pero me negué a hacerlo.

La ruta era una inmensa fila de refugiados errantes: emigrados a pie, damas cargando penosamente con sus propios equipajes, niños aferrados con desesperación a alguna carreta atestada. Todo tipo de carruajes, diligencias, *fiacres* y hasta carros de heno servían como medio de transporte. Descansamos un poco en los alrededores de Lovaina y finalmente nos detuvimos en Tongeren, donde dormimos sobre la paja *à la belle étoile*. Proseguimos viaje hasta Maastricht. Diez mil refugiados atestaban la ciudad. No fue sencillo conseguir alojamiento, pero pudimos recomponernos unos días, mientras nos reuníamos con Hesse, Breteuil, Brionne, Rohan y otros ilustres camaradas, antes de partir para Aquisgrán. Cuando llegamos, sus puertas estaban cerradas y el ejército francés se aproximaba. La Marck, que se había unido a nosotros, estaba dispuesto a salvar el pellejo y partir esa misma tarde. Simolin y yo no íbamos a correr mejor suerte a manos de los franceses, pero no queríamos abandonar a las damas. Finalmente se resolvió que nosotros partiéramos de inmediato, y Craufurd lo haría al día siguiente por la ruta de Colonia. De madrugada llegamos a Königsdorff. La noche era oscura y gélida y la nieve cubría la tierra. Descansamos unas horas en una tabernucha sin llegar a acostarnos, y por la mañana desafiamos al viento y a la lluvia para recorrer un cuarto de legua en busca de un convento benedictino, donde esperábamos encontrar alojamiento para las señoras. Las monjas habían abandonado aterradas el lugar, salvo una, la marquesa de Coppens, quien nos brindó su hospitalidad. Simolin prosiguió viaje hacia Colonia y nosotros reservamos el refectorio para las damas, que por fin llegaron al día siguiente. Durmieron allí, y los hombres, en los coches. A media mañana reemprendimos nuestra marcha hacia Colonia. Durante nuestra huida fuimos recibiendo algunas noticias de lo que ocurría en París, que en todo caso eran parciales y confusas. Al parecer, la Convención se disponía a juzgar al rey, ahora ciudadano Luis Capeto.

Los *montagnards* estaban empeñados en condenarlo a muerte, mientras los rolandinos se conformaban con su deposición y hasta se decía que Danton se inclinaba por la gracia. Confiábamos en que los primeros no se saldrían con la suya, mas entonces fue hallada la caja fuerte del rey, que albergaba intacta toda la correspondencia de la corte con Mirabeau, Dumouriez, La Fayette, Talleyrand, los emigrados... La Fayette ya había optado por dejarse atrapar por los austriacos antes que exponerse a asomar su cabeza a través de la «ventana nacional». En una infecta prisión acaso tuvo noticia de cómo los restos de Mirabeau, el primer inquilino del Panteón, fueron exhumados y arrojados a los perros.

Llegamos por fin a Düsseldorf el 18 de diciembre y pude seguir a través de los diarios las comparecencias del rey ante el tribunal de la Convención. Se destacaba su solvencia ante los interrogatorios y la elocuencia de su defensor, el conde de Sèze. Pero no podía engañarme sobre la suerte del monarca. Fueron pasando los días hasta que los peores augurios se confirmaron. El rey había sido condenado y el aplazamiento de la sentencia no fue considerado. Su propio primo, a quien conocí como el duque de Orleans, y ya se hacía llamar Philippe Égalité, votó por la muerte. ¡El gran hideputa! Su pérfida ambición lo perdería. No podía imaginar que su cabeza sería cercenada por la misma cuchilla antes de que acabara el año... En la mañana del 21 de enero de 1793 salió el rey hacia su cadalso levantado sobre la plaza que ahora se denominaba «de la Revolución» y que un día llevó el nombre de su abuelo. Cuando el arzobispo de Tours nos comunicó la noticia, venía acompañada de un rumor que extendía su suerte a toda la familia real. Leonor lloraba y yo hubiera deseado estar a solas con ella para compartir su llanto. No tuve esa oportunidad. Debí tragarme mis lágrimas durante unas horas angustiosas que compartimos con nuestro grupo de allegados. Yo había vivido por María Antonieta. No había podido dejar de amarla un solo instante. Todo lo habría sacrificado por ELLA. Por ELLA habría dado mil vidas y lamentaba no haber podido morir a su lado en lugar de arrastrar mi triste vida de lamentos eternos que no acabarían sino conmigo, pues jamás su adorada imagen podría borrarse de mi memoria. Renegaba por haber abandonado una vez los riscos y abetos de mi tierra. Tal vez me habría privado de muchas satisfacciones, pero las había pagado bien caras.

Cuando finalmente tuvimos la certidumbre de que el resto de la familia real había sobrevivido, la vida volvió a mí, aunque el alivio fue pasajero. Enseguida nuestra pequeña sociedad se sentó para dilucidar la mejor manera de poder asistir a la reina y a su familia, pues a nadie se ocultaba que, muerto el rey, solo era cuestión de tiempo que lo siguieran en el suplicio. Mi propio suplicio, por añadidura, se acentuaba y el mundo seguía desmoronándose en mi derredor, como si la ira divina se hubiese propuesto asestarme un golpe fatal por todos mis pecados. Una carta me anunciaba la muerte por consunción de mi hermana mayor, Hedda, y el delicado estado de salud de mi padre. Yo estaba por lo demás arruinado, pero no podía volver a Estocolmo mientras la reina estuviera prisionera en el Temple, ni alejarme de la frontera aceptando el puesto que me ofrecía el regente de Suecia para incorporarme como ministro en Londres. Mi misión no acabaría mientras la reina de Francia tuviera aliento. Contemplamos entonces cualquier acción viable, por desesperada que fuera. Descartamos toda intercesión del emperador de Austria y la tentación de considerar a María Antonieta regente de Francia. Ambas ideas eran disparatadas, y el mero hecho de haberlas conjugado acredita nuestra obcecación. Más fina era la propuesta de procurar que Inglaterra se aproximara con sobornos y promesas a los secuaces del duque de Orleans, especialmente a Dumouriez, Santerre y Laclos. Talleyrand podría ser el corrupto eslabón intermedio.

La derrota de Dumouriez en Neerwinden abrió inopinadamente una nueva vía de solución. Dumouriez estaba en la cuerda floja, y puso a los pies de su vencedor, el príncipe de Coburgo, a los cuatro representantes de la Convención comisionados para su detención, y al propio ministro de la guerra Beurnonville, que venía a suplantarle. Dumouriez propuso un pacto: marcharían juntos sobre París con la idea de disolver la Asamblea, restablecer la Constitución de 1791 y restaurar la monarquía en la persona de Luis XVII, bajo la regencia de su madre. Coburgo estaba por la labor y yo temía mucho que Mercy interviniera para boicotear el acuerdo. A la corte de Viena no le interesaba una monarquía fuerte en Francia, y aún cifraba sus ansias de expansión en el escenario de una Francia revolucionaria aislada. Escribí a María Antonieta para que se mantuviera en guardia frente a los consejos que pudieran llegarle de Mercy y de los duques emigrados, poco interesados en la salvación de Luis XVII y ansiosos por ocupar la regencia y el trono. Apenas había terminado de redactar la nota, monseñor d'Agoult me hizo saber que el proyecto de Dumouriez hacía aguas. Su ejército se negaba a marchar contra la Convención y Dumouriez se había pasado al bando austriaco. Poco después, las órdenes terminantes de Viena que anulaban la declaración de Coburgo llegaron a sus manos. Yo me desesperaba a cada minuto. Tan pronto veía la luz y me imaginaba intercambiando confidencias con María Antonieta, ella como regente de Francia y yo como embajador de Suecia, como al cabo de un segundo presentía un trágico desenlace y veía la guillotina brillar sobre las cabezas reales. Me aferré a la esperanza de que el ejército francés, batido, desorganizado y desprovisto de su mejor general, pusiera a la Convención en peligro de muerte. Su osadía estaba doblegada ahora por el temor, y plantearon un armisticio que debía preservar por el momento la vida de la reina y de sus hijos. Me entrevisté con el propio Dumouriez en Aquisgrán y él me confirmó que los aliados habían recibido la propuesta de intercambiar a la familia real por los miembros de la Convención arrestados y por el general Beurnonville. Metternich me aseguró que él mismo había trasladado el ofrecimiento a la corte de Viena.

El repliegue de las tropas francesas nos permitió regresar a Bruselas. Craufurd, como agente británico, hubo de salir en misión oficial hacia La Haya, lo que me brindó algunas noches de intimidad con Leonor. El optimismo por la suerte de la reina nos devolvió cierta alegría, y decidimos aprovechar la oportunidad. Nos sentíamos por fin aliviados, y con el ánimo rejuvenecido nos entregamos a cálidas noches de amor, abandonados a nuestro propio placer. Por desgracia, Craufurd regresó de improviso, y se enfureció al saber que había ocupado sus habitaciones, lo que me obligó a mudarme con premura al Hôtel Bellevue, hasta que partió nuevamente para Inglaterra. Entre tanto, el tiempo pasaba, y el armisticio no llegaba. Al emperador y a sus secuaces poco les importaba la vida de la hija de María Teresa ni la de sus nietos. Un ardite les daba el respeto a la dignidad de las monarquías y en nada apreciaban los principios sagrados sobre los que se asentaba su propio poder. Únicamente los movía el ansia de aumentar su predominio, de llenar sus arcas, de satisfacer viles ambiciones. Con tal gesto acreditaban la justicia con que se avecinaba el fin de su mundo, y a punto estaban de sentir en sus carnes las consecuencias, pues Europa iba a ser arrasada por el aborto de sus manejos y todos habrían de humillarse ante las botas de un advenedizo, auto-proclamado emperador de Francia. Si en algo me pesa dejar la vida es por privarme del regocijo de ver nacer del vientre de la hija del emperador Francisco al vástago del verdadero heredero de la dinastía, del conquistador del mundo, del oficial corso hijo de la puta revolucionaria que aniquila Europa y todos los designios de sus estúpidos monarcas, esos mismos que tuvieron la oportunidad de reponer la dignidad de Francia y al mismo tiempo salvar la honra de sus princesas. Pero las prostituyeron a la primera

ocasión, igual que habían vendido la vida de la familia real. ¡Lástima morir sin ver el desenlace de sus fétidas vidas, y Dios quiera que paguen por su vileza con sus propias coronas! Olvidaron a la familia real cegados por la ambición de la conquista. Mientras las provincias de Francia se rebelaban, sus ejércitos conquistaban Condé, Maguncia, Tolón, Valenciennes, donde tanto tiempo pasé al mando de mi regimiento. Cuando supe de su rendición tras cuarenta y dos días de bombardeos no dudé en ponerme en camino. Desde Bruselas tomé la ruta de Condé junto a mi fiel Reuterswärd. En Raismes asistí a la velada ofrecida por el barón de Barbenstein, y pude departir durante la cena con Mercy. Me animaba la idea de que pronto los aliados pudieran tomar París y liberar por fin a María Antonieta. Mi afán por acercarme a ELLA me hizo llegar a Valenciennes con tiempo de ver la rendición y la salida de la guarnición francesa. Recorrí la ciudad de un cabo a otro, y mi corazón se encogió. Toda ella era una ruina: la puerta de Mons, la plaza Verde, la mansión de Esterhazy, la iglesia de San Nicolás, la Rue Cardon... eran un único montón de escombros. Ni un solo vidrio amparaba una ventana. Murallas, jardines y cementerios rebosaban de víctimas de los enfrentamientos. En una calle del barrio de Saint-Géry, entre las ruinas, el cadáver de una mujer aniquilada por la metralla se aferraba al de un niño que no había corrido mejor suerte. El polvo cubría sus rostros desfigurados, y no pude evitar recordar a María Antonieta y al delfín. Debían ambos de tener sus mismas edades... De aquella desolación solo la ciudadela se había salvado. La suerte de Valenciennes me llenaba de horror. Detestaba la crueldad de los aliados, odiaba a los vencidos, y no tenía ya crédito para confiar en ideales sublimes. Todo se reducía a la pretensión intolerable de desmembrar Francia, de humillarla y doblegarla para satisfacer su sed de venganza y de poder. Valenciennes era la imagen de sus deseos, y no quise contemplarla por más tiempo. Regresé, pues, a Bruselas, y me refugié una vez más en los brazos de Leonor.

Una semana después se confirmaba el rumor de que el delfín Luis XVII había sido separado de su madre. María Antonieta esperaba a que diera comienzo su proceso en una inmundicia celda de la Conciergerie, con el único consuelo de mi perrito *Odín*. Poco antes de su traslado, tuvo la precaución de confiarle al fiel Jarjays unos últimos mensajes dirigidos a mí, que consiguió lacrar con cera fundida con la que impregnó su anillo, la única joya que conservaba en prisión y con la que yo la había obsequiado muchos años antes. Remedaba las armas de mi familia, con la divisa «*Tutto a te mi guida*». Llevaría esa enseña hasta el cadalso. Antes de dejar el Temple le confió a Jarjays sus cartas con esta advertencia: «Haced el favor de entregarlas a la persona que ya sabéis, que vino a visitarme el último invierno desde Bruselas, y decidle que la divisa jamás fue tan cierta como hoy». Todo la guiaba a mí en los últimos momentos de su desventura. Ya no era la reina de Francia. Era Josefina, mi amante, enfrentada a la hora de la verdad, haciendo cuenta de su propia vida, reparando con melancolía en que el único camino verdadero la conducía a mis brazos, a su Rignon, a quien no pudo desposar por ser la reina de Francia, con quien no hubo de gozar de las mieles de la madurez por ser reina de Francia, pues por ser reina de Francia había de morir con el desconsuelo de ignorar cuál sería la suerte de sus propios hijos, abandonada de todos, lejos de mí, sin mi consuelo, ¡oh, Dios!, sin una palabra mía que la reconfortara en mi devoción. Todo la guiaba hacia mí, como rezaba la divisa, y yo no pude hacerle saber que ELLA era todo para mí.

XV

Mercy no aceptó la propuesta que le ofrecimos La Marck y yo mismo sobre una incursión hasta París con un cuerpo de caballería. Se negó en redondo, pero aceptó la posibilidad de negociar el rescate de la familia real. El banquero Deribes fue el hombre elegido para una misión que debía ocultar a sus instigadores y en la que tendría que enmascararse en el interés de un puñado de especuladores atentos a los asuntos políticos de Europa. Mientras el estúpido mercader se contentaba con enviar a Danton una misiva indescifrable, Mercy se fue al campo a gozar de su amante, una mediocre cantante de ópera. Así, ante la indiferencia de todos, se iban agotando las últimas horas preciosas de la vida de María Antonieta. Corría el rumor de que los jacobinos se proponían entregarla al populacho. Mi aflicción ya no encontraba consuelo. Por doquiera busqué ayuda para propiciar un intento desesperado de salvarla, pero no hallé a un solo amigo. Únicamente Taube y Leonor me brindaban algún consuelo y fingían vanas esperanzas para aplacar mi tristeza. También Breteuil hizo todo lo que le cupo, y obtuvo el mismo eco que yo. ¡Pocos amigos le quedaban a la pobre reina entre tantos aduladores y cortesanos que se arremolinaron en torno a ella en los años dorados del Trianon...! Recibí por entonces un ejemplar del libro que Germaine Staël había publicado bajo el título *Réflexions sur le procès de la reine*, acompañado de una nota que decía: «A pesar de tu injusticia para conmigo, de tu deseo premeditado de procurar mi desgracia, no puedo evitar enviarte un testimonio de los sentimientos que ni yo ni los míos dejamos nunca de albergar por aquella a quien hoy persiguen. Las terribles desventuras que sufres y que comparto en el fondo de mi corazón me han hecho olvidar fácilmente las penas que me has procurado». Yo no estaba dispuesto a olvidar tan fríamente y le contesté con altivez, manifestándole que, habiendo cumplido los deberes que se me imponían por mi apego y mi reconocimiento, tenía la conciencia tranquila, y tal no debía ser el caso de todo el mundo. ¡No, yo no olvidaba ni perdonaba! Germaine tuvo su parte de responsabilidad en lo ocurrido y alimentó a la bestia. En su contra juegan su propia inteligencia y un espíritu cultivado, que acrecientan su culpa en mayor medida que la ignorancia de tantos otros.

Otro viejo reencuentro me iba a producir idéntica inquina. A principios de octubre, los austriacos capturaron a Drouet cerca de Maubeuge y lo trasladaron a Bruselas. Quise conocer en prisión al comisario de la Convención que había propiciado con su celo la detención de Luis XVI en Varennes. Era un hombre bien parecido, un poco más joven que yo, pero sin educación. Se expresaba con elocuencia, mas yo no veía en él más que al monstruo que había llevado la desgracia a los reyes y que había ocasionado una guerra sangrienta. El esfuerzo que me supuso contener mi ira, ante la presencia de Metternich y otros gentilhombres, me puso enfermo y me dejó indispuesto para el resto de la jornada. Se negó con arrojo a desvelar cualquier punto débil en Maubeuge y aseguró que si los aliados tenían éxito y acababan marchando sobre París podían tener por seguro que no hallarían viva a la reina. Aun con todo, no daba garantía alguna sobre su supervivencia. Por el contrario, estimaba que sus hijos estaban a salvo. Nos persuadió igualmente de que no debíamos confiar en la posibilidad de intercambiarlo por la familia real. La

Convención no lo había contemplado antes, ni estaba dispuesta a hacerlo ahora. Cuando se le interrogó por las razones que le habían llevado a votar por la muerte del rey, su respuesta fue sin duda original: «Era tan necesaria como la de Jesucristo. No olviden que fue el propio rey quien pidió a los ejércitos aliados que invadieran la Champagne». No se arrepentía de nada de lo que había hecho y tuvo coraje al confesar que lo volvería a hacer, punto por punto. Su determinación serena me convenció de que la pérdida de la reina era inevitable. Aquellos hombres se sentían predestinados y su propia convicción les proporcionaba un halo de santidad. Habían alienado su cuerpo y su espíritu a una idea, y semejante entrega les confería un carisma contra el que poco podían sobornos y amenazas. Nosotros jugábamos considerando su condición tan vil como la nuestra, en la falsa creencia de que su ambición era terrenal, de que su compromiso tenía precio. Ni las posesiones, ni el poder, ni las riquezas, ni su propia vida estaban dispuestos a aceptar. Nada los desviaría de su camino, y en él se cruzaba María Antonieta. Solo un milagro podría salvarla, pero Dios no estaba por la labor. Ignoro cuáles serían sus preocupaciones, y si acaso lo percibí bajo la cúpula de San Pedro no había sentido su presencia en los últimos años. Recorrí medio mundo y fui testigo de miserias y catástrofes inimaginables. Me codeé con reyes y señores, arzobispos, santos y demonios. Sufrí a la chusma más vil, odié y amé a más hombres y mujeres de lo que habría sido menester. Al cabo no hallé en la humanidad imagen ni semejanza que se me antojara digna de un dios, ni desde luego sospeché su mano benefactora en nada de ello. Y ahora que mi único horizonte es dejar esta vida y ninguno de mis miembros me obedece, desnudo mi cuerpo por la chusma y desnuda mi alma por la certeza del fin, aún conservo razón suficiente para desentrañar toda mi vida y confirmarme en su ausencia. Si pudiera elegir, preferiría no verlo. No veo por qué habría de interesarme un dios que goza con el mal, o con nuestra propia ignorancia. No quiero otra vida celestial al lado de una María Antonieta mártir y pura. Mi único cielo se perdió ya, y no tuve más anhelo que vivir una vida a su lado, en esta ribera del Aqueronte, si es que sigo en ella. Quise envejecer cerca de ELLA, admirando el firmamento durante los atardeceres en los bosques de Versalles y de Saint-Cloud, y ver crecer a nuestro hijo; amarla tiernamente una vez más en la *méridienne* mientras la chimenea hacía relucir su piel desnuda. Y morir cuando fuera nuestra hora, sin privilegios ni lamentos, para descansar eternamente. Eso me habría bastado, en lugar de una vida desperdiciada en la angustia y luego en el infausto recuerdo. No quiero cuentas con Dios, y este martirio final confío en que sea obra del diablo, y a él agradezco que haya puesto fin a mis días con tanto dolor que casi me ha hecho olvidar los pesares habidos. Dios no me asistió entonces y espero que no lo haga ahora, pues en su presencia no estoy seguro de poder reprimir la cólera que me invadió al entrevistarme con Drouet y escuchar sus oscuros designios.

Tras el interrogatorio de Drouet, Metternich me confirmó que el acusador público reclamaba las evidencias necesarias para condenar a María Antonieta y que el proceso debía iniciarse. Fui a casa de Craufurd para intercambiar ideas y hallar consuelo. Me alivió saber que había salido y así pude desahogarme con Leonor dando rienda suelta a mis obsesiones. Yo paseaba inquieto de un lado a otro del salón, mientras ella fingía escucharme sentada en un sillón. Notaba, empero, que en contra de su costumbre me respondía distraída. Parecía triste y atingida. Interrumpí mi monólogo y me arrodillé a su lado, tomándole las manos. «¿Qué te ocurre?», le pregunté con dulzura. «Axel, no soporto más esta situación... No puedo por más tiempo continuar esta vida con el corazón y el cuerpo dividido entre dos hombres.» Me figuré que iba a abandonarme y entonces no tuve dudas de que ya nada me quedaría en el mundo que mereciera en verdad la

pena. «He fingido y he mentido sin cesar —prosiguió—, pero mi paciencia se ha acabado. Ya no lo soporto más. Debes escoger...» Yo no sabía qué decir. «Estoy dispuesta a desposarme contigo, pero debes contar con que no te seguiré a Suecia. Su clima me mataría. Te conozco muy bien, y sé que eres hábil en diferir las decisiones complicadas, pero debes tomar partido, y no dejaré a Quentin hasta que te hayas decidido. Con todo, debes saber que no puedo aguantar esta situación por más tiempo, y deberás tomar esa decisión, querido mío.»

De vuelta a casa comprendí de qué forma mi obsesión por salvar a María Antonieta había ofuscado mi mente y reparé en los enormes sacrificios que había exigido de Leonor tan injustamente. Hacía tiempo que ella había dejado de ser para mí un entretenimiento galante. La necesitaba a mi lado, pero me debatía al mismo tiempo en mi lealtad a María Antonieta, a mi propia familia, a mi país. Si María Antonieta viviese, dudaba de que fuera capaz de mantenerme fiel a mi esposa y, por disipada que hubiera sido mi vida, yo confiaba en hacer honor a la palabra de matrimonio. Si ella moría, yo iba a necesitar a Leonor con desesperación, pero al tiempo habría de renunciar a regresar a mi patria olvidada, a privarme definitivamente de la presencia de Sofía, de mi familia. Creí volverme loco. Me devanaba los sesos entre mi angustia por María Antonieta y el temor a perder la compañía de Leonor. No tenía valor, empero, para desposarme. Imaginaba que la noticia llegaba a María Antonieta en su infecta celda, mientras se jugaba la vida y la de sus hijos ante un abyecto tribunal. Recreaba su rostro grave recibiendo la noticia de mi alegre desposorio, mientras ella luchaba por mantener la dignidad y la vida. Se sentiría abandonada, traicionada por su único y último amigo. ¡No, no! No estaba dispuesto a ser precisamente yo quien le diera el golpe de gracia. Me mantendría fiel a ella mientras hubiera esperanza. Si Leonor me abandonaba, mi sufrimiento sería indecible, pero en nada comparable a su suerte. Mi honor, mi dignidad..., mi verdadero amor me lo impedía, me ataba las manos.

A finales de octubre se extendió el rumor de que la reina había sido condenada y que habían aplazado su ejecución. La verdad era bien distinta. Mientras yo me debatía entre mi fidelidad a María Antonieta y mis deseos de permanecer junto a Leonor, el alma de la reina nos había abandonado. Fue muerta el 16 de octubre. Cuando la noticia se confirmó, perdí el dominio de mí mismo. Vagué por las calles sin destino, sin saber adónde dirigirme. La fiebre me consumía. Busqué a Breteuil, pero no estaba en su casa. Necesitaba compartir mi desesperación con algún amigo. Tampoco Leonor se hallaba en la mansión de Craufurd; visitaba a la duquesa de Fitz-James. Allí me dirigí a duras penas, y ambas me recibieron deshechas en lágrimas. Lloramos abrazados durante horas y apenas podíamos consolarnos de una pena tan desgarradora. Pasamos aquella velada evocando los dorados momentos de nuestra juventud. La condesa me recordó aquel día en que me despedía de María Antonieta para partir hacia América y ella no podía ocultar sus lágrimas. Estaba emocionada y algo irritada conmigo, y palabra por palabra recordamos su frase inoportuna cuando yo abandonaba el salón y ella me recriminaba que abandonara mi conquista. Me confesó que había admirado mi repuesta sagaz y prudente, y ambos sonreímos...

Se durmieron en los divanes mientras yo seguía pensando en ELLA. Al alba salí a cabalgar. Quería estar solo. Me desolaba no haber podido compartir sus últimas horas. ¿Por qué hubo de morir sin haber podido recibir una última mirada de un amigo, el consuelo de un apretón de manos, una caricia? ¿Habría muerto dudando de mi devoción, creyendo que la había abandonado? No había respuestas, y mi mente estaba tan vacía como mi espíritu. Mi vida no tenía rumbo ni sentido. Ahora que tanto necesitaba el consuelo de Leonor, la recordaba dormida

sobre el diván y casi sentí repugnancia. Jamás podría ocupar en mi corazón el lugar de María Antonieta. Nunca podría apreciar en ella, por más admirable que fuera, la ternura, la dulzura, la gracia incomparable de María Antonieta. Todo había acabado. Yo no era nada... ELLA estaba muerta. ¡Muerta! ¡Muerta! ¡Dios mío: muerta! ¡Monstruos infernales! ¡Venganza! ¡Venganza! La venganza podía ser un buen motivo para seguir viviendo. Cabía unirse a cualquier ejército que se enfrentase a la Convención, enrolarse como soldado raso, dejarse morir matando a los asesinos de María Antonieta.

No sé por qué me viene a la mente en este instante en que revivo el momento más cruel de mi existencia aquel otro en que introduje en una carta dirigida a Sofía un mechón de rubios cabellos de María Antonieta. Acaso los genios dichosos que invocaba Goethe reclaman con justicia que equipare el otro gran amor que profesé a mi hermana Sofía... Estas gentes me ven moribundo y desvalido, pero intuyen que no solo nos separa la condición y la riqueza, sino un abismo de ternuras y sentimientos que la gracia me otorgó y que ellos solo son capaces de sospechar en mí para odiarme. Porque alguien que haya recibido la ternura y el amor de que fui objeto por parte de Sofía y de María Antonieta jamás perderá su condición humana hasta odiar de este modo salvaje, ensañándose inútilmente en otro ser humano al que han reducido a un simple despojo, a polvo, sí, pero polvo enamorado, como dijo algún poeta. Por más que sus uñas roñosas arañen mi rostro mientras arrancan mis cabellos como un trofeo, cual si de salvajes de piel roja se trataran, ignoran en su tremenda simpleza la propia causa de su odio. Sus oídos han sido seducidos por cantos de sirena de filósofos tan ignorantes como ellos mismos, que únicamente en su imaginación han sabido generar fábulas absurdas de una sociedad idílica, ni siquiera pensable en la isla Utopía. Se confiesan anglófilos muchos de ellos, sin saber de Inglaterra más que lo que han leído en otros libros. Pero yo sí conozco aquel reino y sus miserias: barriadas infectas de populacho hacinado bajo el yugo opresivo de una nobleza avariciosa. Creen en El Dorado de los derechos que defendimos en América, sin saber que los próceres de aquellas rimbombantes cartas y constituciones explotan en sus plantaciones a miles de esclavos mientras rezan al vil metal, que es su único dios. Pero más infinita es la ignorancia del vulgo cuando cree que la nobleza es cuestión solo de honores, de privilegios y de rentas. Y confían ingenuamente en que podrán acabar con ella con solo separar las cabezas de sus troncos... ¿Acaso podrán sus manos acariciar con fervor los cabellos del ser amado, reverenciar la majestad y la dignidad de una reina de Francia que no tuvo par? ¿Pueden sus oídos responder al deleite de las notas divinas de Grétry? ¿O alegrarse sus ojos ante la delicadeza de un Rafael? Sus mentes no pueden apreciar la belleza de la incógnita ni asombrarse ante la simplicidad con que Fermat nos desafía en una hipótesis insoluble. No pueden amar, ni ser amados, porque la miseria los embrutece, y su única legitimidad es el hambre. Pero en su miseria no ambicionan la nobleza. No hurtan los libros de tantos palacios asaltados, sino que los queman. No se admiran ante los lienzos que penden de sus salones, mas los desgarran. Derriban imágenes sagradas y las ultrajan y profanan sacrílegamente, pero obedecen como becerros al primer santón que les ofrece el dogma más indigno. Es dable que mi pecado merezca la muerte, pero no fue otro que ser noble en un mundo mísero y deleznable. Alimentamos a la bestia que ahora nos consume, pero con nuestra expiación no la privamos de su condición. Muchos hombres y mujeres diferenciados de aquellos tiempos se sirvieron de la bestia para satisfacer sus propios intereses, rencillas y ambiciones. A la larga no todos pudieron escapar de las fauces del propio monstruo que habían creado y cayeron en las

mismas redes que atraparon a los reyes de Francia antes de ser arrojados descuartizados a una fosa infecta, cubiertos sus cuerpos de cal viva. No declino ninguna de mis responsabilidades. Como todos hube de contribuir a la creación de la bestia, pero me negué a alimentarla y luché hasta mi último aliento para salvar de sus fauces a una reina inocente y digna, a la que amé como ELLA me amó.

Mi ánimo no se atemperó en los días sucesivos, en que fuimos conociendo los detalles de su digno papel ante aquel pérfido tribunal y la humillación con que fue conducida al cadalso. No podía pensar en otra cosa y solo me alimentaban la rabia y las ansias de venganza. Odiaba a Francia y a todos los franceses, pueblo vano, pretencioso y despreciable, merecedor de la esclavitud. No solo mi ánimo enfurecido se había transmutado. La muerte de María Antonieta había de cambiar mi vida por completo. Dejé de ser un personaje público y la suerte de la reina me relegó al extrañamiento por parte de la buena sociedad. No me importaba. Solo necesitaba avivar mi nueva religión, urdir mis planes de venganza y erigir un altar a la memoria de María Antonieta. Concentré mis energías en la febril persecución de cualquier objeto que me recordase a ELLA, que me permitiera revivir tantos momentos de felicidad: retratos, camafeos, relojes, joyas, cualquier insignificante baratija... Todo lo que la concernía se convertía para mí en una reliquia. Di a Daubrus, un hábil contrabandista belga, carta blanca para adquirir cualquier documento u objeto que guardase alguna relación con ELLA. Hice reparar por un experto suizo el reloj de oro que me había regalado con el grabado de las iniciales «A» y «F» entrelazadas, e indagué desesperadamente para hacerme con su gemelo, que sabía también averiado. Todo me llevaba a ELLA. El *Edipo*, de Sacchini, o *La Villanilla Rapita*, de Bianchi, se convertían en una tortura al recordar haberlas oído por primera vez en Versalles, en su compañía. No soportaba oír la música de mi idolatrado Grétry, que tantas veces gocé junto a ELLA. Íntimos recuerdos de nuestra convivencia me asaltaban en todo momento. Tan pronto soñaba que retozábamos despreocupados en un catre de una cabaña del *hameau* como me deslumbraba la imagen de las ascuas de la chimenea de la *méridienne* reflejando la blancura indefinible de su cuerpo desnudo. Oía su risa franca, notaba el tacto de su mano en mi antebrazo mientras paseábamos por los jardines de Saint-Cloud. Escuchaba sus réplicas ocurrentes y me negaba a dar crédito a que el brillo expresivo de sus ojos se hubiera apagado, a que aquella luz no fuera eterna. El dolor insoportable de su ausencia me hacía desvariar y no hallaba camino alguno para retornar de mi delirio.

Un día recibí del buen Jarjayes, a través de Bury, las cartas selladas con el anillo de los Fersen que le había regalado y su mensaje sobre la certeza en sus días finales de que todo la llevaba a mí. Me laceraba acariciar el sello y evocar sus dedos blancos entrelazados con los míos, pero sentía un goce indescriptible al leer el mensaje y oír de nuevo su voz dulce en mis oídos, tan viva como entonces, y tan cierta, pues todo a ELLA me llevaba. Su falta me hizo comprender, al fin, cuánto la había amado. Me atormentaba el remordimiento de no haber podido hacer más por mejorar su suerte. Me apesadumbraba haberme dejado llevar por mi hedonismo y me arrepentía de las horas que le había robado para gozar de mis amantes, de tantas noches holgando con Leonor mientras ella estaba sola y abandonada. Mis dudas se esfumaron con su muerte. No podría desposar a Leonor. La imagen de María Antonieta, idealizada por mi devoción, se superponía a la de Leonor, y no era ya capaz de extasiarme con su belleza marchita ni de

enternecerme por su buen corazón. Únicamente se me evidenciaban sus defectos, sus malos modos, su irritante manera de atosigarme con sus atenciones. Seguí encadenado a ella por la rutina y la estupefacción mientras tomaba conciencia de la vacuidad de mi existencia.

Nada me ataba ya a Bruselas, pero no hallaba lugar donde refugiarme. El regente había destinado a Egenström como embajador en Londres y yo había caído en desgracia. El caso Piranèse había desvelado el complot aristócrata contra el duque encabezado por Armfelt y su amante, Madeleine de Rudenschöld, y que involucraba a buena parte de los favoritos de Gustavo III. Mi desdeñada amante, la condesa de Sudermania, imploraba al regente los suplicios más crueles para Madeleine, cuya única culpa fue un amor apasionado por Armfelt, de una especie muy semejante al que la misma Hedwig-Elisabeth-Charlotte había sentido por mí. La pobre Madeleine se libró milagrosamente de la muerte, y fue recluida a perpetuidad después de haber sido puesta en la picota. Armfelt tuvo más suerte, y fue condenado en rebeldía mientras hallaba refugio en Rusia. El regente no olvidaba mis ofensas, de forma que mis cartas a Armfelt, en las que criticaba la tibia política del Gobierno sueco y, sobre todo, el vil tratado de alianza concluido por Stäel en mayo, e insinuaba las veleidades jacobinas del duque, sirvieron para hacerme sospechoso, y el regente no tuvo reparos en hacer saber su indignación a Sofía. A pesar de sus celos, de seguro la duquesa aplacó su ímpetu y ello me libró de males mayores, pero mi regreso a Suecia no era deseado. Por lo demás, estaba arruinado. Tenía en mis manos el reconocimiento por María Antonieta de los préstamos por un millón y medio de libras que sus amigos habíamos desembolsado, y me constaba que ahora estaban en manos de Mercy, al igual que sus diamantes. El viejo zorro de la diplomacia se las apañó para remitirme a la archiduquesa o al propio emperador para resolver mi solicitud, al tiempo que el pobre Breteuil o madame de Korff apenas tenían donde caerse muertos. La repentina muerte del embajador semanas más tarde no habría de pesarme tanto como cabía esperar de los innumerables momentos de angustia compartidos. La archiduquesa me mostró cierta simpatía, pero ni Francisco II ni ninguno de sus ministros quisieron recibirme. Mi estrella se había extinguido con ELLA y todo a ELLA me llevaba. Apenas lograban reparar mi estado las noticias que llegaban de Francia, anunciando la catástrofe de los brissotinos y rolandinos. Uno a uno, todos ellos, el duque de Orleans, Bailly, Barnave, Hébert, Danton, Desmoulins... fueron presentando sus testas a la cuchilla infernal. En semejante estado de ánimo recibí una noticia que aliviaría mi penuria económica a un precio que desgarraba mi alma: el feldmariscal de Suecia, mi padre, había muerto. En sus últimos años había insistido en vano tratando de convencerme para que regresara a mi país. También a él le falté. Entregado a la confortable compañía de Leonor, no supe ser fiel ni útil a mi verdadero amor ni capaz de cumplir mis deberes como hijo.

Para bien o para mal, no tuve mucho tiempo para consumirme en la duda acerca de lo que debía hacer. Los ejércitos franceses volvían a ocupar Bélgica comandados por Jourdan, el gran vencedor en Fleurus junto a Bernadotte. Una vez más emprendimos el camino hacia el sol naciente, consiguiendo a marchas forzadas atravesar el Rin y refugiarnos en Bonn. Nos instalamos como bien pudimos y después de cenar fui a pasear por sus calles. Era una noche oscura, bastante agradable, apenas iniciada la primavera. Crucé el puente sobre el Rin y me detuve en su justo medio. Las aguas del deshielo habían aumentado el nivel de su caudal de manera notable, y un agua turbia arrastraba sedimentos y barro con violencia. Me bastaba un leve gesto para superar el muro y dejarme caer a la corriente. Unos minutos después todo mi sufrimiento habría terminado y doquiera que ella estuviese podría acompañarla o, cuando menos,

compartir su destino. La idea se me antojaba dulce y sentí un estremecimiento de placer al darle forma en mi mente. Apoyé mi mano en el murete, apenas un pretil, y de un salto me erguí sobre él en difícil equilibrio. No había nadie alrededor. La noche era negra, sin luna, extrañamente cálida, y el rumor de las aguas batiendo los pilones y atravesando los ojos del puente me infundía valor y determinación. Solo un paso me separaba de olvidar mi desdicha. Acariciaba en mi mano el anillo que María Antonieta me había enviado, como tratando de hallar así el calor de su tacto. Rememoré entonces el instante en que Bury me había entregado el mensaje que la reina había confiado a Jarjays. En un soplo divino, mi mente se iluminó con el relato del mayor acerca del último intento de Jarjays para salvar a la reina. Era imposible que los cuatro pudieran huir del Temple, mas era factible que lo hiciera la más vulnerable: María Antonieta. Jarjays había confesado a Bury que ELLA se había negado tajantemente a abandonar a sus hijos en circunstancia alguna. Y entonces, para mi desgracia, recordé el juramento que me había arrancado al poco de su forzado traslado a las Tuileries, mientras jugábamos al billar y sobre los jardines cuajaba la nieve. Fue por nuestro amor, por mi honor y por mi vida, por lo que le juré que llegado el caso sería fiel al delfín si ELLA faltaba. No importaba si Luis XVII era mi hijo; él lo ignoraba y acaso yo prefería que lo ignorara siempre. No me debía a él. Bastaba, empero, que fuera su hijo. Le había jurado por mi vida guardarle la misma fidelidad que a ELLA y, faltándome, pronto había olvidado mi juramento. Di un paso atrás y bajé de mi atalaya. Entre las brumas de una noche oscura como el Infierno, miré al cielo impenetrable, y en él solo titilaba una estrella.

XVI

No podía demorar por más tiempo mi regreso a Estocolmo, donde debía ocuparme de la herencia de mi padre y de los intereses de mi familia. Había llegado la hora de separarse de Leonor. Hacía tres años que no me había alejado de ella y formaba parte de mi vida, quisiera o no. Si no hubiese conocido a María Antonieta no habría hallado jamás una mujer mejor que Leonor para compartir toda mi vida, y de seguro me habría brindado las mayores de las dichas. Debí abandonarla en el momento más difícil para ella, cuando su belleza declinaba y podía ser orillada por Craufurd y por todos. Su propia hija la despreciaba. Ella contaba con su linaje por parte de padre, pero la pobre Leonor, sola, volvería a ser una vieja bailarina sin recursos. Le entregué mis servicios de plata y la vajilla que había comprado al obispo de Pamiers y reconocí ante notario una deuda en su favor de cuatrocientas mil libras a un seis por ciento de renta vitalicia, para lo que hube de hipotecar mis bienes. Nos despedimos con la sencillez con que nos conocimos, con el mismo desinterés con el que nos amamos, con idéntica discreción con que tantas veces habíamos llorado en silencio. Y partí hacia Lübeck, pensando que no volvería a verla.

El 16 de octubre de 1794 hice la travesía del Báltico envuelto en mis oscuros recuerdos. A punto estuvo el esquife de zozobrar, y a fe que no lo habría lamentado. Hacía seis años que no pisaba el suelo de mi patria. Tenía cuarenta años y mi rostro reflejaba los surcos profundos que las pasiones y los sufrimientos habían dejado en mi espíritu. Las gentes me miraban con curiosidad y mis viejos amigos me abrazaban efusivos. Si me asomaba a mi palco en la Ópera, todas las miradas se volvían hacia mí. Reanudé mis obligaciones sociales sin entusiasmo, incomodado al principio por las atenciones que en todas partes se me brindaban. La duquesa de Sudermania se dejaba entonces seducir por mi hermano Fabián, pero todo el mundo pudo apreciar cómo lo relegaba a un segundo plano y recuperaba con un fervor redoblado la pasión que de tan joven sintió por mí, animada por el aura mítica que todos creían verme. ¡Si hubieran sabido qué tristezas y debilidades tan humanas me aquejaban! ¡Si hubieran visto llorar a su héroe romántico en largas noches de insomnio, mientras hacía rodar el anillo entre mis dedos y contaba las horas sobre el reloj de bolsillo que un artesano suizo había sabido reparar con precisión! Fingía sentirme halagado por las atenciones de la duquesa, y acaso ello me complacía, pues el regente se percataba a todas luces de su devoción y la bilis le apergaminaba el rostro y lo teñía de un tono aceitunado. Sabía que sus esbirros me espiaban y no me ocultaba a sus ojos. Gustaba de desafiar a aquel iluminado bastardo. Tampoco ahorraba disgustos a Hedwig-Elisabeth-Charlotte ni disimulaba mis constantes amoríos y devaneos con las damas de la corte. Amé a algunas de ellas, las poseí con desgana en ocasiones, y en otras por el simple deseo de procurarme un placer efímero. También volví a ver a mi ferviente madame Saint-Priest. Había sufrido un aborto y le rendí visita. Me entretuve conversando con el conde, rememorando los días de nuestra estancia en Saint-Cloud. Asistí también a varios bailes y me placía enfundarme mis nuevos uniformes de guardia de corps. Embelesaba con mi apostura ya madura a muchas damas que me requerían un cortejo que yo despreciaba, y aumentaba con mi desdén su capricho y su admiración. Parecía

querer vengarme de todos ellos con mi actitud displicente y orgullosa. Me servía de mi leyenda amorosa, que excitaba en las damas el deseo de sentirse idolatradas, como María Antonieta, por un amante caballeresco de carne y hueso. Mi cuantiosa herencia y mi posición privilegiada me convertían por ende en el partido más deseado por las madres nobles y menos nobles de toda Suecia. No me dolía desencantarlas. La mayoría de sus hijas no me parecían ni siquiera deseables y me bastaba para mantener la fría distancia con evocar la belleza salvaje de Leonor o la sublime perfección de Emily Cowper. La insistencia de aquellas damas y las atenciones de sus madres conseguían apartar de mí cualquier remota idea de contraer un matrimonio de pura conveniencia, dado que no contaba en modo alguno con que pudiera ser por amor. Basta perder a la persona amada para persuadirse de que nunca habrá otra digna de ella, de que ninguna amante tendrá oportunidad de sobrepasar un amor inconmensurable. A menudo alguna mujer, como María Cristina en Godesberg, dibujaba un gesto o una sonrisa que me traían el recuerdo de María Antonieta, y entonces me dejaba seducir. Me estremecía cada vez que miraba a mi tía, la condesa de La Gardie, cuyo parecido con María Antonieta era extraordinario. Todo a ELLA me guiaba, como predijo el sello del anillo.

Recibí entonces una carta de madame de Korff que no quise abrir. Me avergonzaba no haber podido ayudarla, ni a ella ni a madame Stegleman, su madre, que se habían arruinado por María Antonieta y ahora vivían casi en la indigencia. Mis intentos por recuperar sus empréstitos habían resultado baldíos. Tres días después por fin tuve arrestos y la leí; me relataban su huida hacia Bremen, tratando de escapar de sus acreedores; se quejaban de no poder percibir los intereses de las cantidades entregadas a los reyes y me aseguraban que solo contaban con fondos para vivir dos meses. No podía soñar que su carta me iba a alegrar tanto, pese a la menesterosa situación que describían y de la que fui responsable en buena parte. Únicamente presté atención a la nota que acompañaban y que María Antonieta me había escrito con nerviosos caracteres poco antes de partir hacia el cadalso. «Adiós, mi corazón os pertenece por completo», eran sus palabras, escritas negro sobre blanco, poco antes de abandonar este mundo. Ahora tenía la certeza de que ella nunca se creyó abandonada por mí. Podía aliviar mi pena infinita en la convicción de que me amaba por encima de todo, declarándolo ante la muerte, ante los hombres, ante Dios todopoderoso: «*Adieu, mon coeur est tout à vous*». ¡Oh, Dios mío, qué tiempo tan hermoso y brillante, tan luminoso! ¿Cómo iba a poder reconfortarme al verme privado de aquellos años maravillosos en la pequeña y miserable Estocolmo? Acaso en los tiempos caballerosos de Gustavo III habría podido encontrar algún consuelo, recordando los años dorados de Versalles, pero no en esta corte que defenestraba a Saint-Priest y apartaba cualquier obstáculo para aliarse con la Convención. ¿Cómo podía convivir con este regente miserable y su secuaz Reuterholm, que enviaban de nuevo a Staël como embajador de Suecia y reconocían a la República francesa? Los *illuminati* de Avignon habían ganado para la causa a Reuterholm, y sus amistades con varios miembros sobresalientes de la Asamblea Nacional eran bien conocidas. De las veleidades filomasónicas del regente yo había sido testigo cuando me inició en Brunswick. Y estaba convencido de que el becerro de Staël también había sido convertido por la gran iluminada de su esposa... Verme obligado a asistir a la presentación en la corte del nuevo embajador de Francia fue la gota que colmó el vaso de mi rabia.

En verdad me repugnaba la vida cortesana y no soportaba la presencia del regente. Barruntaba hacía tiempo su implicación en la muerte del rey Gustavo y su mera presencia me enfermaba. Por añadidura, no había en la corte sueca signo alguno de refinamiento. Todo era

soez y vulgar. A pesar de sus riquezas, los nobles vestían mal, estaban gruesos e iban sucios. Se desayunaban con fruición, devorando ostras, caviar, tortillas, costillas y litros de té. Comían y dormían todo el día y su cuerpo descuidado los hacía enfermizos, siempre víctimas de la *influenza*. La mezquindad reinaba por doquier y ningún espíritu se inquietaba por los grandes desafíos a que se enfrentaban Europa y el mundo. Mantener una conversación profunda resultaba imposible. Las tribulaciones de mis compatriotas se limitaban a decidir en qué club tomarían su taza de té o a adivinar si madame Cardell sería por fin presentada en la corte, y en tal caso en qué compañía. La contemplación del palacio de Haga, la gran obra de Gustavo inspirada en el Trianon, era un pequeño consuelo para mi vista, lo único elevado que quedaba en Suecia, como testimonio incólume de tiempos pretéritos que no habrían de volver. A veces deseé haber nacido inglés, pues Inglaterra era el único país en que uno podía vivir libre. Nadie se ocupaba de lo que hacía su vecino y no existía propiamente una corte o una sociedad. Como había nacido sueco, mi único refugio fue dedicarme a mis tierras, particularmente en mi hermosa posesión de Steninge. Vigilaba los cultivos de la granja, paseaba en calesa con mi madre recorriendo el bucólico camino que separa la iglesia del pueblo, me alegraba que las fresas comenzaran a brotar y me contrariaba que no lo hicieran los guisantes. Así distraía la ausencia de María Antonieta y evitaba el disgusto de la vida cortesana. Pero la paz no era un don que estuviera a mi alcance. Sin tiempo para haber urdido acción alguna, supe a principios de junio de la muerte del desdichado Luis XVII en el Temple. Él era el único interés, el último hilo que me ataba a Francia. No me consoló que Madame Royale fuera intercambiada por los rehenes de la Convención, incluido el odioso Drouet, y conducida a Viena. No confiaba en que fuera a sobrevivir mucho tiempo y, en todo caso, no me unía a ella un vínculo especial, como el que me ligaba a Luis Carlos. Había prometido a la reina velar por él y la providencia no quiso brindarme la menor oportunidad. Además, tal vez fuera mi única descendencia y en mi conciencia pesaba también el remordimiento de un padre que ni pudo ni supo serlo. Por descontado no di crédito a la fingida autopsia que publicó el panfleto revolucionario que era *Le Moniteur*, que atribuyó su muerte a tubérculos escrofulosos. Él no estaba hecho de la misma frágil pasta que sus hermanos. Siempre había sido un muchacho robusto y sano, que más parecía nacido de un leñador. Y, como yo suponía, los rumores fundados de envenenamiento no tardaron en aparecer en París.

Durante aquellos meses en Suecia la existencia de Luis Carlos me había dado un motivo de supervivencia. No conté con la perfidia infinita de mis enemigos. Su muerte me sumió en un estado penoso de postración y rabia. También en aquel tiempo Sofía acababa de quedarse viuda. Enterramos al señor Piper con absoluta indiferencia. Su tránsito no fue una mala noticia para Sofía ni para todos los que la amábamos. Al contrario, me alegré de que así pudiera convivir maritalmente con mi entrañable Taube, el auténtico amor de su vida. Ambos estaban preocupados por mi estado, y me obligaron a acompañarlos a tomar las aguas en Medevi, a orillas del Vättern. Agradecí su gesto, pues no podía soñar una mejor compañía para alejarme de Estocolmo y hallar cierta paz interior. En Medevi me levantaba de buena mañana al tañido de una campana y tomaba aguas ferruginosas antes de desayunarnos. Cabalgábamos luego o paseábamos por las riberas del lago hasta el almuerzo. Jugábamos después a las cartas, volvíamos a pasear y cenábamos temprano, antes que la campanada de las nueve nos condenara al sueño. Semejante existencia lánguida y ordenada devolvió el vigor a mi cuerpo y cierta serenidad a mi espíritu. Contribuía a ello el placer que me procuraba la ternura con que Sofía y

Taube se comportaban. Envidiaba hasta cierto punto aquella felicidad ya despreocupada que jamás hube yo de conocer, ensombrecido siempre por un tercero inevitable, ya fuera Luis XVI o el propio Craufurd.

Con todo, Medevi era el paraíso merecido de Sofía y de Taube, pero no el mío. Aquellos parajes encantadores no me llevaban a ELLA, y decidí aproximarme a Viena, con el propósito de visitar a Madame Royale. Partí a finales de año hacia Fránc-fort, para reencontrarme nuevamente con Craufurd y Leonor. Parecía que el destino nos condenaba a los tres a reunirnos eternamente en un mismo escenario. Leonor se las arregló para deshacerse unos días de Craufurd y verme a solas, ayudada por el viejo Simolin. El *fatum* parecía conducirme de forma irremisible a su lecho y volvimos a enlazar nuestros cuerpos afirmando una dependencia enfermiza y fatídica. Utilicé entonces el alias de monsieur Von Ljung, y cuando acabamos de hacer el amor con el arrebató que acostumbrábamos me deshice de la camisa de Craufurd que ella me había prestado, alquilé una habitación en el Hôtel de L'Empereur y recuperé mi verdadera identidad. Al día siguiente, Craufurd regresó, nos encontramos casualmente en la calle y me invitó a cenar con cordialidad. Los prusianos seguían combatiendo a pesar de sus constantes derrotas y en Fráncfort sonaba la artillería y podían seguirse las escaramuzas desde el campanario de Santa Catalina. Entre cañonazos, óperas, bailes y cenas, Leonor y yo reanudamos nuestros encuentros íntimos como guiados por un instinto insalvable. Craufurd se percataba y se enfurecía, pero el escenario de nuestra propia guerra era ya más caótico. Quentin estaba liado con la hija de Leonor, madame de Franquemont, que a su vez entregaba sus encantos a cualquiera que se pusiese a tiro, y en particular a los sobrinos de Craufurd, uno de los cuales se entretenía a su vez con Leonor. No tardé en percatarme de ello, pues el *petit* Bethman se tomaba confianzas inequívocas en público. Tuvimos, claro está, una escena, y la bajeza de todo aquel enredo no hacía más que incrementar mi frustración.

Comenzaba a pesarme mi existencia en Fráncfort y deseaba ver a la pequeña María Teresa para tratar de recibir la parte de su herencia que correspondía a las señoras de Korff y Stegleman, pero sobre todo confiaba en que gestión tan legítima me devolviera con su presencia a los dorados tiempos. Tenía curiosidad por ver su rostro y descubrir en él algo de María Antonieta que hubiera perdurado. Me inquietaba la demora constante de su definitivo traslado a Viena y temía que el nuevo gobierno, el Directorio, diera marcha atrás en su decisión. No me tranquilizaba en modo alguno la excusa de su extrema debilidad para arrostrar el viaje, por hallarse enferma y con las extremidades inflamadas. Por ello sentí gran alegría cuando a mitad de enero del nuevo año las gacetas anunciaban ya su presencia en el palacio imperial de Viena. Y allí me dirigí sin perder un instante.

Mi primera visita en Viena la rendí a la condesa de Brionne. Veintidós años atrás la había visitado con Creutz y ambos asistimos a su *toilette*. Conservaba casi intactos su encanto y su belleza, y pude reconocer la afabilidad y el fino sentido del humor que me había cautivado cuando apenas era un muchacho. En ella podía reconocerse la verdadera nobleza, que no se inmuta ante los cambios que impone la fortuna. Perdida su prosperidad con el exilio, sus virtudes se mostraban aún más acentuadas y maduras, y su presencia de ánimo no dejaba adivinar las cicatrices de tantos reveses. Tuve también el placer de reencontrarme con el duque de Guiche, y precisamente junto a él me presenté en la antecámara del palacio imperial para esperar el regreso de misa de madame. Cuando apareció guiada por madame de Dombasle me congratuló su transformación, pues la recordaba como una niña enclenque y delicada, y se me antojaba ahora

grande y fuerte. Sus rasgos recordaban al rey y a madame Elisabeth, quien también perdió su chal y su cabeza más o menos cuando yo dudaba en arrojarme a las aguas del Rin desde un puente de Bonn. Sus maneras, empero, habían heredado la finura y la gracia de su madre, y mientras la admiraba las lágrimas asomaron a mis ojos. Mis rodillas apenas me obedecían cuando bajé las escaleras tras aquel encuentro, esperando ansioso a que llegara el siguiente. María Teresa recibía en sociedad el domingo. Al igual que su madre, gustaba de buscar entre la muchedumbre a gentes conocidas, y en cuanto me vio se acercó a saludarme y me dijo en un tono encantador: «Estoy realmente feliz de veros a salvo...». Encandilaba a todo el mundo, como su madre, y eclipsaba a toda su familia. Todos la adoraban, y yo no hacía más que reprimir la emoción y las lágrimas.

Recuperé el aplomo con la buena dosis de irritación que me proporcionó mi entrevista con el emperador, que con la lección bien aprendida desatendió todas mis peticiones con la excusa innoble de que los capitales en discusión pertenecían a Madame Royale, y solo ella podría disponer de ellos llegada su mayoría de edad. Aquella era la recompensa de los reyes y de los emperadores a los súbditos que empeñaban en su defensa la vida y la hacienda. Tenían bien merecido que la mayoría los sirviera únicamente por interés. Demasiado tarde apreciaba la sabiduría de los consejos del viejo feldmariscal, ahora que no podía agradecerseles: «He vivido bastante entre príncipes, menos por gusto que por las necesidades del servicio —me decía—. Aprendí que son más imperfectos que el resto de los hombres. Se creen sin necesidad de contenerse y por ello siguen todas sus malas inclinaciones. Los he conocido amables y hábiles, pero jamás he visto a ninguno a quien pudiera decirse la verdad... Creen que se les debe todo y que ellos no deben nada a nadie». Por fortuna, mis veladas en el palacio de los Esterhazy atemperaban mi irritación. El maestro Haydn, antiguo *kappelmeister* del viejo y llorado Nicolás I, era entonces un compositor célebre, aunque seguía sentándose a la mesa de los criados. De apariencia insignificante, enjuto y tímido, no podía decirse que fuera un violinista más que mediocre. Pero cuando la orquesta de cámara interpretó uno de sus últimos cuartetos de cuerda, su música me transportó, y aun con los tímpanos reventados y las orejas cercenadas resuena hoy en mis oídos aquel andante desgarrado que tan bien acompañaba a mi estado de ánimo. Me consolaba asimismo en algunos devaneos con la embajadora de Rusia, que adoraba escribirme arrebatadas cartas de amor y pasearme en trineo a toda velocidad, y con las artes amatorias de la condesa de Schpecht, cuya maestría me hizo rememorar mis clases de esgrima en Turín.

Pude ver a Madame Royale una vez más. Nos dio audiencia a Guiche y a mí, junto a una docena de gentilhombres. Departió con todos y cada uno con gracia y afabilidad. Estaba claro, empero, que había órdenes estrictas de no recibarnos en privado, y cuando nos despedimos supe que su gracia estudiada escondía una tristeza infinita. Sus ojos me lo declararon. Pasé cinco meses en Viena tratando infructuosamente de obtener una audiencia privada. No lo conseguí. Desencantado, regresé a Fráncfort en junio, y Craufurd y Leonor me invitaron a acompañarlos a Wilhelmsbad para pasar la estación estival. Yo no quería regresar a Estocolmo y no tenía mucho dónde elegir, así que acepté la propuesta de mis compañeros de destino.

Leonor me apremiaba para que tomara una decisión. La compañía de Craufurd comenzaba a exasperarla, tal vez consciente de los enredos con su propia hija. Me faltaba el coraje necesario para tomar partido. En cierto modo anhelaba contar con su presencia cotidiana sin tener que someterme a la esclavitud de la clandestinidad de nuestras relaciones. Ella era la única mujer con quien podría vegetar el resto de mi vida sin necesidad de ocultar mis amarguras. Compartíamos idéntica nostalgia y una común devoción a la memoria de María Antonieta. Habíamos padecido

juntos y yo podía contar de antemano con su comprensión. No tendría que dar mil explicaciones para que ella comprendiera mi melancolía, pues la misma pasión nos había unido en un pasado tormentoso. La raíz de mi dolor no le era extraña y por lo demás sus atenciones siempre eran un bálsamo que mi espíritu torturado agradecía. Con todo, algo en mi fuero interno me inhabilitaba para dar el paso necesario y definitivo. Columbraba que la sombra de María Antonieta apagaría la luz de nuestra vida y acabaría por abrir un abismo entre nuestros corazones. Se puede luchar y vencer a una rival de carne y hueso, mas no es dable borrar los recuerdos imperecederos; a la postre Leonor tendría que reclamar su derecho a recibir como esposa mi principal atención. Siempre confían las mujeres en que sus habilidades se aliarán con el tiempo para hacernos olvidar. Creen que nuestra volubilidad galante y nuestra debilidad por obtener sus dones pueden hacernos cambiar predilecciones más o menos efímeras y olvidar a otras amantes menos dispuestas u oportunas. Ignoran cuánto se equivocan y de qué forma un hombre puede entregar su cuerpo a la pasión más desmedida sin restar un ápice a la entrega que hicieron de su corazón a otra mujer. Ellas necesitan la proximidad y la presencia, deben palpar la herida con sus dedos e introducirlos en las llagas, necesitan tocar para creer y ver para amar. No sospechan que un hombre puede entregar mil veces su cuerpo y una sola su corazón. Nuestro espíritu es menos permeable que el suyo a los azares del viento y se empecina tozudamente hasta la muerte en una única devoción. Yo amaba a María Antonieta y poco importaba que María Antonieta no existiera. Leonor confiaba en que me aferraría a lo evidente, pero sus elucubraciones no eran acertadas. Jamás podría amarla como ella deseaba. Nuestra unión podría haber sido conveniente y agradable, pero a mis ojos tal expectativa no era más que una consolación capaz de aliviar mis días, no muy distinta a la paz que me proporcionaba observar la germinación de las simientes en mis posesiones rústicas. Reservaba el amor eterno para el recuerdo de María Antonieta y estaba seguro de la frustración de Leonor cuando llegase a reparar en que no había vacilación posible en mi espíritu. Mi postración absoluta cuando se cumplieron tres años desde la muerte de María Antonieta me afirmaba en ello. Todos los años, dos fechas del calendario me produjeron hasta hoy una perenne desazón, que venía precedida de días y semanas de angustia, indisposición y un malestar cercano al delirio. Una era el 20 de junio, en que evocaba nuestra huida frustrada y el asalto a las Tuileries. La otra, el 16 de octubre, en que su alma me abandonó para siempre dejando entre mis manos su corazón entero. Definitivamente, no había esperanza alguna de desposar a Leonor.

XVII

Gustavo IV Adolfo había alcanzado la mayoría de edad y ocupó el trono. Era un joven digno y circunspecto, y yo confiaba en su discreción y deseaba que pudiera devolver a Suecia el esplendor vivido, pese a todas sus excentricidades, durante el reinado de su presunto padre: era el único de todo el reino que ignoraba que era bastardo. Había comenzado su reinado con un éxito que fue esquivo a su predecesor y distaba mucho del alcance del soberano más poderoso: acabar, literalmente, con Catalina la Grande. Unas semanas antes de su coronación, estaba previsto que firmara el contrato matrimonial con una sobrina de la zarina, la princesa de Mecklemburgo, por la que nuestro príncipe se sentía sinceramente atraído. En San Petersburgo la familia imperial rusa al completo esperaba en un salón de palacio la comparecencia de Gustavo-Adolfo, pero un detalle arruinó la ceremonia. La princesa era ortodoxa y nuestro rey protestante, y no hubo argumento capaz de vencer la obstinada negativa de Gustavo-Adolfo. La emperatriz sufrió tal ataque de cólera que se desvaneció, y murió dos meses más tarde. Por supuesto los francófilos aprovecharon la circunstancia para sembrar toda la cizaña que pudieron, mas yo sabía bien que el rey no simpatizaba con la Revolución y mis esperanzas no se vieron truncadas, pues nada más esgrimir su cetro Reuterholm cayó en desgracia y el rey renovó los más importantes cargos del reino. Su primer año de reinado habría de suponer una dura prueba, pues el destino de la patria estaba en juego tras la paz alcanzada entre Austria y Francia. Bonaparte había batido a los austriacos en todos los frentes de Italia y, tras la paz de Campoformio y el golpe de Fructidor, Barras no era más que su testaferro. La apertura del segundo congreso de Rastatt anunciaba un nuevo orden europeo y Suecia pretendía garantizar las conquistas conseguidas en el Tratado de Westfalia tras la Guerra de los Treinta Años. Gustavo IV Adolfo me llamó para representar los intereses de Suecia en esta crucial cita.

El 15 de noviembre de 1797 llegué a Rastatt y me alojé en el suntuoso hotel propiedad de la cuñada de Metternich. Apenas me había acomodado cuando fui víctima de una despiadada campaña de descrédito. Se me acusaba de haber abandonado el Ejército francés durante la Revolución y de haber conspirado para la huida de los reyes, de ser un emigrado y, sobre todo, amante de María Antonieta. Con semejantes credenciales debí arrostrar mi entrevista con Bonaparte prevista para el día 28 a las nueve de la noche. El pequeño caporal ya había acreditado su genio militar, y su desmesurada virtud en el campo de la estrategia sin duda hubo de abolir cualquier otra. Además de una estampa lamentable —pues era pequeño, feo, enclenque y vulgar—, su educación y su carácter resultaban impropios de un diplomático y menos aún de un gobernante. Su tono era brusco, estaba desprovisto de todo tacto y no lograba ocultar su impaciencia, mientras nerviosamente iba de un lado a otro. El peripatético señor de Francia me mareó durante media hora mientras recorría la sala con las manos a la espalda, dando grandes zancadas, solo en apariencia, pues su escasa envergadura le impedía llegar a los extremos con diligencia. Pontificaba acerca de cuánto había cambiado la situación de Europa desde 1648: «Suecia ejercía entonces —me decía— una gran influencia sobre Alemania; era la cabeza del

mundo protestante. Brillaba aún con esplendor bajo la obra del gran Gustavo. Rusia aún no era un gran estado europeo y Prusia sencillamente no existía. Estas dos grandes potencias han conseguido hoy eclipsar a Suecia, que ha quedado relegada al rango de potencia de tercer orden». No contradije su análisis. Apenas me limité a invocar que el derecho era una razón que sobrepujaba a la fuerza, pero me interrumpió secamente y con proverbial descortesía: «Señor, la República francesa jamás reconocerá a un embajador de Suecia en el Congreso; en modo alguno admitiría a un legado cuyo nombre quizás esté inscrito en la lista de emigrados». No hubo más que tratar. Al día siguiente, el margrave de Baden se entrevistó con Bonaparte y el general le reiteró su negativa a reconocer mi legación, pero añadió un motivo adicional: me había acostado con la reina. Edelsheim tuvo una réplica inteligente: «Creía que todo lo que concernía a la vieja historia estaba olvidado». Bonaparte se mantuvo impasible ante la *boutade* y mi misión quedó frustrada. Las gacetas de media Europa se hicieron eco de nuestra entrevista, desvirtuando por supuesto el contenido de nuestra conversación. Mis relaciones con María Antonieta parecían el *leitmotiv* de nuestro desencuentro, pero lo cierto es que el general no lo mencionó, por más que estuviera en su retorcida mente.

Para compensarme por mi desagradable fracaso, Gustavo IV me encomendó una misión a todas luces menos relevante, aunque sin duda más agradable. Debía negociar el contrato matrimonial del rey con la princesa Federica, cuarta hija del margrave de Baden. Partí para Karlsruhe el 29 de marzo de 1798 sin figurarme que habría de permanecer en aquella tediosa ciudad casi un año. La madre de la princesa era una buena mujer que pronto me hizo su confidente. No tardamos en concluir el contrato matrimonial y celebrar los esponsales, y la nueva reina de Suecia viajó a Estocolmo para entregarse a Gustavo IV. Las costumbres liberales de nuestra corte asustaron a la ingenua Federica, amoldada al rigor y a la circunspección de la sociedad de Baden. Sofía y Fabián pronto hicieron intimidad con ella, pero a menudo escribía a la margrevina confesándole sus cuitas. Ella acudía presta a solicitar mi ayuda. Hube de mediar para resolver las deudas contraídas por la reina con un joyero de Maguncia, pero otros asuntos se me antojaron más graves. Sabíamos que el matrimonio no se había consumado y la bisoñez de Gustavo era manifiesta. Nadie le había explicado la mecánica del coito ni el proceder más oportuno para dar gusto a la reina. Sus primeras aproximaciones fueron un fracaso, y yo temía que se reprodujera el escándalo habido al confirmarse las inclinaciones nefandas de su predecesor. Según las confidencias que la hija hacía a su madre, Gustavo rozaba el ridículo. Preparaba el ayuntamiento leyendo a su esposa el primer capítulo del Libro de Ester con la esperanza de que la inspiración divina le mostrara cómo satisfacer a su Asuero, y a renglón seguido se abalanzaba sobre ella como si de un potro se tratara, con tal rudeza que ella huía despavorida buscando refugio entre sus damas. Con semejantes indicaciones bíblicas es de suponer que no mejoraron sensiblemente sus proyectos de cópula. Al fin Federica halló la llave mágica para ser desflorada. Tras cada fallido intento, el torpe Gustavo le preguntaba si, por azar, no tendría ella alguna revelación de cómo proceder, hasta que ella vio la luz y afirmó haber oído de su madre un sencillo consejo: separar las piernas. Y la luz se hizo, pues hasta aquel instante lo habían intentado con las piernas bien prietas. Sobre decir que tras el sabio consejo las cosas fueron mucho mejor, y durante semanas ambos jóvenes se encerraron en sus aposentos, ignorando a ministros y diplomáticos y burlándose de los éxitos de los jacobinos en Rastatt. Su historia acredita que no siempre lo que mal empieza acaba mal, pues a pesar de inicios tan penosos ambos se amaron tiernamente y se mostraron igual devoción en la adversidad.

Los manejos con la vieja margrevina para poner en buen rumbo el matrimonio real me

aburrían en extremo. Apenas me entretenía con las novelescas conspiraciones antijacobinas de Saint-Gény, a quien había dado asilo en mi residencia, y de su amigo, no menos pintoresco, el general Danican, empeñado en que nuestra presunta secta lo destinase a Berlín con la encomienda de desenmascarar a los jacobinos infiltrados en el ejército y en la administración de Prusia. Financié sus panfletos incendiarios contra el Directorio, y amistades tan peligrosas acabaron poniendo en tela de juicio mi prestigio, al resultar sospechosos de haber participado en el asesinato de los representantes franceses en Rastatt. Precisamente para librarme del presidio de Karlsruhe, a menudo viajaba a Rastatt y seguía con interés el desarrollo del congreso, no sin exasperación, pues la incompetencia de muchos delegados, singularmente de Cobenzl, era inaudita. El propio lenguaje que se iba imponiendo revelaba la habilidad de Francia, pues ya no era cuestión de soberanos, sino de naciones, y por descontado ganaba la orilla izquierda del Rin y conseguía la secularización de las tierras eclesiásticas. Pero las pequeñas repúblicas que caían en sus manos muy pronto sufrían el peso de su opresión, y la rebelión ya había apuntado en Thun y en Basilea. En abril de 1798 un incidente con Bernadotte estuvo a punto de desatar las hostilidades, y lo cierto es que yo no perdía ocasión para predisponer a Gustavo IV al enfrentamiento con Francia. De hecho, el asesinato de los tres plenipotenciarios franceses precipitó el fin del congreso, y las tropas de Jourdan se desplegaron en la frontera.

Para escapar de Karlsruhe, también pasé algunas temporadas en Fráncfort. Allí visitaba a Leonor. Nuestro afecto disminuía y apenas manteníamos una amistad convencional. Leonor ya no añoraba mi presencia y al cabo de dos o tres citas no volvimos a compartir el lecho. Nuestros últimos encuentros amorosos solo me legaron una enfermedad venérea que me mortificó durante semanas, y que Leonor imputaba a las aventuras de Craufurd en Viena. Si el desenlace de mi amor por María Antonieta había tenido tintes de tragedia griega, el de mi larga relación con Leonor iba a ser más propio de una ópera bufa. En junio Madame Royale contrajo matrimonio con el duque de Angulema, y recibí esa buena noticia acompañada de otra que aún me alegró más: Sofía y Taube llegaron a Karlsbad, donde él debía seguir una cura, y me invitaron a pasar en su compañía la temporada de estío. Me hallaba preparando mis equipajes cuando el azar vino a dar término a lo que ya languidecía. Simolin cometió el error de hacer llegar a Craufurd una carta que Leonor destinaba para mí. Lo supuse cuando yo recibí otra dirigida por Leonor a Craufurd. Nuestro viejo cómplice chocheaba y no le reprocho su yerro, cuya principal víctima fue él mismo, pues el disgusto le produjo un ataque de apoplejía casi fatal. Craufurd contaba al fin con la evidencia de que había sido engañado durante diez años, y su furia terminó con nuestra amistad. Su dependencia de Leonor era tal que no tuvo arrestos para abandonarla, pero le formuló un ultimátum. Ella ya se había percatado de mi frialdad y era lo bastante inteligente para saber que no me casaría. Fiaba su fortuna, además, a la influencia despótica que desplegaba sobre Craufurd, de forma que hizo su opción y permaneció a su lado. Años después se convertiría por fin en madame Craufurd, por cuadruplicado, pues su ceremonia de boda acabó certificándose en forma civil y consular y consagrándose en los ritos anglicano y católico. No volví a verla.

Abandoné por fin Baden, despedido con lágrimas por la margrevina y con versos por la condesa de Bruselhe, confiando en que Sofía y Evert, mis dos más queridos seres, me proporcionarían una tregua a mi hastío y soledad. Tardé algún tiempo en reunirme con ellos, y en el trayecto pude conocer y entablar conversación con alguna personalidad diferenciada. Recuerdo la agudeza del señor Goethe. Conversamos plácidamente un buen rato. Recordó haber visitado el pabellón erigido cerca de Estrasburgo para recibir a María Antonieta y celebrar su

entrega al delfín de Francia, y lamentó la ignorancia de aquellos decoradores que habían vestido el pabellón con un tapiz representando a Jasón, Creusa y Medea, es decir, al matrimonio más desastroso que la historia o la leyenda haya podido generar. Aquel hombre sabio me abrió los ojos en muchos sentidos al alcance del momento histórico que estábamos viviendo y me aseguró que el viejo mundo había muerto en la batalla de Valmy, en la que él había participado como oficial. De algún modo me consoló que el viejo mundo hubiera muerto no solo para mí en aquel funesto año. En Berlín también tuve la ocasión de entrevistarme con Armfelt. Olvidadas las rencillas de nuestra juventud, nos compenetramos a la perfección y amargamente reflexionamos en voz alta sobre los tristes cambios percibidos, que el escritor alemán me había diseccionado con tanta agudeza. Nosotros teníamos una medida más superficial, y constatábamos que más allá de las fronteras francesas la vida de sociedad había desaparecido y había sido sustituida por fútiles conversaciones, vulgares bailes y vestimentas grotescas. En Berlín ejercí también mi papel de adalid de la guerra. Mi credo era sencillo. Nada había que esperar y todo que temer de Francia mientras en la Administración permaneciese un hombre que hubiera votado por la muerte del rey. Aventureros y exaltados secundaban mi cruzada y me buscaban por doquier. Mi insistencia caló con facilidad en el corazón de Gustavo IV Adolfo, pues su odio a la Revolución era tan visceral como el mío, y en su fuero interno le achacaba la muerte de su añorado padre. Él quería una guerra y yo la necesitaba. Soñaba con comandar las tropas y cumplir sobre el campo de batalla mis promesas de venganza. No es de extrañar que felicitara al rey por su grandeza, nobleza y sentido de la justicia, cuando en la Dieta de Ratisbona decidió circular una nota incendiaria ofreciendo a la coalición un contingente pomeranio.

Por fin Sofía, Evert y yo abandonamos la sociedad alemana para refugiarnos en Karlsbad. Como en los tiempos de juventud, mientras me reconfortaba con su compañía hacía planes para permanecer a su lado a nuestro regreso a Suecia. No dejaba de fabular sobre qué hermosa habría sido la vida si a nuestro trío se hubiese podido incorporar María Antonieta. Lo imaginaba observando la similitud asombrosa de la capilla de Karlsruhe con la de Versalles, confirmando una vez más que todo me llevaba a ELLA. Debí conformarme con la cruda realidad y hacer mis votos para que nada cambiara. La salud de Taube no se restablecía. Tenía sospechas de haber sido envenenado por Egenström en Berlín con un vaso de Málaga. No era inverosímil, pues su política era claramente demócrata y francófila, y temía que Taube estuviese en Prusia para espíarlo. Evert falleció a finales de agosto. Sofía y yo lo acompañamos hasta el último suspiro. La autopsia no fue determinante, pero los rumores llegaron hasta Estocolmo y Egenström contraatacó utilizando vilmente su testamento, del que yo era albacea, y que instituía a Sofía como única heredera de su copiosa fortuna. Pretendió atribuir a Sofía su papel de envenenador. Nadie podía dar crédito a semejante infundio, nadie que conociera el dulce corazón de Sofía y el amor que ambos se profesaban. Sofía y yo volvimos a Suecia apenas una semana después. Ella llevaba un medallón que guardaba los restos del corazón incinerado de su amante. Mi querida hermana era todo lo que me quedaba en la vida.

Mi llegada a Estocolmo fue precedida por la alarma del encargado de negocios francés, que daba por hecho mi nombramiento como canciller. El nuevo rey me desagraciaba y me recibió con todos los honores, otorgándome el título de «señor del reino», primer rango de la nobleza que ostentábamos una veintena de nobles y que me confería el tratamiento de «Excelencia». Las condecoraciones no nublaron, sin embargo, mis reservas. La aristocracia estaba aún podrida por

el gusano revolucionario, y para ellos yo era «el extranjero». Cuando un año antes corrió la noticia de que Bonaparte había muerto en Egipto, los estudiantes de Uppsala se manifestaron en duelo, y al saberse que había desembarcado victorioso en Fréjus estalló una ola de entusiasmo. Se celebró una fiesta en un restaurante de Estocolmo bajo la mirada del busto del corso coronado de laureles, y a los postres se brindó por la salud de la República y de Suecia y se entonaron cantos de puro gozo, mientras el encargado de negocios francés era llevado en hombros a los gritos de «¡Viva la República! ¡Viva Suecia! ¡Viva el representante de la nación!». En los teatros ocurrió algo parecido. El mal francés se extendía como yo había predicho, y Gustavo quiso poner freno a la revuelta estudiantil, aleccionada sin duda por profesores subversivos, como Benjamin Hoijer, filósofo que fue expulsado de la universidad más por jacobino que por kantiano. Tradicionalmente, el arzobispo de Uppsala y luego el príncipe heredero habían sido los cancilleres rectores de la universidad, pero Gustavo decidió ponerme al frente de dicha institución para apagar las llamas que avivaban aquel peligroso caldo de cultivo. A pesar de su prevención, no fui mal recibido en Uppsala. El claustro me reconoció y yo se lo agradecí farfullando en un idioma materno que ya había olvidado. Visitamos la villa, tan antigua como la propia universidad; su hermosa catedral, obra de un francés; la capilla de mármol blanco de Vasa; y la estatua de madera del rey Thor que albergaba la sacristía. La universidad, empero, me decepcionó. Hallé su biblioteca pobre; las aulas, desangeladas; y el gabinete de medallas, célebre en toda Europa, destartado. Por lo demás, bastó mi presencia para que cesaran los desórdenes, y ya en mi primera noche las patrullas no hallaron un solo estudiante en las calles, fenómeno en verdad extraordinario y que nadie recordaba en los últimos cincuenta años. Mantuve mi cargo hasta hoy, y aunque no me prodigué en exceso, viajé a Uppsala con asiduidad e hice lo que pude por enriquecer sus colecciones, particularmente su gabinete de historia natural. Cedí los minerales y manuscritos científicos de la reina Luisa-Ulrica y las medallas heredadas de mi padre, aumenté los emolumentos de los profesores y establecí un sistema de becas de estudios. Imponía, desde luego, una disciplina estricta, pero fui diplomático y apoyé el reingreso de Hoijer y de algún otro profesor que había abrazado la causa liberal.

El rectorado de Uppsala no fue el único honor que recibí del rey. Me impuso la Orden de los Serafines y me concedió los títulos de gran mariscal de la corte de Suecia y de lugarteniente-general, y en lo sucesivo iba a ocupar cargos de relevancia en los gobiernos de Gustavo IV Adolfo. Con todo, yo trataba de alejarme de la muchedumbre, ocultando mi profunda melancolía, reservando mi espíritu para Sofía y Fabián, pues mi anciana madre acababa de fallecer. Por añadidura, me incomodaba servir al rey. Se había convertido en un joven desconfiado y autoritario, carente de don alguno. Apenas hablaba francés y se mostraba ensoberbecido y displicente sin apuntar ninguno de los rasgos de majestad con que Gustavo III hacía olvidar sus excentricidades. Desconocía al género humano y su corte resultaba opaca e indolente. Todo a su alrededor era vano oropel y yo ya no tenía edad ni paciencia para sobrellevar tamaña mediocridad, así que mi aire taciturno fue tenido, no sin razón, por altanería y orgullo. Estocolmo me asfixiaba como siempre. Traté de convencer al rey de los riesgos de convocar la Dieta de Norrköping en una época en que las revueltas obreras y el germen revolucionario comenzaban a animar a parte de la burguesía e incluso de la aristocracia. No atendió mi consejo y creyó que el clima era favorable. El 10 de marzo convocó su Dieta, que obtuvo un eco muy modesto entre los nobles. Yo diferí todo lo que pude mi presencia allí. Entretanto mis días cortejando a la bellísima esposa del embajador español, Mariana La Grua, que a los postres de una cena dada en la embajada me confesó sin ambages su buena disposición.

Como me advirtió María Antonieta, la calidez latina siempre derretía las nieves de mi temperamento, y no pude resistirme a los encantos de tan hermosa dama, cuya tez morena y pasión ardiente me recordaban la versión más excitante de mi vieja Leonor. Mis citas con Mariana pusieron a prueba mi vigor ya decadente y nunca como antes me sentí intimidado por los requerimientos galantes de una dama. Jamás se conformaba con el primer encuentro, y ponía sobre el tapete sus muy buenas artes para despertar en mí el desenfreno que pudiera darle a ella la satisfacción que su fogosidad requería. Acostumbrado a la discreción con que hube de amar a María Antonieta y a Leonor, siempre temiendo que las paredes oyesen o que Craufurd estuviera al acecho, me atormentaban los gemidos y gritos de Mariana cuando el placer la transportaba. En este caso, sin embargo, su marido era uno de esos latinos recelosos, tan bien retratados en la dramaturgia meridional que de seguro no habría de llevar con paciencia la mera sospecha de una cornucopia. Me propuse desembarazarme de la afición de Mariana agotándola a base de desayunos con ostras, interminables sesiones de ópera, endiabladas carreras de trineo al son insoportable de trompetas y címbalos, mas la *petite* era en verdad incansable. Recurrí a Sofía y ella hábilmente me sacó del apuro. Logró convencerla de que su marido llevaba razón al advertirla de la impropiedad de mantener relaciones, pues estaba encinta. Su furor uterino no se compadecía con su inexperiencia y la superchería de su pacata educación religiosa anidaba en un corazoncito tan ardiente como ingenuo, así que lo creyó de buena fe y con delicadeza me comunicó que debíamos aplazar nuestros deleitosos pasatiempos. Partí entonces hacia la Dieta con el firme propósito de templar mis inclinaciones hacia el bello sexo, único entretenimiento que lograba despejar las nubes de mi tristeza.

El camino de Norrköping estaba intransitable y la nieve llegaba hasta el vientre de las cabalgaduras. Se rumoreaba que Gustavo IV Adolfo había elegido este incómodo lugar por sus connotaciones históricas, y pensaba celebrar en él su coronación formal, como lo hiciera Carlos Vasa al convertirse en Carlos IX. Y en verdad así fue. Con arreglo a la ocasión, vestí mis mejores galas, uniformado como guardia de corps, luciendo el manto de la Orden de los Serafines, que cubría mi coraza, y el collar que brillaba sobre un alzacuellos de encaje. Se me figuró que el rey, de menguada talla, no veía con buenos ojos mi elevada apostura, pero él ignoraba que la pesada enseña que debía sujetar me destrozaba las vértebras, y aún hube de llevarla durante la suntuosa ceremonia ofrecida a los embajadores extranjeros. Definitivamente, mi edad ya no convenía al servicio de los reyes. Más dolor que la propia bandera habrían de producirme las sesiones de la Dieta que se sucedieron. Los diputados jóvenes revelaban su ignorancia, indignidad y absoluta falta de elocuencia. Y los viejos soñolientos e ineptos no hacían mejor papel. Los representantes de la aristocracia no mejoraron mi impresión. Se reunían en un club apestoso y sucio, donde el humo del tabaco podía cortarse con un cuchillo. No muy lejos, el profesor Silverstolpe, a quien hube de dar permiso para abrir una librería mientras duraba la Dieta, reunía en torno a sí a los diputados bonapartistas, que se desgañitaban cantando *La Marsellesa*. Por fortuna, los derroteros que le había advertido despertaron al rey de su letargo y con premura obtuvo los créditos deseados y disolvió la Dieta. Pudimos, pues, regresar a Estocolmo.

Me ocupé de la regencia del reino mientras el rey viajaba a Alemania, lo que aproveché para devolver a Armfelt su influencia. A su regreso, el monarca pretendía hacerme canciller del reino, pero pude disuadirle con buenas razones, pues mi nombramiento sería un obstáculo en las relaciones entre Suecia y Francia, al menos ahora que la estrella de Bonaparte se mantenía en lo más alto del firmamento. Lo verían como una oportunidad para su política púnica de *divide et*

impera. En verdad no eran más que excusas para librarme de Estocolmo, aunque el rey me impuso el ingrato honor de ocuparme de la gerencia del palacio real. Contando servicios de plata acabé con el latrocinio, saneé las cuentas y puse orden, y me creí en el derecho de pedirle cuatro meses para mis asuntos, ya que no tenía otra tarea que supervisar sus bienes muebles. Accedió, y a finales del primer año del nuevo siglo reemprendí mi vida viajera, mi eterna huida que siempre guiaba mis pasos hacia ELLA.

XVIII

Emprendí el camino acompañado por Sofía, nuestra sobrina Hedwig y su esposo, Otto de Möllesvård, un joven bien educado, de exquisita conversación, cuya compañía me agradaba sobremanera. Había tenido la precaución de incluir entre el servicio a Pierre-Félix Bergier, mi cocinero francés, quien hacía de sus fogones una religión y medía la nobleza de sus comensales en razón de su pericia gastronómica. Me tenía por el más grande señor de Suecia, pues en verdad mis costumbres culinarias, aprendidas en Francia, poco tenían que ver con los gustos elementales de la corte sueca. Yo agradecía sus cumplidos, y mi estómago, sus refinados platos, que por primera vez consiguieron que regresara de mi último gran viaje gozando de mejor salud que al partir.

Nuestra primera escala importante fue Leipzig. Sofía tenía interés en visitar a su primer amante, el duque de Ostrogodia, tío de Gustavo IV Adolfo, quién sabe si con la tácita intención de aplacar su soledad por el camino siempre incierto de volver a la juventud. Por desgracia, semejante retorno se antojó impracticable. Federico era ahora un alcohólico en estado terminal recluido en una infecta alcoba. Arrojaba por la ventana los remedios y medicinas que le procuraban, y por fortuna le faltaban fuerzas para tratar de hacer lo mismo con los galenos. No nos detuvimos, pues, más allá de lo que imponían las reglas de cortesía, y supimos luego de su fallecimiento, a los pocos meses de nuestra visita. Seguimos viaje, y en Innsbruck fui yo quien propuse hacer un alto para visitar a la archiduquesa Elisabeth, abadesa en el cabildo de aquella ciudad. La espiritual hermana de María Antonieta distaba mucho de hallarse en el estado espirituoso de Federico, pero su altivez era casi tan molesta. Uno y otro, por muy diversas causas, coqueteaban con el delirio. De manera que ninguna de nuestras paradas fue duradera hasta que llegamos a Parma, ciudad en que había de hallar a la hermana más pequeña. Fui invitado al palacio ducal por el infante Fernando y por María Amalia, que me agradeció calurosamente todo lo que había hecho por salvar a María Antonieta. Mantenía su bello porte y aire noble. Había adoptado una indumentaria anticuada, un redingote de paño pardo, un gran bonete, mitones y botines de piel vuelta que permitían adivinar la delicadeza de sus pies. Se deshacía en palabras de agradecimiento hacia mí, y su sincero reconocimiento compensó los desaires del emperador Francisco y la distancia de Madame Royale. En un breve aparte intercambiamos algunas palabras que hoy resuenan de nuevo en mi mente: «Señor de Fersen — me dijo—, conozco bien vuestros desvelos por salvar a mi hermana, y vuestro arrojo. Aprecio en todo lo que vale, que es mucho, vuestra lealtad a una mujer. No es fácil ser mujer, y menos aún ser reina. Cuando el rey Luis era Francia resultaba sencillo amar a la reina. Cuando dejó de serlo, y eso fue mucho antes de ser decapitado, casi todos la abandonaron. Vos no. Otros pueden engañarse, pero yo no. Sé que no os expusisteis por defender un ideal, ni siquiera por proteger a la monarquía. Lo hicisteis solo por ella, porque la amabais, ¿verdad?». La franqueza de María Amalia me desarmó y no pude más que responder asintiendo a una pregunta que formuló de forma puramente retórica.

Permanecimos en Parma algunos días y no fue pequeña mi sorpresa cuando en uno de los más solicitados cenáculos encontré a Mariana La Grua, a la sazón embajadora en la ciudad. Ya se había labrado una buena reputación de coqueta y era una de las sensaciones en las veladas más solicitadas, donde se cantaban las desgracias de Vulcano. No tardó en deshacerse en extremadas manifestaciones del amor eterno que me profesaba, que yo no creía en absoluto, mas lo cierto es que me rendí de nuevo a su exigente acoso y pasé algunas noches más tratando de acallar sus jadeos y gemidos indiscretos. Viví de nuevo peligrosamente acuciado por las demandas de mi ardiente española, hasta que, aliviado, abandoné la ciudad. Parma, como otras tantas ciudades y pequeñas repúblicas italianas, trataba entonces de reponerse de los estragos del «mal francés», una vez escarmentada de su primera seducción. También Florencia, cuyo esplendor me había cegado en tiempos del gran duque Leopoldo, había sido expoliada por las tropas republicanas y ahora parecía un triste villorrio. Al menos ese nuevo Reino de Etruria conservaba bajo los Borbones españoles la dignidad de las viejas monarquías. Me recibió allí un chambelán con la guardia de corps en formación y el centinela golpeó su mosquetón en el suelo cuando entré en la sala. Pero, a decir verdad, las antiguas formas apenas podían ocultar la oscuridad y la tristeza de aquellos pueblos. Durante el tiempo que nos demoramos en Florencia, nos limitamos a participar de la vida social en un círculo muy reducido, compuesto en su mayor parte por los legados extranjeros y un puñado de aristócratas a menudo advenedizos. La experiencia me dictaba, empero, que no hay reunión por tediosa o llana que sea que no abra una rendija a la luz y brinde la oportunidad de conocer a un ser excepcional, a un hombre de gusto refinado, a una dama bella y de espíritu elevado. Y pronto confirmé mi teoría. Cené una noche en la intimidad con Catalina Nicolayeva Mentchikova, encantadora, culta y bellísima dama rusa que había sido amante de Armfelt y que quintaesenciaba todas las virtudes de las damas de la corte de Versalles sin mostrar ninguna de sus imperfecciones. Habíamos coincidido alguna vez en sociedad, y no se me ocultaba la predilección que me mostraba. Para aquella dulce velada se había preparado un ágape en el cenador, en un lugar del jardín discretamente alejado de su mansión. A los postres se desató una tormenta, cuya inusitada y repentina violencia nos obligó a refugiarnos bajo la endeble protección de aquella techumbre. La dama susurró unas palabras inaudibles a uno de los sirvientes, quien con un gesto leve despidió al violinista que amenizaba nuestro encuentro y a los camareros, y emprendió junto a ellos el camino hacia la casa bajo una lluvia torrencial. Nos quedamos solos, sentados en un diván, mientras los rayos iluminaban la anochecida y el agua arreciaba a nuestro alrededor. Yo sostenía su mano entre las mías, mientras conversábamos animadamente y expresábamos nuestra mutua complacencia. Sin mediar palabra y sin soltar mi mano se irguió, se puso frente a mí y apoyó su rodilla muy cerca de mi entrepierna. Me tomó por las mejillas y me besó ardientemente. Deslizó sus manos hacia mis muslos y con una habilidad pasmosa, sin dejar de besarme, halló la forma de desabotonarme. A tales alturas mi excitación era bien palpable, y visible, y ella no hizo mucho por verla, pero sí por palparla, extraerla y acariciarla. Yo en cambio precisé algo más que ayuda para lograr desprender sus ropas y facilitar que se sentara sobre mí. Así la amé aquella noche, en la oscuridad, aspirando el olor a hierba mojada y descubriendo fugazmente la hermosa redondez de sus senos cada vez que un relámpago acompañaba a nuestra pasión. Estaba claro que la discreción de mis amores pasados era ya un lejano recuerdo y yo parecía condenado a que los nuevos me sorprendieran con su audacia. Esta vez, sin embargo, los gemidos de mi dama se apagaban entre el fragor de los truenos. Por fortuna, no fue aquella la única vez que pude amar a Ketty, y tuvimos ocasión de holgarnos en circunstancias menos húmedas y más confortables, donde hube de apreciar con más

quietud la belleza de sus formas, que en nada desmerecían la perfección de Emily Cowper. Era difícil imaginar más encantos en una sola persona y a fe que me apené cuando supe que debía regresar a Rusia y yo apenas había empezado a cartografiar en detalle su divina orografía. Estaba escrito en mi destino que los momentos dulces de mi vida serían efímeros.

Privado de la compañía de Ketty, me animé a proseguir viaje hacia el sur. El Reino de Nápoles revelaba más aún la influencia francesa y se debatía en la miseria. Las gentes en las calles comían la inmundicia arrojada desde las ventanas: legumbres podridas, huesos ya roídos, mendrugos de pan duros como piedras. Los romanos no sobrevivían mejor. El propio papa, recientemente elegido, no era capaz de disimular la pobreza de su Estado. Por tercera vez fui recibido en audiencia en la Santa Sede, tras las celebraciones de la Semana Santa. Pío VII era un hombre pálido y triste, atribulado por Bonaparte, que había tenido que admitir en una pastoral que los Evangelios no pugnaban con la forma democrática de gobierno. En aquellos días, el cardenal Consalvi iba y venía de París tratando de salvar un concordato con Francia que no fuera humillante para la Iglesia de Roma. Poco imaginaba aquel hombre que me hablaba prudentemente con voz meliflua que poco después, en Notre-Dame, habría de imponer en la cabeza de Bonaparte la corona imperial, confiando en que el gesto devengara nuevos réditos para la Iglesia católica. Su recompensa no fue sino la anexión por Francia del reino pontificio y la declaración de Roma como ciudad abierta y libre. Bonaparte se burló de su excomunión y lo raptó y humilló cuanto quiso. Ni los más dignos soberanos ni los prelados más reverenciados escapaban, pues, al «mal francés», y pagaban alto precio por dejarse seducir por la meretriz republicana.

La indigencia de aquellas repúblicas contrastaba con el boato que rodeaba al comandante en jefe del Ejército de Italia, Murat, que se cobró con creces la entrega del Reino de Nápoles a Fernando IV, en forma de joyas, camafeos con brillantes y sables con pomos de diamantes. Pero me despreocupé de Murat y me apresté a aprovechar el regreso desde el exilio de María Carolina, la hermana más querida de María Antonieta. Para vengarse de su muerte se había aliado con los ingleses sirviéndose de lady Hamilton, esposa del embajador. Ella dictaba la ley e hipnotizaba con sus excentricidades a María Carolina. Llegado el día en que las tropas del Directorio convirtieron su reino en la República Partenopea, ambas huyeron en uno de los navíos de Nelson, pero no tardarían en aprovechar un golpe de fortuna y regresar junto a Fernando para tomarse venganza y masacrar a los republicanos, diezmando de forma harto feroz y desmedida a muchas familias distinguidas del reino. La salud de Sofía, sin embargo, empeoró, y me vi obligado a abandonar el flamante Reino de Nápoles y de las Dos Sicilias con el único consuelo de la amable despedida de Fernando IV bajo los vítores de sus *lazzaroni*. Poco antes de partir recibí la inquietante noticia de que Ketty estaba encinta. Su preñez no llegaría a término.

Emprendimos el camino de retorno bajo la implacable canícula, y llegamos sin apenas escalas a Pisa. Con dificultad dimos con la tumba innominada de Hedda. Yo temía que a Sofía, constantemente postrada, la aquejara el mismo mal, y que un cáncer como el de mi hermana mayor la llevara de este mundo. Su pérdida me habría sido insoportable. Doy gracias por que ella haya de enterrarme a mí, aun cuando me conmueve pensar en su soledad y en la tristeza que habrá de depararle esta forma mía tan ignominiosa de morir. Sé de sobra que ella sabrá desagraviarme y que rehabilitará mi nombre ante mis conciudadanos, aunque bien poco me importa. Espero que viva mucho y sea feliz, a pesar de los tiempos... No estaba escrito, pues, que su última hora la sorprendiera en tierras extrañas. Sí lo estaba, empero, en el destino de Möllerswärd. Mi grato compañero de viaje, Otto, había entrado en un extraño estado de

languidez, que en pocos días apagó su vida. Tengo para mí que la causa de su muerte no fueron las fiebres biliosas, sino la pena, pues amaba a Hedwig con desmesura, y ella no hacía más que serle infiel con cualquier hombre medianamente apuesto. Acababa de convencerlos para que no se divorciaran... Le dimos sepultura en el cementerio inglés de Pisa, al lado de mi hermana Hedda. Compungidos, decidimos reanudar nuestro viaje y regresar a Estocolmo, aunque el luto duró poco a la insensible Hedwig, que a los quince días ya hablaba de contraer matrimonio con el barón de Budberg.

Aquel viaje fue un intento de fuga hacia mi memoria, en busca de las personas capaces de devolverme las vivencias con María Antonieta, de procurarme una conversación que me ayudase a mantener vívidas las imágenes que guardaba como un tesoro. Vivía gracias y para su recuerdo, y alimentarlo fue mi única obsesión. A pesar de mis galantes aventuras, con las que no buscaba sino que el tiempo huyera mientras los pesares se aliviaban, la única fuerza que me daba aliento vital era el recuerdo de María Antonieta. Así, antes de llegar a Estocolmo, pasé por Fráncfort sin hallar a ninguno de los viejos camaradas de antaño. Tuve más suerte al encontrarme con madame de Korff en las cercanías de Hamburgo. Hacía tiempo que la había resarcido convenientemente, y se mostró entrañable conmigo. Conversamos de los viejos tiempos, y rememoramos de forma particular las vicisitudes compartidas mientras organizábamos la huida hacia Varennes. Rendimos tributo a la memoria del viejo Simolin, fallecido meses antes, y, como siempre, maldijimos nuestra suerte por el cúmulo de infortunios y pequeños yerros que frustraron nuestro propósito. No nos olvidamos tampoco de dirigir nuestros rencores a la ingratitud de tantos personajes cercanos a María Antonieta, que compartían su misma sangre o la adularon *ad nauseam* en su Petit Trianon. La hipocresía y la ingratitud son las dos virtudes que acreditan la vileza de un espíritu. Jamás hallé defectos insuperables en aquellas personas que demuestran sinceridad y justicia en el reconocimiento. Solo un alma innoble se sirve de la falsedad en el halago no sentido y olvida los dones percibidos cuando la ocasión es propicia. Soporté la soberbia, la vanidad, la ira, el desorden de conducta, la ingenuidad o la cobardía, como debilidades humanas que a menudo hallé en hombres dignos y respetables, como el propio Gustavo III. Nunca, sin embargo, fui capaz de descubrir un hombre o una mujer hipócritas o ingratos que merecieran otra cosa que el desprecio. Y fueron tantos los emigrados, reyes, emperadores y antiguos servidores de María Antonieta que se hicieron acreedores de ese desprecio que resultaba difícil contarlos. A muchos de ellos los pasamos por las armas de nuestra imaginación madame de Korff y yo durante la entrevista en Hamburgo, pero fue el devenir implacable del tiempo quien castigó a la mayoría con tormentos y suertes mucho peores que las tribulaciones que les habrían aparejado la generosidad y la lealtad... Con el sabor de boca agridulce de las vivencias recuperadas junto a madame de Korff, me aproximé poco a poco a la travesía marítima que debía devolverme a Estocolmo y que invariablemente sufría en una embarcación sometida a todas las furias de Egir.

XIX

La demencia de Gustavo IV Adolfo se gestó durante los dieciocho meses que viajó por Alemania, con la finalidad inicial de acompañar a la reina Federica a visitar a su familia en Baden. Gustavo mostraba paulatinamente un carácter más violento y autoritario. Se creía en verdad la reencarnación de Carlos XII y se sentía predestinado a ser el vencedor del Anticristo. Su ignorancia le impedía medir convenientemente su genio con el de Bonaparte. Ya en La Pomerania los emigrados se arremolinaron en torno a él y halagaron su vanidad ofreciéndole la gloria de ser el restaurador de la monarquía francesa. Fue, sin embargo, en Baden donde su propia suegra, Armfelt, D'Aintragues, Saint-Gènes y el visionario Jung le sorbieron el cerebro hasta que se juramentó como enemigo declarado de Bonaparte. El arresto y ejecución del duque de Enghien, seguido pocas semanas después de la coronación de Bonaparte, contribuyeron al éxito de la conjura. Yo también fui responsable en buena medida. El duque de Provenza, proclamado Luis XVIII, se refugiaba en Varsovia. Había recibido un ofrecimiento concreto de Bonaparte a través de Prusia, que lo conminaba en realidad a renunciar a sus derechos sucesorios a cambio de una indemnización. Como no estaba dispuesto a aceptarlo, era perentorio abandonar los estados del zar Alejandro. A través de Saint-Priest solicitó asilo a Gustavo IV Adolfo y yo apoyé a regañadientes la pretensión del ilustre proscrito, aunque no lo merecía. Mi fidelidad a la corte de Francia me lo imponía de cualquier forma. El rey accedió y Luis XVIII le pidió licencia para instalarse algunos días en Kalmar junto a su hermano. Me fue encomendada la tarea de complimentarlos. A pesar de tantos desencuentros, los condes de Provenza y de Artois me recibieron con un abrazo efusivo, librándonos los tres a la emoción que imponían tantas desventuras compartidas. Pasé aquellos días sirviéndoles como mejor pude y manteniendo con ellos largas conversaciones; los agasajé con un banquete tan memorable que los ecos de su magnificencia no se apagaron en años. El duque de Provenza mostraba la misma afición a la comida y a la bebida que Luis XVI, si bien mediaban diferencias innegables. Su conversación era erudita y gozaba de buena memoria y de mayor ánimo que su hermano, aunque la tendencia a la molicie predominaba en él. Prefería sin asomo de duda al conde de Artois, a quien las desgracias habían hecho madurar de manera bien palpable. Estuvo de acuerdo conmigo en diferir hasta que se hallaran en aguas del Báltico la publicación de su manifiesto contra la coronación de Bonaparte, pues hacerlo en un territorio neutral como Suecia hubiese perjudicado los intereses de mi patria, además de contradecir las limitaciones que Inglaterra había impuesto a la acción política del conde. Pero Luis XVIII, a fuer de bebedor, era hombre altivo y aceptó mi propuesta únicamente porque confirmaba, decía él, su propio punto de vista. De este modo alcancé a aplazar la declaración de Kalmar y pude moderarla en forma y contenido antes de deshacerme de aquellos dos incómodos huéspedes. Reparé, entonces, en la propia mutación de mis convicciones. El tiempo me había librado de la rabia, que no del dolor, y hube de reconocer que la Revolución no había sido flor de un día, que el mundo había cambiado y el retorno se antojaba absurdo. La historia tiene sus propios afanes, y no se deja arredrar ni vencer por buenos deseos.

No había marcha atrás, y era necesario de una vez aceptar los hechos para defender la supervivencia de Suecia. No olvidaba a María Antonieta, ni mi animadversión hacia sus asesinos desmayaba. Tampoco mi desprecio por quienes la abandonaron a su suerte. No se trataba de renunciar al arreglo de mis cuentas personales, que jamás obvié. Pero habían pasado quince años y yo debía ejercer mi influencia como gran mariscal y valerme de mi experiencia y conocimiento de la diplomacia para extraer fríamente las consecuencias del devenir político en Europa.

Al otoño siguiente a la partida de Luis XVIII, decidí pasar unos meses de asueto en Berlín y en Dresde. Partí desde Escania y me reencontré con mi querida Ketty. Había engordado desde nuestro primer encuentro en Italia, pero disfrutamos unas semanas paseando a la luz de la luna por jardines y parques, retomando nuestros juegos amorosos con la misma picardía que antaño. Fueron días tranquilos, lejos de la asfixiante corte sueca, que por desgracia no duraron mucho. Me amostazó saber que compartía el corazón de Ketty con un emigrado francés enormemente vulgar. Ya no era el hombre liberal capaz de aceptar a una amante, como Leonor, entregada a otro hombre. Me hacía viejo y yo mismo apreciaba que mi carácter devenía más intolerante y altivo con cada año cumplido. No me contrarió, pues, que el rey me llamara a su lado y hubiera de pasar a Escania. Gustavo IV Adolfo, apoyado ciertamente en mis consejos, trabajaba de modo incansable por la restauración de los Borbones. Yo trataba con sutileza de entibiar su entusiasmo y arrimarlo a mis nuevas convicciones, más comprometidas con la prudencia. Cuando el rey Federico-Guillermo III reconoció al Imperio francés, tuvo un acceso de cólera y devolvió a Berlín la Orden del Águila Negra que el rey de Prusia había concedido a Bonaparte. «La decisión es severa —le advertí— y, cuando menos, los sorprenderá.» «Ciertamente —me respondió—, pero se compadece con mis principios. Yo no reconozco a Bonaparte. No me creo lo bastante importante como para dar ejemplo, pero confío en que mi conducta invitará a la reflexión.» Ignorando que Prusia era la llave de cualquier acción contra Francia, Gustavo se unió a la alianza contra Bonaparte, firmando tratados con Rusia y con Inglaterra, comprometiéndose a sustentar al ejército austriaco con vigorosas maniobras de distracción en el flanco de Hannover, ocupado por Bernadotte. El rey insistió en que lo acompañara en el campo de batalla en Pomerania. Yo estaba aquejado de gota y por todos los medios quise zafarme de su ofrecimiento, pero se empeñó en nombrarme consejero privado encargado de las relaciones con los ministros extranjeros, me garantizó que no tendría mucho trabajo, y me halagó diciéndome que nadie como yo podría organizar excelentes cenas en las embajadas. Me dejé convencer, pero le impuse una *conditio sine qua non*: jamás pondría mi firma en un documento de reconocimiento de Bonaparte. Como quiera que él hubiera preferido descender a los infiernos antes que rebajarse a algo así, aceptó sin vacilación mis límites.

Cuando me reuní con el estado mayor en Stralsund, todos confiaban en que iba a apoyar una acción inmediata, pero se equivocaban. Desconfiaba de Prusia, aparentemente neutral, que se mantenía ajena a la coalición. El asunto del Águila Negra enfriaba sus relaciones con Suecia, y en realidad el rey Federico-Guillermo III ya había sido seducido por Bonaparte a cambio de obtener Hannover. Entonces pertenecía a Inglaterra, y los propios mandos ingleses convenían en la prioridad estratégica de abandonar la ciudad y evacuar a las tropas. Gustavo IV Adolfo se oponía acaloradamente a dejar la ciudad ante las huestes prusianas. Todo el honor quijotesco que lo adornaba revelaba su ineptitud como político y estratega. Se proponía luchar contra molinos de viento sin importarle poco o mucho lo que la razón dictaba. Aceptó en su ejército a un cuerpo

de soldados franceses renegados comandados por el duque de Piennes, con quien hube de entenderme. Poco tiempo después caería en desgracia y el rey quiso expedirlo hacia Inglaterra para que fuera despedazado por sus acreedores. Acabé intercediendo en su favor, pues era del agrado de Sofía, y como el destino se complace con sus juegos la última mano amiga que he de estrechar y la última palabra de afecto que he de oír corresponden hoy a uno de sus mayordomos... También Dumouriez me rondaba, bajo un nombre falso, para obtener el mando de la fortaleza de Stralsund, que pretendía convertir en un segundo Gibraltar. No se me ocultaron jamás el talento y la animosidad del general, pero echaba en falta en él un elemental sentido común y adolecía de una grave ausencia de principios morales. Prevalecía en mi juicio su pasado como ministro revolucionario de Luis XVI.

Hice causa común con D'Alopens en Rusia y Pierrepont en Inglaterra, tratando de evitar el empecinamiento de Gustavo IV Adolfo, pero no lo logré. La campaña fue desastrosa y a finales de 1805 Bonaparte arrasó a los aliados cerca de Austerlitz en un alarde de habilidad táctica inigualable desde las campañas de Aníbal contra Roma. La paz de Presburgo supuso la humillación de Austria y de Rusia y, para nosotros, una retirada apresurada y oprobiosa de Pomerania. Un año después de aquella catástrofe, Prusia, hasta entonces neutral, no toleró que Bonaparte se arrogase la organización del Sacro Imperio. Tentó su suerte y declaró la guerra a Francia. Bonaparte, infalible, volvió a aplastarlos a ellos y a los rusos en Jena, Auerstädt, Eylau, Friedland... Los campos de la gran llanura centroeuropea estaban sembrados de cadáveres y de cenizas. Todos creímos que el Tratado de Tilsitt, firmado en el verano de 1807, pondría fin a la cadena de calamidades que asolaban a las viejas monarquías, en la confianza de que el futuro nos diera una oportunidad frente a aquel general que parecía tocado por la gracia de los dioses de la guerra.

Nadie podía imaginar que Gustavo rompería el armisticio que habíamos suscrito con Francia en la primavera de aquel mismo año, enviando contra él a un fantasma de ejército al mando del duque de Piennes, compuesto por un puñado de emigrados franceses que venía de enrolar e instruir apresuradamente. Una iluminación le hizo creer que el mero nombre de Luis XVIII invitaría a los soldados franceses a abandonar a Napoleón Bonaparte. Dudé de su sano juicio y traté por todos los medios de persuadirlo de lo insensato del intento, una vez que Prusia y Rusia habían firmado la paz. Le previne de que era absurdo reconquistar provincias, como Hannover, que su propio soberano había abandonado a su suerte. Una vez más mi viejo padre me hablaba desde la tumba y yo confirmaba su sabiduría al afirmar que ningún monarca soporta que le digan francamente la verdad. Mis palabras disgustaron al rey y me ordenó que acompañara a la reina a Suecia y allí permaneciera a su lado. Por lo demás, debía encargarme de la educación del príncipe heredero y hacerlo parecer digno de su rango, misión que no se aventuraba sencilla, pues era un muchacho albino, feo y debilucho.

Hube de seguir desde Escania las noticias acerca de las operaciones militares que tenían lugar en Pomerania. Al estruendo del primer cañonazo, el rey se apresuró a regresar a Suecia y se deshizo con agilidad de su espada y de su uniforme. Temía la reacción de la capital y se refugió en Gripsholm, buscando una soledad atrabiliaria de la que excluyó a la propia reina y a sus allegados, con quienes se comunicaba por escrito. El gobernador del palacio era un visionario espiritista, malintencionado y zafio, que hipnotizó al rey con sus invocaciones fantasmales. Pasé allí algunos días a principios de enero de 1808 y fui testigo de aquel fúnebre escenario que era la corte. Se anunciaba la cena como si fuese una batalla, y se presentaban los servicios pobremente, mientras yo añoraba a mi querido Félix, con quien compartía la afección gotosa y sus quince

platos de cena, a cual más deslumbrante. Los comensales debían portar el nuevo traje azul y blanco impuesto por el rey, en lugar de la vestimenta nacional, y las damas habían de lucir unos tristes ropajes grises. El rey prohibió el teatro y la ópera, y parecía querer emular el puritanismo de Oliverio Cromwell. En este ambiente espectral, pronto supimos que los franceses tomaban Stralsund y la isla de Rügen, pero las derrotas no arredraron a Gustavo IV Adolfo. Negoció una alianza con Inglaterra que le proporcionó más de un millón de libras para reforzar su flota, a cambio de dar la espalda a la coalición continental con Dinamarca, Rusia y Prusia. El yerro diplomático fue funesto, pues en febrero de 1808 las tropas rusas invadieron Finlandia. Saint-Priest hubo de abandonar Suecia para mantener la pensión y los privilegios que recibía del zar Alejandro. Su mujer, mi antigua amante, había fallecido un año antes y me dolió despedir a mi viejo amigo, que era uno de los pocos vínculos que me quedaban con los años dorados y con María Antonieta. Tras su partida no hallé más que los muros de Blasieholmen para escuchar mis monólogos, pues nadie en mi entorno había conocido a María Antonieta ni había compartido mis desgracias.

Mi pena se trocó en rabia cuando el inepto de Klingspor evacuó el sur de Finlandia sin atender las advertencias del general Suremain y de su jefe de estado mayor, Gustavo de Löwenhjelm. Mi primo segundo tenía buenas razones, y supo mantener alto el honor de los Fersen batiéndose en retirada con la misma destreza que el propio Ney en Guttstadt, mas resultó herido de una lanzada cuando cargaba contra los cosacos, y fue hecho prisionero. Adlercreutz lo reemplazó con mucha dignidad, pero sus hábiles maniobras no impidieron que Gustavo acabara entregando Finlandia a los rusos. En su galopante demencia accedió a firmar la cesión en el Tratado de Olkioki sin que ello supusiera el armisticio. En su huida hacia delante, se enfrentó al mando de los refuerzos ingleses, los despachó de vuelta a su isla y decidió declarar la guerra a Dinamarca. De inmediato, las tropas del gobernador de Noruega invadieron Suecia por el sudoeste. Ya Bonaparte y Alejandro pactaban en Erfurt la repartición de Suecia entre Dinamarca y Rusia. La situación de mi país era en verdad alarmante, y muchos temían con buen criterio que Suecia siguiera la suerte de Polonia y desapareciera del mapa de Europa. El invierno había acabado con la leña, que normalmente se importaba desde Finlandia. El reclutamiento había diezmado la mano de obra y el frío y las epidemias hacían estragos. Las pesadillas asediaban las noches del rey, y la Dama Blanca se le aparecía en todas ellas. Movilizó a la alta nobleza y ordenó que las chalupas cañoneras vigilaran el litoral. Los marinos regresaban a tierra congelados, ante la indignación general. Todos clamaban por convocar la Dieta y en lugar de ello el delirante rey decretaba una nueva leva y un impuesto extraordinario.

Fue a comienzos del año pasado cuando Adlercreutz tomó la iniciativa, firmó un armisticio con los rusos y a marchas forzadas ganó Estocolmo. A su vez Adlersparre hizo lo mismo desde Noruega. El rey estaba en Haga. Dejó a la reina y a los príncipes en palacio a mi cargo como gran mariscal, y al del barón de Ramel en su condición de gobernador del príncipe heredero, y se dirigió a la capital con el ánimo de seguir hacia el sur para unirse a las tropas de Escania. Trató de forzar a Fabián para que le entregara las cajas del tesoro del Estado, pero mi hermano permaneció fiel a su juramento, que le impedía disponer de una sola corona sin autorización de los representantes de los cuatro estados. La dulce Federica estaba ansiosa y permanecía postrada en un sofá, bañada en lágrimas. El lunes 13 de abril el general Suremain le entregó una tarjeta de su esposo. Afirmaba que estaba arrestado y preso en su propio palacio. Federica rogó al general que la autorizasen a compartir su suerte o, cuando menos, a entrevistarse con él. Suremain se conmovió, pero no pudo acceder a sus deseos, y se limitó a asegurarle que transmitiría al rey su

voluntad. Mientras Federica escribía una carta para Gustavo, Ramel y yo le pedimos a Suremain que nos pusiera al tanto de lo sucedido. Bien de mañana, el feldmariscal Klingspor, Adlercreutz, Silfversparre y algunos oficiales penetraron en el dormitorio real. El rey esgrimió su espada y Adlercreutz hubo de contener su brazo mientras Silfversparre lo desarmaba. Pudo aprovechar un descuido para escapar, pero el capitán Greiff lo persiguió hasta atraparlo y devolverlo, en sus propios brazos, a los cabecillas de la conspiración. Entre tanto, el duque de Sudermania recibía a los principales personajes del reino que lo invitaban a encabezar el Gobierno. Al poco Adlercreutz le remitió el bastón de mando. A su vez Gustavo escribía una tarjeta a la reina para tranquilizarla, esa misma que Suremain acababa de entregar a Federica. La ciudad estaba en calma, nadie sospechaba el complot, aunque alrededor del palacio hubiera más movimiento del acostumbrado. Cuando se conoció el arresto del rey, la mayoría reaccionó con alivio, pues temía que la sinrazón prosiguiera y que Gustavo acabara por arruinar al país sin ceder a firmar la paz con Bonaparte. Le pedí consejo a Suremain acerca de mis obligaciones, en particular si consideraba conveniente que permaneciera en Haga. «Sois libre —me dijo el general—. Por lo demás, un hombre como vos solo puede dar buenos consejos a la reina».

En las semanas siguientes, los estados se reunieron y declararon la indignidad de Gustavo Adolfo para llevar el cetro de Suecia. El duque de Sudermania subió al trono con el nombre de Carlos XIII. Yo accedí a formar parte, junto a Stedingk, del consejo provisional de notables que se encargó del gobierno, convencido de que la sucesión en el seno de la familia se daba por descontada. Carlos era ya viejo y mi antigua amante Hedwig-Elisabeth-Charlotte no le había dado descendencia. Adler-creutz parecía compartir mi idea de atribuir a la reina la regencia y mantener los derechos del príncipe heredero, pero finalmente triunfó la tesis de Adlersparre y se acordó designar como sucesor al gobernador de Noruega, el príncipe Carlos Augusto de Holstein-Augustenburg. Me mantuve al margen de todos estos manejos, pero no callé mi disgusto por la crueldad con que se trató a Gustavo IV Adolfo y, sobre todo, por la ilegítima privación de los derechos hereditarios de su hijo. Se lo hice saber a Adlersparre, sin vehemencia, con una sencilla comparación: «Bajo el mismo criterio, los estados podrían haber elegido como rey de Francia a un mariscal de Bonaparte, como Davout o Bernadotte, o a uno de sus hermanos». A la postre, Carlos XIII firmó finalmente la paz con el zar, una paz vergonzosa y dolorosa que supuso, entre otras pérdidas territoriales, la entrega definitiva de Finlandia, la amada Suomi, esa parte de nuestra gran Suecia ganada y defendida tantas veces con la mejor sangre de nuestro pueblo.

Tampoco me olvidaba del ostracismo al que el celoso duque de Sudermania me había condenado en su regencia, y no esperaba que los asuntos fueran a mejorar para mí bajo su reinado. Decidí, pues, apartarme de la cosa pública y refugiarme en mi palacio de Blasieholmen. Allí yo era el soberano, y nadie podía impedirme recibir a quien quisiera. Junto a Sofía me dispuse a llevar una vida retirada de la política, mas no de mis allegados. Buena parte de la aristocracia se reunía bajo nuestro techo y procurábamos, lejos de la moda revolucionaria, mantener nuestras formas y respetar los viejos protocolos de la etiqueta, ya en desuso. Mi distancia de los círculos de la corte levantaba suspicacias. Me limitaba escrupulosamente a cumplir mis obligaciones como gran mariscal, aunque Fabián se prodigaba más en su condición de gran chambelán. No me interesaban ya la política ni la diplomacia, y hasta tal punto todo me hastiaba que dejé de escribir el diario que había mantenido al día desde mi adolescencia. Me complacía regalar a mis invitados con un lujo que no estaba al alcance del propio rey y, aunque fingían despreciarnos como reliquias del pasado, en el fondo de su alma envidiaban nuestra

integridad. La propia reina, mi antigua amante, nos visitaba con frecuencia en Blasieholmen, honrando, decía, su vieja amistad con Sofía. También hallé refugio en mis posesiones de Lövsstad. Trabé amistad primero, e intimidad después, con Émilie de Gerr, una encantadora vecina con quien estaba emparentado y a quien doblaba la edad, sin que pareciera importarle. Cabalgábamos por los bosques y gustábamos de caminar a la orilla de los lagos, y con la luz del atardecer su compañía me transportaba a Versalles y me guiaba, como siempre, eternamente, a ELLA. Era una amante inexperta, mas su juventud excitaba mi pasión y no me privé de mostrarle algunas artes cuyo dominio debía a tantas hermosas mujeres como había amado. Ella se complugo de mis enseñanzas y comprendí entonces la alegría con que mi maestra turinesa me transfería sus conocimientos sobre el goce sensual. Alivió mi soledad entregándome una juventud que yo había perdido, y aprecié el privilegio con la máxima consideración que cabía, hasta ofrecerle matrimonio. Será mi última amante y yo habré de morir sin contraer ese matrimonio, y ella, solo tal vez, lamentando su vacilación. En cualquier caso, mi afán por abandonar la sociedad no fue bastante y debí reparar en que el reposo y el placer solo eran dones fugaces con que, de cuando en cuando, la fortuna distraía mi verdadero destino...

Adlersparre y Adlercreutz eran los nuevos hombres fuertes de Suecia, y rivalizaban no solo en popularidad. Ambos se vigilaban de cerca, y de hecho la designación del sucesor de Carlos XIII había sido una hábil maniobra de Adlersparre para contrarrestar el ascendiente de Adlercreutz. Mantuve desde el principio una relación cortés y respetuosa con el príncipe heredero, aunque lo hallaba mediocre en extremo. Era un hombre ya maduro, trabajador y serio, aquejado de vértigo y de tendencia apoplética. Su sencillo talante, su afición a pasearse por las calles de Estocolmo vestido como un burgués y visitar hospitales e instituciones sociales le granjearon las simpatías del pueblo. En cambio, en la corte se mostraba torpe y cohibido, y evitaba organizar o asistir a cenas y concurrir a la ópera o al teatro. Con todo, su expresa intención de adoptar al príncipe Gustavo, inspirado por la propia consorte del zar, calmó la inquietud de los legitimistas gustavianos, aunque los constitucionales, partidarios de un cambio radical de rumbo, no cejaban en su conspiración: la víspera de la última Navidad, Gustavo IV Adolfo, la reina Federica y sus cuatro vástagos fueron llevados al puerto de Karlskrona y embarcados en la fragata *Camilla* con destino a Baden. Poco después, cumpliendo con mis deberes como gran mariscal del reino, recibí al príncipe heredero en Drottningholm y lo escolté hasta el Palacio Real, donde juró fidelidad y accedió oficialmente a tal rango.

Hace un mes Carlos Augusto partió para una revista de las tropas en Kvidinge y se sintió indispuerto varias veces durante el viaje. Una tarde, tras el almuerzo, subió a su caballo para pasar revista a un regimiento de caballería. Se lo vio partir al galope y, poco después, vacilar y caer de su cabalgadura. Había muerto. Su familia y Suremain no dudaron que la muerte se había debido a una apoplejía, cuyos efectos devinieron funestos a consecuencia de la caída, y la autopsia practicada por Rossi y los doctores de Lund, avalada poco después por la comisión gubernamental, confirmó el diagnóstico. Algunos, sin embargo, tuvieron interés en propalar el rumor de que había sido envenenado. Señalaban como autores a la aristocracia en general, y a mí en particular. Comprendí enseguida que semejante rumor solo convenía a quienes habían depuesto a Gustavo IV Adolfo y temían ahora la rehabilitación de los derechos hereditarios de su primogénito. Adlersparre, Silfversparre y el barón de Mannerheim fueron los instigadores de las calumnias. Su designio era bien claro y aprovecharon la muerte del heredero a la corona para

dañar la reputación de los Fersen. Me bastaba leer las difamaciones de la fábula *Les Renards* en el *Nya Posten* o los panfletos del Club de la Opinión para apercibirme de su infamia. Carlos XIII llegó a decirle a mi buen Suremain que me convendría declararme prisionero y pedir un juicio para salvar mi reputación ante acusación tan atroz, aunque la reina consideraba que eso sería dar pábulo a una calumnia absurda que había de caer por sí misma. He de confesar que yo he creído hasta hoy lo mismo que mi vieja Hedwig-Elisabeth-Charlotte, y estoy convencido de su buena fe con la misma fuerza que lo estoy de la mala fe del rey..., aunque nada ya importa.

XX

De nuevo un cruel guiño del destino ha querido que hoy sea 20 de junio, 20 de junio del año de nuestro Señor de 1810. El mismo día de 1791 yo había sido el cochero de los reyes en su intento de fuga frustrado en Varennes, y un año después, otro 20 de junio, el populacho asaltó las Tuileries... El cuerpo del príncipe heredero debe ser traído a Estocolmo, y a mí me corresponde escoltarlo y asistir a las exequias. Ayer quise ver al rey para ajustar algunos detalles de la ceremonia. Me sorprendió solo a medias que no quisiera recibirme. He desayunado con el general Suremain, que ha accedido a sostener un cabo del paño mortuario. Teme que haya desórdenes y ha hecho su advertencia a Adlercreutz. El hábil general le ha garantizado la seguridad de la comitiva, pues la presencia de tropas no va a ser poca y Silfversparre comanda la ciudad con firmeza. A Suremain mi calma lo ha desconcertado y me ha preguntado si yo no estaba inquieto. He extraído de mi bolsillo una carta recibida esta misma mañana y se la he entregado. La carta está escrita con burdas faltas de ortografía, pero se colige con facilidad que fueron forzadas para dar la impresión de un autor vulgar. Mientras daba cuenta de mi colación, he observado de reojo la preocupación reflejada en el rostro de Suremain al leer los insultos y amenazas que un revolucionario anónimo profiere sin orden ni concierto, aunque revelando que nada más entrar en la ciudad seré masacrado por el pueblo. «¿Qué vais a hacer?», me ha preguntado. «Lo mismo que haríais vos —he contestado—. Cumplir con mi obligación, general. Ya estoy acostumbrado a este tipo de violencias...» He tomado la carta y la guardo en mi cartera. «Los revolucionarios me toman por el líder de la alta aristocracia —he continuado diciendo— y creen que con mi muerte toda la clase noble desaparecerá y los seguidores de la dinastía de Gustavo IV se evaporarán. Por las tabernas de Estocolmo se reparten panfletos anónimos que me acusan de aspirar al trono. El propio rey parece satisfecho con que mi orgullo reciba una lección... ¡Una lección!» «Sin embargo, Adlercreutz...», ha querido terciar Suremain, pero lo he interrumpido. «General, admiro vuestra fidelidad y grandeza de espíritu, pero no os engaños. Ni el rey, ni el propio Adler-creutz ni ninguno de los conspiradores contra Gustavo IV son ajenos a estas maniobras contra mi persona. Estoy convencido de que en buena medida son sus instigadores. Necesitan deshacerse de mí para que los nietos de Gustavo III nunca lleguen a ocupar un trono que se reservan para sí.» «Señor, vuestras palabras son en verdad duras, y no quiero ponerlas en tela de juicio, pero, si pensáis así, ¿no teméis por vuestra vida?» «Querido general —le he dicho—, si una cosa aprendí durante las revueltas de París es que resulta absurdo y vano tratar de oponerse a una muchedumbre delirante y ciega. Yo tengo que cumplir con mi obligación y ocurrirá lo que tenga que ocurrir.»

Suremain me miraba de hito en hito, incrédulo ante la sangre fría que desprendían mis palabras. Él ignora cuán llano se me hace renunciar a una bajeza que pretende conservar mi existencia cuando mi vida no tiene más sentido que vengar algún día la muerte de María Antonieta. La felicidad no está a mi alcance y el porvenir no me puede deparar dicha alguna. Tuve todo cuanto un hombre pudo desear, mas tan efímeramente que la vida jamás me dio

tregua. Estoy ahído de vivirla y no aguardo nada del futuro.

A una orden mía, el cortejo fúnebre se ha puesto en marcha a mediodía. Un escuadrón de caballería custodia los restos mortales del príncipe de Augustenburgo. Yo lo precedo en una carroza dorada tirada por seis caballos blancos enjaezados con cuero rojo, que contrasta con el modesto carruaje fúnebre, cubierto de polvo, del que tiran ocho caballos negros. Los guardias de corps, con sus picas invertidas, rodean el féretro y cuatro generales a caballo, entre ellos Suremain, sostienen las esquinas del paño mortuario revestido de gasa. Me he ataviado con traje de ceremonia. El general Silfversparre cabalga no muy lejos, a la cabeza de la procesión. Al entrar en la capital una muchedumbre apretada se ha arremolinado a los flancos de la comitiva. En Södermalmstorg ha empezado la cuidada representación. Unos chiquillos se han puesto a correr tras la carroza gritando: «¡Hurra por Fersen, el asesino del príncipe heredero!». La chusma escupe en mis ventanillas y grita: «¡Asesino!». A la altura de la calle Horn han comenzado a lanzar monedas de cobre. Los cristales de una ventanilla se han hecho añicos y algunos han herido mi rostro. Estoy sangrando... El griterío del populacho acalla el sonido de las campanas y los compases de una marcha fúnebre que interpreta una orquesta cercana. Los insultos arrecian en el mercado del Grano y han comenzado a levantar los adoquines para lanzarlos sobre mí... Son parecidos a los que el populacho esgrimía el 14 de julio en París. Bauer, el cochero, ha sido alcanzado por uno de ellos y ha caído sobre mis rodillas con la frente bañada en sangre. Es un hombre corajudo y no tarda en ocupar su puesto. Alzo la vista y veo un batallón de la Guardia Real desfilar por la plaza, pero parecen ignorar el asalto. En la Gran Calle Nueva el tumulto crece aún más. Nadie atiende al coche fúnebre. Mi carruaje es el objetivo de todas las miradas y las piedras caen cada vez en más número y con mayor violencia. Algunas hacen blanco en mí y empiezo a cubirme de sangre. Un marino ha saltado sobre el estribo de la carroza y ha alcanzado a golpearme con un bastón. Me tiendo en el suelo y trato de protegerme con mi capa. Reparo en que el cortejo se ha detenido. Están tratando de desuncir los caballos. La portilla se ha abierto y desciendo entre la multitud. Frente a mí veo a un sargento mayor. «¡Ayudadme!», le digo. El coronel Ulfsparre y media docena de hombres me abren paso hasta una casa próxima, apostándose a la entrada. Miro hacia atrás y veo que el cortejo fúnebre prosigue su camino hacia el Palacio Real. Me llevan al primer piso. Es un restaurante, y los comensales gozan de una buena vista del espectáculo. Entro y pido agua y una servilleta para lavar mis heridas. Me cobijan en una salita que da a un patio. Hay un buen hombre que me ofrece salir por una puerta lateral a una calle aledaña, pero estoy aturdido por los golpes y no me decido. Es posible que me reconozcan y prefiero no arriesgarme. Les pido que me traigan algunas vestiduras de civil.

Padezco un dolor de cabeza insoportable y cualquier leve ruido me produce una horrible molestia. Acaban de subir el lugarteniente Hammarshjöld y dos guardias. Me dicen que Silfversparre está frente a la casa con un puñado de hombres a caballo. Trato de curarme las heridas, pero la muchedumbre que estaba en el restaurante invade la salita y todos me imprecán y tratan de forzar la protección de los guardias para atacarme. Me gritan: «¡Has asesinado al príncipe! ¡Tú causaste la revolución en Francia y ahora quieres traerla aquí!». Les respondo con calma y educación: «Se equivocan, señores, soy inocente. Amaba al príncipe heredero y he llorado su muerte tanto como ustedes, y la lloraré toda mi vida». «¿Toda tu vida? —vocifera un tipo patibulario de acento alemán—. ¡No durará mucho tu vida, y eres demasiado mentiroso e intrigante para poder decir la verdad!» Se abalanza sobre mí y trata de arrancarme la cinta azul

de los Serafines. «¡Quítate esa cinta! —me grita—. ¡No eres digno de llevarla!» Le contradigo con firmeza: «No, amigo mío. Esta cinta me fue concedida por el rey y solo él puede quitármela». Cuando veo que quiere arrancármela por fuerza, yo mismo me desprendo de ella, y entonces otro grita: «¡Ya no sois conde, solo sois el señor Fersen!». Y estallan las risas: «¡Buenos días, señor Fersen! ¡Buenos días, señor marqués!». Se pasan de mano en mano la cinta de los Serafines y acaban arrojándola por la ventana a la muchedumbre enardecida, que clama: «¡Traidor! ¡Arrojadlo a él también!». Mis anfitriones se enfurecen y comienzan a insultarme, a escupirme, a maltratarme, pese a los vanos intentos que hacen los tres guardias para protegerme. Empiezo a pensar que es el fin, pero una mujer se ha interpuesto con más coraje que los soldados y consigue arrancarme de manos de mis verdugos. Con dulzura limpia mi rostro de sangre y escupitajos y veo en sus ojos azules la compasión y el valor; aprecio en ellos el mismo brillo, idéntico color del mar bajo el sol del mediodía, y tengo el deseo de oír su voz. «¿Cómo os llamáis?», le pregunto. «Bergner. María Teresa Bergner, excelencia», me contesta con el tono de voz anhelado, cuya calidez me lleva otra vez a ELLA, y puedo escuchar cómo me susurra palabras de amor bajo los robledales de Versalles... Oigo lejana la voz marcial de Silfversparre, que arenga a la multitud, pero aún más a la chusma que apaga sus consignas con crecientes y salvajes aullidos. Silfversparre ha entrado en la sala. Me dice que ha asegurado al populacho que me ha hecho detener y que seré encarcelado, y que nos dejarán pasar. Yo le sugiero que sería más oportuno recurrir al vecino puesto de policía o al cercano batallón de la guardia. No me escucha. Invito a mademoiselle Bergner a visitarme esta noche y acepta, me dice, aunque yo esté en prisión. Me apoyo en Silfversparre y bajamos las escaleras. Apenas llegamos al último escalón, la muchedumbre se nos viene encima. Me golpean con furia y me arrancan con la misma violencia mis condecoraciones y mis cabellos, desgarran mis ropas y me arrebatan mi espada con su vaina. Silfversparre ha desaparecido. Caigo al suelo y tomo conciencia en este instante de que vivo mis últimas horas.

Mi destino era morir en Francia bajo los golpes de la chusma enfurecida, y pude sortearlo durante demasiado tiempo. Al cabo viene a pedirme cuentas y le ofrezco mi rendición. No quiero ya levantarme, pero esta jauría se empeña en hacerlo y me obliga a cruzar el umbral de la puerta hacia la calle, donde el gentío aguarda a su presa. Resuenan sus gritos, y una marea incontenible me apalea, me injuria, me escupe. Me arrastran hasta la plaza del Palacio de la Nobleza, sin cesar de herirme con sus bastones y sus paraguas, mientras la policía contempla impasible mi escarnio. Atino a comprender que tienen órdenes severas. Estoy casi desnudo, sobre el barro. Entre mis asesinos, acierto en la distancia a distinguir la cabalgadura de Adler-creutz, que trata sin éxito de aproximarse, tal vez para salvarme o acaso para certificar mi muerte. Más cerca está Vegesack, y le pido ayuda, pero no consigue asistirme. Oigo el grito de un oficial que ordena a sus soldados mantenerse en posición de firmes. Es una orden tajante, no cabe duda. Parece que los golpes han cesado. Giro sobre mi cuerpo dolorido y expuesto. Cuatro hombres han hecho un círculo alrededor de mí y tratan de salvaguardarme. Solo identifico al señor Ehrengranat, caballerizo del rey... Me gustaría agradecerles su inútil gallardía, pero no encuentro el aire para poder hablar. La chusma los ha apartado sin contemplaciones y ya hace presa en mí. Vuelven a arrastrarme hacia el batallón de la guardia, que mantiene su orden. Se abre la formación, con las bayonetas bajadas, para dejar paso a este nuevo cortejo... Tienen órdenes, órdenes claras y terminantes...

Parece que me dan un respiro, consigo erguirme y a trompicones logro entrar en el puesto de guardia del ayuntamiento. Uno de mis cuatro valedores lo consigue también. «Señor de Fersen

—me dice mientras trata de vendar mis heridas con su pañuelo—, decidme qué órdenes queréis que transmita a vuestra familia y amigos...» Bebo unos sorbos de agua y recupero el aliento. «¿Órdenes? —musito con un supremo esfuerzo—. No tengo órdenes, querido amigo..., solo sufrimiento. ¿Cómo os llamáis?» «Soy Joseph Souplet, excelencia, el mayordomo del duque de Piennes...» Un estruendo lo interrumpe. Han derribado la puerta e irrumpen en el puesto. Barrunto que mi calvario va a terminar. Me preguntan con quién estoy. «Lo ignoro —les digo en sueco—; este hombre ha sentido piedad de mí y ha vendado mis heridas, pero no lo conozco.» «¡Suerte para él! —responden—. Si fuera tu sirviente, moriría contigo, porque ahora vas a morir según nuestra ley.» Lo apartan de mi lado sin contemplaciones, me derriban, me aferran las piernas y me arrastran hasta un patio. Redoblan golpes, bastonazos, patadas... ¡El reloj, he perdido el reloj de María Antonieta! Lo veo en el suelo y mi mano lo aferra con fuerza. Han roto su esfera de cristal... Con la lengua trato de apartar los coágulos de sangre y restos de dientes que me asfixian... El último dolor lo he sentido cuando me arrancaron los pendientes con pedazos de mi propia carne, pero ya no padezco... Saltan sobre mi pecho, y mis costillas crujen... Veo sus rostros crispados.... Hay más mujeres que hombres, como el 6 de octubre en Versalles, y sus miradas destilan el mismo odio irracional... Ya no puedo verlos, pues han hundido sus paraguas en mis ojos... Ya no puedo odiarlos... Ya no...

El mechón de rubios cabellos de María Antonieta se enreda entre mis dedos mientras intento en vano envolverlos en la carta que acabo de escribir a Sofía... María Antonieta se enterneció hasta las lágrimas al conocer el deseo de mi hermana de poseer algo tan próximo a ella... Consigo desenredar sus cabellos, y percibo el calor del lacre fundido en la carta dirigida a mi tierna Sofía, mientras vomito sangre tan cálida como aquel lacre... Podría estar sellando mi último recuerdo, y una luz opalina invade mi mente... Siento como mis verdugos se van. También de golpear se acaba uno fatigando... Se alejan... Me dan por muerto, y sin duda mis miembros lo están... Quisiera limpiar la sangre que irrita mis oídos, pero mis nervios ni siquiera son capaces de lograr que mueva un dedo... Sé que no he muerto... Aún percibo en mis labios un leve bombeo nada acompasado que acompaña a cada hilo de sangre que vierto, y dentro de mi pecho la misma sangre gorgojea con cada tenue inspiración de mis pulmones... Y esa luz opalina ahora se disipa un tanto, y puedo ver un hermoso cielo primaveral y oír el agua discurrir por las bellas cascadas de Saint-Cloud.

Agradecimientos

Ante todo a Andrés Sopena Monsalve, cuya habilidad para disfrazarse de Mentor ya la quisiera Atenea. A José Luis Serrano, a José Manuel García Marín y a todos los miembros de la tertulia-almuerzo de El Salvador. A tantos pacientes lectores de obra inédita. Al Gobierno de España, que me bajó el sueldo y me hizo descubrir que era un funcionario con un horario de trabajo y, en consecuencia, con derecho a dedicar alguna hora al día al oficio de escribir. A Teresa, Lucía y Amelia por los daños colaterales. A la memoria de Stefan Zweig, cuya obra me puso sobre la pista. A los buquinistas de París y a los librerías anticuarios de ambos hemisferios..., y a Axel von Fersen, que escribió sin saberlo la novela más auténtica.